J E S Ú S, R EY D E A M O R . . .

NIHIL OBSTAT

CAR`,IELO ARI3IOL, SS. CC. REI\IPRI I I I POTEST: GER\I:1N LORENTE ESPARZA, SS. CC., Sup. Provincial. NIHIL OBSTAT: .ABILIO RUIZ VALDIVIELSO, Censor. IMPRIMI POTEST : *Matriti, die 31 Mail 1960* Jos); lr.a OB. AUX., *Vicario General.* Madrid, 27 de mayo de 196o.

ES PROPIEDAD COPYRIGHT I950 BY MATEO CRAWLEY-BOEVEY. MADRID (ESPAÑA) Depósito Legal, M. 7246. - 1960 *N.° R;tro. 3204. - 6o* ALDUS, S. A. –

ARTES GRÁFICAS-CASSELLÓ, I20-MADRID - 6

****

El Rvdo. P. Mateo Crawley-Boevey, religioso de la Congregación de los Sagrados Corazones, Fundador de la Entronización del Sagrado Corazón de Jesús, de la Adoración Nocturna en el Hogar y Apóstol infatigable de esta devoción salvadora.

JESÚS, REY DE AMOR... POR EL R. P. MATEO CRAWLEY-BOEVEY S S . C C . 13.a EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA SECRETARIADO NACIONAL DE LA ENTRONIZACIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS PADRE DAMIÁN MADRID 1960

EL R. P. MATEO CRAWLEY-BOEVEY Y MURGA Natural de Arequipa (Perú). Autor de los preciosos libros la **HORA SANTA** y **JESÚS, REY DE AMOR,** tan sencillos en su forma, como conmovedores en su fondo, es también el fundador de la **ENTRONIZACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN LOS HOGARES** y su complemento la **ADORACIÓN NOCTURNA EN EL HOGAR**. De estos dos medios se sirvió para predicar la devoción al Corazón de Jesús durante toda su vida, tal como se lo prometió al Señor en Paray-le-Monial el año 1907. En esta santa empresa le alentaron insistentemente San Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII. A pesar de sus achaques, recorrió todo el mundo, constituyéndose al fin en Misionero de misioneros, por orden expresa de Pío XI. El bien que hizo a las almas fue inmenso. Al plebiscito mundial acerca de la REALEZA DE JESÚS, propugnado por el Padre Mateo, se debe la institución de la fiesta de CRISTO REY, y a su propaganda por toda España en pro del monumento en el Cerro de los Ángeles, la solemne Entronización del Corazón de Jesús, allí mismo presidida, por el rey Alfonso XIII, el 30 de mayo de 1919. Así fue trabajando, siempre con gran fervor y entusiasmo, por el Rey de Amor, recorriendo inmensas distancias, hasta que cayó gravemente enfermo en Canadá, donde quedó hospitalizado unos diez años. Al fin, en 1956, algo repuesto, pudo trasladarse a Valparaíso, su ciudad de adopción. Allí, en 1898, habla ingresado en la Congregación de los Sagrados Corazones, y allí también había cantado su primera Misa. Dios le llamó para darle el premio merecido por sus trabajos en favor del Corazón de Jesús, cuando se hallaba ocupado en redactar sus Memorias. Sucedió esto el 4 de mayo de 1960. Todo sea para mayor gloria de los Sagrados Corazones y el triunfo definitivo de Cristo Rey en el mundo entero.

Con las debidas licencias.

CARTA DE SU SANTIDAD EL PAPA AL PADRE MATEO CRAWLEY, SS. CC., EN SUS BODAS DE ORO SACERDOTALES.

A nuestro querido Hijo Mateo Crawley-Boevey, sacerdote de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Pío XII, Papa. Querido Hijo: salud y bendición apostólica. Próximo ya a expirar el quincuagésimo año, aniversario de aquel otro en que, investido de la dignidad sacerdotal, ofreciste por primera vez el Santo Sacrificio, no queremos que te veas privado de las felicitaciones y votos de nuestro paternal corazón; tanto más, cuanto que ha llegado a nuestro conocimiento que te encuentras en la actualidad recluido en un hospital, no ya debido a la edad provecta, sino por razón de muy graves enfermedades, viéndote, por consiguiente, imposibilitado para seguir trabajando con aquella abnegación y aquel entusiasmo que te eran habituales en la obra de la Consagración de las familias católicas al dulcísimo Corazón de Jesús. Con todo, lo que no puedes hacer mediante la labor apostólica, o por las predicaciones y viajes apostólicos, puedes suplirlo, seguramente, con ardientes preces dirigidas a Dios nuestro Señor, o con las angustias y padecimientos aceptados resignadamente y en espíritu de reparación. Que fe comportes así, en esta forma, no dudamos un punto; pero at desear consolarte en la presente enfermedad, queremos formular, al mismo tiempo, ardientes votos por que en breve recobres tus fuerzas y así puedas, de nuevo, entregarte con ardor a esa laudable empresa, haciendo que tome mayor incremento cada día. Del mismo modo que para nuestros predecesores, para Nos este asunto responde a nuestros más caros, deseos. Sí, ardientemente anhelamos que la caridad de Jesucristo, surgiendo de su Divino Corazón, vuelva otra vez a posesionarse de la vida privada de los hombres y de la pública de las naciones, pues solamente en esta forma se podrá llegar en breve a

remediar a tantos afligidos y desgraciados, a reanimar a tantos débiles e inseguros, a exhortar con eficacia a tantos des-cuidados e indolentes, u a excitar, en fin, con ardor, a todos los hombres a que practiquen esa virtud cristiana que dotó a la primitiva Iglesia de su más excelsa gloria, cual es la santidad y la del martirio. Que el Divino Redentor vuelva otra vez a reinar en la sociedad civil y en el hogar doméstico, mediante su ley y su divino amor, y entonces, sin duda alguna, serán extirpados aquellos vicios que vienen a ser como las fuentes de la infelicidad y miseria de los hombres. Entonces, también, las discordias desaparecerán; la justicia —pero la que en realidad es verdadera justicia— consolidará los cimientos de la sociedad humana, y la libertad auténtica, aquella que nos adquirió Jesucristo (Gal. IV, 31), hará honrosa la dignidad de sus individuos y los convertirá en hermanos. hay , empero, una cosa que Nos deseamos de una manera especial —y que viene a ser, por otra parte, el fin primordial de la obra que tú, desde hace ya tanto tiempo, y con tanta diligencia, vienes propagando—, y es que las familias cristianas se consagren al Corazón de Jesús, «y eso en tal forma, que su imagen al ser expuesta en el lugar más honroso de la casa, como en un trono, Jesucristo Nuestro Señor reine de modo visible en los hogares católicos». (Benedicto XV. Carta Libenter tuas*, del 27 de abril de 1915. A. A. S., vol.VII, pág. 203.) Ahora bien: esta consagración no es, de ningún modo, una ceremonia vana y vacía de sentido; antes bien, impone a todos en general, y a cada uno en particular, la obligación de con formar su vida con los preceptos cristianos; que amen con amor ferviente a Jesús en la Sagrada Eucaristía; que se acerquen, lo más frecuentemente que les sea posible, al celestial Banquete, y que traten, ya sirviéndose de las obras de una santa penitencia, ya mediante súplicas dirigidas a Dios, de trabajar en pro, no tan sólo de su propia salvación, sino también de la de los demás. Éstos son, querido hijo, nuestros votos y anhelos que Nos complacemos en comunicarte, a ti, que vas a celebrar el quincuagésimo aniversario de tu sacerdocio y cuya eficacia encomendamos a la bondad y misericordia divinas. Mientras tanto, como prueba de nuestra paternal benevolencia, y en prenda de las gracias de lo Alto, os damos, de todo corazón, en el Señor, la bendición apostólica. Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 11 de julio de 1948, año décimo de Nuestro Pontificado.* Pío XII, PAPA.

CARTA - PRÓLOGO DEL ILMO. SR. OBISPO DE MÁLAGA

M. Rdo. P. Mateo, de los SS. Corazones: Si viera usted, mi querido Padre, desde dónde estoy escribiendo esta carta-prólogo para su JESÚS, REY DE AMOR, *seguramente tendría el mismo recuerdo que yo. La escribo desde una Gruta de Lourdes, no la original, sino una muy parecida que unos buenos Padres Agustinos de la Asunción han levantado en estos paradisíacos valles de Elorrio, junto a su Colegio apostólico de Misioneros de la América española, en el que me regalan, junto con una hospitalidad cordial, una buena ración de descanso de los trajines y calores andaluces. Pues ante esa Gruta y ante su Virgencita blanca, en donde muy de mañana celebro mi Misa y hasta muy tarde me llevo con lecturas de libros y escrituras de papeles, un tantico atrasados, estoy emborronando estas cuartillas con la memoria fija en aquella otra Gruta grande, atrayente y misteriosa, como puerto y arsenal que es de la Misericordia de Jesús, ante la cual, hace ya hartos años, quiso Él que usted y yo nos conociéramos y quedáramos para siempre amigos. Y junto con ese recuerdo viene a mi mente, y mejor diría a mi corazón, el saboreo del cúmulo de gracias y bendiciones que sobre usted y sobre mí han Llovido a partir de aquella común visita a la Gruta de los milagros del Amor misericordioso. La Obra de la* Entronización del Corazón de Jesús *en los hogares, que tiene a usted por inspirador, paladín y apóstol, y la Obra de las Tres* Marías y Discípulos de San Juan *para compañía de los Sagrados Calvarios, de la que el Amo me ha hecho pobre pregonero, van trazando por el mundo dos grandes líneas de fuego y de combate por el Rey de Amor. Esas dos obras, repito, y esas dos líneas, ¿no cree usted que de un modo o de otro partieron de aquella sonrisa triste de la Virgencita blanca, de la Madrecita buena que a todas horas está mandando a su hijo Sacramentado que haga milagros de salud en favor de todos los tristes y de tantos enfermos del cuerpo y del alma que tocan aquellas rocas, se bañan en aquellas aguas y respiran aquellos aires de oración, penitencia y confianza? ¿No cree usted, como yo, que de allí salimos usted para su Chile y yo para mi Huelva llevando, quizá sin darnos cuenta, la semilla de aquellas dos Obras, tan amorosamente acogidas y enriquecidas por los Papas, tan caldosamente bendecidas por los Prelados, tan ardiente y rápidamente abrazadas por el pueblo fiel? De mí puedo decirle que, después de aquel día de nuestro venturoso encuentro, he vuelto varias veces a Lourdes y, como es natural, allí he ido con la preocupación de la Obra de los Sagrarios abandonados, y le confieso que siempre, siempre he sido obsequiado por Ella con luces nuevas y expansiones nuevas,., Y ¡qué coincidencia!: le piden de todas partes que recoja en las páginas impresas de un libro, como un eco de sus toques de combate, de sus consignas de guerra, de sus planes estratégicos, de sus ayes de derrota o peligros, de sus himnos de triunfo, de toda su lucida marcha al través de los pueblos del nuevo y viejo Continente en calidad de esforzado paladín, enamorado trovador, inagotable misionero,*

incansable apóstol e incendiario abanderado del Rey de Amor; y cuando eso intenta usted hacer, busca a su antiguo amigo y lo encuentra delante de otra Gruta de Lourdes muy gustoso en poner los tipos que imprimen sus librillos y propagandas en servicio de. Jesús, Rey despreciado del Sagrario, al servicio de las belicosas y vibrantes páginas de JESÚS, REY DE AMOR, *así como muy honrado en estampar en este vestíbulo del libro la más sincera y efusiva de sus aprobaciones y bendiciones al libro y a las piadosas abejas que, libando de las dulces predicaciones del Padre Mateo, lo han formado. Que* JESÚS, REY DE AMOR, *encuentre muchas manos que lo reciban, muchos ojos que lo lean, muchas cabezas que se le rindan y muchos corazones que se le abran y entreguen. Que cada una de sus páginas sirva para acelerar la realización total, sincera y universal del Invitatorio de los Maitines del Oficio con que la Madre Iglesia celebra la realeza de Jesús:* JESUM CRISTUM REGEM REGUM VENITE ADOREMUS. *Amen, Amen, Elorrio (Vizcaya), primer viernes de septiembre de 1926.* J.MANUEL GONZÁLEZ Obispo de Málaga. **María sis mihi propitia.**

PRÓLOGO

Hacía pocas semanas que yo había ingresado en la Orden de los Capuchinos en calidad de postulante. Un día el P. Guardián me llamó a su celda y me dijo: — Mañana ha de llegar un Sacerdote forastero que quedará algunos días entre nosotros. Prepárele la hospedería y póngase u- su servicio. No sabía quién era ese forastero que había de venir. Cuando le vi me impresionó mucho; su mirada suave contrastaba con su porte enérgico en una forma extraña, pero armoniosa. Su palabra tenía el acento quedo del contemplativo y la fuerza del apóstol. Una vez instalado en su aposento me constituí en su ayuda de cámara; y ese contacto diario me puso en condición de poder conocer, a través de cuanto trabajaba, de las personas que lo visitaban y de su vida íntima y familiar, la dimensión espiritual de ese Sacerdote —el Padre Mateo Crawley-Boevey, que había venido a anunciarnos su palabra, en aquellas memorables jornadas en las que Montevideo tuvo la dicha de escuchar el mensaje del Corazón de Jesús de labios de este Sacerdote, apóstol de su amor. Después, el Padre Mateo se marchó. Yo continué mis estudios. Pasaron los años; y pocos meses hace, un amigo y admirador del P. Mateo, en un viaje por Norteamérica, le hizo una visita. Y al evocar el Padre Mateo las inolvidables jornadas de su estada en Montevideo, recordó — quizá porque no le habré servido muy bien— a aquel joven postulante capuchino que le tendía la cama, le ciscaba el aposento y luego se detenía a hablar con él del Corazón de Jesús y de las maravillas de su amor. Cuando ese amigo —de vuelta a Montevideo— me narró ese detalle, sonreí de satis facción y le dije: —Ese joven postulante capuchino era yo. Y por esa circunstancia fortuita volvimos a encontrarnos: él, cargado de años y de méritos; yo, cargado de responsabilidades; y así reanudamos el diálogo interrumpido hacía ya treinta y cuatro años, y cuya última palabra es el pedido del Padre Mateo de un prólogo para la edición uruguaya de su áureo libro JESÚS, REY DE AMOR. *Libro y autor me han arrancado el sí. El autor, por lo que todos conocemos en el: un apóstol extraordinario de las misericordias del Corazón de Jesús, que él ha querido colocar en el Sagrario viviente de los corazones humanos y en el corazón de cada hogar y en el corazón de cada pueblo; apóstol cuya prédica,* non in persuasibilibus humanEe sapientiae Verbis - sed in ostensione spiritus et virtutis: *rio* f *ué con palabras persuasivas de humano saber, pero sí con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios. (I .a los Corintios, 2-4.) Apóstol que dedicó su vida entera a peregrinar por toda la tierra para ir sembrando por todos los caminos su simiente de amor; y que ahora, desde el obligado reposo de su carne fatigada, hace viajar a su alma en las páginas de sus libros para continuar por ellos su siembra.* JESÚS, REY DE AMOR, *es uno de esos mensajeros que va recorriendo la tierra; por él la palabra del apóstol más que escrita y pulida en la paz serena del estudio, nos llega como expresión viva de su verbo encendido, vibrando en las tribunas, en los momentos de celo y de emoción, que fue recogida por los espíritus comprensivos para que esa palabra no se diluyera en el espacio y quedara vibrando siempre su fervor. Así nació este libro que lleva en sus páginas la gran verdad que necesitan los hombres, quizá hoy más que nunca. Porque los hombres se han apartado de Dios; su Ley ha caído en el olvido; las bienaventuranzas, predicadas en la dulce soledad de la Montaña, han sido sustituidas por las otras, predicadas en el fragor de la lucha, en la ansiedad de poseer la tierra g en la búsqueda de una felicidad temporal sin más horizontes que los que abarcan los ojos de la carne. Por eso estamos donde estamos. En el corazón humano el odio sustituyó al amor, el hombre sustituyó a Cristo, el tiempo sustituyó a la eternidad y la tierra sustituyó al cielo. Por eso estamos donde estamos: en un clima de inseguridad, impregnado de desconfianza, y saturado de zozobras y de angustias. Todos pretenden cambiarlo porque se sienten mal en él. Pero la única manera de restituir a los hombres a su cauce verdadero; la única forma de establecer entre ellos una convivencia aceptable y pacífica, está en la vuelta al amor. Pero no a las parodias del amor; no a las caricaturas de la caridad; no a las mentiras de la fraternidad; sino a aquel amor auténtico que es caridad evangélica y que crea la verdadera fraternidad entre los hombres, porque se funda*

en el doble precepto del Evangelio: Amarás a tu Dios sobre todas las cosas y amarás al prójimo por amor de Dios. Y eso dice el presente libro —de presentación modesta— sin pretensiones literarias, sin argumentos alambicados; su tono es manso, su frase sencilla, su palabra clara, sus argumentos fáciles. —labia de amor, y nos enseña a amar en la contemplación de Jesús Rey, Modelo y Objeto de nuestro amor. Eso es este libro. Al presentarlo, deseamos que se difunda en nuestro ambiente; y ojalá renueve aquellas lecciones que oímos de labios de su autor en las inolvidables jornadas que señalaron un admirable triunfo de Jesús, Rey de Amor.
ANTONIO MARÍA Arzobispo de Montevideo. *Octubre de 1948.*

INTRODUCCIÓN UNA EXPLICACIÓN INDISPENSABLE

Origen de este librito.

Debemos ante todo declarar que el Padre Mateo ha «hablado» lo que este libro contiene; él no lo ha escrito. Una serie de plumas las más variadas, donde entran monjes, sacerdotes, monjas o seglares fueron anotando, para satisfacción y provecho personales, lo que más les llamaba la atención y les gustaba en las diversas Conferencias del Padre. Y... poco a poco, uno tras otro, fueron pasando dichos manuscritos del dominio privado al público, del borrador a la imprenta, y esto, ordinariamente, sin que el autor fuera ni consultado ni advertido. Allá va una anécdota muy interesante y que explica gráficamente, poco más o menos, el origen de todas aquellas publicaciones. Hacia 1917 se encontraba el P. Mateo en Paray-le-Monial, a donde había ido en busca de una tregua a sus tareas, rendido moralmente y agotado físicamente. Pero si fue en busca de descanso a aquella «tierra santa», como él la llama, se equivocó completamente. Los peregrinos, que allí nunca faltan, sin consideración a su agotamiento, lo asediaban y molestaban en el hotel, en la calle, hasta en la misma capilla de la Visitación. Resuelve, pues, huir; pero ¿a dónde? Un sacerdote le aconseja la Trapa de Sept-Pons. El Padre, convencido de que allí no se le conoce, ni él conoce a nadie, solicita un albergue de caridad y recogimiento para un retiro de unos quince días, y, a vuelta de correo, recibe una respuesta favorable. El proyectado retiro duró.., unas tres horas, pues el mismo día por la tarde el Padre Prior, después de algunos rodeos literarios, le pregunta ¡cuántas veces por día y a qué hora querría predicar a los ochenta trapenses! Ya imagináis la sorpresa del interpelado, quien alega su cansancio, la necesidad espiritual de recogerse y orar... -Perfectamente —añade el Prior—; haga usted sus meditaciones en voz alta, y no le pedimos más.» Fue imposible rehuir la tarea. Por otra parte, la Comunidad lo pedía con tanta sencillez y corazón, que no hubo sino comenzar esa misma tarde una especie de retiro para los monjes... Era esto ir por lana y volver... O como decía después el Padre, jugando con las palabras: "Fui cogido en la Trampa", que esto quiere decir Trappa en francés. Los monjes fueron recogiendo una serie de apuntes de las dos predicaciones diarias. Luego, a los varios meses, invitaron nuevamente al Padre y completaron entonces sus notas manuscritas. Y poco tiempo después, ellos, por su cuenta g. bajo su responsabilidad, publicaban un opúsculo con el resumen de lodo cuanto habían cogido al vuelo. En unos seis años se vendieron más de trescientos mil ejemplares de dicho folleto en Francia y en el extranjero. El Padre tuvo conocimiento de esta publicación cuando los Trapenses quisieron corregir la tercera o cuarta edición... Otro tanto, con ligeras variantes, ocurrió en los tres Monasterios de la Visitación de Lyon,_ Le Puta y Orleáns, donde las Salesas hicieron otros tres folletos distintos, resumiendo las predicaciones del Padre en sus giras apostólicas por dichas ciudades. Poco después el Secretariado de Friburgo en Suiza, publicaba las notas de un retiro predicado a las Celadoras de la Entronización de aquel país,. U Perpignán el suyo, sobre la larga gira hecha por el Padre en compañía del Obispo en aquella extensa diócesis. Así las cosas, surgió la idea de condensar en un solo libro todos aquellos diferentes opúsculos, ya que todos predicaban sustancialmente la misma doctrina de amor, el Evangelio del Sagrado Corazón. Este trabajo lo hizo el Monasterio de la Visitación de Lyon, secundado por un virtuoso u *sabio sacerdote. Dicho resumen se publicó bajo el título francés* Ters le Roi d'Amour. *¿Cabe ahora preguntarse por qué tanto afición aquí y allá en hacer dichas publicaciones? ¿Qué las provocaba? Tres puntos llamaban la atención en las Conferencias del Padre sobre el Reinado del Corazón de Jesús: Primero. La sencillez absoluta de la exposición, aquella llaneza que tanto atrae en el Evangelio y que, mil veces mejor que todas las elegancias literarias y retóricas, sirve de vehículo a la gracia divina y a la convicción del predicador. Segundo. La doctrina misma de amor, no nueva por cierto, líbrenos Dios de pensarlo, pero en general muy poco conocida aún dentro del elemento piadoso. Porque dice el Padre: «Los* devotos *no faltan, pero sí los* amadores *en espíritu y en verdad.» Y vaya si hay diferencia entre unos y otros. «Hacer más conocido y hacer mucho más, muchísimo más amado al Amor», tal es el único anhelo, y más, la única obsesión del Padre, sea que le hable a las multitudes en las Catedrales o a las almas religiosas en un Monasterio. Y la prematura y extraordinaria Beatificación y luego Canonización de Santa Teresita, viene a confirmar con sello divino toda esa deliciosa y fortísima .doctrina, tan sólida como consoladora. Y*

tercero. Daba relieve a tal doctrina una serie de hechos, en su mayoría conversiones, contadas por el Padre con el estilo propio de quien ha sido casi siempre testigo y aun actor de tales hechos. No hablemos del éxito de librería que tuvo el texto francés Vers le Roi d'Amour, *porque esa expresión sería, más que profana, ridícula. El tal libro ha tenido ya innumerables ediciones y tiene siete y más versiones en lenguas extranjeras, porque el Corazón de Jesús ha querido bendecir el esfuerzo de las almas generosas que no buscaron en esta publicación sino su gloria. Tal es la única explicación sensata y cabal, en el orden sobrenatural de la difusión admirable de este librito. Muchos eran los que en España lo reclamaban. Por esto aparece ahora la versión española, pero muy aumentada, con ventaja de más de cien páginas sobre la edición francesa. En esta edición encontrarán los Secretariados de la Entronización y muchas almas escogidas lo que han oído predicar al Padre, sobre todo en sus últimos retiros o, por lo menos, una síntesis, un resumen de éstos.* JESÚS, REY DE AMOR, *no es, pues, en español lo que tampoco fueron las ediciones extranjeras, un cuerpo de doctrina, escrito ordenadamente y redactado todo él por el autor, no. Con excepción del Triduo preparatorio a la Entronización oficial del Cerro de los Ángeles, Triduo tornado taquigráficamente y después revisado por el Padre, todo lo demás de JESÚS, REY DE* AMOR, *tiene poco más o menos la ventaja y el defectillo de lo que se coge al vuelo, en una predicación que nos impresiona. Ventaja, porque es lo más vivo y espontáneo del apóstol; defectillo, porque, naturalmente, una serie de apuntes no puede tener la ilación perfecta, literaria, y la férrea argumentación de un libro meditado y escrito según un plan. Quiera Jesús, Rey de Amor, bendecir este trabajo, emprendido única y exclusivamente por su gloria y su Reinado Social en Esparza y en toda la América española. En las diversas Repúblicas Americanas, donde la Cruzada de la Entronización y su iniciador, también sudamericano, son desde hace años ya tren conocidos, este libro llevará seguramente llamaradas, no del corazón del apóstol, sino de aquel Corazón todo amor: Corazón de Rey, de Hermano, de Amigo, a quien él nos ha predicado.* ¡Que reine! Adveniat! *Madrid, octubre 1928 . En recuerdo de la primera fiesta de la Realeza Social de Nuestro Señor Jesucristo.*

DEDICATORIA

A todos los apóstoles del Reinado Social del Corazón de Jesús en España y en Sud-América *Muy amados colaboradores: A vosotros, que compartís conmigo la gloria gratuita y los afanes deliciosos de la Cruzada de la Entronización, dedico con afecto de inmensa gratitud este librito. Mucha parte de lo que él contiene lo he hablado y predicado, y en seguida almas celosas lo recogieron y, con talento, formaron una gavilla, que publicaron bajo el título francés Vers* le Roi d'Amour. *Pero al traducirlo al español, muy libremente por cierto, yo he añadido, para definir muy claramente nuestro espíritu y nuestra vocación, cien páginas y más, bajo el título* JESÚS, REY DE AMOR. *Leedlo, y más, meditadlo con amor, ya que con amor lo he escrito para vosotros los apóstoles del Divino Corazón. Que estas páginas, en su sencillez, sean, por gracia del Rey de Amor, una luz y una llama, sobre todo en las horas penosas de vuestra vida interior y de vuestro apostolado. Que todo este librito os sepa, no a literatura ni a ambrosía, sino a Jesús... Su nombre es más que miel para los labios y más que música celestial y gozo el más inefable para el corazón, al decir de San Bernardo. ¡Amadlo... y hacedlo amar! Y si para ello os ha sido útil este librito, después de leído hacedlo leer. Vuestro muy adicto y agradecido en los Sagrados Corazones,* P. MATEO CRAWLEY-BOEVEY, SS: CC.

LA ENTRONIZACIÓN

Qué es la Entronización. Su importancia. Cómo llevarla a la práctica. Definámosla brevemente: «El reconocimiento oficial y social de la Realeza amorosa del Corazón de Jesús en una familia cristiana.» Dicho reconocimiento reviste una forma sensible, a saber: se instala definitiva y solemnemente una imagen del Corazón de Jesús en lugar de honor de la casa, ofrendándole ésta sin reservas por un acto de consagración (1). Habló el Dios de infinita misericordia. Y dijo en Paray-le-Monial: «Que siendo Él mismo la fuente de todas las bendiciones, las distribuiría éstas con abundancia dondequiera que se hubiera colocado la imagen de su Corazón, proponiéndose el fin de amarlo y honrarlo» (1) Véase el opúsculo oficial titulado *La Entronización del Corazón de Jesús en los hogares.* (1) Y más todavía: «Reinaré a pesar de mis enemigos y de todos cuantos pretendan oponérseme.» La Entronización es, pues, sencillamente la realización, no de esta o aquella de las peticiones hechas por el Salvador a Santa Margarita María, sino la realización completa, integral de todas ellas, provocando así el cumplimiento de las promesas espléndidas con que las enriqueció el Rey de Amor. Notad que decimos «realización integral» del conjunto de peticiones formuladas en Paray, pues el fin supremo, trascendental, no es, no debe ser el fomentar una de tantas devocioncillas, sino *santificar* profundamente el hogar, y santificando éste en el espíritu del Sagrado Corazón, convertirlo en el primer trono; trono vivo y social del Rey divino. En efecto, para transformar y salvar al mundo es de toda necesidad que Navidad, más

que una mera fiesta, sea una realidad palpitante y permanente, esto es, que Jesús, el Dios Emmanuel, sea de veras *«Dios con nosotros»,* que habite real y efectivamente entre nosotros, sus hermanos los desterrados, mucho más débiles que malos... No nos engaitemos: para llegar en día más o menos próximo al «Reinado Social de Jesucristo»; reconocido y acatado como Rey que impere con derecho soberano en plena sociedad, nos será preciso rehacer la sociedad actual desde sus cimientos, esto es, reedificarla sobre la base de Nazaret, de la familia profundamente cristiana. (1) *Vida y obras de Santa Margarita María, por Mgr. Gautey. \i .296.* Todo pueblo se revela y aquilata según el valor moral de la familia, pues un pueblo fue siempre, en santidad o en corrupción, lo que el hogar. Esta regla no ha sufrido excepción, alguna jamás. Recuerdo, al efecto, lo que un gran convertido me decía: «Padre, no podrá usted nunca exagerar la trascendencia de la Cruzada que predica... Ya se lo he dicho: los Hermanos de la Logia a la que pertenecí tantos años... no persiguen sino una sola cosa, y es *descristianizar la familia.* Conseguido en parte o del todo este objetivo, ya se podría dejar en posesión de los católicos catedrales, iglesias y capillas. ¡Qué importan estos monumentos de piedra cuando, para pervertir la sociedad, se han adueñado del santuario del hogar...! En la medida en que esta estrategia sectaria tenga éxito, la victoria del infierno será segura. Así he razonado y obrado yo mismo, Padre, cuando estaba afiliado a las huestes de la masonería.» ¡Oh!, será siempre tristemente verdadero aquello del Evangelio: «Los hijos de este siglo son más sagaces que los _hijos de la luz» (1). El gran mal, el mal de males de nuestra sociedad actual, es el haber perdido el sentido de lo sobrenatural, de lo divino...;)pero ese mal tiene ciertamente un remedio... ¿Cuál? Volver por camino del Evangelio, volver a Nazaret. (].) Ltic.; xvI> S. El Señor, sapientísimo, quiso fundar la redención 'del mundo sobre la piedra angular de la Santa Familia; en ella el Verbo, Jesús nuestro Hermano, comenzó su obra redentora... No de otra suerte debemos salvar el mundo moderno: vaciémoslo en el molde, tan sencillo como sublime de Nazaret. Cuánto se ha hablado, con elocuencia de discursos y de fotografías, de las devastaciones horrendas de iglesias y templos en lo que fue el inmenso campo de batalla de la Gran Guerra... Catedrales, monasterios, capillas derruidas por la metralla en el vaivén inevitable de ejércitos que entrechocaban. ¡Cuánto más espantosa es la ruina moral de la familia cristiana! Porque el templo por excelencia, y el Sagrario, tres veces santo, es el hogar. Las basílicas y catedrales, por artísticas y venerandas que sean, no salvarán al mundo, y sí lo redimirán las familias santas, Nazaret divino. Ello es lógico; la familia es el manantial de la vida y la primera escuela del niño. De ahí que si se envenena la fuente, perecerá la nación. Lo que pretendemos, pues, en nuestra campaña, es inocular de tal modo profundamente a Jesucristo y la savia de su Amor divino en el hogar, en las raíces mismas de la educación familiar, que el árbol sea, por ende, Jesucristo mismo en flores y frutos. Ahora bien, la Entronización, bien comprendida, no es en resumen sino Jesús, el Rey de Nazaret, que llega al umbral de las casas en demanda de su puesto: el que de derecho divino le corresponde, el mismo que se le brindaba, en tiempo antiguo, en la villa de Betania... Puesto de honor el suyo, porque es *(1) Rey* que en día no lejano, mediante la conquista amorosa de la familia, llegará a reinar sobre el conjunto de ellas —la sociedad—; puesto de intimidad en el seno del hogar, porque quiere ser de veras el *Amigo (2),* ya que su dulce soberanía la quiere ejercitar sobre todo por su Corazón mediante el cetro blando que fue siempre el del amor... Digámoslo en una palabra: la Entronización quiere y debe reproducir la convivencia de aquel Jesús vivo del Evangelio, Dios-Emmanuel, que vuelve a cohabitar en las tiendas de los hijos de los hombres. ;Ay! ¡Qué poco conocido es Jesús: de ahí que se le ame tan poco!... La mayoría de los que se llaman cristianos le tienen recelos y miedo, y por eso viven a distancia... Si no con los labios, le dicen con las obras: «Quédate, Señor, Tú, en tu Tabernáculo, que nosotros viviremos por nuestra cuenta y razón, nuestra vida de familia, sin que Tú te entremetas demasiado íntima-mente en ella... No te acerques demasiado, no nos hables, no sea que muramos de miedo...» (3). ¡Así hablaron los judíos a Jehová; así siguen hablando los hijos a su Padre y Pastor! Nos empeñamos en no querer ver en el Salvador Jesús, tan dulce y asequible, tan manso y sencillo, sino al Jehová terrible, que despide relámpagos en el Sinaí, y no al Rey de Amor, «cuyas delicias están en habitar con los hijos de los hombres» (1), que gozó en su vida mortal al alojarse en casa de pecadores (2), en presidir las bodas de Caná (3), en mostrarnos, por mil modos encantadores y maravillosos, que el anhelo de su Corazón era convivir nuestra vida tal como es, con todas sus espinas y con todas sus santas alegrías. (1) Juan, XVIII, 37. (2) Cant., V, 16. (3) Esod., XX, 19. ¡Alegamos nuestra indignidad! ;Qué absurdo!; ¡como si hubiera sido digno Zaqueo, cuya curiosidad, y no otra razón, lo puso en camino de su Salvador...! ¡Como si hubieran sido dignas, santas ya, la Cananea, la Samaritana; santo, Simón el Fariseo, y tantos, tantos colegas nuestros de lepra moral, de miseria y ruindad...! No, ninguno de éstos fue digno; pero creyeron en el amor misericordioso del Maestro y aceptaron con llaneza su condescendencia. ¡Felices desdichados cuya desgracia atrajo y conmovió el corazón del Salvador! Y por eso, en esas casas y en esas almas, con Jesús entraron la salvación, la paz, la conversión... «Hoy esta casa ha recibido la salud» (4). ¡Oh, pretexto farisaico: el *respeto! Y a* es atrevimiento e insolencia que cuando el Dios

de toda majestad, despojándose del manto de resplandores, nos llama, nos tiende los brazos, nos ofrece su mano..., nosotros pretendamos darle una lección, y alegando respeto nos mantengamos a distancia, como quien le dice: (1) Prov., V I I I , 31. (2) Mat., IX, 11. (3) Juan, II, 2. (4) Luc., XIX, 9. «Acuérdate que eres Dios y Rey, aléjate.» ¡Ved, si no, cuántos millares de seudocristianos que a pesar de la Redención pretenden servir al Redentor, estableciendo entre Él y ellos valles, montañas, abismos, y esto siempre por respeto! El respeto, en sustancia, es un amor y no una etiqueta, al menos con Jesús; por voluntad explícita suya, el respeto no es distancia, ya que Él la suprimió con la Encarnación y en la Eucaristía. Y al suprimirla exigió, sin embargo, una adoración más cumplida y perfecta que la que le rindieron, temblando y a distancia, los judíos... Cuántos cristianos bautizados sólo en la piel, judíos en el alma y que viven de temblor exagerado..., que si Jesús les hablara, si les dijera filioli, «hijitos», amici *mei*, «amigos míos»..., morirían, no de emoción y de amor, sino de espanto! En cuanto a mí, dejadme decir y repetir a saciedad: «Cállense en buena hora todos los Moisés y los Profetas... Cállense los hombres cuyas voces, por melifluas que parezcan, me sofocan... Cállense las criaturas-ruiseñores, que mi alma tiene ansias de oírte a Ti, Jesús, sólo a Ti, que tienes palabras de vida eterna y de amor... ¡Déjame oírte para predicarte a Ti, Jesús auténtico, Amor de amores, Hijo del Dios vivo e hijo de María! » Oídme: detesto mil veces más un jansenista que cien protestantes, y aún más que un descreído. Recuerdo que un señor que se las daba de católico como el que más, me decía: ¿Yo, Padre, colocar en mi salón un Corazón de Jesús? Jamás. ¡Qué falta de respeto, no faltaba más!>> ¿Qué hubiera hecho este católico flamante si hubiese visto con sus ojos al Rey de reyes codeándose con pecadores y buscando, Él mismo, la confianza y la familiaridad de los publicanos y de tanta otra gente, por cierto muy poco recomendable y distinguida?... Qué de veces tales respetos no son sino más-cara de *respetos humanos...,* y también de soberbia... ¡Como si Aquél a quien los desposados de Caná invitaron a presidir el banquete de bodas, no pudiera sentirse honrado y en su salón que se dice cristiano! ¿No es El, por ventura, el Rey de los reyes?... (1). ¡Ah! ¡Cuán tristemente cierto es que, después de veinte siglos de Cristianismo, el *Amor no es amado,* no es amado, mil veces no! No predicamos bastante el amor de Jesucristo y, sin embargo, esta caridad no es un sentimentalismo enfermizo, ¡ah!, no... ¡Amar es una llama, amar es una vida, y qué vida!... Y todo esto viene, en parte al menos, de que no se lee ni menos se medita el Evangelio, en el que resalta a cada página un solo anhelo divino: el de la íntima familiaridad con el hombre. Por ventura, ¿tuvieron miedo de Jesús aquellos pequeñuelos de Galilea que se arrojaban entre sus brazos, que se embelesaban en sus ojos, que descansaban sobre su Corazón? (1) Apoc., XVII, 14; XIX, 16. ¡Ah!, cuando, por fuerza, los arrancaban de este nido, qué presto volvían a Él, atraídos, imantados por el pecho del Maestro. ¿Cómo queréis que se le conozca, que se le ame con divina pasión, cuando nuestro cristianismo y nuestra piedad no se basan en su acercamiento e intimidad? ¿Cómo amarle con santa y deliciosa embriaguez, cuando le contemplarnos desfigurado y a distancia? En cambio, *«quien oyó tu dulzura ¿qué no tendrá por sordo y desventura?»* Fr. Luis de León. Saboread una escena que me atrevo a llamar evangélica, aunque no la encontremos textualmente en el Evangelio. Intitulémosla «Las cuatro primeras visitas de Jesús a Betania». Si me leéis con el corazón, diréis al terminar y suspirando de amor: (Si no el marco, por lo menos la pintura debe haber sido una dichosa realidad... Algo, y tal vez mucho de ella, debió ocurrir en Betania.» Cuando Jesús llegó por primera vez a Betania, fue recibido por Lázaro y Marta (María era todavía la ovejita errante y extraviada) con cierta reserva, no exenta de legítima curiosidad. Ver de cerca al famoso Nazareno, de cuyos hechos prodigiosos se hablaba en todas partes, besarle la mano, oírle en la intimidad... ¿Quién podrá ser?... ¿Un Rabí? ¿Un Profeta?... Lázaro y Marta se sintieron halagados ciertamente con tanto honor, pero, al mismo tiempo, les intrigaba mucho tanto personaje... Le oyeron atentos, aunque a cierta distancia. Le juzgaron y admiraron con las inevitables reservas. Sin embargo, un algo misterioso, inefable, que emanaba de toda su Persona, había secretamente conmovido, y conquistado la fibra más delicada (de los dos hermanos... Por esto, y ya, en el umbral de la casa, embargados por una emoción jamás sentida, y al despedirse de Jesús, los dos a una le dijeron, con voz que temblaba y que traicionaba un amor que ya despertaba: «Maestro, regresa a Betania, no nos olvides.» Y Jesús, con una sonrisa que permitía adivinar un trasunto del cielo de su Corazón, prometió regresar... Helo en Betania por segunda vez. Es casi una fiesta... Hay flores, hay expectación. Lázaro y Marta están conmovidos al sentir que se acerca a Betania el adorable Nazareno. Están impacientes, salen a esperarle, gozan de veras al verle... *El respeto es mucho mayor que en la primera visita,* pues *despunta ya el amor.* Esta vez no se contentan con escucharle arrobados: hay la bastante confianza para interrogarle... La conversación es casi familiar, y tiene ciertos tonos de expansión y de alegría. «¡0h, qué sencillo, qué bueno es este Maestro, se dicen, y qué dulce y avasalladora majestad la suya! Su mirada refresca e ilumina, sus palabras transforman, su Corazón enloquece... ¡0h, todos los amores de la tierra saben a hiel cuan-do se han sentido de cerca sus palpitaciones divinas!» Esta vez, al partir, Lázaro y Marta pudieron apenas reprimir el sollozo que anudaba sus gargantas. Los dos a una,

suplicantes, con el corazón en los labios, con sencilla humildad, le dijeron: «Nos será difícil desde hoy acostumbrarnos a vivir sin Ti; vuelve, Señor, considera esta casa como tuya, considéranos... *¡tus amigos!* » y Jesús, conmovido, les dijo: «Seré yo vuestro *Amigo,* volveré, ¡oh!, si, y puesto que me amáis, Betania será el oasis de mi Corazón.»;Qué explosión de júbilo, qué fiesta de amor fue aquélla cuando Jesús regresó por tercera vez a Betania! Llamémosla ésta la visita y el agasajo de la Entronización. Con qué impaciencia Lázaro y Marta habían contado los días y las horas; qué languidez, qué soledad insoportable en Betania desde que Jesús les había dicho: «Regresaré, y como Amigo.» Ya nadie puede darles paz, ya nadie tiene el don de hacerles sonreír. El único sueño dorado o, mejor dicho, la única realidad es É1... Desde que se despidió, vivían sin vivir, sin corazón... ¡Jesús se los había arrebatado! Por fin, ¡ahí está, llega el Deseado! Corren desalados a su encuentro, caen a sus pies, besan llorando de dicha, las manos divinas... Y en medio de una verdadera ovación de cariño, de ternura, llamándole con santa osadía *«Amigo»,* le introducen ahí donde no se recibe sino al íntimo del hogar... Luego se acercan sin ningún recelo, le hablan con la santa familiaridad de sus discípulos, conversan con la dichosa intimidad, con cl desahogo de quien se siente adivinado, comprendido, amado... Y Jesús escuchaba, y en cada respuesta, y en cada mirada o sonrisa iba penetrando hasta el fondo del alma de sus amigos... De repente, en lo más cálido de ese diálogo de celestial intimidad, se hace un silencio... Jesús calla, Lázaro se estrecha más todavía al Maestro, y apoyando su rostro sobre las rodillas del Amigo divino, rompe en un sollozo... —¿Por qué lloras? —dítele Jesús. —Tú lo sabes todo—responde Lázaro. —Si —replica Jesús—, lo sé todo, pero, puesto que somos de veras amigos, habla, con-fíame tu alma toda entera... Y mientras Marta esconde entre sus manos el rostro ruborizado y llora en silencio, Lázaro dice: «Maestro, *somos dos, y éramos tres* en este hogar... María, nuestra hermana, nos cubre de dolor y de vergüenza, ¡la llaman la Magdalena!... La queremos tanto y es hoy el deshonor de Betania... Jesús, si eres nuestro Amigo, ¡devuélvenosla sana, salva y hermoseada!» Y Jesús después de llorar con sus amigos, entrecortada la voz por los sollozos, afirma: «¡Vuestra hermana volverá, vivirá y Betania será feliz!» Al despedirse esa tarde, ya fuera del umbral, y bendiciendo a sus dos amigos, Jesús repetía: «¡María volverá al redil, amigos queridos, volverá para gloria de mi Padre y mía!» El Evangelio cuenta lo demás: la resurrección de la pecadora, roto a los pies de Jesús el vaso de alabastro, símbolo de su corazón arrepentido, y con cuyos perfumes preciosos unge los pies y los cabellos de su Redentor. Y cuando el Señor regresó por cuarta vez: donde sus amigos, la primera que salió a recibirlo, cantando el hosanna, fue María Magdalena, la resucitada de Betania; y desde entonces, en ese hogar dichoso, no obstante las espinas, en ese santuario rehecho por el Príncipe de Paz y el Rey de Amor, fueron de nuevo por muchos años los *tres* inseparables que habían sido. Pero esta vez el Corazón de Jesús era el centro y lazo de los tres hermanos. Bien sabía el Señor la pena amarguísima que asolaba ese hogar; con todo, espera para remediarla que los afligidos lloraran sobre su Corazón v le confiaran su tribulación. Esperó a ser el Rey-Amigo de Betania, y sólo entonces, en pago de amor, de amistad y de confianza, operó el milagro. Insisto: estas escenas no se encuentran en el Evangelio; mas ¿no es verdad que algo parecido, pero por cierto más hermoso aún, debe haber ocurrido en ese hogar venturoso? ¿No es verdad que así concebís la hermosura de la Entronización? ¿Qué de extraño, pues, que el Rey de Betania, invariable en sus ternuras, ratifique a diario con maravillas y prodigios los que acabamos de afirmar sobre la confianza de los verdaderos amadores del Corazón de Jesús? Feliz el hogar que le dice al recibirlo: *Mane nobiscum,* «quédate con nosotros» (1), y que así diciendo, parece cierra tras de Jesús las puertas, encadenándole para siempre con grillos de amor. (1) Luc., XXIV, 29 La gran empresa moderna es, pues, la reconstrucción de Nazaret, o, si queréis, la reproducción de la familia santa de Betania, el hogar de los verdaderos amigos de Jesús. Digo Betania, ya que Nazaret, por su sublimidad, será única a través de los siglos, en tanto que Betania la componen criaturas de nuestra talla, vaciadas enteramente en nuestro molde de barro y, por ende, esa casa es del modo y en todo perfectamente imitable. ¡Ah! ¡Y qué de hogares tienen como Betania lo que no podríamos jamás concebir en Nazaret, almas Magdalenas y Lázaros cadáveres, los desventurados pródigos!... Llamad al Aneo, atendedlo, tratadlo como el Amigo íntimo, y ya veréis cómo su Corazón será piscina milagrosa, y seréis testigos de resurrecciones más porten-tosas aún que la de Lázaro, y cantaréis conversiones tan prodigiosas y conmovedoras como la de Magdalena. Por desgracia, Jesús es tratado con mucha frecuencia, aun en hogares que blasonan de cristianos, como un mendigo, como un pobre de solemnidad. Y ahí le tenéis en el umbral de la casa que tanto le necesita, aguardando un albergue de amor, mendigando compasión. El, ¡Rey de reyes! Y si a las veces se le recibe aquí y allá, hay más de fórmula en ese recibimiento que no de amor...; no es un amigo, sirio un huésped de paso, un extranjero a quien se deben ciertas consideraciones de etiqueta. Y en esos hogares, ¡ay!, tan numerosos, Jesús, ha de contentarse con cortesías y migajas. Él,que enloqueció de amor por los mortales!... Y sin embargo, el hogar lo necesita tanto, tanto... Y ningún santuario mejor que éste puede brindarle la adoración del corazón en amable y sencilla intimidad, tal como E l la pide. Vamos, si no, a cuentas:

son contados los momentos del día que podemos consagrar al Señor en los templos, pues por deber de estado, debernos vivir nuestra vida corriente, como la Nazarena divina, en el hogar; desgraciadamente; mucha parte de nuestro cristianismo se reduce a los segundos, muy contados, que pasarnos en la iglesia, y regresando a nuestras casas, éstas las encontramos vacías de Aquél que debe ser Centro y vida, Amo y Amigo de nuestros hogares. Error gravísimo, pues no vivimos, no luchamos, no sufrimos y probablemente no moriremos en la iglesia... Vivimos, luchamos, sufrimos y moriremos muy probablemente en nuestras casas... En ella, pues, debemos *convivir con.* Aquél que quiere ser Cirineo y compañero del destierro, para ser l e y de Amor y Amigo fiel, no Juez implacable, en el último tribunal. Ya los paganos mismos habían vislumbrado algo de la necesidad de un Dios a domicilio, e inventaron al efecto sus dioses lares. Mil y mil veces más providente, la Iglesia permitió por mucho tiempo, en la primera etapa, a los cristianos fervorosos, el conservar en el seno del hogar la santa Eucaristía. Pues algo y mucho de esta idea bellísima y consoladora, la estamos reviviendo y realizando en estos tiempos aciagos con la «Entronización del Sagrado Corazón en el Hogar». No, por cierto, que pretendamos poner en parangón el símbolo del amor con el Amor sustancial y vivo que es El, en la Hostia consagrada, eso no. Pero la Entronización, en su verdadero espíritu, debería ser en buena cuenta un Jesús que vive en el hogar, un Jesús con el cual se consulta y se comparte toda la vida de familia, un Jesús en cuya presencia se canta, se sufre y se muere, convirtiendo su amor en un alma y su Corazón en un Sagrario de los padres y los hijos. Por otra parte, son grandes e íntimas las relaciones que deben existir siempre entre el culto del Sagrado Corazón y el de la Eucaristía. Y especialmente en esta nuestra Cruzada, íntimo y estrecho debe ser el lazo entre los dos Tabernáculos: el del altar y el del hogar, el eucarístico y el familiar; un solo Rey vivo y el mismo Amigo vivo, el mismo Jesús, en el uno y en el otro, ahí donde se vive y se comprende el espíritu de la Entronización. Nuestro objetivo, al efecto, es formar millares y millares de familias eucarísticas mediante esta Cruzada. ¡Entonces sí que podemos hablar del Amo, éste será entonces de veras un *Rey!* Ya sabéis lo que hace este Soberano de amor en un hogar donde se encuentra realmente en casa propia, como en Nazaret y como en Betania. ¿Lo que El hace?... Plagiando la frase de San Juan, podría yo decir que si fuera a escribir lo que he visto o palpado de la misericordia y fidelidad de su Corazón, no cabrían los volúmenes en el mundo entero... Si hay algo, en efecto, que me pone perplejo en el púlpito, es el elegir los prodigios que deseo referir, ya que no es posible ni siquiera enumerarlos todos. ¡Los hechos! Contra ellos no hay argumentos! Mi única elocuencia es poder decir en toda verdad: ¡He visto caminar a las montañas, he oído cantar a las piedras, es decir, he visto derribados por tierra, de rodillas, llorando de amor, en el camino de Damasco, a tantos Saulos! Por esto le decía un día a Su Santidad el Papa Benedicto XV: «Santísimo Padre, voy perdiendo la fe en los milagros, pues para creer es preciso no ver..., y yo estoy viendo y palpando milagros todos los días.» El caso corriente es el de una madre, una hija, una esposa que, al hacer con fervor y en su verdadero espíritu la. Entronización, han hecho violencia al Señor y le han arrebatado un milagro de su misericordia, la conversión estupenda, y que parecía imposible, de un ser muy querido. Por ahí tengo entre mis archivos, entre mil trofeos —por no hablar sino de uno—, un diploma en pergamino de un gran francmasón, jefe de Logia, y como él y después de él, ¡Sólo Tú, Señor, sabes cuántos son los cogidos en las redes de esta obra!... ¿Queréis todavía un ejemplo más en extremo conmovedor? Se trata de un padre de familia; su esposa reza y sufre por verle convertido... Oye un día un sermón sobre la Entronización, y para sus adentros se dice: «¡Esta es mi tabla de salvación» Pero, ¿cómo hacerla en casa, siendo él lo que es, un sectario? De repente, una idea feliz cruza su mente. Pronto será el día de su cumpleaños, v tanto él como las dos chicas se disponen a festejarlo con cariño. Pues aprovechar ocasión tan oportuna con una confianza ilimitada en el Sagrado Corazón. Después de haber preparado el ánimo del marido con oraciones fervorosas y sacrificios, la esposa le aborda y le pide como prueba de cariño para el día de su cumpleaños el que ese mismo día se pueda Entronizar solemnemente al Corazón de Jesús en la casa. Y con gran sorpresa consiente por darles gusto, pero advirtiendo que él no asistirá... Ya está hecha la primera parte del milagro; pero Jesús no los hace medias. Llega el día, se hace la Entronización con mucho amor, con muchas lágrimas; la madre y sus hijitas reclaman el alma del dueño de casa, y prometen, en cambio, amar mucho, mucho, al Amigo fiel de Betania. Al cabo de un largo rato y cuando todo ha terminado, el marido entra por curiosidad en el salón, levanta los ojos, busca el cuadro que le intriga: ¡ahí está radiante de amor, Jesús, el Rey de su casa! Baja la vista como deslumbrado, da unos pasos y vuelve a levantar los ojos... Se siente herido de un flechazo, una emoción le embarga... Quiere dominar lo que él cree una impresión de nervios, sale del salón, toma el aire; pero atraído por un imán irresistible, regresa al salón y, a pesar suyo, levanta nuevamente los ojos: ¡ahí está Él, dulce y conquistador, ofreciéndole su Corazón!... Se le saltan las lágrimas, está todo él conmovido, corre donde su mujer, y, atropellando las palabras, le dice: « ¿A quién has hecho entrar en esta casa?»... Porque, desde hace unas horas, *hay alguien* en la casa, te lo aseguro... No lo veo, pero lo siento... *hay alguien en casa.»* La madre llama a las dos nenas, se renueva la gran

plegaria, y cuando éstas terminan, papá está de rodillas. Y por la tarde, de regreso de confesarse, Lázaro, resucitado, canta con toda Betania la misericordia del Rey de Amor. Estos hechos nos sorprenden, nos llaman la atención y, en cierto sentido, no debiera ser así, pues por extraordinarios que nos parezcan, no son sino el cumplimiento fidelísimo de las Promesas que hizo Jesús en beneficio de los amigos y apóstoles de su divino Corazón. Lo había dicho Él mismo: *Conmoveré los corazones más empedernidos. Pondré la paz en sus familias. Bendeciré todas sus empresas. Les otorgaré todas las gracias propias de su estado. Reinaré por mi Sagrado Corazón.* Si, pues, con estas y otras magníficas Promesas no hubiera milagros en los hogares del Corazón de Jesús, en aquellos verdaderamente suyos, ello sería para mí la desilusión de las desilusiones. Pero ésta jamás me amargará, jamás, porque Dios es fiel, fidelísimo, y Jesús es Dios! * * * Recibid, pues, a Jesús como a un *Red y* como a un *Amigo* en vuestros hogares. Es Rey, lo dijo Él mismo en tono de sublime majestad ante el cobarde Pilatos, y quiere que todas las familias y luego todas las naciones reconozcan y proclamen su Realeza social. Os lo pide y exige porque Jesús es Rey por derecho de creación y de redención, derecho absoluto: *"Jesus Nazarenus, Rex"* Os lo pide como una reparación, como un consuelo para su Corazón. Vedlo: a las puertas de tantas casas ricas o pobres está Jesús, coronado de espinas, con diadema de sangre y de ignominia, con los cabellos húmedos en el rocío de la noche, y os ruega, os suplica que le abráis, que le brindéis un asilo de amor y un trono de gloria en la tempestad desencadenada en contra suya... Vedlo arrojado de los parlamentos y de los tribunales, expulsado de las leyes y de las escuelas, desterrado de tantos hogares y aun, a veces, de sus mismos templos... Vedlo como un Peregrino errante, empolvado, triste y des-valido en los caminos desiertos, saciado de oprobios, amargado con el ultraje de los pérfidos ingratos. Oídlo, golpea con su mano herida, y. dice: *!Abridme, soy Jesús, no temáis, soy el Rey de Amor, abridme!...* ¡Pobre Jesucristo!, solía decir San Francisco de Sales: «tenedle compasión, al menos vosotros que os llamáis sus amigos; dadle un albergue, pues la muchedumbre furiosa le persigue con piedras, gritando a voz en cuello: «¡Quítale, reo es de muerte, crucifícale!... ¡No queremos que Inste reine sobre nosotros!» Abridle de par en par las puertas, diciéndole: «¡En cambio, nosotros queremos, y te conjuramos, que reines en esta casa; sé su *Rey!»* Y sabedlo: este hospedaje que os pide con divina insistencia será la bendición de bendiciones para vosotros; quiere entrar *para vuestro bien...* El que llama a la puerta es el gran Consolador, el único. ¿Y no tenéis, por ventura, lágrimas que endulzar, penas que suavizar? A qué preguntároslo, cuando la sola pregunta reabre, ¿no es verdad?, tantas heridas. ¿Quién las ven-dará? ¿Creéis todavía en el bálsamo de las criaturas? Sabéis que el don de consolar se reservó El, el Hombre-Dios de todos los dolores. Nadie podrá jamás poner suavidad en aquella llaga abierta en el corazón de esa madre, de esa viuda, de aquella joven que lloran un duelo crudelísimo. Nadie, sino Tú, Jesús. Cuántas iniciativas de compasión para vendar y cicatrizar las heridas del cuerpo. Y qué, ¿no habrá por ventura una Cruz Roja sublime, divina para las almas hechas jirones? ¡Oh, sí! ¡La Realeza de amor del Corazón de Jesús en el hogar! Llama con golpes redoblados, insiste: «No tardéis, dice, porque sé que hay corazones en agonía, desolados; abridme presto, soy Jesús.» Por compasión con vosotros mismos, abridle, y que entre el Cirineo de todas vuestras cruces. Abridle al Amigo del hombre, al único amigo siempre desinteresado y fiel, al Amigo que no cambia, ni traiciona, ni muere. Abridle vuestra Betania, pues jamás es demasiado tarde para el Amigo Jesús. ¡Lástima que tantos sean los que lloran y agonizan lejos de este Amigo!.., porque las lágrimas sin Él envenenan el alma, y las angustias sin Él tienen dejos anticipados de muerte... Si El hubiera estado, como dijo Marta, en las horas de amargura, hubiéramos encontrado panales de miel en pleno desierto y flores entre las podas. Por desgracia, muchos son los cristianos que imaginan que este lenguaje y esta doctrina no son para ellos, que esta dichosa intimidad con el Maestro no es el patrimonio de todos los hijos... Y es que se nos ha educado en una escuela falsa: la de adorar sin grande amor y a *distancia* un Dios siempre en lontananza... Y en tal caso —por desgracia, frecuentísimo — nos pasa lo que a los Apóstoles en la visión del lago: tomamos a Jesús por un *fantasma.* Ved cómo en esa ocasión sólo Juan, sólo el amigo íntimo, es capaz de ver claro y exclamar: *Es el Señor (1).* Es de necesidad que en toda familia realmente cristiana se vea siempre a Jesús *a un paso y ésta* pueda así contemplarle y saborearle en toda su hermosura ¿No es, por ventura, así como se conocen y se compenetran las almas en la familia?» (I) Juan, NAT, 7. Ese roce, ese acercamiento produce la intimidad de los corazones, y de ahí el lazo tan fuerte del hogar. Pues otro tanto debiera ocurrir con este Padre y con este Hermano divino. Tanto más, cuanto que no viene sólo ni principalmente a suavizar heridas, consolando, sino que os trae la salvación y la vida. Y aunque fuerais muy buenos, y aun santos, necesitáis todos del manantial que es su Corazón. Cuando le hayáis entronizado en espíritu y en verdad, ya veréis, por amable experiencia, cómo se desborda y cómo os colma su divino Corazón. Toda esta doctrina de vida tiene un preámbulo sensible, una portada grave y poética; digamos, pues, unas palabras sobre la sencilla y hermosa ceremonia: Elíjase una imagen en lo posible rica y artística; se la coloca en lugar de honor de la casa, ya que, tras de ese lábaro, viene oculto a tomar posesión del hogar el Rey Divino

y a quedarse definitivamente como el Amigo adorable. Aquí debo decir que la fe viva y el amor de las almas darán a esta Entronización el carácter de espontaneidad que le corresponde, pues no se trata, por cierto, de una etiqueta ceremoniosa y fría. Reúnanse en esa hora solemne los padres y los hijos, que nadie falte en el hogar querido; y si se quiere, invítense amigos íntimos y allegados que formen la corte y que aprendan una lección de adoración social. Luego, ahí, ante la imagen, adornada con flores y luces, un sacerdote amigo (1), posiblemente párroco, dirá dos palabras explicando el acto y bendecirá según el Ritual la imagen (2). En seguida todos a una voz rezan el *Credo,* expresión de la fe del hogar que es cristiano, pero que promete conservar vivas las tradiciones católicas de sus antepasados. Siempre de rodillas, dicen todos en coro las oraciones del Ceremonial, luego la plegaria dedicada por los ausentes y los fallecidos de la familia y el Acto de Consagración final. Pero observad que' si digo Consagración, no limitamos a ella la piadosa ceremonia, pues en (1) Poned gran empeño en que a la ceremonia asista el sacerdote, a quien hoy se quiere relegar exclusivamente a la iglesia y a la sacristía para convertirle en carcelero que guarde bajo llave al Rey Divino. De este modo se impide al Señor y al sacerdote hacer en la sociedad su obra de salvación; es cabalmente en el hogar, y al presidir esta fiesta de familia, cuando el Ministro de Jesús tiene ocasión de decir una frase que dejará en el alma huella de amor. Es éste el momento oportuno en que puede hacer oír una palabra que a veces ni la puede decir ni se le va a escuchar en la iglesia... Es, pues, de todo punto necesario que el sacerdote, revestido con la estola blanca, penetre en el hogar un día antes que, llamado con premura o demasiado tarde, tenga que entrar revestido de morado para ayudar a bien morir. (P. Mateo a los Secretariados.) (2) Se encuentra este Ceremonial en el folleto de la obra. La Entronización hay, además, el reconocimiento y la aclamación social a la *Realeza Divina* de Nuestro Señor; hay el hosanna de amor y reparación, el *Ave Rex* de la familia,, de la Patria pequeñita, en nombre de la Patria grande, la nación. Por esto decimos entronizar. Y cabalmente, porque al «entronizar» recibís al Rey de reyes, desplegad la pompa que podáis, que Jesús no pueda haceros el reproche que hizo a Simón, cuando le dijo: «Yo entré en tu casa; y no me has ofrecido agua para mis pies... Tú no me has dado el ósculo de paz... Tú no has ungido con óleo mi cabeza..., etc.» (1). ¡Cuidado con merecer tan triste reproche! Cosa curiosa, inexplicable: no recibiríais un personaje, un general victorioso, un legado del Papa sino con gran honor y despliegue de solemnidad; pero llegará Jesús... y porque calla y es la humildad misma, le recibís en la salita de tercer orden, y con un desabrimiento que lastima seguramente su Corazón. Recibidlo regiamente, como Rey que es, como si lo vierais bajando del Tabor. ¡Para Él, sólo para Él, el puesto de honor! La fe lánguida y el desamor saben inventar extraños razonamientos sobre la inconveniencia de recibir a este soberano, ahí donde se recibiría.... al Obispo, al Rey, y en el fondo, ¡claro!, no hay más argumento que el de una timidez y...el justo temor de lo que ese Señor exige, en decora (1) Luc., VII, 44, 45 y 46. cristiano, en presencia suya. *Él puede y debe presidirlo todo..., y* lo que no se pueda decir y hacer en su presencia, pues no hacerlo ni decirlo *detrás de Él, ni en la casa, ni en la calle...* Désele sitial de honor, el primer puesto, el más honroso de la casa; si hay gran salón, en él. Reparad así el ultraje de Herodes, el de tantos grandes y potentados que lo relegan a las sombras, a la trastienda y peor... Oíd sobre este tema a Santa Margarita María: Desea entrar con pompa y magnificencia en la morada de los príncipes y reyes, para que ahí se le rinda tanto honor cuanto se le ultrajó y humilló en su Pasión (1). Pero Jesús quiere reinar también entre los pequeñitos, los pobres y los sencillos. Vedlo cómo retorna en medio de sus amigos preferidos, los humildes, humildísimo Él mismo, despojado de todo aparato de grandeza y majestad, sin más poderío que el de sus llagas, sin más tesoro que el de su corazón. Vedlo llamando a la puerta de una choza, de una casita de obrero. Él, el Nazareno obrero, hijo del pueblo, nacido en un establo. «Abridme, dice, abridme presto, que Yo he conocido como vosotros, hermanos queridísimos, la incertidumbre sombría del mañana, los afanes y las asperezas de los pobres que quise nacer y vivir pobre por amor!>> De ahí su anhelo vehemente de que los sencillos, los obreros, los pobres le entronicen como Soberano de amor y de ternura en sus casitas, donde todo le recuerda los treinta años dichosos de Nazaret.

(1) Vida b1 obras, tomo II, *pág. 436.*

Nadie jamás aleó al pueblo como Jesús, hijo adoptivo del carpintero José; de ahí sus ansias de conquistarle por su Corazón para hacerle feliz en su caridad. Quiere que esa multitud, de la cual tuvo compasión y para la cual multiplicó los panes y los peces (1), sepa cuán distinto es sufrir, trabajar y penar, teniéndole a Él como compensación de justicia en sus privaciones, y como Dios consolador en sus penalidades. ¡Oh! ¡Entronizadlo entre los pobres, sus amigos, a Él, el pobre de Nazaret! Qué de dulzuras debe saborear más de una vez Jesús en una casita humilde, sentado a la mesa muy frugal de unos sencillos obreros, rodeado como en tiempo antiguo de los nenes que tienen hambre, de los padres que necesitan trabajo y consuelo.:. Casita dichosa, porque convertida en palacio del Rey del Paraíso, Él hará comprender a esos sencillos por qué dijo: «Bienaventurados los pobres y los que lloran» (2). Él les hará comprender que el único tesoro inefable es Él,

en su Corazón. La Entronización predica, como lo hemos visto, un verdadero *homenaje de adoración social*, de vasallaje familiar a Cristo-Rey. Dicho homenaje tiene, hoy más que nunca, una importancia capital, dado que el delito moderno es el de apostasía social y nacional.

(1) Juan, V I , 9. (2) Mat., v, *3 y 5.*

No podemos, pues, exagerar la trascendencia cristiana de fe y de reparación que entraña el título sugestivo y toda la obra de la «Entronización». Pero, entendámonos: este homenaje, por hermoso y elocuente que sea, no constituye ni todo el espíritu, ni el único programa de nuestra Cruzada. Este <(entronizar)> debe ser el gesto inicial de una nueva vida, mucho más íntima en fe, mucho más ardiente en caridad, en el hogar que aclama al Corazón de Jesús como su Rey de Amor. De ahí, pues, que supongamos ante todo que la consagración hecha sea una consagración *vivida y no* de fórmula. *Vivida* quiere decir que, por fuerza de un gran espíritu sobrenatural y cristiano, el dichoso hogar llega, poco a poco, a convertir al Corazón de Jesús en alma divina de la familia, cuya única ley es la del Evangelio, y cuya única dicha es hacer la voluntad del Amo de casa. Esto supone una <<*convivencia», o* sea un compartir la vida de familia con aquel Jesús a quien se le ha ofrecido un trono, precisamente para que se quede y cohabite con sus amigos, bendiciéndolo todo en la casa, todo, la aurora que se levanta sobre las cunas, como el crepúsculo que envuelve ya a los que bajan la pendiente de la vida... ¡Oh!, qué bien se vive y se lucha; qué bien se canta llorando, cuando en el centro del hogar querido, Jesús lo preside, lo vivifica, lo hermosea todo como amigo, como confidente, como Rey.. En esa casa venturosa no hay derecho a gozar, ni a sufrir, sin que Jesús tenga su parte, la que mismo reclamó al pedir, no para una hora, sino para la vida, el hospedaje de Betania... Desde que Él entró, todo es noble, todo es santo en esa Betania envidiable; las penas, porque Él las santificó, anidándolas en su Corazón, y las alegrías, porque Él las purificó y divinizó en sus propias sonrisas. En una palabra: *Jesús vive* realmente en ese hogar, y la familia vive de Él y con Él; ni ellos podrían gozar estando Él ausente, ni Él consentiría que ellos lloraran, sino bebiendo Él la parte más amarga de su cáliz. Por desgracia, no se concibe así ordinariamente la vida cristiana de un hogar. Las fórmulas lo han invadido todo, ¡ay!..., lo suplen todo. No faltan casas más, o menos *devotas*, pero son raras las familias amantes, donde de veras reside un *Jesús vivo y vivido.* No faltan ciertos rezos, pero falta el corazón; falta vida divina. Esto es cabalmente lo que la Entronización, bien comprendida, quiere dar a muchos hogares de buena voluntad. Esto me recuerda una escena en el palacio episcopal de Bolonia. Acababa de predicar la Entronización y su espíritu a un grupo numeroso y distinguido de señoras; estaba ya para bajar del estrado, cuando el Arzobispo me dice: «Padre, aguarde usted un instante; óigame usted, el Predicador. Nos acaba usted de predicar una gran verdad; déjeme, pues, poner yo el final, el amén. En las grandes festividades, mi catedral y las iglesias se llenan con un gentío enorme, y esto no obstante, no veo que mi pueblo mejore y se vuelva más sinceramente cristiano. Y esto se debe a aquello que usted acaba de decir: mucha es la gente que hace de su cristianismo una fórmula de iglesia, una etiqueta religiosa, como es o puede ser la asistencia a ciertos cultos. Pero, en regresando al hogar, no encuentran en él a Jesús; este Señor no informa la vida de familia, la casa está lejos de ser un Tabernáculo, y éste es el pecado capital del elemento católico: muchas fórmulas religiosas y poca vida intensamente cristiana en la familia. Falta el Hogar-Betania.» Y ahora dejadme diluir esta misma idea y confirmarla gráficamente en una serie de hechos bellísimos que, a la vez que son interesantes, sabrán explicaros, mejor que las disertaciones, lo que entiendo por el Corazón de Jesús *Rey y centro, alma divina, Amigo vivo* del hogar. El hecho que voy a referir ocurrió en plena guerra. Recibe un día la madre, mujer admirable de fe, un telegrama oficial en que se le da parte de la muerte en el campo de batalla del hijo mayor. Le da un vuelco el corazón dentro del pecho; pero, dominando los sollozos, corre al salón y coloca a los pies del Rey de Amor el telegrama..., y luego, con serenidad, llama a sus pequeñitos y a la servidumbre y hace arreglar el trono del Divino Corazón. Ella misma ayuda a colocar ramos de flores, candelabros... Cuando el altar está ya resplandeciente, pide a todos canten con ella, y ella empieza. Después del cántico: «Conmigo, dice, recemos todos el Credo.» Y en seguida el acto solemne de Consagración. Sólo entonces, cuando el hogar ha presentado armas al Rey, que acaba de hacer acto sensible (le presencia en ese gran dolor, la señora coge el telegrama y lo lee a los hermanitos: «Vuestro hermano, dice sollozando, ha partido al cielo entre los brazos de este Rey... Hágase su voluntad. ¡Viva su Sagrado Corazón! ¡Venga a nos su reino!» Entonces, sí, sollozan todos, pero en paz, entre los brazos de Jesús, sobre su Corazón... ¡Este no es dolor de carne y sangre, éste es dolor glorioso y meritorio, esto es sufrir amando; así gimió Betania con Jesús, así lloró Jesús con Betania! Un cuadro muy distinto ahora y en el fondo la misma idea: el día de la distribución de premios regresan a la casa los seis chicos, como otros tantos guerreros, cargados de laureles, medallas, libros, diplomas... Entran ufanos y se dirigen en el acto al cuarto de papá, del cual esperan, con razón, parabienes y... regalos. «No, dice éste viéndolos entrar, no vengáis primero aquí, seguidme.» Llegan al salón, están ya ante la imagen del Rey entronizado... «Ahora, dice él, uno por uno iréis depositando los premios ante

ese Amo divino, y besándole los pies, le diréis: ¡Te amamos, venga a nos tu reino!» Los seis niños han obedecido, y con gusto; luego han recitado con papá un acto de Consagración. Terminado éste: «Ahora sí, dice, venga un abrazo, y vamos luego donde vuestra madre, que goce ella también; pero no olvidéis que en este hogar *el único que manda y* a quien no se debe jamás olvidar, ni en penas ni en alegrías, es el Corazón de Jesús.» Algo más conmovedor todavía. Bendije un día el matrimonio de dos pobrecitos, y me pidieron que entronizase el mismo día al Rey de Amor en... su tugurio: «Prometedme, les dije, que trataréis a Jesús como a un Amigo, coma si le vierais... Su Corazón os hará felices, a pesar de las penas, que no faltarán.» Pocos años más tarde viene el pobre joven a llamarme: «Mi mujercita se muere», me dice. En efecto, está ya gravísima, pero en paz respira una calma deliciosa, inmensa. Y como ella, él. ¡Y se querían tanto! Lo único rico de aquella casita de miseria era el cuadro del Corazón de Jesús que yo les había regalado y entronizado el día de su casamiento. Después de confesarla, sorprendido al res-pirar en hora tan amarga una paz del cielo, quiero averiguar lo que allí pasa, y acercándome a la enfermita, que muere en un mísero jergón colocado en la tierra, le digo: «A ver, hija mía, dígame con toda verdad antes de irse al cielo, respóndame: ¿Ha sido usted desgraciada desde su matrimonio?» Abriendo entonces tamaños ojos, con aire de gran sorpresa e incorporándose un tanto; me dice: « ¡Cómo!, ¿usted que bendijo nuestro matrimonio, y que nos confió ese día al Rey Jesús, que nos lo trajo como un Amigo a esta casita, usted me pregunta si *con Él he* sido desgraciada?... ¿Desgraciada? ¡Padre..., ni por un segundo. Hemos sufrido, sí; hemos luchado, sí; eso es una cosa, lo inevitable...; pero ¿desgraciados con Jesús, Rey y Amigo de estos pobre sitos, de esta casita? ¡Jamás, jamás!» Y luego, cogiendo por la mano al joven marido, le dice: Y tú, ¿qué dices? ¿Has sido desgraciado?» Y él, sollozando, pero con voz que es casi un cántico del alma, responde: «Padre, hemos luchado mucho, esa es la vida; pero como lo dice ella, con Jesús nuestro Amigo hemos sido tan felices, ¡tanto! ¡Él es el Amo, viene a llevársela; pero pronto bajará también por mí, y luego, allá arriba, en el cielo, juntos y felices con Él, como fuimos dichosos con Él en esta casita!...» Esta sublimidad de ideas y hasta de expresión no necesita glosa alguna. Esos dos pobrecitos habían comprendido *y vivido* maravillosamente la idea y el espíritu de la Entronización. Hicieron de Jesús en aquel rincón de miseria el Rey y el Amigo inseparable, su Dios y su todo. Estos dos sencillos ignorantes supieron más del Evangelio que muchísimos devotos letrados... En ese tugurio vivieron siempre *tres:* Jesús y sus dos amigos íntimos. Saboread ahora una cartita de una pobre campesina: «Padre, desde que he hecho la Entronización en esta pobre choza, me considero la «inquilina» de Jesús, ya que ese día se lo he regalado todo, todo: mis flores, mis aves, mi viejo, todo es suyo. Desde entonces vivo alojada en el Palacio del Rey... Su Corazón ha aceptado mi ofrenda, pues É1 ha cambiado completa-mente desde ese día mi vida... Ya no vivimos nosotros, sino todos en Él y para Él.» Como aquella otra pobre sirvienta, cuya historia he contado con frecuencia en el púlpito. Me escribe: «Quince días después de sus Conferencias sobre la Entronización me he casado. Le escribo estas líneas el día de mi casamiento, al terminar la comida, que los ricos llaman e l banquete de bodas... Nosotros, pobres, hemos invitado al Amigo Divino de quien usted nos ha hablado tanto, Aquel a quien invitaron en Caná, y con mi marido hemos hecho, en esta hora solemne, la Entronización, pidiéndole, como usted decía, que sea el Amo y el Amigo, no de una hora, sino de toda la vida... Padre, bendíganos y confirme nuestra consagración. El Sagrado Corazón será, ¡oh, sí!, el único Rey y Amigo en penas y alegrías, nuestra casita será suya y El será nuestro.» No podría reproducir aquí toda la carta, escrita con lápiz y con muchas faltas de ortografía, pero maravillosa de doctrina. ¿Sabéis qué hice de ella? Pues se la mandé a Su Santidad Benedicto XV, diciéndole: «Vea Vuestra Santidad cómo una pobre sirvienta es capaz de comprender y realizar todo el Evangelio que Vuestra Santidad me ha encargado predicar.» Y estoy cierto que el gran Papa, al leer aquel papelucho, sonrió de alegría y probablemente lloró de emoción. Un último rasgo conmovedor y elocuentísimo. Que Jesús os lo comente. El dueño de casa de una nobilísima familia, gran cristiano, ha resuelto hacer la Entronización un viernes. Pero el Señor ha dispuesto de muy diversa manera: cae repentina y gravemente enfermo y el miércoles era ya cadáver. Pero antes de morir ha declarado a su esposa que no quiere salir de su casa en dirección at cementerio sin que el vacío que él deja lo llene: el Corazón de Jesús: «Él ha de ser, más que nunca, dice, desde este duelo, el Amo y el toda de mi hogar.» Ha llegado el momento crudelísimo de la suprema despedida; los amigos íntimos, que llenan el salón, van a levantar ya el ataúd y sacarlo de la casa, cuando con sorpresa de todos se presenta la viuda, rodeada de sus hijos: «Un momento, señores —dice ella con voz que tiembla- -Os lo llevéis todavía...» Se adelanta, llevando- en marco precioso una imagen del Rey de Amor. La coloca sobre el ataúd, y luego sollozando,.. dice: «Su última voluntad fue que no se le llevase al cementerio sin haber hecho antes la Entronización... Señores, y vosotros, hijitos míos, rezad conmigo.» Y esto diciendo, reza el. Credo y las oraciones del Ceremonial con todos los suyos. Terminada la plegaria sublime, dice entre sollozos: «Señores, ahora sí podéis lleva--ros el cadáver, que él se queda entre nosotros; en el Corazón de Jesús!» Qué bien se sufre, qué santa y apaciblemente

se llora con Él en casa! Llego en una noche fatídica, momentos después de un horrendo terremoto, ante las ruinas de una casa que yo conocía mucho. Tranquilos en pleno naufragio, rodeados de embargo, de ruinas humeantes, y temblando todavía la tierra, están ellos, los amigos del Rey... «Padre, me dice la madre, todo ha perecido en el cataclismo, todo, menos Betania y la paz y la dicha de que usted nos habló al hacer la Entronización... Betania no muere, porque su alma, su paz y su dicha es Jesús.» Huelga añadir que si con ese espíritu habéis hecho la Entronización en vuestras casas, no debéis olvidar las varias y hermosísimas peticiones del Señor, hechas a los amigos de su Corazón, peticiones a las cuales ha querido añadir magníficas promesas. Entre otras, no olvidéis la celebración amo-rosa y solemne de los Primeros Viernes y las prácticas de la Comunión muy frecuente, en espíritu de cumplida reparación, y la de la Hora Santa. Y, en fin, la fiesta, hermosa como ninguna, del Corazón de Jesús; fiesta que celebraréis el mismo viernes con una Comunión muy fervorosa por la mañana. Y por la tarde celebradla como fiesta íntima del hogar. Sobre todo, si hubiera niños, ¡oh!, hacedles entrar por los ojos y con caramelos y regalos la importancia y belleza de esta fiesta de amor. Es preciso que por este medio el Corazón de Jesús llegue a ser, entre los católicos fervorosos, una verdadera *tradición de familia,* unid en santo regocijo el altar y el hogar en este viernes, el más santo y hermoso del año. Y en hora oportuna, la familia toda reunida, renovad ante la imagen del Sagrado Corazón el homenaje de la Entronización. Termino recordándoos que el Papa quiere que esta Obra, que él llama providencial, viva, se organice y desarrolle. El Vicario de Cristo lo considera urgente y trascendental, pues la Entronización debe llegar a unir en un solo manantial la fuente de vida natural, el hogar, con el Corazón de Cristo, fuente inagotable de gracia y de vida divina. Realicemos generosamente las peticiones del Maestro, formuladas en Paray, y: Él realizará, con exceso de misericordia, sus divinas e inefables promesas. *(Extractos y resúmenes de las publicaciones hechas: en los folletos de Orleáns, Poitiers, Sept-Pons, Lyon, Perpignan, Le Puy y de algunos manuscritos.)*

CARTA DE SU SANT1DAD EL PAPA BENEDICTO XV Al reverendo Padre Mateo Crawley, Sacerdote de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, sobre la Consagración de cada una de las familias católicas al Sagrado Corazón de Jesús.

AMADO hijo, salud y bendición apostólica. Con el mayor agrado leímos tu carta, como también los escritos que la acompañaban, por los cuales hemos sabido que, desde hace varios años te has dedicado con inteligente empeño a la obra de consagrar las familias al Sagrado Corazón de Jesús, en tal forma que, colocada su imagen en el sitio más digno de la casa, como en un trono, aparezca Nuestro Señor Jesucristo reinando en los hogares católicos. Nuestro antecesor León XIII, de feliz memoria, consagró, es verdad, todo el género humano al Divino Corazón, y bien conocida es su enc*íclica Annum Sacrum* sobre esta materia. Cumplida, empero, aquella práctica general de devoción, lejos de parecer superflua esta consagración particular de las familias, es sobremanera adecuada y conducente para realizar el santo propósito del Pontífice, pues nos impresiona con más viveza lo que individualmente nos atañe, que lo que se refiere a todos en general. Por lo cual Nos complacemos que el fruto de tus trabajos haya sobrepujado la esperanza, y te exhortamos a que perseveres animoso en la tarea iniciada, porque tienes entre manos la obra más oportuna para los tiempos actuales. En efecto; pretenden muchos pervertir en público y en privado la disciplina de costumbres que a la Iglesia debe su origen y perfeccionamiento, a la vez que volver la sociedad humana a la mísera condición de los pagos, borrando paulatinamente en ella hasta el menor vestigio de sabiduría y cristiana honestidad; a ello dirigen sus esfuerzos, que plegue a Dios sean ineficaces. Mas para esos hombres malvados el principal blanco de sus ataques lo constituye la sociedad doméstica. Conteniendo ésta los principios y como germen de la sociedad humana, con razón consideran asegurada aquella transformación si logran 'Viciar los fundamentos de la familia. Así, pues; al sancionar la ley del divorcio destruyen la estabilidad del matrimonio, sometiendo la juventud a la instrucción pública obligatoria, que las más de las veces es tan ajena de la Religión; anulan los derechos de la patria potestad en asuntos de tanta trascendencia, y enseñando, con malas artes, a defraudar la naturaleza, guiados sólo por el afán del goce, secan inicuamente la fuente del género humano, y manchan con depravadas costumbres la santidad del matrimonio. Bien haces, pues, amado hijo, en tomar la defensa de la sociedad humana al introducir o fomentar el espíritu cristiano en el hogar doméstico, estableciendo la caridad de Jesucristo como reina y señora en el seno de la familia. Y esto lo haces fundado en la promesa hecha por el mismo Cristo de colmar de beneficios las casas en que se tributara piadoso y ostensible culto a la imagen de su Corazón. Ahora bien, si es santo y saludable rendir semejante honor y culto a nuestro amantísimo Redentor, no debe limitarse a ello nuestra piedad. Ante todo, es necesario conocer a Cristo, su doctrina, su vida, su pasión, su gloria; no debemos pretender seguirle movidos por aquella religiosidad sensible que, si bien conmueve los corazones blandos y hace brotar fáciles lágrimas, no obstante, deja intactos los vicios todos;

menester es ir en pos de El con una fe constante y viva que dirija la inteligencia y el corazón y regule las costumbres. A esto obedece el que Jesús se vea abandonado por muchos que no le conocen, y poco amado por tantos otros que no le comprenden. Adelante, pues, hijo querido; esfuérzate en avivar las llamas de amor al Sacratísimo Corazón de Jesús en los hogares domésticos. Pero es voluntad nuestra que en todas las casas a donde te dirigieres exijas por base de este amor Un conocimiento más perfecto y más elevado de Nuestro Señor Jesucristo, y una recta comprensión de la doctrina y regla de vida que trajo al mundo y Nos, deseando estimular en esto la piedad de los fieles, queremos que las mismas gracias e indulgencias que nuestro predecesor Pío X, de santa memoria, a ruego del episcopado chileno, otorgó en el año 1913 a las familias de esa República que se consagrasen al Sagrado Corazón, se hagan extensivas a todas las familias del orbe católico que de igual modo se consagraren. En prenda de los favores del cielo, y e n testimonio de nuestra paternal benevolencia, recibe, amado hijo, la bendición apostólica, que te concedemos de corazón. Dado en Roma, cerca de San Pedro, el día 27 de abril de 1915, primero de nuestro Pontificado. BENEDICTO XV, Papa.

CUATRO PINCELADAS QUE COMPLETAN EL CUADRO DE BETANIA Corazón de Jesús, Rey y centro de Corazones. Adveniat!

Demasiada importancia le ha dado el Papa a la Entronización para que no se la demos también nosotros. Glosemos, pues, sencillamente el capítulo anterior e insistamos en ciertos puntos de importancia, a fin de que la querida obra dé todo el fruto de gloria divina que está llamada a dar. El Señor puede y quiere hacer ciertamente milagros, cuando éstos son necesarios para altos fines que El suele proponerse. Los ha hecho y espléndidos y numerosos durante la primera etapa sobre todo, probando con ellos lo providencial de la Entronización. Pero, porque es sapientísimo, el Señor no hace milagros inútiles. Fundada, por ejemplo, la querida Obra, tal corno lo está ya, ésta dará de sí ciento y mil por uno si la encauzamos y dirigirnos como es debido. La Entronización, pues, continuará obrando maravillas de gracia, sin que nosotros tentemos a Dios, y con sólo cultivar el árbol de vida que confió a nuestros desvelos. Uno de los secretos de éxito sobrenatural al hacer la Entronización, es el *prepararla* debidamente y no improvisarla, sino por excepción. Recordad, queridos apóstoles, este consejo: Cuando debáis hacer entrar al Rey de Amor en una casa, haced primero de precursores celosos e inteligentes, esto es, preparadle el camino. Así, procurad que la dichosa familia que debe darle hospedaje se dé cuenta de la importancia del acto_, a fin de que lo realicen en las debidas condiciones de seriedad y de piedad. Si un Rey debiera hacer dicha visita, alguien de la Corte velaría para que, en lo posible, se observase el protocolo de etiqueta, pues de lo contrario sería exponer al Rey a una recepción poco digna de su Majestad. Otro tanto puede pasar en un hogar no bien al tanto de lo que preconiza la Entronización, de los derechos del Soberano Divino, de las obligaciones, suavísimas por cierto, pero no menos obligaciones por esto, que contrae la familia que ha aceptado servirle de trono vivo y de Betania. Aunque a distancia, la comparación de la Sagrada Comunión resulta exacta. A un alma piadosa no le basta el estado de gracia en general para acercarse a comulgar; se prepara diligentemente, medita y ora para sacar el debido fruto del acto sublime de comulgar. Pues, del propio modo, aunque la familia que ha de entronizar el Sagrado Corazón sea ya buena y cristiana, conviene que se entere perfectamente del sentido íntimo del homenaje que quiere rendir al Rey de reyes, a fin de tomar todo el sabor a la ceremonia y dar después a Jesús, en la vida cotidiana de hogar, el sitial de honor y de mando que desde entonces le corresponde con un doble derecho. No bastan flores y lámparas en el salón, ante la imagen; no basta el aparato exterior, una cierta solemnidad, muy hermosa por cierto y que da realce e importancia al acto. Es preciso que las almas estén preparadas, es preciso que los niños sean las flores conscientes de este hermosísimo homenaje; los sencillos, los ignorantes y pobres, tienen una capacidad, a veces asombrosa, para comprender y penetrar en las cosas divinas. Recuerdo que en Rotterdam un párroco muy celoso me pide le acompañe un domingo, después de Misa mayor, a hacer una serie de Entronizaciones entre los estibadores del puerto, gente más bien ruda e inculta. En una de tantas casitas, limpias todas como una patena, me llamó especialmente la atención la e Loción y las lágrimas del dueño de casa, un mocetón de unos treinta años que se sofocaba sollozando mientras el párroco les dirigía la palabra y rezaba las oraciones. Intrigado, le pido al sacerdote que le pregunte el porqué de tanta emoción, y entonces el joven obrero, siempre sollozando, responde: «Cómo no he de sentirme conmovido al ver a mi Rey y mi Dios que viene a mi casita humilde, y que viene, dice usted, como Amigo, y que se quiere quedar entre nosotros tras de esa imagen para vivir nuestra vida. ¡Cómo no he de llorar!» ¿Qué hermosura, verdad? Pero, durante más de una semana, varias de las apóstoles del Secretariado estuvieron, de casita en casita, disponiéndolas para la gran recepción del Señor Jesús. Sólo por este sistema que, ciertamente, es de trabajo laborioso, pero consolador en extremo, se consigue entronizar aquel *Rey vivo y Amigo vivo* de que os he hablado, y no tan

sólo una imagen, pues querernos la Realidad tras del símbolo, y no éste sólo. Insisto: preparad cuidadosamente las entronizaciones, como si debierais sembrar de flores el camino por donde ha de pasar Jesús, como si hubierais de levantarle arcos de triunfo y alfombrar la entrada de la casa dichosa. Para que la Entronización, en una choza o en un palacio, reproduzca una escena del Domingo de Ramos, y, sobre todo, para que, después de esta oración, no se marchiten las flores, no se apaguen las luces y perdure hermoso el homenaje, en resultado de vida más fervorosa y cristiana, apóstoles celosos, cansaos un poco en preparar las familias, no a una fiesta pasajera, sino a una vida de amor. * * * El triunfo de Jesús no consiste en que le entronicéis en mil hogares, conquista apurada y superficial, que ha tenido, tal vez, el brillo de un fuego de bengala, pero que no deja tras de sí ninguna huella profunda y duradera. No, su triunfo no debe ser el del número, sino el de la *intensidad;* pues como victoria de gracia, más vale un hogar, penetrado realmente del espíritu de la Entronización y que se propone hacer del Sagrado Corazón el Rey y Centro de su vida, que no diez y cincuenta que han cantado tal vez muy bien y muy alto, pero que aman poco. Intensificad con vuestros esfuerzos la vida cristiana de Betania, a fin de que sea Betania en espíritu y en verdad. Volved dos y diez veces y más, queridos apóstoles, a esa casita donde ya tenéis una influencia, donde se os recibe con simpatía y donde habéis afirmado el reinado efectivo del Corazón de Jesús. No lo conseguiréis todo en un momento; armaos de dulzura y de paciencia, inventad san-tos pretextos para regresar, y con la gracia del Señor, que no os faltará jamás, conseguiréis la transformación espiritual de esa familia. Pero no os canséis de atizar en ella el fuego sacro, fomentando la piedad, induciendo con suavidad y fuerza a la Comunión frecuente y fervorosa, aconsejando la oración en familia. Pero antes, con santa habilidad, desterrad, desarraigad todo vestigio de una piedad supersticiosa, mezcla híbrida, con frecuencia, de un sentimiento religioso y de una superchería perniciosa y paganizante. Sin herir susceptibilidades, con cautela y suavidad, entronizad a fondo a Jesús, Sol de justicia, de verdad y de amor. Los sencillos y los pobres tienen una clarividencia especial, un instinto delicadísimo y espiritual en cuestión de Evangelio, reconocen muy fácilmente al Maestro auténtico, y entonces, cabalmente, porque son sencillos, saben enamorarse de Él con verdadera pasión de amor. Una distinguida y piadosísima señora, apóstol de uno de nuestros Secretariados, conoce, por referencia de su lavandera, la tristísima historia de un soldado, socialista antes de la guerra y anarquista furioso después de terminada ésta. Está inválido, ha perdido un brazo, tiene mujer y varios niños. Es un verdadero energúmeno antisocial y anticristiano. Así todo, la celosa mensajera del amor de Jesús se propone convertir esa víbora y transformar ese antro de tinieblas en *altar de luz.* Armándose de valor llega a la casucha donde encuentra, tomando el sol, al infeliz soldado; le saluda con afecto, le habla durante un rato sin recibir respuesta... Por fin, exasperado, exclama el infeliz: "¡Fuera de aquí, señora, fuera de aquí... Pronto llegará el día en que pueda hartarme de sangre de curas y de ricos... ¡Fuera de aquí!» Domina la señora su impresión, y con gran dulzura quiere hacerse oír, pero es inútil; el soldado vocifera furioso y amenaza. «Me iré, pues —dice la señora—, pero regresaré mañana a esta hora.» Y como lo ha prometido, lo cumple. La misma diatriba furibunda le aguarda y el mismo recibimiento de cólera. Pero, resuelta a tomar por asalto esa trinchera, regresa dos, cinco, diez veces... Hasta que un día el soldado, furioso, llama a voces a su mujer y le dice: «Mira, esta señora me está fastidiando con sus visitas hace ya varios días, y parece resuelta a seguir viniendo. A ver tú, líbrame de ella, que te hable a ti.» Ahí están en el mismo A banco, muy poco aseado, codeándose, la marquesa y la pobre mujer del anarquista. Este, receloso, se acerca y, fingiendo no querer tomar parte en el diálogo, oye con interés, sigue la conversación... Los chicos, picados por la curiosidad, se han arremolinado, y por el suelo, cerca de su madre, oyen el primer Catecismo de su vida. La marquesa habla corno saben hablar los que aman, los apóstoles; va directamente al grano, afirma, habla de Dios, del amor de ese Dios que es un Padre, y ¡qué Padre!... Ha perorado como un elocuentísimo misionero durante dos horas. Ve su reloj; es tarde y se levanta para irse, acariciando a los chicos. « Cómo, ya se va usted?... —dice el anarquista—; es todavía temprano; siga usted; quédese todavía un momento.» Asombrada la señora con este cambio radical de tono, se sienta y prosigue por media hora todavía ese primer Catecismo, hecho en una cueva de verdaderos salvajes en el orden moral. Pero al levantarse y al despedirse, todos a una, y llevando el coro el anarquista y su mujer, le dicen: «Prométanos que volverá usted sin falta mañana, y por un rato más largo.» Conmovida la marquesa, abrazando a la pobre mujer y a los niños, y dando la mano al soldado, promete regresar al día siguiente y quedarse un largo rato. Al cabo de unas diez visitas trae una joven que le ayude en su ministerio para preparar aparte a los chicos. Ella, la marquesa, sigue catequizando al soldado y a su mujer, que más de una vez, la interrumpe con lágrimas y exclamando: « ¡Qué hermoso, ¡oh!, qué hermoso, y cómo no nos hablan dicho antes todas estas cosas..., qué felices hubiéramos sido!» Al mes y medio de instrucción a domicilio es llamado el párroco, el que apenas cree a sus ojos y a sus oídos cuando comprueba que el antro de odios y miserias ¡es ya un rincón de Betania!... Unos días más y en la parroquia se celebra, después del bautismo de los hijos y del matrimonio de los padres, etc., etc., la *primera Comunión de toda la*

familia! Y ese *mismo* día, por la tarde, las señoras del Secretariado y algunos señores de las Conferencias de San Vicente hacen solemnemente la Entronización en lo que fue nido de víboras y que, desde entonces, es un hogar cristiano y feliz, una Betania más del Corazón de Jesús. Llorando de alegría esa tarde, el ex anarquista decía: «Sin saberlo yo sufría de hambre, hambre de este Señor, el que me han dado esta mañana en el Comulgatorio; hambre de este Jesús, el que ha venido esta tarde a mi casita para acompañarme hasta la muerte!... Yo no le conocía, pero sentía esa hambre, y por eso era un infeliz... ¡Ahora, con *Él,* no necesito nada, nada!» ¿Habéis comprendido, apóstoles queridos? Así se hace la campaña de la .Entronización; es preciso, como en este caso, conquistar a fondo, porque si en lo humano hay que hacer bien lo que se hace, mucho más aún en lo divino, en lo que toca a la gloria del Señor. * * * Todo lo anterior provoca una pregunta: ¿Se puede hacer la Entronización en una casa donde haya algún publicano? Entendámonos primero, a fin de que la respuesta sea clara y bien fundada. En un hogar puede haber —caso, ¡ay!, frecuentísimo —, un alma extraviada; digamos el dueño de casa, un señor bueno y digno, que quiere mucho a los suyos, pero que no ama al Señor, es indiferente en materia religiosa, no cumple con la Iglesia... Se puede hacer en esa casa la Entronización? Si la esposa y los hijos son de veras cristianos, si en general toda la casa lo es, evidentemente que sí. Es decir, que en esta ocasión, como hace siglos, la fe de Marta y el amor de María obligarán a Jesús a resucitar a Lázaro. Se hace venir, pues, al Señor como Rey y como Médico, y ello no sólo es lícito, sino *aconsejable.* Pero con la condición de que el hogar pague en amor el amor que no da el dueño de casa. Que si se pide un milagro en esa conversión es preciso que la tal conversión se lo merezca, se lo pague, pues toda obra de misericordia es siempre precedida, como en el Calvario, de una obra de justicia. Notemos aquí que la Entronización no es principalmente una recompensa, sino un *medio.* No hay que hacer de ella lo que se hizo, y con abuso, de la Sagrada Comunión, sólo recompensa para los Santos; ¡no!, Jesús quiere entrar en muchos hogares donde hay necesidad de su gran misericordia: ¡llevémoslo! Esto no quiere decir que aconsejemos el que se haga la Entronización allí donde hay verdadero escándalo, donde no hay propósito de corrección y enmienda. ¡Eso, no; eso, jamás! Pero creedme que hay largo trecho, todo un abismo, entre un hogar escandaloso, y otro donde hay un enfermo moral, un indiferente y des creído y aún peor. Este último es el caso de Simón y de otros publicanos, donde entró Jesús en busca de almas extraviadas, ya que por ellas descendió del cielo. Y qué de veces he asistido a la repetición de esas escenas evangélicas. Jesús, rodeado de enfermos más o menos benévolos, que, muchas veces, sin pensarlo, están aspirando inconscientemente de sus labios, de su Corazón, la salud y la vida. Cuántos de esos que *toleraron* al Señor en su casa, a petición de la esposa piadosa, he visto después llorar de amor y convertidos. Oídme: estoy en un salón elegantísimo; sobre el piano de cola está entronizado, en riquísimo marco dorado, una preciosa y artística pintura del Sagrado Corazón. Estoy ante ese Rey de Amor, acompañado únicamente del dueño de casa, todo un personaje. Consintió él que se hiciera la Entronización a ruego de su mujer e hijos; pero él..., hacía cuarenta y tantos años que no practicaba. He ido esa tarde con el objeto de darle un gran asalto; le he pedido me reciba sin decirle, naturalmente, el porqué. Ahí estarnos *los tres,* es decir, Jesús entre nosotros dos, el sacerdote que habla y el publicano. Interrumpo de repente la conversación común, y le digo: —Señor, he venido aquí resuelto a no irme sin darle la absolución. —¿Cómo dice usted, Padre? ¿La absolución?... —repite él sonriendo, figurándose que hablo en broma... —Si, señor, la absolución; después, natural-mente, de haberle confesado aquí mismo. Ríe el señor, y me dice: —¿Con que viene usted hoy tan decidido? —Y de buena gana vuelve a reír. —Si, resuelto... Vea usted el retrato de su Rey; esto no puede ser una mentira... Este lábaro significa que Jesús es el único Amo de esta casa, que El sólo manda... y todos le obedecen..., menos usted... Ea, pues, señor, decídase usted, póngase a mis pies de rodillas, y aquí mismo le confieso y le doy la absolución. Ya no se ríe el personaje, cambia de tono, se excusa, se defiende...; dice que lo verá, que tal vez un día, que para cosas tan serias es preciso reflexión, tiempo, etc... --y si la muerte hubiera de venir esta noche, ~,le diría usted que regrese dentro de un mes, que necesita usted pensarlo y prepararse?... pues no es la muerte, sino la Vida, Jesús, quien viene; ¡ay!, no lo rechace, ¡ea!, de rodillas, señor mío, yo le ayudaré. Y esto diciendo, le extiendo los brazos, le animo todavía un momento; el señor está pálido, vacila un instante, y luego, vencido por el Rey que está ahí mostrándole su Corazón, cae de rodillas, le abrazo, comienzo el examen de conciencia... Confesión admirable y absolución... Días después toda la familia, la esposa y cinco hijos, con Lázaro resucitado, comulgando juntos, lloraban de alegría. «He venido a salvar —dijo el Maestro— lo que se había perdido» (1). «No son los que están sanos, sino los enfermos, los que necesitan de *médico (2). Misericordiarm vol.() .(3). «Traigo y* ofrezco en mi Corazón herido una infinita misericordia, aceptadla.» «¡Estoy a la puerta y llamo!» (4). «Si me recibís con fe, confianza y grande amor; si así pagáis la deuda de aquel por quien me llamas, de aquel a quien queréis que yo convierta, sabréis un día por qué dije, al entrar en casa de Zaqueo: *Ilodie huic domui salus facta est. El* día de hoy ha sido día de salvación para esta casa» (5).

(1) Mat., XVIII, 11.
(2) Mat., IX, 12.
(3) Mat., IX, 13.
(4) Apoc., III, 20.
(5) Luc., XIX, 9.

En más de una ocasión me habéis oído lamentarme, y con razón, del desconocimiento de Jesús, pecado capital de nuestra época, aun en el medio social que se cree y se dice cristiano. Se podría repetir con más razón que hace siglos: ((Hace ya tanto tiempo que estoy entre vosotros, ¿y todavía no me habéis conocido? (1). Pues para disipar esa niebla espesa de ignorancia, mal gravísimo, aprovechad, queridos apóstoles, la visita a domicilio para aconsejar con amable insistencia la *lectura y meditación del Evangelio.* Éste sería, ciertamente, uno de los grandes beneficios de nuestra Cruzada familiar, si consiguiéramos poco a poco hacer entrar este libro divino en las familias donde hay un cierto fondo cristiano, pero que flaquean mucho en instrucción religiosa, y por ende en muchos otros puntos, que derivan lógicamente de dicha ignorancia. Hay una virtud especial y una gracia secreta en el Evangelio. Tienen sus páginas un encanto, una unción, que, con frecuencia, conquistan y seducen, aun a aquellos que están un poco lejos de la piedad cristiana. Ninguna literatura, ninguna, ha tenido el privilegio de tocar y conmover e iluminar los corazones como la literatura divina del Evangelio. Hay en ella un perfume que no es de la tierra, y que perciben muchos de aquellos que, teniendo cierta honradez natural, y sin ser todavía fervientes cristianos, han tenido la fortuna de coger entre sus manos este libro único. (1) Juan, XIV, 9. No querríamos censurar, por cierto lejos de ello, el afán, casi el prurito de cierta gente piadosa de tener toda una biblioteca de libros espirituales; bien está, por cierto, y es muy loable, que la madre y las hijas, y todos en la familia, busquen, conforme cada cual a su paladar, un libro y otro de formación religiosa. Insisto: no debo ni quiero censurar este proceder. Pero... con cierta frecuencia, en medio de tantos libros de instrucción, de meditación y devoción, falta el gran libro, el Evangelio, y es lástima, mucha lástima, pues quien no ha bebido luz de esta fuente, quien no ha fortificado su espíritu con la harina de este campo, sembrado y cultivado por el mismo Jesús, carece de algo muy sustancial, y que nada ni nadie podrá jamás suplir. ¡Ah! Si poco a poco consiguiésemos con esta Cruzada, restauradora de los grandes principios y de las grandes tradiciones de la familia cristiana, que se leyera el Evangelio en familia, que esa doctrina divina la oyeran los niños de labios de sus padres, en el santuario doméstico, habríamos dado indudablemente un paso gigante en el camino de recristianización social. Volvamos al Evangelio y en él encontraremos diáfana, sencilla, sublime la figura del único que tiene soluciones para todos los problemas de la familia y de la sociedad: ¡Jesucristo! Los que se llenan la boca con el título de «intelectuales» y «sociólogos» están viendo que todas las teorías sin Cristo son camaleones, que viven del aire, de la sonoridad y también de la tontería candorosa que abunda en todas las latitudes... Dejémoslos con sus organillos destemplados, que no son música; con sus declamaciones huecas, que no son doctrina ni ciencia, y acudamos al oráculo divino del Evangelio, que ahí, en los labios de Jesús, encontraremos luz y paz. Nadie habló jamás como Él, el Verbo. Cuando Él está ausente, ¿quién podrá darnos palabras de vida eterna? ¡Felizmente nadie!»

CARTA DEL EMMO. SEÑOR CARDENAL L. B ILLOT, S. J., AL R. P. MATEO CRAWLEY-BOEVEY, SOBRE LA ENTRONIZACIÓN Roma, 26 de abril de 1915. Muy reverendo Padre:

I. El título La palabra de recomendación que pedís para la Obra llamada de la «Entronización del Sagrado Corazón de Jesús en los hogares>>, y que yo hubiera dado en toda confianza con sólo conocer tan hermoso título, os la doy ahora con entusiasmo después de adquirir, merced a los documentos que me habéis suministrado, más amplio conocimiento del objeto de la Obra, de su fin, de sus condiciones, de sus orígenes y de los resultados ya conseguidos.

II. La Obra Lo que el título anunciaba, la Obra lo realiza y desde luego se ve hasta la evidencia que no se trata en manera alguna de una nueva devoción que por su misma novedad parece sospechosa: ni menos aún de una deformación o modificación injerida en una devoción antigua, con detrimento de la forma auténtica consagrada por la Iglesia. No, de ninguna manera, *sino que es la pura, la simple, la genuina devoción aI Sagrado Corazón, tal como nos ha sido transmitida en las revelaciones de Santa Margarita María, tal como la ha sancionado la Iglesia con su autoridad suprema, sin una tilde más ni un ápice menos, la que la Obra se propone implantar en el hogar doméstico.* Porque ¿de qué se trata, efectivamente? De entronizar, o sea de colocar en el lugar de honor de la casa la imagen del Sagrado Corazón, en reconocimiento del soberano derecho de Jesús sobre toda la familia y sobre cada uno de sus miembros; rezar cada noche, ante esa imagen, la oración común, renovando por voz del padre o de la madre su consagración primera: de ser fiel a la Comunión, y, en lo posible, a la Hora Santa de los viernes primeros de mes; inspirarse en las enseñanzas y

ejemplos del Divino Corazón, y acudir a esta fuente de todas las gracias, tanto en las alegrías como en los duelos de la familia, en los días buenos y en los malos, en las penas, en los contratiempos, en las separaciones, en las lágrimas que se vierten sobre las tumbas, así corno en las sonrisas que florecen sobre las cunas, y, en una palabra, tanto en las dificultades de la vida corriente como en los accidentes que vienen a interrumpir su curso normal y regular. Pues, bien, ¿qué hay en todo esto que no se encuentre comprendido en la devoción al Sagrado Corazón usada por la Iglesia? Todo se reduce pura y simplemente a hacerla penetrar en la vida de familia, de modo que tenga en ella el lugar que le corresponde, y que sea, no una devoción muerta, sino una devoción operante y activa, animando con su dulce y vivificante calor las almas todas del hogar: de los padres y de los hijos, de los grandes y de los pequeños, de los dueños y de los servidores, semejante a aquella levadura que la mujer de la parábola evangélica mezcla con las tres medidas de harina para hacer fermentar toda la masa. Lejos, pues, de ver en la Entronización nada que se parezca, ni por sueño, a una novedad peligrosa, veo en ella, al contrario, todo lo que es propio para interesar, en el más alto grado, el celo de las almas verdaderamente poseídas del amor a Nuestro Señor.

III. Realización de los deseos del Sagrado Corazón *Veo en ella, en primer lugar, un medio sencillo y práctico para realizar los divinos anhelos manifestados a Santa Margarita María.* Según lo decís, reverendo Padre, Nuestro Señor ha pedido a la Santa que su Corazón fuera objeto, en las familias, de un culto especial. ¿Quién no recuerda esas dos promesas que suenan tan gratamente entre las otras que hizo a su sierva: «Haré reinar la paz en las familias. Bendeciré las casas en que sea expuesta y honrada la imagen de mi Sagrado Corazón»? De ahí esa ceremonia que ponéis al frente de vuestro programa, y que sin duda alguna os habrá sido inspirada también por el ejemplo de la primera fiesta, íntima toda ella, espontáneamente organizada por las novicias del Monasterio de Parav-le-Monial el día onomástico de su santa maestra, 20 de julio de 1685, en honor del Divino Corazón. Hay que leer en la historia de la Santa la descripción de aquella que a buen seguro fue la primera *entronización, y* que se hizo a puerta cerrada en el recinto reservado del noviciado; hay que oír especialmente la expresión de la alegría que inundó entonces el alma de Margarita María(1). ¿Tendría ella en aquél instante el presentimiento de que en ese grano de mostaza estaba encerrado el árbol gigante, en cuyas ramas, desde hace tres siglos, acuden las aves del cielo a buscar albergue? No lo sé; pero lo que bien sé es que si el libro del porvenir se hubiera abierto ante su mirada, y en él la página que se titula *Entronización del Sagrado Corazón en los hogares,* hubiera reconocido en esta Obra la extensión del gesto tan graciosamente ensayado por sus queridas novicias, y habría vislumbrado en ella el verdadero cumplimiento de los augustos anhelos, cuya confidencia había recibido. *(1) Vida y obras, t. II, págs. 103-10-I.*

IV. Santificación de la familia y de la sociedad *En segundo lugar, veo en nuestra Obra el medio apropiado para la santificación de la familia, y por ella, de la sociedad entera. Digo el más apropiado,* porque es norma que las cosas crezcan y se desarrollen por los mismos principios que les han dado origen. Pues bien, ¿qué vernos en el origen de la familia, quiero decir de la familia cristiana, de la familia regenerada por la gracia de la Redención? Y, no es, acaso, el misterio de la unión de Jesucristo con la Iglesia, unión cuyo signo inviolable y sagrado es, por divina institución, el sacramento del matrimonio? Y en este mismo misterio de la unión de Cristo con la Iglesia, qué es sino el misterio del Sagrado Corazón, abierto en la Cruz para la creación de la Iglesia, del propio modo que había sido abierto, en el paraíso terrenal, el costado del primer Adán para la creación de la primera Eva? *Propter hoc prima mulier facta est de latere viri dormientis, et appellata est vi ta materque vivorum. Magnum quippe significavit bonum ante magnum praevaricationis malum. Hic secundus Adam, inclinato, capite, in cruce dorrnivit ut inde formaretur et con fux, quac de latere dormientis e fluxit.* Consideramos en espíritu —dice nuestro gran Bossuet.— a la esposa misteriosa, es decir, la Santa Iglesia, sacada y como arrancada del sagrado costado del nuevo Adán durante su éxtasis —el éxtasis de la muerte—, y formada, digámoslo así, por esta herida mística, esposa, cuya consistencia toda está en los huesos y en la carne de Jesucristo, que se la incorporó por el misterio de la Encarnación y por el que es una admirable extensión de éste, la Eucaristía. F1 lo deja todo para unirse con ella; deja en alguna manera al Padre que tenía en el cielo, y a su madre la Sinagoga, de donde traía su origen, según la carne, para adherirse a su esposa, elegida entre los gentiles. Esta esposa somos nosotros, nosotros los que vivimos de los huesos y de la carne de Jesucristo, por los dos grandes misterios que acabamos de mentar. Nosotros somos, según dice San Pedro, *este edificio espiritual y el templo vivo del Señor (1),* edificado en espíritu desde el tiempo de Eva, nuestra madre, y desde el origen del mundo.» Tal es, pues, la unión de Jesucristo con la Iglesia salida de su Sagrado Corazón traspasado en la Cruz; unión, repito, que tiene por divina institución, en el sacramento del matrimonio, su signo augusto e inviolable: Sacra*mentum hoc magnum est,* dice el apóstol, *ego autem dico in Christo et in Ecclesia (2).* Pero no ya un signo vacío y hueco como lo eran las figuras del Testamento antiguo, sino ennoblecido ahora con todas las prerrogativas del Testamento nuevo, y enriquecido con la misma riqueza

de la realidad ya cumplida, y lleno y como desbordante de la gracia del inefable misterio que representa. De suerte que, por medio del gran Sacramento que está en su base, la familia cristiana se nos presenta como arraigada en las mismas profundidades del Corazón divino en que la misma Iglesia recibió la vida.
(1) 1.**3** Yetr., II, 5. (2) I,I., tir, 32.
Y siendo esto así, ¿dónde estará la devoción al Corazón de Jesús en lugar mejor que en la familia cristiana? ¿Dónde tendrá ella un medio ambiente y, si me atrevo a decir, un terreno de cultivo más apropiado? Y por encima de todo, ¿dónde se encontrará un medio más *connatural* (disculpadme este barbarismo) de *sobrenaturalizar* la familia y levantarla a la altura del ideal deseado por Jesucristo? Pero releamos lo que escribe San Pablo a los Efesios: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a su Iglesia y se sacrificó por ella para santificarla (1). Así es como los maridos deben amar a su mujer, a sí mismo se ama. Y, ciertamente, nadie aborreció jamás a su propia carne; antes bien, la sustenta y la cuida, así como también Cristo a la Iglesia, porque nosotros —que la componemos— somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos. Por eso está escrito: Dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse con su esposa, y serán los dos una carne. Grande es este misterio, quiero decir con res pecto a Cristo y a la Iglesia. Cada uno, pues, de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer reverencie a su marido. Hijos, obedeced a vuestros padres, en el Señor, por-que esto es justo... Y vosotros, padres, no exasperéis a vuestros hijos, pero educadlos corrigiéndolos e instruyéndolos según el Señor... Servidores, obedeced, a vuestros dueños con respeto, en la sencillez de vuestro corazón, como al mismo Cristo. (1) Ef., V, 25. Servidlos con afecto, como sirviendo al Señor y no a hombres, seguros de que cada cual, sea esclavo o sea libre, recibirá del Señor el premio de todo lo bueno que hubiere hecho. Y vosotros, señores, haced otro tanto con ellos, y excusad las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos y que no hay en él acepción de personas.»
Ahora bien, ¿no os parece, reverendo Padre, que ésta es la descripción de un interior de familia donde se hubiera entronizado al Sagrado Corazón? A mí me parece —quiero haceros esta confidencia— que habéis sido prevenido por San Pablo; y aún me parece cosa más grave: que hay en vuestra iniciativa algo que semeja bastante lo que, en lenguaje común, se llama un plagio al Apóstol de las gentes.
V. Reparación pública *Finalmente, vuestra Obra, según lo indica su mismo nombre, será un homenaje de desagravio por el desconocimiento general de los soberanos derechos de Nuestro Señor Jesucristo.* He dicho según lo indica su nombre, aunque no ignoro que se ha querido hacer de ese mismo nombre un arma contra vos; pero también y con toda evidencia, que todas las razones alegadas carecen absolutamente de valor. Una sola quizá podría ofrecer alguna remota apariencia de dificultad, y es la que consiste en decir que la Sagrada Congregación de Ritos, habiendo reprobado la *coronación* de la imagen del Sagrado Corazón, ha reprobado también, por esto mismo, su *entronización.* Pero vamos despacio: esto es plantear la cuestión en forma poco exacta, puesto que coronación y entronización no son idénticas: Si, es cierto, que no nos toca coronar a Jesucristo, quien no es Rey por nuestra venia ni por nuestra voluntad, sino, antes bien, por derecho de conquista y de reden*ción,* pero nos tocará a lo menos, me figuro, reconocer su realeza divina, afirmarla altamente a la faz del mundo, defenderla contra los que la niegan; y esto es, ni más ni menos, lo que se hace en la entronización, al colocar su imagen en el lugar de honor, en el lugar soberano, en el primer lugar. A más de esto, vemos en el Evangelio que, después de la multiplicación de los panes, sabiendo Jesús que iban a venir para coronarlo rey, huyó a ocultarse solo en la montaña (1), mientras que, al contrario, no se resistió cuando en el día de ramos le entronizaron trajeron —dicen los Evangelistas— el asno y el pollino (el asno de Oriente, cabalgadura (le los antiguos reyes de Israel), lo cubrieron con sus mantos, y en él hizo Jesús su entrada triunfal en Jerusalén. Y la numerosa muchedumbre tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de árboles y alfombraban con ellas el camino. Y toda aquella multitud, delante y detrás de Jesús, clamaba: ¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel!» (1). (1) Juan, VI. 13.
VI. No es coronación Que no se hable, pues, más de coronación de la imagen del Sagrado Corazón, que por lo demás no tendría, notémoslo de paso, nada de común con las coronaciones que se hacen en ciertos casos de Vírgenes célebres por el número y el esplendor de los prodigios, como en Lourdes, en Nuestra Señora de las Victorias y en tantos otros santuarios. Porque entonces no es la imagen de la Virgen como tal la que se pretende coronar, sino, lo que es muy distinto, una imagen en cuanto es milagrosa, en cuanto se distingue de las otras imágenes por una especial manifestación del poder y la bondad de aquella que es allí representada. Y en esas condiciones, el acto de la coronación no se dirige ya directamente a la Virgen en su imagen, sino más bien a la misma imagen en que la Virgen se complace en hacerse invocar perfectamente y honrar. (1) Mat, XXI, 7, 9; Marc,, XI, 7, 10; Luc., XIX, 35, 38; Juan, XII, 12, 16. Pero la cuestión movida tocante a la coronación de la imagen del Sagrado Corazón no entraba para nada en el marco del caso especial que acabo de recordar. Nada de extraño entonces es que haya sido descartada, o aún, si queréis, reprobada. Por última vez, no

hablemos más de eso; pero hablemos, sí, de la *Entronización;* hablemos de la que os habéis hecho, reverendo Padre, el iniciador y el apóstol. Opongámosla a los que dicen: *Nolumus hurte refinare super nos (1).* En los hogares es donde deberá pronunciarse primero el enérgico y vigoroso *volumus,* que será la respuesta al grito de odio del infierno, conjurado más que nunca contra Jesucristo. Sólo me resta, reverendo Padre, ofreceros, junto con mis más calurosas felicitaciones y mis votos más ardientes por el feliz éxito de vuestra empresa, el homenaje de los sentimientos de profundo y religioso respeto, con los cuales tengo el agrado de suscribirme de vuestra Reverencia muy humilde y adicto servidor. L. BILLOT, S. J. *N. B.—Las palabras subrayadas lo fueron por el Eminentísimo Cardenal Billot. Sólo hemos introducido la división en párrafos.*
(1) Luc., XIX,

TEOLOGÍA DEL CORAZÓN DE JESÚS HOGAR DE JESÚS EL AMIGO ADORABLE, TRONO DEL REY DE AMOR Nuestro Superior General, el reverendísimo Padre Juan del Corazón de Jesús, 1) D'Elbée quiere que se publique la colección de mis Circulares sobre la Entronización del Sagrado Corazón en los hogares. A este efecto me pide que escriba yo la introducción de dicha publicación, a fin de que la generación que se levanta pueda en esas líneas inspirarse en perfecta uniformidad doctrinal. El Padre D'Elbée debe su vocación de milagro a la Obra, y porque es mi General, su mera insinuación es para mí una orden. Sin más, pues, pluma en ristre, realizo gustosísimo su proyecto. Con la gran sencillez de estilo que hace ya largos años he adoptado como la única forma de elocuencia apostólica, expondré en charla familiar a mis queridos colaboradores mi profunda convicción sobre el espíritu de nuestra cruzada. El Paráclito, que es Luz y que es Llama, hará lo demás, derramando con profusión un Pentecostés que sea «Visión» y que sea Amor». Ver claro y amar inmensamente, tales son, en efecto, los dones clásicos que constituyen el apóstol. Y la Reina dulcísima del Cenáculo, Madre y Maestra de Apóstoles, hará también la parte que de derecho le corresponde. ¡Su intervención asegurará, como siempre, un éxito de gracia! Esta exposición, tan límpida de estilo como sustancial de doctrina, comprenderá los tres Capítulos siguientes: *la Doctrina u la Teología del Corazón de Jesús la Revelación de Paray-le-Monial y la Entronización,* tal como la ha aprobado y bendecido la Iglesia. Que el Rey de Amor queme con fuego divino mis labios y el corazón de los que me lean out *adveniat Regnum Regis Amoris!»* CAPITULO PRIMERO DOCTRINA Y TEOLOGÍA DEL CORAZÓN DE JESÚS Cotizo es natural, me dirijo sobre todo al grupo escogido de apóstoles y en especial a los sacerdotes. Lo hago con inmenso respeto, les hablo de rodillas, como quien hace oración. Mis cabellos blancos me autorizan a hablarles discretamente en tono de predicador. Hagamos, pues, un poco de catecismo. Ello es absolutamente indispensable, pues la querida Obra, por el hecho mismo de crecer y desarrollarse, podría correr e l riesgo de deformarse. En efecto, el mal de «elefantiasis» en las obras católicas es mucho más corriente de lo que imaginamos. El cuerpo, o sea el organismo exterior de una obra, se desarrolla, con frecuencia, en detrimento del alma, del espíritu. Y, sin embargo, dicho desarrollo es ley inexorable, ley de naturaleza y de gracia. En efecto, todo lo que vive bajo el sol y en la Iglesia, debe crecer, debe sufrir una inevitable evolución, so pena de atrofiarse y morir. Esto ocurre siempre con la virtud y la santidad. Con la inteligencia y con las cualidades morales. Ello es inevitable en las obras de apostolado. Fueron éstas una hermosa mañana el granito insignificante de mostaza en las manos del Sembrador. Y poco a poco surge de tierra el arbusto y luego aparece el árbol gigante. Pero todo esto no se realiza sin algún peligro. Así ocurrió con la Entronización. No fue ésta sino un granito insignificante de mostaza en Valparaíso (Chile) en 1908. A Dios gracias, es hoy, en 1948, un árbol mundial, cuyos óptimos frutos hacen las delicias de los ángeles y de los amigos y apóstoles del Rey Divino. Pero es evidente que si la savia y las raíces del árbol son invariablemente las mismas, el árbol de 1948 presenta variantes de belleza espiritual y de fecundidad que no existían sino en germen cuando la semilla fue trasplantada, de la sementera de Paray-le- Monial, al puerto bendito de Valparaíso. Esto no es sino lo corriente y lo normal en el orden de la naturaleza y de la gracia. Me explico: si los que me leen en 1948 me hubieran leído o me hubieran oído predicar en 1908, observarían en el acto que si la obsesión dominante de mi discurso es exactamente la misma, no así el tono del predicador; éste se ha modificado. Mi estilo tiene hoy menos recargo de poesía y de música, y mucho más fondo de doctrina, conservando, eso sí, la misma convicción, tan sincera ayer como hoy. Nadie, pues, se extrañará si afirmo que he aprendido a predicar, predicando, según el axioma corriente, que dice que «echando a perder se aprende». Si, a medida que avanzaba en mi carrera de apostolado, iba comprendiendo siempre mejor que, en este gran apostolado del «Reinado Social del Sagrado Corazón», era indispensable poner en acuerdo perfecto de espíritu y de doctrina la tesis sublime de San Pablo sobre la Caridad de Jesucristo y las asombrosas revelaciones del Sagrado Corazón en Paray-le-Monial. Porque si la *«Devoción»* al Sagrado Corazón de Jesús tuvo por cuna la Capillita de Santa Margarita María, en Paray-le-Monial, la gran *«Teología»* del Corazón de Jesús data de mucho más lejos; ésta fue formulada en Belén y

en Getsemaní, en el Cenáculo y en el Calvario, Y sus primeros apóstoles son San Juan Evangelista y San Pablo. Si, es, pues, de toda necesidad que en nuestra predicación sepamos unir indisolublemente la «Teología» de San Pablo a la «Devoción» del Sagrado Corazón, tal coma la Iglesia la ha aprobado y recomendado. El Himno sagrado que la Iglesia quiere se cante en honor del Sagrado Corazón comprende, como música celestial, la *«Teología»* del *gran* Apóstol, condensada en estas palabras: «¡la Caridad de Cristo nos apremia... la perfección de la Ley es el amor... quien ama ha observado la Ley!» y la música maravillosa de ese Himno sería la *«Devoción»* preconizada por Santa Margarita María cuando cita estas palabras del mismo Salvador: « ¡He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres... quiero y prometo reinar por mi Sagrado Corazón... ¡Ah! ¡Cuánto ganaría en elocuencia sobrenatural nuestra predicación si pusiéramos muy de manifiesto la íntima relación doctrinal entre la tesis de San Pablo y las afirmaciones de Santa Margarita María, tales como la Iglesia las ha aceptado al bendecir y recomendar oficialmente la Fiesta del Sagrado Corazón, la Celebración de los Primeros Viernes, la Hora Santa, el honor rendido a la Imagen y todo el culto exterior, tan desarrollado dentro del elemento católico más sólidamente piadoso! Es preciso comenzar por recomendar la meditación a fondo, por ejemplo, de este párrafo, tal vez el más sublime del gran Apóstol: «¡Si *hablara la lengua de los ángeles y de los hombres... si tuviera una fe tan fuerte que sea capaz de transportar montañas; si no tengo caridad, si no amo, soy nada!»* Después de esta estupenda meditación se comprenderá admirablemente el grito que estalla del Corazón herido de Jesús cuando dice: « ¡Sitio!» « ¡Tengo sed, no de agua, sino de fuego; *tengo sed de amor! Estoy triste porque no soy amado de los mismos que se dicen mis amigos!»* La tesis de Pablo, meditada ante el altar de Paray-le-Monial y con el luminoso comentario de Margarita María, tiene inflexiones de una elocuencia avasalladora... *¡Teología y Devoción* se dan la mano; ambas exponen la altísima doctrina del Amor! No olvidemos que la elocuencia victoriosa de un apóstol no estriba ante todo en su palabra, sino en la fuerza de la Verdad, de la Doctrina que predica. La victoria sería nuestra si en el apostolado de la Entronización y en todo lo concerniente al Corazón de Jesús comenzáramos por poner ante todo lo que llamo *«el ara del altar»*, es decir, el Evangelio y San Pablo. Sólo entonces deberíamos colocar, sobre ese altar de doctrina, las flores y las lámparas que Margarita María nos ofrece en honor al Sagrado Corazón. ¡El altar es la doctrina, la teología; las luces y los ramilletes son los actos de culto exterior, de la devoción! Confesemos que con frecuencia, nuestra predicación se reduce a la bellísima devoción; pero ésta, por hermosa que sea, requiere la base, la sustancia de sólida doctrina. Y si la Causa del Corazón de Jesús no está aun definitivamente ganada, sobre todo entre el Clero, ello en parte es debido a una exposición deficiente, no lo bastante dogmática y doctrinal. Y a la verdad la Entronización se presta admirablemente a demostrar la maravillosa avenencia y la fraternidad de espíritu y de doctrina entre el Apóstol Pablo y la Mensajera del Corazón de Jesús... Pablo afirma: «Cristo me amó y se entregó por mí»... Y Margarita María glosa diciendo: «Jesús quiere, sobre todo, ser amado... Promete reinar y reinará, pero por Su Amor, por Su Sagrado Corazón!» Las palabras son distintas, pero en el fondo la afirmación es idéntica, Paray es una aplicación práctica del Primer Mandamiento. Una comparación que ayude a comprender esta indisoluble unión de «Teología» y de «Devoción» —El Ave María y todo el culto Marial se basa en el Misterio de la Anunciación, en el dogma de la Maternidad divina de María... No lo olvidemos; la devoción Marial, tan católica, supone como fundamento una «Teología Marial». Hagamos, pues, comprender a nuestros colaboradores en el apostolado que todo culta exterior, que toda devoción que merezca ese nombre, supone siempre un «dogma». Toda devoción realmente católica debe necesariamente ser «dogmática». Ahora bien, entre las numerosas y muy hermosas devociones en la Iglesia, ninguna seguramente es más dogmática y más evangélica que la del Corazón de Jesús. En efecto, esta magnífica devoción abarca y comprende los tres capítulos que condensan todo nuestro Credo, a saber: *el Misterio de Amor infinito que es la locura de la Cruz y de la Pasión — y el Misterio y el Don de Amor por excelencia que es la Eucaristía Sacrificio y la. Eucaristía Sacramento'* A la luz de esta sublime «Teología» se saborea la «Devoción» que es, por ejemplo, la Fiesta del Sagrado Corazón, la Celebración de los Primeros Viernes, la Flora Santa y, en fin, la Consagración al Corazón de Jesús, esto es a Su Amor, de todo lo que vive, de todo lo que es hermoso en la Iglesia. Y si honramos la Imagen del Sagrado Corazón es porque ésta representa no sólo el Corazón, órgano material de Jesús, sino su Amor infinito... El término «Corazón» es simbólico, tanto en el lenguaje humano como en el divino. Si pues dice el Señor: «He aquí el Corazón que ha amado tanto a los hombres», esta frase es equivalente a esta otra: «Contemplad en este Corazón al Amor que me llevó hasta la muerte... Y en canje de este Corazón y de mi Amor, dadme vuestro corazón, dadme vuestro amor!» Si pues la tesis de San Pablo fuera una espléndida tela, la revelación de Paray le serviría de marco incomparable para predicarla y presentarla al público cristiano. Otra suposición simbólica: si toda la maravillosa exposición del Apóstol fuera, digamos, una Misa, la liturgia de esa Misa, la fórmula sagrada para celebrarla con la debida pompa, sería siempre la «Devoción» al Sagrado Corazón en conformidad con la

exposición hecha por Margarita María y aprobada por la Iglesia como culto tan doctrinal como provechoso a las almas. ¿Qué dijo el Rey Divino en Paray-le-Monial? ¡En sustancia exactamente lo que había dicho ya por sus lágrimas y sus milagros en Belén, en la Cena y en el Calvario! Esto es: « ¡He aquí el Corazón que os ha amado hasta el exceso, que ha hecho maravillas para probaros Su Amor y conquistar el vuestro... Quiero venteros por la fuerza de mi Amor... Amadme!» Antes de terminar este capítulo tan interesante quiero hacer dos afirmaciones tan conmovedoras como sustanciales de doctrina. La primera: *« U n = est credere, aliad est amare*!» ¡Una cosa es creer y otra es amar! El acto de fe, o sea el asentimiento del espíritu a una verdad revelada, a un misterio, no es, sin más, un acto de caridad, de amor, el don de sí mismo, no. En efecto, según San Pablo, podemos creer y con fe capaz de transportar montañas; y con toda esa fe podríamos no amar... Y si no amo, teniendo esa gran fe, *«nihil mihi prodest!»* ¡Nada soy y nada gano ante Dios! Es posible, pues, creer y no amar lo que se cree, pero no se puede amar sin creer. ¡El verdadero cristiano, el santo, es el que vive de una fe inmensa, pero que ama con amor aún más inmenso lo que cree! La perfección, pues, de la fe, de la esperanza y de todas las virtudes es el Amor... ¡Quién sabe realmente amar lo sabe todo! El que predica la fe no predica sino una mitad del Evangelio. ¡Apóstoles del Sagrado Corazón, prediquemos *el Amor* que perfecciona y torna viva nuestra fe! ¿No es de veras conmovedor oír al Señor que se queja *de no ser amado?* Pero esto no quiere decir, por cierto, que abunden las otras virtudes, y que sólo nos falta la caridad, el amor. ¡Lejos de ello! Si Jesús se lamenta en esa ocasión sólo de nuestra falta de amor,. ello significa don de la Augusta Trinidad..., ¿qué podría darnos? ¡Ah! Pero luego hizo una afirmación estupenda, a saber: que si le amamos a Él, las Tres Divinas Personas harían su morada en nuestra alma, y así ésta sería en la tierra un Sagrario, una Custodia de la Augusta Trinidad. Al predicar, pues, la Entronización quebremos el vaso de alabastro que contiene esta maravillosa doctrina, a fin de que las familias del Sagrado Corazón se sientan impregnadas de su aroma celestial y que realicen lo que quiere decir *consagrarse al Amor y* estar al servicio del Rey de Amor. Que se penetren de esta Doctrina. Que sepan que los grandes Doctores y apóstoles de esta Teología fueron Pablo, Tomás de Aquino y Francisco de Sales. Si, estos astros irradiaron *.la Teología del Sagrado Corazón* mucho antes que Margarita María nos comunicara su magnífico mensaje sobre la *Devoción* al Corazón de Jesús. Si predicamos en este estilo transformamos la capillita maravillosa de Paray en un verdadero santuario de trascendencia católica. Así pensaba, y así lo dijo el gran León XIII: «Dentro de las Revelaciones privadas, la de Paray-le-Monial es la más importante... ¡Ese altar es el más sagrado después del Calvario, pues en torno de él gravita el pensamiento y el amor de la Iglesia!» ¡Y es mucho decir! «¡Soy Rey!», afirmó Jesús ante Pilatos. Y San Pablo repite: «Oportet Ilium refinare.» Y oíd ahora con profunda emoción: «Reinaré, lo prometo», añade Jesús a Margarita María: (Si, reinaré por la omnipotencia de mi Corazón!» Por esto, porque Jesús es Rey de derecho divino, porque es el Altísimo, Rey de reyes por su naturaleza divina, la Iglesia prohíbe la coronación de las imágenes del Sagrado Corazón... Que lo queramos o no, Cristo es Rey y no hay autoridad ni derecho en contra de su Realeza Divina... La Entronización, como lo indica claramente el término, predica con marcada insistencia esta excelsa Soberanía, la de Cristo-Rey, pero Rey, sobre todo, por su Corazón Divino, Rey de Amor.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA REVELACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN HECHA A MARGARITA MARÍA EN PARAY-LE-MONIAL

Entremos de rodillas en ese Getsemaní que parece repercutir aún con las quejas y las súplicas del Rey de Amor... ¡Si, la capilla de Paray-le-Monial es un verdadero Getsemaní! ¡En este santuario bendito Jesús nos repite que tiene sed abrasadora de ser muy amado! Ahí se ha quejado con dulcísima amargura de tantos amigos de etiqueta, de tantos tibios y mediocres que traspasan Su Corazón con crudelísimo desamor. ¡Ah! ¡Qué Mendigo es este Rey Divino, Mendigo de corazones! Es Rey, y como tal debe y quiere reinar, pero no condenando; quiere reinar convirtiendo y perdonando. Con este fin busca con afán y llama con amabilísimo imperio a los amigos de Su Sagrado Corazón... Esos amigos, generosos, leales, esforzados, serán los soldados (le este Rey, serán sus apóstoles. ¡Ah! Pero a los que llama con divina vehemencia, a los que Su Corazón persigue con llamamiento Imperioso de amor, son sobre todo a *las almas que le están solemnemente consagradas...* ¡Si, oíd vosotros, Sacerdotes, y vosotros, Religiosos, oíd, pues de vosotros se queja, oídlo porque espera y exige de vosotros un corazón sin particiones! La promesa más hermosa os concierne... Dice:..« ¡Prometo santificar con gracia especial a mis amigos!» ¡Felices los que han comprendido las ansias de ese Corazón que querría multiplicar los predilectos, los íntimos que, como Juan, vivan de su Amor!... Esos amigos serán los Pablos en el púlpito, esos serán los denodados apóstoles de fuego que el Sagrado Corazón quiere suscitar dondequiera, en estos tiempos de tormenta anticristiana. Apoyemos, insistamos en este ideal, a saber: que Jesús pide, que exige, que, sobre todo nos-otros los Religiosos y los Sacerdotes, le amemos *con amor de*

santidad! A éstos les reserva como recompensa un don especialísimo, una especie de carisma para conmover y convertir los peca-dores más endurecidos. Sí, tengamos siempre muy presente que el verdadero apóstol, quienquiera que éste sea, debe ser ante todo, Juan, el amigo que dispone de los tesoros secretos del Corazón de Jesús cuando se trata de Su gloria. El amigo que posee y dispone del Sagrado Corazón, y sólo éste dispone también en beneficio de las almas, de la misericordia que obra milagros. Aquí encuentra su lugar apropiado *la Reparación,* notable característica de la devoción al Sagrado Corazón. En efecto, el Amor que no es amado, que es aún desdeñado y ofendido, reclama una especie de compensación generosa, que, al aplacar la Justicia ofendida, provoca torrentes de ternura, de bondad y de misericordia. La justicia es inseparable de la bondad divina. Porque infinitamente justo, el Señor se vería obligado a castigar rigurosamente; la reparación detiene, pues, su brazo vengador. Es así como Jesús, infinito en todos Sus atributos, parece ser más dulce y tierno que severo... Vino para salvar y tiene ansias de perdonar... Pero su santidad exige un desagravio de amor penitente y reparador... Cuando lo encuentra, el Corazón de Jesús saca de las piedras, tintas con su sangre, grandes santos. Con ese fin, para verse obligado a prodigar, en vez de castigo, perdón y misericordia. El mismo nos ha enseñado los santos ardides, las tretas de amor y de reparación que nos merezcan milagros de conversión. Con este fin establece Él mismo la celebración amorosa, ferviente, de *los Primeros Viernes,* celebración que debe ser *a* la vez eucarística y en espíritu de desagravio... Si esto le damos, Él se compromete a ser dadivoso y tierno hasta el prodigio. Y siempre con este fin de prodigar bondades y perdón, pide a Margarita María que se levante de noche, que vele mejor que el Ángel, que le consuele en la hora de tinieblas y de pecado. Es, pues, Jesús quien, con esta petición, instituye la *«Hora Santa»,* ejercicio hermosísimo que corre como fuego en cañaveral y que ha preparado las mejores victorias del Corazón de Jesús... Me atrevo a afirmar con santa audacia que en nuestros días la *Hora Santa* es una realidad más hermosa que en los primeros años que siguieron a la muerte de la Mensajera de Paray... Jesús le pidió que velara el Jueves, a eso de la media noche. ¡Y hoy contarnos con muchos millares de Adoradores que velan, con lámparas de amor penitente, *todas las noches!* ¡Felizmente, en el Cielo no hay envidias! Pero observemos aquí un hecho de capital importancia: que así como la gran Revelación de Paray tuvo lugar el 27 de diciembre *ante el Santísimo manifiesto,* así todo el evangelio de Paray es una predicación eminentemente *Eucarística;* quiero decir que en la historia de la Revelación del Sagrado Corazón a Santa Margarita María, todo parte, como lava de fuego,: de la Eucaristía, y todo, según el plan divino, debe converger a la Eucaristía. Como lo haremos observar a su tiempo, es preciso que en esta devoción eucarística conservemos siempre el orden de los valores espirituales y doctrinales... Quiero decir que debemos siempre dar el primer lugar al Santo Sacrificio de la Misa, y en seguida al Santísimo Sacramento, esto es, a la Sagrada Comunión, al Tabernáculo y por fin a la Exposición con todo el hermoso culto debido a tan alto Sacramento. La gran Fiesta del Corazón de Jesús, que es una especie de resumen de todas las otras Peticiones, debe llegar a ser, dondequiera que prediquemos la Entronización, una verdadera apoteosis de fervor y de pompa, en homenaje de veras regio al Rey de Amor. Y puesto que hablamos de esta solemnísima Fiesta, recordemos al Clero y a los fieles que fue el Salvador mismo quien fijó el día de esta celebración: *«...el Viernes siguiente a la Octava de Corpus Christi.»* É1 supo, Él no olvidó que ese Viernes era día de trabajo y que la fiesta no sería de obligación. Así y todo, Él pidió *que en dicho Viernes se* celebrará la fiesta de su Sagrado Corazón. Mantengamos la petición divina, celebremos con lujo de piedad el *Viernes y no el Domingo,* la fiesta del Amor... Son gracias maravillosas, son milagros de misericordia que el Rey de Amor prepara para ese Viernes... No corrijamos Su plan y experimentaremos la fidelidad divina de este Rey... Y obtened que las familias que han hecho la Entronización la celebren con algún festejo en la intimidad del hogar. Así obtendremos que el amor del Sagrado Corazón y su Fiesta se tornen tradición sagrada en esas familias, tradición que, como el apellido y la sangre, se transmita de generación en gene-ración. Así el amor del Corazón de Jesús será alma y vida del hogar. Y aquí paremos mientes en una petición de Jesús, que con ser de valor secundario, tiene por cierto su importancia. Me refiero al honor que Jesús mismo reclama para la Imagen de su Divino Corazón. Y ello pone de manifiesto cuánto anhela que le amemos cuando promete bendecir con gracias especiales a los que honren la representación, el mero símbolo de ese Corazón que es todo amor. Aquí una palabra entusiasta sobre el famoso lienzo que ya se conoce en el mundo entero bajo el título de «el Sagrado Corazón de García Moreno». No tiene la Entronización una Imagen oficial y de obligación, pues queremos que las familias elijan a su gusto. Pero esta tela, preciosa, como obra de arte y aún más preciosa como reliquia del Mandatario del Ecuador que fue ultimado *por* las Logias «in *odium fidei »* , es de hecho nuestro Lábaro, nuestro Estandarte de lucha y de victoria. He dicho «mártir» repitiendo lo que dos Papas, Pío IX y León XIII afirmaron cuando en discurso solemne declararon que García Moreno «*gladiis impiorum occubuit*». Esta imagen representa admirablemente al Rey de Amor, objeto sublime de nuestro apostolado. La preciosa tela cayó providencialmente en mis manos hace *m á s* de cincuenta años, quiero decir

el lienzo original. A la sombra de este Lábaro, tinto en la sangre del Presidente Mártir, comencé en Chile la cruzada, hoy en día mundial, de la Entronización. Y puesto que he pronunciado con amor y veneración el nombre del invicto apóstol y mártir, tengo la dicha de declarar que la causa de García Moreno avanza... ¡Ah! ¡Qué felices seríamos si pudiéramos un día aclamar al «Bienaventurado Gabriel García Moreno», asesinado en odio a la Divina Realeza, corno el Patrón de la Entronización! Y termino este capítulo con un broche de oro, haciendo un paralelo delicado entre Margarita-María y Teresita de Lisieux. Dos grandes santas, hermanas de veras gemelas en su vocación íntima, y Mensajeras ambas del Rey de Amor, tan poco amado. Se las diría creadas y nacidas ambas en la Llaga del Costado Divino. Salta la llama dondequiera que se predica el Mensaje de Paray y arden las almas donde se lee y se medita la historia incomparable «de un alma», de la flor de Lisieux. Es evidente la afinidad sobrenatural de la vocación y de la misión de ambas... Pero son muy diferentes la hostia de Paray y la hostia de Lisieux, apóstoles una y otra del Amor y de la Misericordia. Resumo en dos hermosas palabras, cosechadas en sus escritos, el ideal de estas dos grandes Misioneras del Amor divino: «Mi vocación es el Amor», dijo Santa Teresita; «No quiero tomar reposo en el Cielo hasta el fin de los tiempos..., cuando esté ya completo el número de los elegidos...» Y Margarita, embriagada en éxtasis de amor, exclama a su vez: «¡Que ame a Jesús hasta el delirio... y que lo haga amar inmensamente; esto me basta!» ¡Sean ambas, estrellas de nuestra misión!

CAPÍTULO TERCERO
LA ENTRONIZACIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS EN EL HOGAR

Él me pide que, en calidad de iniciador de la Obra, dé una definición que corresponda al ideal y al fin de nuestra querida cruzada. Lo haré de mil amores en nombre y para gloria del Amado. Repito y resumo algo dicho anteriormente en este libro. El hecho de instalar con veneración y piedad en lugar de honor de la casa la Imagen del Sagrado Corazón, ¿constituye, por ventura y sin más, la Entronización? ¡No por cierto! Esta ceremonia se requiere, sí, pero con ella algo y mucho más. ¿Será, entonces, la recitación cíe una fórmula que llamamos Acto de Consagración de la familia al Sagrado Corazón? Dicha Consagración es hermosa, y el Ceremonial la exige, pero, por sí sola, no es todavía el supremo ideal que predicamos. Voy al grano... Jesús pronunció ante Margarita María una bellísima palabra, que es en verdad una síntesis perfecta de toda la Revelación de Paray y también de nuestra cruzada. Hela aquí: *«¡ Quiero reinar!»,* dijo Jesús; «¡Sí, *reinaré por* mi *Sagrado Corazón, lo prometo.»* Pues bien, la Entronización es un apostolado social, organizado con el fin de realizar en la familia, y por ésta en la sociedad, esa palabra soberana... La Entronización trabaja para que esa afirmación inefable, *«Reinaré por mi Corazón»,* sea un hecho consumado y una dichosa realidad, hoy en el hogar, y mañana en la sociedad y en la nación. El título, pues, de *«Entronización», o* sea colocar al Rey sobre su trono, no es un mero título cualquiera y arbitrario; fue éste elegido y fue mantenido como una bandera contra mil críticas y oposiciones... El título es ya en sí todo un programa de apostolado. Sí, Cristo no es, no debe ser, un Rey de sacristía; es un Soberano y, como tal, quiere reinar en la sociedad. *Doctrinalmente* podríamos, pues, definir la Entronización: el homenaje social de adoración, de reparación y de amor que la familia, en su calidad de célula social, rinde al Corazón de Jesús, reconociéndole Señor y Soberano de la sociedad. En este sentido, eminentemente teológico y doctrinal, la Entronización no es, .pues, una mera bellísima Consagración de la familia; es nada menos que un homenaje de *«latría»* en espíritu de amor y de desagravio por la horrenda apostasía de la sociedad moderna... La Entronización, pues, en un pobre tugurio o en un palacio, es el *Ave Rex* de la familia; ésta le dice y le canta: «Tus amigos queremos, Jesús, que Tú reines —Te lo pide este hogar, la patria pequeña nombre de la gran Patria!» A propósito de esta grave afirmación: que la Entronización rinde a Cristo Dios y Rey divino un homenaje de *latría, de adoración social,* según un principio de Catecismo elemental, no sería lícito, doctrinalmente hablando, de «entronizar» por ejemplo la Santa Familia. Existe una bellísima obra, confiada por León XIII a los Padres Redentoristas; la «Consagración de las familias a la Santa Familia», obra similar a la nuestra en la forma, pero que difiere radicalmente de la Entronización. Es legítimo y santo consagrar un hogar a la Santa Familia, pero no podemos rendir a María y a José el culto de *«latría»,* de *adoración* que al hacer la Entronización rendimos *exclusivamente* a la Persona adorable y divina de Cristo, Rey y Señor, porque es Dios por naturaleza divina. Y ahora la cuestión: ¿Cómo conseguir que esa Divina Realeza sea efectiva, que sea,.. no una veleidad piadosa, sino una dichosa realidad en el hogar? Pues realizando en este santuario familiar, no una u otra de las peticiones hechas por el Señor en Paray-le-Monial, sino el conjunto maravilloso y tan sencillo de todas ellas. (Véase el capítulo «La Entronización».) Así, por ejemplo: muchos son los que se contentan con la exposición honorífica de la Imagen. Ésta es una de las varias Peticiones, tal vez la más secundaria de todas, puesto que se trata de un mero símbolo, por hermoso que sea. Más, inmensamente más que símbolo, debe ser la presencia y la *presidencia efectiva* del Rey de Amor en el hogar. Esto supone necesariamente que la familia resuelva y prometa vivir el evangelio de

la «Caridad», predicado por San Pablo. Y asimismo el bellísimo y tan sencillo programa de la «Devoción» al Sagrado Corazón, expuesto por Santa Margarita María. En consecuencia, la Betania del Corazón de Jesús atizará, corno el Apóstol, la pasión de amor divino, hasta llegar a enamorarse real-mente de Jesús y poder exclamar: «*¡Mi vivir es Cristo!»* Pero ¿cómo llegar a vivir plenamente esta alta y tan sólida doctrina en la vida cotidiana de familia? Pues procurando entregarse sin reservas a Jesucristo con aquel amor supremo admirablemente sintetizado en estos dos términos: *¡Abandono total,* en perfecta paz, a la Voluntad Divinal... *E Inmolación amorosa,* abrazando, y no arrastrando, las cruces providenciales de la vida diaria. Esto es realmente *vivir de amor,* como nos lo predica elocuentemente con el ejemplo la Santa de Paray-le-Monial. Aquí quisiera tener un don, un verdadero carisma, para hablar del Amigo adorable de Betania, tanto más Rey absoluto cuanto más amado, cuanto más realmente Amigo de sus amigos. Disipemos con nuestra predicación las nieblas horribles, matadoras del Jansenismo... Jesús es un Rey que quiere y promete reinar por Su Corazón; que quiere, que pide ser ante todo adorado por nuestro corazón... Y por esto busca en Betania la dulce intimidad y el abandono delicioso de una gran intimidad como la que Él mismo creó entre Su Corazón y el de Lázaro, de Marta y de María... No por cierto que nosotros pretendamos subir y levantarnos hasta Su nivel, sino que Él ofrece descender para trabar un lazo de amistosa confianza con nosotros. Nadie respeta a Jesucristo, nadie le adora más perfectamente que aquél que ha conseguido, por inmensa generosidad y confianza, ser digno de llamarse, y ser en verdad, el amigo de Jesús... Notadlo: fue Él mismo quien nos dio derecho a ese título cuando dijo Vos *amici mei estis!* Esta divina amistad tiende, como toda amistad, a establecer una participación muy íntima de vida, una comunión inefable de sentimientos, de afectos, de alegrías y de tristezas, entre Jesús y Sus amigos... Y porque el Corazón de Jesús es realmente el Rey y el Centro del hogar de Betania, ese Corazón quiere tomar toda la parte que le corresponde en las grandes tristezas y en los regocijos inocentes del hogar de Sus amores. ((Si hubieras estado aquí — dice Marta —, nuestro hermano no hubiera muerto.» ¡Ah! Y cuando Jesús se encuentra frente a la tumba de su amigo Lázaro, le tiembla la voz, un sollozo anuda su garganta y lágrimas divinas brotan de su Corazón. « ¡Ved cuánto le amaba!», dicen los que contemplaron al adorable Taumaturgo, vencido deliciosamente por el dolor de esa muerte, por el duelo de ese hogar. (Reléase el capítulo «La Entronización».) Enseñemos, pues, a las familias esta amistad que diviniza y eterniza nuestros goces, que suaviza y que santifica nuestros llantos. ¡Enseñad que los amigos de Betania no deben cantar ni gemir solos y sí siempre en compañía del Amigo adorable. Y, en consecuencia, que en las horas solemnes de paz o de Calvario del hogar, se congregue toda la familia, a los pies del Rey y del Amigo Jesús, para renovar el don de amor de Betania, renovando la Entronización. Es éste realmente el caso de llamar a Jesús ((Emmanuel)), *Dios con* nosotros, porque participa por amor, y como nuestro Amigo, del banquete de dulzura o de amargura de toda nuestra vida. El Sagrado Corazón no debe ser jamás un huésped y un peregrino de paso. Que las familias Betanias le digan con obras de amor y con el corazón en los labios: «¡Quédate con nosotros, Señor!» Esta doctrina, así expuesta, nos lleva naturalmente a hablar del *fervor Eucarístico* que debe intensificar y sellar la divina amistad entre el Rey divino y Sus amigos de Betania... Y por la Eucaristía podremos seguramente superar la intimidad de Lázaro y sus hermanas con el Señor Jesús. Ellos lo poseyeron de tarde en tarde, por algunas horas, pero no asistieron el Jueves Santo al prodigio de la última Cena... Nosotros sí. De ahí que nuestros hogares debieran convertirse en verdaderos Sagrarios por obra y gracia de un intenso espíritu eucarístico. La Entronización predica una cruzada que arrastra irresistiblemente a Jesús al centro del hogar cristiano... Y que lleva también irresistiblemente los padres y los hijos al Sagrario de Jesús Sacramentado. Esto porque la Eucaristía es Fuente inagotable de vida cristiana. En Betania, pues, debe ser ley de amor, Misa y Comunión diarias, "¡Pan de cada día!" Debo aquí subrayar un principio doctrinal de primer orden, mal comprendido de un gran número de católicos y aun de gente piadosa, por falta de catecismo. Afirmo, pues, categóricamente que en nuestra devoción eucarística debemos siempre poner en primer lugar el *Santo Sacrificio de la Misa, y* no invertir jamás este orden doctrinal, lo que ocurre desgraciadamente con frecuencia... Así, ¡qué de cristianos que reducen su devoción eucarística a la Sagrada Comunión, que vienen a Misa no para honrar y adorar a la Trinidad Augusta «por Cristo, con Cristo y en Cristo», sino sólo para comulgar!... La Santa Misa es para éstos la llave litúrgica que abre el Tabernáculo y que les da la Santa Comunión, y nada más. Ignoran éstos que el Santo Sacrifico es, ante todo y sobre todo, él homenaje oficial de adoración, de alabanza y de gloria, ofrecido por Cristo y por la Iglesia a la Santísima Trinidad... Y que la Misa es el único himno digno de Dios, el único que llega hasta el trono del Altísimo, Y quien canta este Himno es el Mediador y la Víctima del Calvario, porque la Santa Misa es la prolongación, mil veces sublime, del Calvario, . ¡Ah! ¡Si los católicos apreciaran este don de Dios! Prediquemos con insistencia y claridad que Sacrificio y Sacramento deben quedar indisolublemente unidos, pero que la Fuente es la Santa Misa. Y que los torrentes de gracia que son la Sagrada Comunión, la Reserva en el Sagrario y la Custodia tienen su manantial en el Sacrifico, sin el

cual el Sacramento no sería... Nadie es más fervoroso del Santísimo Sacramento que el que aprecia el Santo Sacrificio. Con razón, pues, un gran teólogo ha dicho: «Quien no estima y aprecia la Fuente Eucarística que es el Santo Sacrificio, aunque comulgue con frecuencia, no será nunca un alma profunda-mente eucarística... Esa piedad sin doctrina y que altera el orden de los valores, se tornará fácilmente en rutina sin gran fruto espiritual.» Prediquemos sin tregua la Santa Eucaristía, al predicar el Reinado del Sagrado Corazón; pero mantengamos el orden doctrinal. Que se estime y que se aprecie grandemente el Santo Sacrificio para que el Santísimo Sacramento, siendo así muy amado, sea también muy fecundo en los hogares del Sagrado Corazón. Y puesto que he afirmado que el hogar debe convertirse en *un* Sagrario, hablemos de la *Adoración Nocturna,* que convierte los amigos de Betania en centinelas de la alta noche, *en* lámparas vivas de amor y de reparación (1). «Levántate, Margarita —le dijo Jesús —; necesito de tu amor y tu consuelo; ven y suaviza mi agonía; ven; vela una hora conmigo.» Tal es el origen de la *Hora Santa.* Fueron estas palabras de Jesús que mendiga compañía y consuelo que el Ángel de Getsemaní no pudo dar, las que prendieron el fuego de esas estrellas conscientes, de esas almas generosas que ofrecen al Sagrado Corazón una hora de vela nocturna en el propio hogar. La respuesta que este llamamiento ha recibido, su acogida vibrante, entusiasta, ha superado de lejos las esperanzas de los más optimistas. Hoy en día los Adoradores Nocturnos en el Hogar son un numeroso ejército. Jesús cuenta, pues, con una inmensa constelación de lámparas vivas y de estrellas. La Adoración Nocturna y *Perpetua* es un hecho que habla de heroísmo y que nos hace esperar fundadamente prodigios de amor. Pero al hablar del éxito exterior y tangible de la Adoración Nocturna debo declarar *que el éxito de gracia* que está produciendo es inmenso, incalculable... Reacción de la verdadera y sólida piedad, recrudecimiento de la llama eucarística entre los mejores y un sinnúmero de conversiones, tal es el balance de prodigio moral que comprobamos dondequiera que esta obra ha echado raíces. Y ello tiene una explicación sobrenatural muy satisfactoria y convincente. ¿Qué hay, en efecto, de más fuerte, como potencia eficaz de santificación y de conversión que los tres manantiales de resurrección y de vida que son: *Oración, Penitencia y Amor?* Pues esa triple potencia está operando maravillas en un sin-número de hogares donde había necesidad grave y apremiante de verdaderos prodigios de gracia para salvar pecadores empedernidos. (1) Medítese el Capítulo especial sobre la Adoración Nocturna al fin de este libro. Y el Sagrado Corazón está haciendo a granel esos milagros, fidelísimo corno siempre a Su Promesa: «Id y contad que los ciegos ven, que los paralíticos corren y vuelan, que los muertos resucitan.» Éste es el caso de recordar estas palabras del Salvador; Su Corazón, tornado por asalto y por la violencia de amor de nuestros Adoradores, está «canonizando» nuestra Cruzada y en especial la Adoración Nocturna en el Hogar. « taus *Tibi, Christe!»* Pero no olvidéis, vosotros los apóstoles, Sacerdotes y seglares, dad el ejemplo y sed los primeros y los más fervorosos de esta falange de Adoradores. El Señor antes de hablar y predicar comenzó por darnos altísimo ejemplo en todo. Que ésta sea nuestra primera elocuencia. La gracia hará el resto. Pero ya que hablo en este tono de entereza sobrenatural y apostólica, séame permitido hacer aquí una observación de doctrina y de experiencia. Los hay que se dicen desilusionados porque sembraron y... no cosecharon lo que esperaban. Para estos amargados tengo una grave lección, pero hecha con suavísima caridad, en nombre del Sagrado Corazón. Afirmo, pues, que si la Santa Misa, el prodigio de gracia por excelencia, no convierte ni santifica por la fuerza, " ex *opere operato",* al Celebrante; que si, a pesar de la Misa diaria, son muchos por desgracia los Celebrantes no santos, así y con mayor razón ocurre con el Sagrado Corazón y la Entronización.... Esta no es, no puede ser, el milagro de gracia que es la Santa Misa... Si, pues, la Misa, con ser lo que es, no transfigura a todos los Celebrantes, no es lógico, no es razonable creer que la Entronización debería hacer lo que el Cáliz en el altar no pudo hacer, no por culpa de la Misa, sino por las deficientes disposiciones del Celebrante y del apóstol. La primera decepción... es la del Sagrado Corazón. Vivamos, pues, lo que predicamos. Seamos nosotros los amigos íntimos del Rey, por nuestra gran fidelidad personal, y el Sagrado Corazón. Hará lo prometido. Ese vivir plenamente lo que enseñamos y predicamos es lo que llamo la *«sinceridad»* apostólica de nuestra predicación, secreto de fecundidad en nuestro ministerio. * * * Antes de terminar esta grave lección me parece conveniente dar algunos consejos para el éxito creciente de la Entronización. Y es *el* primero: multiplicar, dentro del mejor elemento católico, los apóstoles del Sagrado Corazón. Son tantos los mensajeros de la iniquidad, los sembradores del error y de la inmoralidad, que es de necesidad urgente fortificar nuestras posiciones mediante el celo de grandes y abnegados apóstoles del Amor. Y en primer término conquistad para nuestra cruzada la cooperación valiosísima de las Comunidades religiosas... Hagámosles comprender que, por su propio interés, deberían ingresar en la falange de los apóstoles del Sagrado Corazón para atraer sobre esos Conventos y sus obras las bendiciones incomparables prometidas por el Divino Corazón. Y la primera y la más importante es: La *santificación de las almas consagradas*. ¡Que siembren fuego y atraerán lluvia de fuego divino! Si la cosa fuere posible (sin perturbar el orden y la disciplina regulares,) insinuad que las Comunidades se alisten en la Adoración Nocturna... Ya contamos con un cierto

número. Y, naturalmente, mediante la red de sus obras de apostolado, pueden los Religiosos conquistar a su vez excelentes y numerosos Adoradores. Lo sabemos ya por una dichosa experiencia. ¡Cuántos Hospitales y Orfanatos y Asilos cuentan con Adoradores Nocturnos que son nada menos que los enfermos, las enfermeras y los asilados! Con frecuencia estas almas son oro bruñido, admirables de generosidad en el sacrificio. Todo depende del fervor de los Directores de esos establecimientos de misericordia. He visto en muchos de ellos maravillas de piedad y de penitencia. Y no es, por cierto, el menor beneficio de este apostolado del Sagrado Corazón en esas casas del dolor, el enseñarles el sublime *apostolado de la cruz y del sufrimiento. Esto* es: que sepan no sólo arrastrar la cruz de sus enfermedades y penas con resignación, sino que sepan convertirla en gracia y en vida, en precio de salvación para tantos pecadores. Es preciso enseñar a sufrir y a llorar *como apóstoles.* Una lágrima vertida con amor y ofrecida al Sagrado Corazón puede convertir uno y muchos pecadores. Que no se pierdan inútilmente tantos dolores físicos, tantas agonías morales... Compremos con ese tesoro, y con la Preciosa Sangre del Cáliz, muchos pobrecitos al borde de un abismo; salvémoslos con nuestra cruz. Hemos cabalmente organizado, y con éxito,. entre los niños de Colegios católicos y en asilos, la falange de los *Tarslelos y Benjamines del Sagrado Corazón. Es* decir, que al darles una educación cristiana nos esforzamos grandemente en despertar en ellos el celo por la gloria del Sagrado Corazón en la conversión de tantos pródigos. Les pedimos, pues, que sean no sólo piadosos, sino apóstoles. Es decir, que comulguen con frecuencia y que ofrezcan sus oraciones y sus iv1isas *en espíritu de apostolado... Que* aprendan a predicar y a redimir desde pequeños mediante una piedad inspirada en celo y sacrificio. ¡Ah! ¡Cuántos de estos niños han convertido a un padre, a un hermano mayor, pagando el rescate de esas almas queridas con fervor y sacrificio! Que me lean tantos Religiosos que tienen a su cargo la educación de la niñez y de la juventud. No basta formarlas en una cierta piedad, un tanto egoísta... Démosles el celo, despertemos en los niños la sed de almas para la gloria del Corazón de Jesús. El niño apóstol será muy probablemente más tarde un gran cristiano; este apostolado infantil es un secreto de perseverancia. * * * Una palabra de extrema gravedad y de suma importancia para poner fin a este estudio sumario, pero sustancial, sobre la teología y la devoción del Corazón de Jesús. Este es, en toda verdad, la suprema y única esperanza de redención y de paz en los tiempos apocalípticos que estamos viviendo. No lo digo yo; lo dice el gran Pío XI : «Vivimos —dice-- la hora más tempestuosa y negra que haya vivido la Humanidad desde el Diluvio... ¡Ah! ¡Pero la Iglesia tiene una inmensa confianza porque vivimos, en toda su plenitud, *la hora providencial del Corazón* de Jesús!» Al decir esto el gran Pontífice tuvo segura-mente muy presente la promesa del Salvador hecha a Margarita María: «¡Reinaré por mi Divino Corazón a pesar de Satán y sus secuaces! Si, pues, los secuaces de Satán están haciendo desbordar el «Mar Rojo» de odio sectario y de persecución, es ésta la hora en que el Rey de Amor, entronizado profundamente en almas, en hogares y en la sociedad, conquiste bajo Su cetro blando las naciones y así las salve. ¡Venga a nos tu Reina de justicia, de paz y de amor!... ¡Sálvanosl ¡Pero no lo olvidemos, la ciudad santa, construida sobre la roca y que desafiará victoriosa todas las tormentas, es *el Hogar cristiano!* Con razón, las furias del averno se desencadenan contra esta fortaleza, inexpugnable cuan-do Cristo Rey reina y manda en ella. Por esto los Papas han, no sólo aprobado, sino recomen-dado y aplaudido, la Cruzada de la Entronización, cuyo fin primordial, único es salvar y santificar el Hogar con la presencia del Corazón de Jesús, Rey que preside la familia y Amigo íntimo de esta su Betania. Y si el ataque del infierno contra este santuario es formidable, tenemos una promesa del Salvador que nos da bríos y que sostendrá nuestro coraje... Dijo una vez Jesús a Margarita María: «No temas, te faltará socorro sólo cuando a Mi me falte omnipotencia.» Esto es: ¡jamás!... Si el Rey de Amor está con nosotros, ¿quién podrá algo contra nosotros? Valor, pues, y adelante bajo el Lábaro del Rey que no será jamás vencido... ¡Que reine, sí, que triunfe en el Hogar y, a Su hora, reinará en la sociedad y en las naciones! Hemos llamado *«Cruzada»* la obra de la Entronización y merece por cierto ese título sagrado. En efecto, ¿qué empresa sería poderosa y fecunda como acción de redención social que el Hogar, convertido en un *Tabernáculo de oración,* en un *Sagrario eucarístico* y en una *escuela de penitencia?* Pues ese es precisamente el ideal y el espíritu de una Betania auténtica del Corazón de Jesús. Y precisamente porque cuatro grandes Pontífices consideraron la Entronización corno una verdadera «Cruzada» de restauración social cristiana, por esto, Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, se han dignado recomendarla solemnemente y oficialmente. ¡Qué garantía! Si, pues, la Santa Iglesia nos cobija maternalmente bajo su manto y, apretándonos sobre su corazón, quiere darnos alientos y energías, podernos seguramente creer, con tanto derecho como sinceridad, que en esta gran batalla por los derechos de Cristo-Rey, Dios está seguramente con nosotros. Si esto es así, *¡confianza!* ¡Vamos y luchemos, vamos y muramos por Él que ya no puede morir!... ¡Vamos, adelante; es indispensable que reine Cristo-Rey; es urgente que triunfe por su Sagrado Corazón!

RESUMEN DE UN RETIRO DE APOSTOLADO

Resúmenes de varios Retiros y otras predicaciones dedicados especialmente al grupo escogido de amigos y apóstoles del Sagrado Corazón

INSTRUCCIÓN PRELIMINAR

«Señor, ¿Qué quieres que haga?» (i) —*«Déjame a Mí la mano libre.»* (N. S. a Santa Margarita María.) El retiro que comenzáis esta tarde no debe ser uno de tantos retiros, uno cualquiera, no, sino un verdadero retiro de apostolado. De ahí que no pienso hablaros ni de vuestro fin último, como criatura, ni de la eternidad, ni del infierno... Éste deberá ser un retiro de Pentecostés, pues os habéis reunido para prepararos a hacer cumplidamente el papel de precursores del Señor, a prepararle los camines; venís a formaros en la más sublime de las vocaciones, la del apostolado. (1) A. A., IX, G. Como el Bautista, habéis de allanar las vías al Rey de amor; y para esto os será indispensable aprender ante todo la ciencia de menguar y desaparecer vosotros, para que El crezca (1). Y ¿cómo realizar semejante programa?... ¡Transformándoos en Jesús, llenándoos de Jesús, viviendo solamente de Jesús! Y de esta suerte os convertiréis, durante el retiro, en manantiales de aguas vivas, con las cuales habéis de fecundar después el campo de las almas, llevándolas hasta la vida eterna (2). Primera condición a este efecto: despojarnos, ante todo, de nosotros mismos; hacer, en lo posible, el vacío completo, perfecto. No temáis, ésta será, sobre todo, la labor de la gracia, de acuerdo ¡claro! con vuestra buena voluntad. Y qué labor tan indispensable la de vaciarnos de mil mezquinos intereses, de preocupaciones demasiado personales; despojarnos de un criterio demasiado humano, de una manera de juzgar y apreciar las cosas demasiado natural. Así, por ejemplo, hasta en el deseo de santificarnos solemos tener un sistema muy nuestro, demasiado comodón. Queremos ser santos, pero... a nuestra manera, y por nuestro caminito de hormiga... Dejémoslo de lado para tomar resueltamente el camino real, la vía divina, que es Jesucristo, como Él también es la Verdad sustancial y la Vida (1).

(1) Juan, III, 30. (2) Juan, IV, 14.

Querríamos a veces llegar a la cima con esfuerzos de capricho y de antojos, que imaginarnos espirituales, y, por supuesto, no llegamos... ¿Qué hacer? *Déjame a Mí, déjame la mano libre,* respondió Él a Santa Margarita María. Y a Santa Teresa: *Serás santa a mi manera* —le dice-, *y por mi camino, no según tu antojo.* Examinad, pues, la conciencia para ver de qué deberéis vaciaros y despojaros, a fin de llenaros enteramente de aquel Jesús a quien tendréis que dar a las almas. Pero este examen hacedlo con sencillez y humildad, sin sobresaltos, pues éstos son, con frecuencia, fruto de amor propio; examinaos sin inquietudes, que el Señor de paz no quiere... La humildad en el propio conocimiento da como fruto mucha paz, y ésta, a su vez, da un conocimiento mayor de sí mismo, da luz. Decidle a Jesús, sencillamente., como un pequeñito que hablase a su madre: «Jesús, mira aquí una mancha, más allá otra, y otra... Tú, que conoces mis ruindades mejor que yo, Jesús, Tú puedes y querrás corregirlas también mejor que yo.» Este Rey de dulzura os responderá íntima-mente, como lo hizo a Santa Margarita María cuando su Superiora se la mandó enferma, pidiéndole que la sanase en prueba de la misión que le confiaba: «Hete aquí toda mía y confiada a mis cuidados; pues bien, quiero devolverte perfectamente sana a quien te confió enferma entre mis manos» (1).

(1) Juan, XIV, 6.

Éste es, cabalmente, vuestro caso durante el retiro; helas aquí enteramente confiadas a sus cuidados. Habéis venido enfermitas, pero no temáis. Él os sanará «si le dejáis de mano libre», No olvidéis la condición indispensable: «Dejarle de mano libre.» La obra divina la liará Él, no vosotras, y para ello no os pide sino docilidad, el dejar despojaros..., el dejarle que Él os mude y que llene después hasta los bordes el cáliz del corazón, para que podáis dar en seguida de una sobreabundancia. Y ya que deberéis en cierto sentido ser Maestras —pues esto significa ser apóstoles—, adquirid una gran sabiduría, la de Dios, la de los Santos. Que si, por misericordia, el Señor os ha enriquecido con dones de luz, de experiencia, de conocimientos humanos, de educación, ben-decidle por ello, y utilizad estos dones para su gloria. Pero... no os fieis de esas luces humanas... Buscad, ante todo y sobre todo, la sabiduría divina, aquella ciencia a la cual se refería San Pablo cuando decía: «No me precio de saber otra cosa..., sino a Jesucristo, y Éste crucificado» (2). He aquí la verdadera ciencia sólida, útil, la verdadera ciencia del apóstol, la única fecunda: *¡Conocer a Jesucristo!* ¡Oh! Pedidla con fervor en estos días, pedidla ante el Sagrario. Ahí, a un paso del Maestro, puestos los ojos en Aquel que es la Luz, acercando el corazón a su Corazón Divino, rogadle que os otorgue la gracia inestimable de conocerle, con conocimiento a fondo e íntimo.

(1) *Vida y obras, t. I, pág. 91*. (2) *1*.a *Cor.*, II, *2.*

De dicho conocimiento brotará el espíritu de fe y el espíritu de amor. Pero no por cierto de un amor artificial, sensible, el que tantos buscan, ¡no! De aquel «amor fuerte como la muerte» (1), que, porque es amor auténtico, lleva necesariamente a la inmolación y produce el espíritu de sacrificio, sea que se trate de nuestra santificación personal, o bien del apostolado. Amad, ¡oh!, amad a Jesucristo con amor robusto y sin desviaciones, con aquel

amor que no quiere sino lo que quiere y dispone su Santísima Voluntad. Amad a Jesús con corazón entero, con un amor que lo *da todo, y* así le haréis amar a vuestra vez *como Él* quiere y como Él debe ser amado. Amadle con amor de confianza, Esto es, sin volver atrás los ojos, sin aquellos temblores y recelos que merman amor, porqué merman confianza en su misericordia... Confiaos en un Dios todo-Caridad que quiere realizar en vosotros grandes cosas con la condición de que creáis mucho más en su amor que en vuestras miserias... Creed en É1, confiad en Jesús, *porque es Jesús.* Confiad en Él con don total, absoluto, de con-fianza ciega. (1) *Cantar de los Cantares,* VIII, *6.* ¡Creed que Jesús, y sólo Jesús, es la vida! Y creed que la santidad no es otra cosa sino ese Jesús, íntimamente vivido. Vivir de Él, asimilároslo; tal es el fin que os proponéis al hacer este retiro para darlo en seguida a las almas. «Quiero —decía n l mismo a Santa Margarita María— que sirvas de instrumento dócil para atraer corazones a mi amor...» (1). «Mi Divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres y por ti en particular, que, no pudiendo contener dentro de sí las llamas de su ardiente caridad, quiere repartirlas por tu medio... Te he escogido, como un abismo de indignidad y de ignorancia, para la realización de este gran designio, a fin de que todo sea hecho por mi mano... (2). Te faltará socorro sólo cuando a mi Corazón le faltase poder... Serás para siempre la discípula muy amada de mi Divino Corazón» (3). ¡Apóstoles que leéis, continuadores de la misión de la confidente de Paray-le-Monial, aplicaos ese párrafo delicioso, alentador! ¡Ah! Pero para que seáis como Margarita María, «los instrumentos dóciles», os será indispensable vivir en la intimidad del Maestro hasta formar su Corazón y los vuestros, en cuanto sea posible: *«Corunum...»* Pero como esto sería difícil y aun del todo imposible, dada nuestra ruindad, rogadle que haga con vosotras lo que hizo con su sierva; que os abra el pecho, que retire vuestro corazón de barro, que os lo arranque de cuajo, y que, en su lugar, ponga el Suyo adorable.

(1)*Vida y obras, t. I I , pág.* 191. (2) *Vida y obras, t. II, pág. 369.* (3) *Vida y obras, t. I, pág. 173.*

Con valentía de amor decidle que, como no pueden hermanar ese Corazón Divino y vuestra naturaleza egoísta, soberbia, susceptible, sensual, que la queme, que la reduzca a pavesas para que podáis decir, vosotros los apóstoles, como el gran Apóstol San Pablo: *Mi vida es Cristo (1)* Preámbulo indispensable a esta transformación debe ser una generosidad a toda prueba; daos sin medida, y el Señor os santificará y os hará sembradoras de vida y santidad. Y aquí una observación muy propia del espíritu de amor que os quiero predicar: servid al Rey de gloria con gozo y alegría del alma. Lejos, pues, muy lejos de vosotros, temores, zozobras, preocupaciones. Con gran paz interior, y a la luz del Sagrario, la única verdadera, meditad la gran Revelación del Corazón de Jesús... Saboread las palabras de fuego, los anhelos de ese Corazón adorable, sus peticiones, sus promesas, pero *en paz y con gozo.* La lectura de la vida de Santa Margarita María os será al efecto de suma utilidad; pero una lectura atenta, meditada. Como asimismo la vida, tan profundamente encantadora, de Santa Teresita... Esta es, a no dudarlo, una segunda revelación del Corazón de Jesús. Nos ha dicho cosas estupendas con palabras de niño; nos ha mostrado abismos, todavía inexplorados, con la luz de una doctora y el lenguaje de una nena.

(1) Filip., I, 21,

Os recomiendo también durante estos días de oración y de estudio sobrenatural las obras de Santa Gertrudis, llamada la teóloga del Corazón de Jesús. Pero os recomiendo, ante todo y sobre todo, el Evangelio, impregnado del perfume de un Dios todo amor y misericordia. Más bien dicho: el Libro, el Evangelio, debe ser Jesús mismo. Saboread ese Pan, desmenuzadlo, asimiláoslo, que éste debe ser el alimento único del apóstol: conocerle a É1, conocerle en su Corazón y amarle para hacerle amar. Qué de veces se pierde, en parte al menos, el fruto de un retiro porque se da importancia capital a mil detalles, buenos, pero secundarios, y no a la sustancia viva, que es la meditación y el conocimiento de Jesús y de su amor. Huelga recomendaros la oración constante, pero confiada y sencilla. Orad *amando, orad* como niños, orad con el corazón, con una gran voluntad de amar mucho, mucho, para hacer amar el Amor que no es amado... *(Resumen de Friburgo y de Parad.)*

VIDA DE FE

«Señor, creo, pero aumenta mi fe» (i).

Necesidad de la fe. Ésta es una base indispensable. A fe es el fundamento de toda vida espiritual y apostólica. En efecto: no es posible persuadir sin estar persuadido, ni convencer sin estar convencido. Y ¿dónde encontrar dicha persuasión y convicción sino en una fe vivísima? ¿Quién llevará a las almas esa convicción profunda, victoriosa? Aquel y sólo aquel que se acerca a Jesucristo, y a quien Jesucristo instruye e ilumina; aquel y sólo aquel que, acercándose con sencillez e intimidad a Jesucristo, llega a conocerle, y no de una manera vulgar y superficial, sino con un conocimiento sobrenatural, con verdadera profundidad; aquel y sólo aquel que en esa dichosa intimidad, anhelada y buscada, ha recibido, corno don del Sagrado Corazón, la revelación de su amor

y de sus secretos. (1) Marc., IX, 23. El único convencido es aquel que vive de aquella luz, que es el Maestro mismo, que dijo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida» (1). La luz sustancial es El, porque sólo Él es la sabiduría de Dios. Lo que llamamos sabiduría las criaturas, lay!, no es sino locura y tinieblas, a no ser que, corno en los santos, dicha sabiduría sea luz prendida en el Sol divino, que es Cristo Jesús. Por desgracia, no es ésta, ordinariamente, nuestra sabiduría, sino la de la Tierra. ¡De ahí que seamos calculadores, razonadores con exceso en lo que no debiéramos serlo! En el orden sobre-natural, la cuántos nos sobra la cabeza y nos falta el sentido divino, luminoso, de las cosas celestiales! No lo olvidemos jamás: la sabiduría sublime y única es la de nuestra fe. Nadie más clarividente y mejor iluminado que el Santo, que lo ve todo y lo comprende todo en Dios, luz indefectible. A la verdad, nos sobran pensadores según el mundo; ¡ah!, no serán éstos los que nos den las soluciones graves, urgentes que la sociedad actual reclama. Tenemos plétora de esta casta que se cree culta y se llama intelectual, pero cuya fe es lánguida...; por esto son falaces sus pensamientos, huecas y vacías de virtud sus teorías, infecundas sus obras. (1) Juan, VIII, 12.

¿Sabéis lo que nos falta para despertar al mundo moderno a una vida más sana y más feliz? No tantos hombres de universidad, ni de academia, sino almas potentes en la fe, almas santas, impregnadas en la verdadera luz, creyentes de fe sencilla y robusta, verdaderos gigantes del espíritu y de vida sobrenatural. Un cura de Ars y una Teresita del Niño Jesús han hecho más bien a la Humanidad que todos los intelectuales y genios de todos los siglos. Y ¿sabéis por qué? Porque los santos, al participar íntimamente de la luz de Dios, que es Jesucristo, lo irradian en forma maravillosa. Y fuera de Jesucristo no hay sino error, tinieblas y mentiras con todas sus fatales consecuencias. Es ésta mi íntima convicción, y de ahí mi estilo, tan sencillo como afirmativo. En este orden no discuto, *afirmo categóricamente*, apoyándome sobre Jesucristo, piedra angular (1), Verdad suprema. Insisto: Nos *hace falta más vida de fe, pero de fe ardorosa y práctica, fe traducida en obras.* Y más: el apóstol sobre todo, debe no sólo cultivar su fe, sino vivir de *un gran espíritu de fe.* Con él se ve a Dios y se le conoce, porque nos lo revela Jesucristo mismo, según aquella su palabra: *«Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo habrá querido revelarlo» (1).*

(1) Mal., 11 I , 42.--I. P., II, 6.

Nos es indispensable este espíritu de fe para penetrar en el Corazón de Jesús, en su verdadera intimidad. Cuántas almas, detenidas en el umbral de este abismo divino, que no conocen al Jesús auténtico del Evangelio ni las «magnificencias de su Amor» sólo por falta de fe viva, clave de este santuario, «el Santo de los Santos»... Si como la lanza de Longino hemos rasgado el pecho adorable, reparemos ahora nuestro desacato, penetrando por una fe vivísima en las profundidades de esa herida, sol de fuego y de luz. Apóstoles del Rey de Amor, hagamos grande y feliz al mundo, arrojándolo, conquistado y convertido, a sus plantas divinas. «Servirle, dijo San Pablo, es reinar» (2). Y yo añado: más que reinar. Pero antes de conquistar la tierra, tendremos nosotros que conquistar el Corazón del Maestro, adueñarnos de sus tesoros, y esto no será jamás una realidad sino en la medida en que sepamos creer y vivir de fe. En la medida en que avancemos por este camino, la fe irá transformando nuestra vida. Qué distinta es ésta desde el momento en que no queremos ver en ella sino a Dios, y en Dios todo lo demás: sufrimientos, acontecimientos, vaivenes... Por el hecho mismo, el enigma penoso de la vida se desvanece en esta gran luz, y (1) 1\Iat., XI, 27. (2) Postcomunión de la Misa por la paz. Oigo un día en Lourdes a un pobre campesino hacer el comentario de un sermón mío sobre el Rey de Amor y el amigo de Betania... Diserta con una solidez de doctrina, con una penetración y con una elocuencia avasalladoras, como jamás he oído a ningún maestro de teología. Y es un campesino... Ahí está, calzado con unos burdos zuecos, vestido con una blusa; pero insisto: es todo un doctor en dogma... Le oigo disertar sobre la persona adorable de Nuestro Señor, durante varias horas, con profundidad dogmática, con pleno dominio de la materia, como si fuera un gran maestro. Más que asombrado, atónito, quiero cogerle en una trampa: ¿no he de poder conservar por escrito tan maravillosa disertación? Para conservar su amistad, le pido, le ruego que me escriba con frecuencia y muy largo, pero que sus cartas no traten más asunto que del Rey de Amor y del Amigo del hogar. Y como anegados en ella, todo lo vemos claro, preciso, divinamente ordenado... De A l nuestra paz, no obstante la amargura del destierro, una paz inalterable. Esta revelación de Dios y del misterio de la vida nos la hace Jesucristo a medida que nos transforma en Él la oración. El que sabe orar, sabe, seguramente, más en el orden divino, aunque sea un niño o un sencillo campesino, que el letrado entre los letrados. Ignorará aquél los secretos de la electricidad, pero conocerá con maravillosa penetración los secretos de Dios y de las almas, lo que es infinitamente mas con mi insistencia quiero arrancarle la promesa formal de que lo hará, rompo en una carcajada, y me dice: « ¿Yo escribirle, Padre, yo?... ¡Si yo no sé leer ni escribir!» Y como me ve perplejo y aun desconfiado, oíd su razonamiento: “ ¿Qué de dónde he aprendido, Padre, todo esto?... Pues se lo diré en el acto. Si usted celebra la santa Misa cada mañana, yo comulgo también todos los días... Ya ve usted, Padre:

los dos tenemos el mismo Sol, el mismo Maestro: ¡Jesús! Si, pues, yo veo y usted no ve, la culpa no es del Sol y del Maestro, ¡sino suya!" ¿Oís? Tenemos todos el Sol a un paso, el Maestro divino a la mano; si ese pobrecito analfabeto sabe, ve, conoce, y nosotros, tan cultos y educados, no vemos ni penetramos en el Corazón de Jesús..., la culpa no es del Sol, sino de nuestra falta de intimidad con el Maestro. ¿Quién le conoce a Éste? ¿El famoso doctor, el notable pensador, el gran bibliotecario, erudito y sabio? ¡No siempre! ¿Quién le conoce? Su amigo íntimo, aquel a quien Jesús mismo, hablándole en secreto, le ha dicho lo que todos los doctores y lo que todas las bibliotecas no podrían jamás decir... Pero ¿cómo orar en forma tal que arrebatemos sus secretos al Rey del Sagrario? ¿Cómo se ora, decís? Pues *¡como* se ama! ¿Cómo habla el niño con su madre?... ¿Con grandes razonamientos? No, con el corazón en los labios. Jesús no quiere ni puede ser menos accesible, menos llano y tierno que una madre. No lo olvidéis: la oración es el secreto de la gran luz que debe iluminar al apóstol; pero recordad que ese orar debe ser necesariamente fácil, sencillo, al alcance de todos: ¡Se *ora como se ama! Y* la ciencia de amar la poseen por instinto así el niño como el doctor. Y aquí una observación interesante, siempre a propósito del conocimiento por medio de la fe viva y del acercamiento a Jesús. ¿Quién se conoce a sí mismo? Y notad que es indispensable, en la vía de la santificación, llegar a un cierto grado de conocimiento personal... Insisto: ¿quién se conoce en sus cualidades y en sus miserias, quién se conoce sin orgullo y sin desaliento? Sólo aquel que se ha visto tal cual es en los ojos del Maestro, en aquel espejo limpidísimo de verdad y de luz, y nadie más. Tenemos todos buenas y ricas partidas, cualidades que el Señor nos ha dado para utilizarlas en la obra de su gloria. Es preciso conocer estos tesoros con humildad y es indispensable saberlos explotar sobrenaturalmente. ¿Quién nos enseñará esta ciencia delicada? ¡Sólo Jesús! Tengo mis defectos, mis ruindades. ¿Quién las hará conocer sin quebrar la caña rajada, sin desanimar esta voluntad, ya tan débil, tornadiza y pesimista? ¡Sólo Jesús!... Pero, sobre todo, para desempeñar cumplidamente nuestra misión de apóstoles, ¡cuánto importa esta vida de fe sin la cual el apóstol no será sino campana que resuena (1) y voz en el desierto!... Desde luego, la comprensión y aprecio de nuestra vocación sublime y la energía santa e indomable para llevarla a cabo, no obstante mil y mil dificultades, debe venirnos exclusivamente de un espíritu de fe a toda prueba. (1) 1.a Gor., I, 28, 21. ¡Oh, sí! Para ser apóstoles en realidad de verdad, vivamos de fe y no diremos entonces: «Yo trabajaría si tuviera salud, y si tuviese influencia y dinero.» Que ésos son razonamientos humanos que estropean con frecuencia los planes del Señor. Cuando Jesús quiso conquistar la Tierra, ¿razonó, por ventura, así? Su sistema fue siempre servirse de pequeños, de pobres e ignorantes, y con estos instrumentos de incapacidad conquistó la Tierra. Qué hermosa palabra la de San Pablo al respecto: «Plugo a Dios escoger las cosas que no eran nada, para confundir las que son..., y convencer de fatua la sabiduría de este mundo por medio de la locura de la predicación de un Dios crucificado» (1). A la luz de la fe, ésta es una verdad no sólo clara, sino esplendorosa. Y sobre esta base se debe apoyar exclusivamente el apóstol. Por otra parte, cuando tales instrumentos de impotencia y vileza glorifican al Señor, ¿qué pueden atribuirse a sí mismos? Y así estalla en forma evidente y magnífica la obra, no del instrumento, sino del Artífice divino. Por ejemplo: la conversión de las almas, ¿obra de quién puede ser? ¡Ah!, este milagro es la hechura exclusiva de la gracia del Señor misericordioso y omnipotente.

(1) 1.a Cor., X.III, 1.

Ved, si no, cuántas son las bibliotecas en *el* mundo, y decidme: ¿cuántos son los convertidos por dichas bibliotecas? ¡Ni uno sólo! En nuestra ignorancia de las cosas sobrenaturales, atribuirnos, por ejemplo, el éxito de gracia al instrumento sensible, al predicador, a su elocuencia... Sin negar que éste, por voluntad de lo alto, puede tener su parte, y aún debe tenerla, en el plan de redención; qué grave error el detenernos principalmente en el instrumento y en atribuirle una virtud que el Señor se reservó siempre: la de tocar los corazones. Con suma frecuencia —si el apóstol no es un cura de Ars — las maravillas de gracia son el fruto rico, sazonado, de una Santa Teresita oculta, desconocida, cuyas inmolaciones de amor están produciendo, a la vista sólo del Señor, aquellas grandes transformaciones de gracia que el vulgo atribuye a erudiciones y elocuencias humanas! Oíd, al efecto, un relato estupendo. En lecho de agonía hacía su primera Comunión un gran convertido, y con él comulgaban también, *por primera vez,* su esposa y sus tres hijos. ¡Era, pues, la resurrección de todo un cementerio! Terminado el acto, cantaron los cinco convertidos, llorando de amor, un himno de acción de gracias al Sagrado Corazón, triunfador en su misericordia. Concluido éste, se acerca al enfermo una pobrecita, una anciana que sollozaba, pero con evidente exaltación y júbilo de su alma. «Patrón, le dice, ¿permite usted en esta hora de cielo, permite usted a su vieja cocinera el abrazarle?» Y cuando el señor le tiende los brazos conmovido, ella, siempre llorando de alegría, exclama: «Hace veinticinco y más años que le sirvo, señor; pero créame que durante tantos años no me he contentado con ser la humilde cocinera. 10h, no! Hace veinticinco años que oro, que sufro, que comulgo a diario, como apóstol del Sagrado Corazón, pidiéndole una sola gracia, una sola: la de no morir, la de no gozar del cielo antes de haber visto al Señor del

cielo triunfante, victorioso en esta casa... ¡Ya le veo, ya me ha concedido el Sagrado Corazón el gran milagro; ahora sí que puedo ya morir...; mi misión de apóstol ha concluido!...» ¿No es maravilloso y sublime el *Nunc dimittis* de esta cocinera apóstol? Pero ya veis que todo mi razonamiento de apóstol, hablando de apóstoles, es casi de... locura, la locura de la cruz (1), la de una fe que debe ser la clave única y la solución acertada en todas nuestras dificultades, por cierto inevitables... ¡Qué de montañas encontraréis en vuestro camino, apóstoles del Sagrado Corazón! ¿Quién las removerá? Sólo vuestra fe, pero una fe de santos. ¡Oh! Creed en Aquel que dijo: "Yo he vencido al mundo" (2), y vosotros, los apóstoles, lo venceréis por É1 y con Él. Pero sólo en la medida en que creáis en Aquel que os envía. Cuántos apóstoles creen únicamente, pero en la hora del éxito, con fe fácil y un poquitín humana. (1) l.a Cor., I, 22. 2) Juan, XVI, 33. Hay que creer con fe robusta, inamovible, cabalmente en la hora de las derrotas aparentes... Y digo *aparentes* porque, con frecuencia, una derrota de forma es una victoria en el fondo, si no para nosotros, para Jesús, ¡Creyendo con fe viva en la hora amarga de prueba, aseguráis al Corazón de Jesús una gran victoria, la de su amor! ¡Oh! Pedidle en estos días que haga caer las escamas de vuestros ojos, de tal modo que comencéis ya a sentir, aunque sin sentir, la omnipotencia de su Corazón, a experimentarla en vuestra vida interior... ¡Fijad en Él, sólo en Él, vuestra mirada, y... adelante, que reine!...

GRAN ESPÍRITU DE FE

«¡Señor, haz que yo vea!»

Si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú le hubieras pedido a Él y Él te hubiera dado agua viva (1). « ¡Si tú supieras! Sabe una vez por todas. ¡Jesús quiere que sepas, que veas claro, ya que debes guiar a otros... Abre los ojos del alma, bebe a torrentes la luz, ve!» Nos es indispensable vivir de plena luz para vivir de amor. ¿Qué cosa es la vida sino un vaivén, un fluctuar continuo? De ahí que necesitemos una roca como base de nuestra paz, un centro alrededor del cual gravite con seguridad nuestra vida de agitación constante y de cambio perpetuo. Ese centro no puede ni debe ser otro sino Jesucristo, pero *Jesucristo perfectamente conocido.* No hay más sabiduría que la de conocerle a Él, ni hay más dicha verdadera que la de intimar con Él... ¡Jesús nos basta! ¡Oh!, qué grande, qué consolador, qué seguro es vivir de esta convicción de fe... En la medida en que ésta sea un alma divina, de nuestra alma Dios realizará en nosotros y mediante nosotros sus designios de misericordia. (1) Juan, IV, 10. Pero la condición previa, indispensable, es siempre ésta: « ¿Crees tú?..,» Así pregunta siempre Jesús antes de realizar un portento cualquiera de amor. ¿Creéis que puedo curaros'? —dice a los ciegos. — Sí, Señor; lo creemos— responden (1), y en el acto se opera el milagro. —¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?... Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo? —pregunta a sus Apóstoles. Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: —Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (2). Y cada vez que se acude a su Corazón y a su omnipotencia, el Señor replica: «Sí, tú puedes creer; todo es posible al que cree» (3). Este lenguaje evangélico no cambia en Paray-le-Monial. «Cuando yo le presentaba, dice Margarita María, mis pequeñas peticiones sobre cosas difíciles de obtener, me parecía oír siempre estas palabras: «¿Crees tú que puedo Yo hacerlas?... Porque si crees, verás el poder de mi Corazón en la magnificencia de mi amor» (4).

(1) Mat., IX, 27. (2) Mat., XVI, 13, 15, 16. (3) Marc., IX, 22. *(4) Vida y obras, t . II , pág.426.*

Una vez más, pues, se manifiesta claramente que la fe, como es la base de, toda santidad, lo es también de todo apostolado. La mayoría de los santos vivieron ciertamente corno nosotros una vida aparentemente ordinaria, corriente y vulgar en la forma; pero llevaban por dentro un sol que los iluminaba maravillosamente; éste no era otro sino Jesús. Vivieron de la visión íntima de Jesús, y Jesús fue su luz interior, indefectible. De ahí que, aunque sujetos como nosotros a los vaivenes naturales de la vida, parecían, y en realidad estaban, fijados en una paz inalterable, en una confianza más fuerte que todas sus crisis internas. ¿Cómo pudieron bogar tan serenamente en la barca frágil de su naturaleza, endeble y pobre como la nuestra? ¿Cómo les fue dado gozar de tanta paz? ¿De dónde sacaban aquella íntima quietud e inalterable certidumbre que jamás los abandonó? ¿De dónde? ¡Ah! El mundo los creyó locos, pero su locura era el santo y maravilloso desvarío de una inmensa luz, luz inmarcesible, luz que vivía y se ahondaba en ellos como un alma celestial, Y porque los santos son los locos de una fe maravillosa, son, por excelencia, los seres todo luz y todo paz. El mundo, que vive de tinieblas y odia la luz, no quiso ni pudo jamás comprenderlos. Ved, si no, qué grado cristiano, qué poco cree, repito, en el amor de Jesús. ¿Por qué esto? Porque en el amor de Jesús hay algo de una misteriosa sin-razón, de una divina locura y que sólo una fe muy viva, la del santo, puede penetrar y comprender. Y cosa curiosa: en la medida en que una criatura cualquiera, y especialmente un apóstol, enloquece en esta luz y se «chifla» por Jesús, y cree ciegamente en su Amor, en esa misma medida el apóstol cuenta con una verdadera omnipotencia y es capaz de trastornar y conquistar un mundo y ciento. «¡Oh, Jesús!, dadnos la omnipotencia

de aquellos santos, sobre todo de aquellos que creyeron con fe ciega en la locura de vuestro amor, para rendir como ellos el mundo a vuestros pies ensangrentados.» ¡Oh! ¡Pedidle en estos días la fe de los santos! Tenéis fe, ciertamente; pero ¿es de veras una fe viva, ardorosa; fe que pueda ser raíz y alma de empresas salvadoras? Porque creer no es solamente aquella fe, corriente y general, en un Dios, con frecuencia vago, lejano e impersonal; creer es, sobre todo, abalanzarse a Jesús, la revelación suprema del Padre, darse a Él, vivir en Él, «luz descendida del cielo para mostrarnos el camino que a él conduce». Y no basta creer que vino, es preciso vivir colmo quien cree realmente *que se quedó y* que vive entre nosotros y por nosotros. En resumen: creer en Jesús significa establecer una estrecha y divina fraternidad entre Él y nosotros. Y puesto que, en calidad de apóstoles, estáis llamados a dar la luz al mundo, buscadla en Aquel que se llama y es la «Luz del mundo (1). ¡Oh, sí, que lo sea, sobre todo, en la vulgaridad y mentira de la vida de tantos desgraciados, que se haga la luz en ellos! En cuanto a nosotros, repitamos a saciedad la frase tan hermosa del ciego, pero con una ligera variante que centuplica su valor. El ciego gritaba: «Señor, haz que yo vea! » (2) . Nosotros digamos, repitamos hasta cansar, si fuera posible, a Jesús: *«Señor, haz que te vea.»* «Verte, Jesús; penetrar en tu corazón; verte, saborear y vivir tu doctrina de amor; verte, asimilarme tu espíritu y tu voluntad; verte a Ti y quedarme ciego, si quieres, para no ver ni las flores, ni las estrellas, ni las criaturas.» ¿No es verdad que una vida semejante sería el preludio, el vestíbulo del cielo? ¿En qué consiste propiamente éste sino en la visión beatífica de Dios? Y en esa Luz indefectible, verlo y saberlo todo. Si, pues, por virtud de un gran espíritu de fe, anticipamos en cierto sentido, aunque sea tras de velos y nubes, aquella visión inefable, por el hecho mismo anticiparnos una gota de la dicha que nos reserva el Paraíso. No hay ni jamás hubo otra dicha en la Tierra sino ésta, dicha honda, viva, duradera: la dicha de los santos. Tal fue, ciertamente, el rincón del cielo que llamamos Nazaret. Ved, si no: para todos los vecinos de la maravillosa vivienda del Rey de reyes, el Niño Jesús, y después el adolescente, el joven y el obrero, no era sino un cualquiera, uno de tantos... ¡Ah!, pero para María y José, que al través de esa carne veían sin ver al Verbo; para ellos que, al través de esa persona mortal, adoraban al Hijo del Dios vivo, ya imagináis los goces inefables, las delicias indecibles, el cielo anticipado que llevaban en el secreto de sus almas...

(1) Juan, VI I I , 12. (2) Marc., X, 51.

Meditemos esa convivencia de fe y de amor de Nazaret, y hagámosla nuestra por un gran espíritu de fe... Como María y José, aprendamos a trabajar, sufrir, luchar, saboreando siempre a Aquel que, como en Nazaret, sigue conviviendo nuestra vida... La distancia no viene de su parte; la distancia la abre nuestra falta de fe... La meditación de la autobiografía de Santa Teresita nos será utilísima para comprender esta lección, y nos abrirá horizontes nuevos al respecto. Alguien ha dicho, y con razón, que después de San José jamás ningún santo supo realizar mejor, más íntima y sencillamente, la vida de Nazaret que Teresita... Consultad la niña doctora, que os dé la mano en este camino tan propio de vuestra vocación y de la suya. * * * Pero ¿cómo llegar a ver a Jesús en todo, cómo cogerle en nuestras redes y llegar a incrustarle en nuestra vida cotidiana, y que llegue a ser, en nuestra mente y en nuestro corazón, la *Obsesión* de nuestra vida, Tú, Jesús, sólo Él? Porque claro está que no tratamos aquí de aquella visión vaga, desteñida, de su Persona Divina; aquel recordarle de vez en cuando, una vez que otra, como un rayo de sol que rasga el nublado del alma, no. Que Él os comente esta lección. Vedle donde está, es decir, no solamente en el cielo y en el Sagrario, sino en vosotros mismos... Encontradle, pues, en los acontecimientos ordinarios de la vida cotidiana, en las pruebas que permite con sabiduría y en las alegrías que os manda con amor. Vedle en las gracias con que os colma moral y materialmente, y al sentirle que pasa, bendiciendo, agradecedle, porque la gratitud atrae un diluvio de gracias. Vedle en vuestras oraciones, tanto en las que hacéis en la iglesia como en aquellas más secretas y familiares de vuestra habitación... Vedle inspirando, Él mismo, vuestra oración, enseñándonos a orar, acogiendo vuestros homenajes y peticiones y respondiendo con misericordia y fecundidad. Vedle en vuestras labores sencillas, en los trabajos y menesteres de la vida diaria; vedle acompañándoos en la fatiga que El mismo conoció por experiencia... Ved cómo, mientras nuestras manos trabajan, su Corazón está al mismo tiempo realizando otra tarea mucho más hermosa: la labor íntima de santificaros en la medida en que cooperáis con vuestra fe. Vedle compartiendo vuestra mesa, sentado con vosotros en el hogar querido, como en Belén y Nazaret... ¡Ah!, pero comprended sobre todo su hambre y su sed, y dadle el pan del corazón, dadle el vino generoso de la voluntad, y Él, en cambio, se dará a vosotros. Vedle en las horas de descanso, al disponeros para el sueño... Aprended a descansar *a lo* Juan, sobre su Corazón, y durmiendo y todo, que cada latido del corazón le diga, porque así lo habéis pensado y ofrecido: “Te amo, Jesús” Así, dormirán los ojos y velará el corazón... Vedle en la hora del sacrificio, y éste se presenta, lo sabéis, a cada paso. La visión de Jesús Crucificado será un aliento divino y una recompensa. ¡Oh!, no perdáis una sola- astilla de la cruz cotidiana, sabed mezclar vuestra sangre con la sangre de Jesús. Vedle en las horas de angustia íntima y secreta, en aquellas penas que no se cuentan a nadie,

porque nadie las comprendería, horas de Getsemaní... Ni busquéis un Cirineo, ni llaméis a un ángel: os bastará Jesús; a Él, sí, llamadle, vedle a vuestro lado, vedle en la tortura que provoca la decepción de las criaturas, de las buenas y las mejores... Cuando sintáis que no saben amar como imaginasteis, cuando apoyándoos demasiado en ellas se quebraron como la caña y os lastimaron, ¡oh!, ved entonces a Jesús, vedle endulzando esa llaga y oídle..., que con esa pena, como pocas saludables, os está enseriando a despegaros de las criaturas y os está predicando, a voz en cuello, que sólo Él es fiel y bueno, y que sólo Él os basta... Vedle a Él, invisible; vedle en aquellas horas de fatiga moral, de abatimiento y desaliento, cuando la Naturaleza parece crujir toda entera y quebrarse; cuando sentís, más que de ordinario, el peso abrumador de vuestra ruindad y miseria. Oh!, entonces, vedle de cerca y exclamad con el corazón en los labios: « ¡Creo en vuestro amor, Jesús, sí, creo!» Y en aquellas horas de racha y de tormenta, horas de tentación desencadenada, y cuando, al propio tiempo que sentís crujir el huracán sentís por dentro el desmayo y la muerte... ¡Oh!, en esa hora angustiosa sabed encontrar, sobre las ondas agitadas, a Jesús, que os invita a entrar en la barca de su Corazón...; y si a veces creéis, como Pedro, que el naufragio es inminente y que el Maestro, duerme, no temáis con exceso, que naufragar con Jesús sería encontrar en los abismos... ¡el cielo!... ¡El calmará en hora oportuna la tempestad; fiaos en esa hora negra; fiaos de su Corazón! Vedle... en vuestra caída; para eso quiso caer El en la Vía dolorosa, para alentaros con su propia flaqueza, ¡ah!, que si todas las criaturas se escandalizaran, El jamás... Nadie comprende como ÉL en la debilidad de la cual quiso revestirse (1) para llamarse y ser en realidad Hermano nuestro... Caídos y todo, no le temáis: El mismo bajará al profundo del abismo. Él, la Misericordia del Padre, la Compasión divina. Le costarnos tan caro, ¡oh!, tanto, que no se resigna fácilmente a perder uno solo de los que le confió el Padre (2). Recordar con qué maestría divina se pintó a Si mismo en aquel Samaritano (3) que recoge en el polvo, entre sus brazos, al infeliz sorprendido, más que por los ladrones, por su propia flaqueza.

(1).. Ph., I I , 5. (2) Juan, XVII, 12, 24. (3) Luc., X, 30, 37.

¿Quién no conoce por deliciosa experiencia las ternuras y delicadezas de este adorable Samaritano? Ya podéis ser cien veces culpables y mil veces leprosos; ahí está El, resuelto a trocar vuestro ropaje de lepra en belleza soberana, en púrpura de gloria. ¡Qué elocuencia en aquella mirada de Jesús a San Pedro (1), mirada en que el Señor, traicionado, conquista con tristeza y amor al apóstol ingrato! Qué bien sabe luchar y vencer el que sabe escuchar, en esas horas difíciles, la voz del Rey de Amor que parece decirle: «Paz, no te agites. Entre tus preocupaciones y zozobras y tu alma estoy Yo..., y entre tú y Yo, nadie, absoluta-mente nadie... ¡Paz, vencerás conmigo!» Vedle a ese Jesús, Dios de luz, en aquellas horas en que os creéis en un piélago de tinieblas... Y no veis ni sentís, y, en cambio, vivís con la sensación matadora de una completa soledad, de un total aislamiento de todo y de todos... Que os envuelvan en buena hora todas las tinieblas, pero llevad por dentro a Jesús... Vedle a Él, seguidle a ojos cerrados, creed como nunca en su amor, y la victoria será vuestra. ¡Qué importa que caiga la noche y os envuelva, si lleváis dentro del pecho el Sol de amor!... Y, en fin, oídme, apóstoles del Corazón de Jesús:, Vedle a Él y sólo a Él en las mil y una dificultades del apostolado. Queréis volar, y os cortarán las alas... Esperabais aliento y aprobación de almas buenas, y éstas se os opondrán como barreras inesperadas... Dios sabe por qué permite los venda-vales *de la derecha*, las *oposic*iones *y*... persecuciones de los buenos. Así prepara Jesús grandes victorias... Acordaos, entre otros, de San Alfonso María de Ligorio y de San José de Calasanz.

(1) Luc., XXII, 61.

El Señor jamás ha cambiado su sistema providencial, jamás. Si queremos, pues, de veras la obra de su gloria, sepamos ver a Jesús, crearnos en su sabiduría y en su amor, precisamente en los momentos en que la oposición de los mejores pudiese desorientar a los apóstoles. Lleguemos a vivir de la *obsesión* de Jesús: verle a Él, sólo a Él, en todo a Él. ¿Qué cosa fue la vida terrena del Señor sino la obsesión del hombre en la mente de Jesús? Y ahora mismo, ¿no se diría que sigue aquejado de la misma obsesión nuestra? Ved cómo nos sigue y nos persigue resuelto a sacar su gloria y nuestro bien de todo, de nuestra virtud y de nuestros pecados mismos, de nuestras cualidades y defectos. Se hablaba un día delante de Santa Teresita del poder de ciertas personas de magnetizar a otras, de apoderarse, por decirlo así, de sus facultades. « ¡Ah!, exclama ella en el acto, ¡cómo quisiera que Jesús me magnetizase, con qué inmenso gusto le cedería mi voluntad!» (1).. Y en realidad Teresita quiso y se dejó magnetizar por el Corazón de Jesús, y de ahí la maravilla de fe que es su vida. (1) *Consejos y recuerdos* (Santa Teresita). ¿Por qué no podría Jesús, la única realidad indefectible, ejercer sobre el alma la fuerza de atracción que, por otro lado, vemos que ejercen «magnetizadores» muy humanos, como son un marido, un amigo, el novio y el hijo? ¡Cuántos son los chiflados de las bellezas humanas! ¡Qué pocos son los chiflados de la Belleza divina! Ahí está por ejemplo, el hombre de ciencia: le ha dado por ser sabio y por coronarse con esta aureola ante los hombres... Ved cómo lo sacrifica todo a esa chifladura... ¡Y el artista, apasionado de veras por su arte, es casi un loco!... Apóstoles del Rey de gloria, Jesucristo, Hermosura increada,

Creador de todo lo que admiramos en artes y ciencias; Él, cuya sola mirada extasía a los ángeles y es la exaltación eterna de un paraíso...; Jesucristo, ¿no llegará a imantar y a apoderarse de todo nuestro ser, de tal modo que digamos y sea verdad lo de San Francisco de Asís: «Mi Dios y mi todo»? ¡Oh! Que ese Sol de justicia nos deslumbre y alumbre... Vuélvete, ¡oh Jesús!, la obsesión divina y única de tus apóstoles..., que éstos no puedan saborear otro bien fuera de Ti (1). Santa Margarita María, hablando de una gracia que el Señor le concedía todos los primeros viernes de mes, se expresa así: «Se me presentó este Divino Corazón como un sol resplandeciente, cuyos rayos ardentísimos caían a plomo sobre mi corazón y éste se sintió abrasado de un fuego tan ardiente, que parecía iba a reducirse a cenizas. *(Vida y obras,* t. II, pág. 71.)

VIDA DE AMOR «Diliges!»*«Manete in dilectione mea» (I). «Permaneced en mi amor»*. Estas palabras lo resumen todo, el Evangelio y toda la ley (2): «Os he amado hasta los abatimientos de la cuna, de la Cruz y de la Eucaristía. Os he amado sin el menor mérito de vuestra parte, aún más, a pesar de haber vosotros desmerecido mil y mil veces mi amor... ¡Qué! ¡Os he amado como Salvador, no sólo a pesar, sino a causa de vuestras miserias!... »Os he amado con amor de inaudita preferencia. Ved, si no: dejé a mi Padre, y mi cielo, y mis ángeles por vosotros... »Desdeñé los tesoros de la Tierra, y nací desnudo en un establo, por vosotros, los hijos culpables...

(1) Juan, XV, 9. (2) Rom., XIII, 10.

Os he amado más que a mi propia vida, pues la di buscando libremente la muerte para aseguraros una eterna vida... Y cuando se ha dado la vida, se ha dado todo. Ésta es la prueba suprema de amor. Habíais merecido el castigo de infinita justicia, y entonces me interpuse Yo entre vosotros, culpables, y el Padre..., y fui herido de muerte ¡por amor! »Os he amado más que a mi propia majestad: ¡contempladme cubierto de oprobios, vestido como un loco, zaherido, escarnecido y pisoteado como un gusano, Yo, un Dios!... »Os he amado más que a mi propia gloria: vedla cubierta con velo de muerte en el Calvario, cubierta con el velo de un aniquilamiento mayor aún: el de veinte siglos de Sagrario... ¿Quién adivinaría jamás que en el Tabernáculo empolvado y pobrecito de una aldea habita Aquel que no cabe en los cielos de los cielos? »Os he amado... y os amo con caridad inmensa, infinita. Y vosotros, hijitos míos, ¿me amáis también? ¡Ah!, en todo caso, no fuisteis los primeros en amar, pues yo os amé de toda eternidad *prius,* yo me adelanté a ofreceros el Corazón. *In caritate perpetua:* «Te amé con predilección eterna...» (1). »Pero ¿me queréis, me amáis al menos con un amor de preferencia? ¿Me anteponéis, en vuestro cariño, a las criaturas, a vuestros placeres y comodidades? ¿Soy Yo el primero en vuestro corazón?

(1) Jer., XXXI.

Llamo hace tiempo a la puerta, aguardo con paciencia, vuelvo a llamar con dulzura, y se me responde con frecuencia: «Señor, aguarda un momento; »estoy por ahora muy ocupado con el porvenir »y con cuestiones de dinero e intereses...;¡aguarda!...» Pasa el tiempo y, con él, reveses o éxitos, flores y espinas. Vuelvo a llamar con voz suplicante: «Acéptame, soy tu Paz.» (Si, Señor, se »me responde; pero... todavía no...; mira que »estoy preocupadísimo con mi salud, que estoy »que llego ya a la meta de mis ideales, y no puedo »perder un momento; cada segundo es precioso; vuelve otro día.» »He regresado otro día; aquí estoy aguardando como un pobre, como un mendigo... Extiendo la mano, tengo hambre de amor..., y esta mano ensangrentada, herida, la debo retirar; pero más herido aún está el Corazón... »En torbellino deshecho penetran en esa alma y en ese hogar los cuidados, las torturas, las ambiciones humanas, las ilusiones terrenas, y con ellas los sinsabores, las grandes tristezas... La puerta está siempre de par en par abierta para todos los locos de la vida... «Sintiendo la escarcha y el hielo de muchas noches: «Veamos, me digo; tal vez el cáliz de tantas «amarguras les habrá enseñado que sólo Yo soy la »paz, la dicha y el Amor. »Llamo a golpes redoblados (1), y... ¡silencio! »Vuelvo a llamar: «Abridme; soy Yo...; no »temáis; soy el único Consolador...; soy Jesús, el »único Amigo de los días sombríos, el que jamás olvida, el que jamás desecha a quienes le desecharon... ¡Abridme; soy la misericordia!» »Se entreabre entonces la puerta, y con voz de etiqueta se me dan mil excusas... «Que vuelva..., «porque después de mil noches de insomnio y tormento, se duerme por fin.» ¡Ay!, ¡tal vez sueño de muerte! ¡Que en otra ocasión..., que a otra hora..., quo por entonces lo sienten mucho, que dispense, imposible!...

(1) Apoc., III, 20.

"¡Ah! Con frecuencia, cuando regreso... y me abren, la muerte me ha precedido, se me permite entrar entonces, a Mí, el Rey del cielo, en compañía del que trae la mortaja y el ataúd..." Tristísima historia, desgarradora; pero historia real y verdadera. ¡Qué paciencia y qué benignidad la de ese Jesús Dios y Hombre verdadero, que así ama y llama y espera y se desvela por mí, pobrecita criatura, átomo que Él sacó de la nada, débil, ingrato y culpable, y más, colmado de mercedes y que paga a su Bienhechor divino con desamor y desdenes y olvidos! ¡Oh paciencia del amor (1), oh suavidad del Corazón de Jesús!... ¡Qué bien dijo el que afirmó que Jesús no

era sino un Corazón infinito en el Amor!... Pero ¿por qué no fuerza con santa cólera esa puerta que se le cierra? ¡Qué!, ¿no es el Señor? ¡Qué!, ¿no es el Amo? (1) Is., LXV, 2. Sí; podría y tendría, ciertamente ese derecho; pero lo que El busca es el *amor (1).* No es tanto la puerta abierta cuanto el cariño del que se la abre... Y es esto lo más inconcebible: ¡que Él, un Dios todo amor, y ternura, y compasión, y misericordia, reciba estos rechazos! Dejadme aquí repetir con amargura del alma lo que decían San Francisco de Asís y Santa Teresa: *«E1 Amor no* es *amado.»* Jesús no es comprendido en su Corazón; Jesús no es amado, ¡oh, no! ¡Ni siquiera de aquellos que se precian de ser sus amigos; no, no es amado! ¿Por ventura se hizo Hombre, se dejó matar en un patíbulo y se constituyó Prisionero en el Sagrario para inspirar temor y hacer temblar? ¿Por qué no esgrimió como un látigo el rayo —y bien merecido lo teníamos— se propuso fundar su imperio sobre el terror? ¿Vino acaso a multiplicar la casta infame de los esclavos, o bien a crear la gran familia de los hijos, de sus propios hermanos?... (2). Somos hijos y hermanos del Salvador en derecho divino, ¡ah!, y no se diría, a juzgar por nuestra falta de amor. Que si alguno dijera: «E1 temor es el principio de la sabiduría» (3), yo añado: (Si, *el principio* y nada más que un principio, el primer peldaño de la escala que lleva a Dios.» ¡Ay! Y cuántos son los que se quedan en ese primer peldaño, pudiendo y debiendo subir al segundo, al ter-cero, al milésimo, a la cima. Esta cima, «el cumplimiento de la ley, dice San Pablo, es el Amor»: *plenitudo legis dileetio (1).*

(1) 2.a Cor., IX, 7. (2) Rom., VIII, 15, 17. (3) Ps. CX, 10.

Apóstoles del amor del Sagrado Corazón, ya lo sabéis: bien está a la base de la conversión la piedra que se llama el santo temor... Subid sobre ella, y sin removerla llegad a aspirar el aire puro de la cumbre; subid con humildad y confianza hasta la cima de la perfección, que es el Amor y sólo el Amor. ¿Quién tiene más derecho a este espíritu que un apóstol del Divino Corazón? *«Praebe, fill, cor tuum, mihi.» «Dame, hijo, tu corazón.»* El amor hemos dicho es todo el Evangelio; es Jesús mismo, que se da en brazos de María, de la Cruz y de la Iglesia, y es también toda la ley cristiana. Si, la Iglesia, obra maestra del Señor, ¿qué otra cosa es sino una hechura perfecta de su Amor? Y el ministerio sacerdotal, maravilloso, ¿no es, por ventura, otro milagro permanente del Amor de Jesús?... ¿Qué otra razón de ser tiene el Ministro de Cristo sino salvar y llevar, por camino de amor, almas a Cristo? El sacerdote es de derecho el dispensador del Amor. ¿Qué son los Sacramentos sino canales de gracia y de amor? ¿Qué es la predicación sino el vehículo de una caridad abrasadora, del fuego de Pentecostés, el eco fiel de aquel «Venid a Mí todos (1), no temáis, soy Yo?» (2). *(1) Rom.,* XIII, 10. ¿Qué es la oración sino la fusión del alma con Dios por un elemento de amor? ¿Qué toda la economía mil veces portentosa de la gracia sino la red de amor y de misericordia en la que con santa y amorosa violencia quiere cogernos un Dios Salvador? Las mismas decepciones y amarguras del destierro, el acíbar que nos trae siempre el beso de las criaturas, la caducidad de todo lo humano, ¿qué nos está predicando a voces sino que la única realidad del corazón humano es el Amor de Jesús, y que fuera de Él «todo es vanidad y aflicción de espíritu»?(3). Y ¿qué otro idioma habló el Señor en la casita de Nazaret, en las orillas del lago, en la cima del monte y en nuestros tiempos en Paray-le- Monial sino el lenguaje de su Corazón, el del Amor? Oíd, por ejemplo, esta frase que debiera enloquecernos.. Dice Jesús a Santa Margarita: «Mi Corazón está de tal modo *apasionado de amor* por los hombres *y por fi en especial.»* ¿No es esto estupendo? Ese amor fue, ése amor es la suprema realidad que domina todos los siglos; ese amor es la sustancia misma de Aquel que impera, y reina, y vence porque es Rey y porque «Dios es Caridad» (4).

(1) Mat., XI,28. (2) Marc., VI, 50. (3) Eccle., I, 14. (4) Juan, IV, 16.

Su ley es una palabra, un verbo, el más maravilloso: *¡Amarás!* Toda la perfección, y todo el cielo de recompensa más allá, es sólo *¡Amor!* ¡Oh misterio insondable de caridad infinita! ¿Es posible que un Dios, que por ser Dios no necesita de nada y de nadie, me haya hecho una ley que me obligue a amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con todas mis fuerzas? (1). Se diría que, faltándole mi amor, le faltara algo a ese Ser absoluto e infinito y que sin Él hubiera sentido el Señor no sé qué vacío, y que por esto lo quiso colmar con el átomo de mi corazón. Es indudable que el primero y el más adorable de sus derechos es el de *ser amado, y* se diría que ese derecho divino hubiera creado en *Él* algo así como la necesidad de sentirse amado y de que le amáramos. Y cuando le negamos este amor, ¡ay!, ese Dios se vuelve Jesús, esto es, se vuelve Mendigo, y con lágrimas de sangre reclama el pan, las migajas de nuestro corazón. Y aquí dejadme decir con santa energía, con cólera santa: ¡Ay de aquel que, con pretexto de querer evitar yo no sé qué sentimentalismos y melosidades absurdas, se precia de vivir de espíritu, de idealismos en el aire y rechaza la vida del corazón y pretende que *amar es debilidad y* no sé qué romanticismo de una religiosidad enfermiza! Protesto airado contra este absurdo, que, además, entraña siempre buena dosis de respeto humano, un fondo de orgullo y no poca falta de generosidad en el servicio del Señor. (1) Luc., X, 27. ¡Amar una debilidad! ¡Sí, la santa debilidad y la locura de Francisco de Asís, de Santa Teresa, doctora; de San Pablo, la de todos los santos, la tuya, Jesús!... El amor verdadero, la caridad, no fue jamás por jamás ninguna histeria; antes por el contrario, fue el alma de todas las

grandes luchas interiores y el secreto único y el nervio indispensable de todos los heroísmos. El temor pudo con frecuencia convertirse en nerviosidad femenina, y, por el contrario, ninguna virtud es más varonil ni robusta que el amor. ¿Quiénes son y serán siempre los verdaderos teólogos? Aquellos que, llevando la cabeza aureolada de luz, como Moisés, lleven sobre todo el alma abrasada en llamas y el corazón transfigurado en el Pentecostés del amor por la divina intimidad con Jesús, ¡el Dios todo caridad! Hay, por desgracia, y habrá siempre, ciertos maestros glaciales y que hielan el alma, hombres eruditos y de bibliotecas, que han leído a San Agustín y a Santo Tomás, pero que están lejos de amar como estos santos doctores... Yo pongo en cuarentena toda esa sabiduría mortecina sin la luz de la llama, sin la clarividencia de la santidad, que es siempre amor, y me atengo exclusivamente, no a esos Agustines y Tomases que abundan, sino a San Agustín y a Santo Tomás, doctores auténticos. ¡La verdadera y gran teología es amar! Con ella, todo lo que queráis; sin ella..., lo que fatuamente se llama ciencia, erudición e intelectualismo, no es sino ciencia a medias y suficiencia. Por última vez, la caridad no es, mil veces no, ningún sentimentalismo afeminado, sino la mayor de todas las virtudes (1). Amar es vivir heroica y divinamente, es vivir a lo santo. Dar toda o casi toda la importancia a la fe, divorciada de la caridad, sería gravísimo error. Una cosa es creer y otra amar. Si creo con fe que me dé la potencia de hacer maravillas, y no amo, *nihil sum,* soy nada (2) y nadie. Y peor: soy un peligro para mí mismo y para las almas. Se puede creer sin amar...; ahí están los miles y millones de cristianos que aceptan la teoría del Evangelio, que reconocen especulativamente el principio de la ley divina, pero que no la practican ni la observan *porque no aman.* No se puede amar sin fe; pero la caridad vivifica nuestra fe. Insistamos mucho en el fundamento doctrinal de nuestra fe, e insistamos muy mucho en la sustancia doctrinal de nuestra caridad. Enseñemos a creer amando, a amar lo que creemos. Cuántos naufragan en la fe porque son educados sin amor, sin caridad. Esa fe disecada deja de ser alas divinas para convertirse en odiosas ligaduras. Afirmemos a Cristo y hagámosle amar.

(1) l.a Cor., XIII, 13. (2) 2.a Cor., XIII, 2.

Es, pues, claro, evidente, que el cumplimiento de la ley cristiana supone, ante todo, en retorno de un amor divino, un amor ferviente, el don de nuestro corazón: *praebe, mi, cor tuum, mihi (1).* Amar *no quiere decir sentir, pues* con frecuencia, en el orden sobrenatural, puede sufrirse de un frío glacial —y más, puede sentirse hasta la repugnancia y las náuseas del bien y de Dios — y estar al mismo tiempo ardiendo en llamas de verdadera caridad. Al hablar, pues, de amor, nos referimos siempre a una voluntad íntima, leal; voluntad varonil, resuelta a aquel querer hondo y vivo del alma que constituye, a los ojos de Dios, nuestro amar. De ahí que un primer elemento de esa caridad interior sea *mi deseo* sincero de amar. Un gran deseo, cuando es verdadero y honrado, es siempre un gran amor (2). El amor se alimenta y vive de aspiraciones nobilísimas, de ambiciones y deseos que vienen del Espíritu Santo. Estos deseos destruyen en el alma el sistema de rutina, de mediocridad, que son siempre, en las almas buenas, los gran-des óbices a la santidad. En un alma levantada, en alas de gran-des deseos, nada de vulgar, su morada está en las alturas, va siempre en seguimiento del Águila divina, quiere, anhela siempre subir más y más.

(1) Prov., XXIII, 26. (2) Yo, Dios infinito, quiero ser servido de un modo infinito; mas tú no tienes infinito más que el deseo, el anhelo de tu alma. (Santa Catalina de Sena, diálogo 4.)

Claro que al hablar así no nos referimos a aquellos veleidosos que están siempre soñando, santos de cartón, cuya aparente santidad es un castillo de naipes. Decimos deseos vehementes, no antojos; deseos generosos y no veleidades de una hora y cambios de frente —ambición santa de ser olvidado, despreciado; ambición de sacrificio —, no caprichos que se estrellan con la primera humillación. Así fueron, por ejemplo, los deseos que levantaron tan alto a San Luis Gonzaga. «¿Cómo subió a tanta altura, en qué tiempo y con qué obras?>>, preguntó Santa Magdalena de Pazzis al Señor, y Éste le contestó: «Subió en alas de grandes deseos.» Y éste fue también el secreto de la gran Teresita, grande, estupenda en su ambición de amar. Debe estar ella por encima de muchos serafines del cielo y de la tierra «porque amó mucho y porque *quiso amar como nadie* había jamás amado a Jesús (1). Y así debe ser en el orden divino desde el momento en que Dios lee en los corazones, pues son incontables las obras exteriores, excelentes, que son irrealizables para los unos o los otros..., en tanto que la *obra interior,* esto es, el gran deseo, la voluntad de amar, está siempre al alcance de todos. Podéis amar deseando, y eso es mucho, y con frecuencia es todo (1).

(1) Cartas.

Lo que Jesús pide ante todo es esa voluntad, pero resuelta, generosa. ¡Oh!, sí, dadle un corazón entero, y no el corazón en migajas que le dan tantos. El don de sí mismo, pero don total: he ahí un gran amor. No fue así, al principio al menos, el don de San Pedro. «Lo hemos dejado todo», dice él (2); pero no era enteramente la verdad, pues lo que faltaba era lo capital, el *don de sí* mismo, y no el de las redes y barcas. «~No quiero, diría con frecuencia Jesús a ciertas almas, no quiero esto y aquello; os estáis mintiendo y querríais engañarme si

fuera posible con esos regalos!...; quedaos con ellos, pero dadme, en cambio, el corazón; quiero el don de vosotros mismos. Te he dado por esto mi Corazón. Ámame como Yo te he amado; dáteme como Yo me doy.» Amar no es dar; amar es *darse* sin medida. Quitad de una vez, romped las telarañas de afectillos y simpatías y apegos que dividen el corazón, ya tan pequeño. Jesús es un Dios celoso (3); no quiere particiones. Su derecho es ser el Amo absoluto y único. Si un esposo tiene relativamente este derecho, ¿cómo no reconocérselo a la medida de su Amor fue amarnos sin Él? (1) A todo satisfarás, dice **la** Señora Santa Margarita María, amándome sin reserva ni restricción; no te apliques y no pienses sino en amarme perfectamente. Sin medida. Y ahí están como comprobantes de esta afirmación la Cruz y el Sagrario.

(2) Luc., XVIII, 28. (3) Deut., IV, 9.

Considerad, por ejemplo, el don inefable de toda su persona divina en la Eucaristía, creación de una locura infinita. Ved cómo *se da* en la Hostia, todo y sin reservas, sin condiciones y para siempre. Y con Él, todos los bienes. Que si el Verbo hubiera razonado y calculado como nosotros, si hubiera querido *medir* como medirnos nosotros, jamás hubiese llegado a ese extremo de Amor. ¡Ah! Y cuando ese Dios, blanco de los ingratos, encuentra un alma, una sola alma que le ame con amor de un don total, parece entonces olvidar siglos de perfidia y abismos de horror. ¡Qh!, que pueda siempre decirnos en el Comulgatorio lo que le solía decir a Santa Gertrudis: «Cuando me recibes, eres de veras mi cielo» (1). Establézcase una especie de emulación entre Jesús y vosotros... la quién da más! Él resultará fácilmente vencedor, porque teniendo tesoros infinitos, puede dar lo infinito. Pero ved: quien lo da todo, no fuese sino el ochavo y el óbolo, pues colma la medida. No podéis dar lo infinito; pero cuando *os hayáis dado sin reservas;* cuando lo hayáis dado todo, diréis a Jesús lo que Teresita: «Estamos iguales y nivelados, Señor; Tú diste lo infinito y yo (1) Hija mía, decía Jesús a Santa Margarita María, he escogido tu alma para que me sea un cielo de descanso, y tu corazón un trono de delicias a mi amor me he dado toda; más no puedo ni pensar, ni desear, ni ofrecer.»

(Vida y obras, t. II, pág. 166.)

En estos días golpea, ciertamente, con mayor insistencia que de costumbre; espera, pues, algo y mucho de vuestra generosidad. No defraudéis las esperanzas de Jesús, apóstoles suyos. Si fuera preciso, aguardaría Él años enteros: tanto interés tiene en conquistaros por completo, para conquistar después a otros. Y si a la undécima hora únicamente le abrierais, ¡oh!, llamaría a toda la corte celestial para felicitarse y entrar en vuestra alma como conquistador divino. Pero no..., ¡vosotros no le dejaréis aguardar! No tendrá que llamar dos veces, ¿verdad? Su Corazón os hace violencia y estáis ya penetrados del deber de ser santos, pero santos en el molde divino por excelencia: el del amor. Meditad durante este retiro la siguiente afirmación del doctor Santo Tomás: «La santidad no consiste en el gran conocimiento, ni en la meditación profunda, ni en altos pensamientos... El gran secreto de la santidad estriba *en saber* amar *mucho.»* Sobre esta base me atrevo yo a definir al Santo: «Un cáliz que rebosa en caridad.» Y si ésta es la doctrina corriente para los fervorosos cristianos que ambicionan algo más que salvarse a duras penas, ¿qué decir ahora de vosotros, cuya vocación de apostolado os obliga a ser fuego y llama, ya que tenéis la misión, grande entre todas, de incendiar el mundo después de derretir hielos?... Esto supone un corazón abrasado, un corazón tan lleno de amor que rebalse amor. ¡Faltan apóstoles porque faltan amadores! Hay obreros del bien; hay trabajadores de relativa buena voluntad; sobran ruedas en la maquinaria de las obras católicas, pero... *faltan apóstoles;* esto es, corazones hechos hoguera. Una cosa es hablar y moverse y trabajar; otra muy distinta es ser apóstol. A veces éste será un Francisco Javier y otras una Margarita María o una Teresita; pero siempre, ¡oh!, siempre el apóstol será *un incendio en acción.* Son muchos los que trabajan y el bien es relativamente poco, porque una cosa es trabajar como obrero y otra trabajar como Jesús y con Jesús *como apóstol.* Si esto fue siempre y en todo tiempo verdad, lo es más en esta época gloriosa del Reinado del Corazón de Jesús. ¡Vosotros y yo debemos ser, por vocación, carros de fuego que lleven triunfante al Rey de Amor de un polo a otro de la Tierra! Rogadle aquí, conjuradle que os santifique en esta doctrina de amor. Mejor que el Purga-torio, solía decir Teresita, las llamas de la caridad os purificarán, desde acá abajo, de vuestros defectos y miserias. No os detengáis, pues, con exceso en ellas; no os desalentéis si las sentís vivas y punzantes. No debéis pretender ser san-tos ni en un día ni en ciento. La santidad será en vosotros un amor que crece, y se dilata, y os invade el ser por entero, lenta, pero seguramente. La gracia, como la naturaleza, no procede jamás por saltos bruscos, repentinos, sino paulatinamente. Pero aprovechad estas horas de desgracia y de recogimiento, sed fieles, sed generosas, y el amor de Nuestro Señor subirá corno sube la marea, y bajo las ondas de una vida divina, fuerte y nueva, quedará sumergida vuestra naturaleza pobrecita... ¡Fundíos en el piélago de fuego y de amor que es Jesús! Cerrad los ojos del entendimiento a todo lo que no sea Él y sólo Él, Decid: «Señor, nadie sino sólo Tú... ¡Tu Corazón y tu gloria, y dame también la sed, la pasión de las almas, el don de coronarte con ellas! Nada sino amarte y hacerte amar. ¡Y esto sin más recompensa que... el amarte más y el volverme cada vez más omnipotente para hacerte amar más!» « ¿Y tu recompensa

de justicia? ¿Y allá en el cielo?» Poseer tu Corazón, Jesús, y en ese cielo ocupar un puesto en aquella fibra íntima donde tienes escrito el nombre de María, de Juan, de Margarita María, de Teresita. ¡Amarte allá y seguir sembrando desde las alturas el fuego de tu amor! *Apóstoles ardientes, caed en la brecha, heridos con dardo de amor y cantando el triunfo del Amor. ¡Amor por amor! ¡Locura por locura! ¡Corazón por corazón! (Resúmenes de los folletos de Friburgo, Sept-Fons y de algunos manuscritos.)*

AMOR DE CONFIANZA

«El Hijo del Hombre vino a salvar lo que se había perdido» (1). «Soy Yo, no temáis» (2).

*P*ALABRA inefable, elocuente corno pocas, tal vez como ninguna. Tened confianza, «soy Yo». ¡Yo, vuestro Padre, vuestro Amigo, vuestro Salvador! *Nolite tirnere!*, « no temáis!». —Pero ¿por qué?... ¿Y mis ruindades? —*Ego* sum! «Porque soy Yo»... Si fuera un Ángel, un Profeta, un Santo, podríais temer, pues las criaturas, las mejores, no pueden ni conoceros, ni juzgaros, ni amaros como Yo... No temáis, porque soy Jesús. Por eso dijo Él: «Mi paz os dejo» (3). La suya, no la nuestra, tan deleznable; la suya, no la del mundo, falsificada y peligrosa, envenenada.

(1) Mat., XVIII, 11. (2) Luc., XXIV, 36. (3) Juan, XIV, 27.

Sobre la base de su misericordia, tengamos paz. No porque nos creemos justos y confirmados en gracia, sino porque creemos con fe inmensa en su amor, remedio y reparación de nuestras miserias. ¿Qué haríamos sin esta energía sobrenatural, divina, de la confianza en Jesús? Se llega a la cima de la santidad por camino de confianza; no hay otro camino. Porque siendo lo que somos todos, un abismo de bajezas y pecados, y pedirnos que, así y todo, subamos sin darnos, ante todo, estas alas de confianza, sería más bien arrojarnos en otro abismo: el de un desaliento definitivo y sin remedio. Pero por esta escala santa, pero con esas alas divinas, ¡oh, sí!, quiero y puedo ser santo; quiero y puedo subir muy alto, *de* pro*fundis*, desde lo profundo de mi ruindad, desde el abismo de mi miseria. No se me diga que esto es pretensión, o que esto es ilusión... Si creyese llegar a la cumbre por mis pies de arcilla, entonces mil veces sí, ello sería locura y soberbia; pero en el ascensor de los brazos de Jesús, sobre su Corazón..., estoy cierto que llegaré, cabalmente porque soy menos que una hormiga. Él convierte siempre las hormigas *confiadas* en águilas reales. Si El, el Dios de perdón y de gracias; si El, Jesús, el Dios de misericordia y ternura; si El, Jesús, el Dios Crucificado y Sacramentado por amor y Encarnado para salvar, no me inspira una confianza ciega, inmensa, ilimitada, ¿quién podrá inspirármela? Vino, por ventura, a la Tierra para traernos ¿qué?... ¿El dardo de tremenda justicia? ¿Las llamas de una cólera divina? ¿La sentencia de muerte eterna, mil veces merecida? 1No, no; mil veces no! Abrid el Evangelio en cualquier página, al acaso, y aun en sus indignaciones y anatemas encontraréis embriagador, irresistible, el Corazón del Salvador. Vino a perdonar, a salvar, a sembrar paz, a dar cielo, aún y sobre todo a quienes le prepararon el patíbulo de la cruz: «¡Perdónalos, Padre; no saben lo que se hacen!» (1). Con este fin redentor «se anonadó a sí mismo tomando la forma o naturaleza de esclavo» (2), se revistió de nuestro ropaje de lepra, y por esto lo fulminó el Padre. Nuestras miserias las tomó consigo, según está escrito: «Tomó sobre sí nuestras debilidades, llevó sobre sus hombros nuestras enfermedades» (3); «hombre de dolores, supo lo que es sufrir» (4). No, por cierto, en un sentido literal, sino figurado, podríamos, pues, aplicarle aquella expresión de los Libros Santos: «El abismo atrae al abismo» (5). Esto es: el abismo de nuestra miseria y corrupción, diríase que atrajo al abismo de su misericordia y bondad. Belén es apenas, con toda su pobreza, un trasunto, una pintura de poesía, comparado con otra cuna, consciente en su pobreza e indignidad: el corazón del que comulga. Jesús, que esto sabe, manda que se le reciba, que se comulgue. Sobre la base de arrepentimiento y humildad, parece Jesús echar un velo de paraíso sobre esta cuna menos que pajiza, y se goza en ella, y tiene ansias supremas de descansar en ese altar desmantelado... ¡Negarle el derecho a esa condescendencia, sería herirle el Corazón!...

Luc., XXIII, 34. Ps., II,, 7. Is., LIII, 4. Is., LIII, 3. Ps., XLI, 8.

Sabéis cuál es para mí la Transfiguración que me enloquece? No la del Tabor, donde, por un momento, parece recobrar lo que había dejado por mi bien, el manto de su majestad esplendorosa. Otra es la transfiguración que me conmueve y arrebata: aquella de Belén, cuando veo al Creador, revestido de los pañales de mi naturaleza; aquella de Nazaret, cuando contemplo a mi Juez, cubierto con el velo del anónimo, de un cualquiera, y aquella del Calvario, cuando adoro, bajo la púrpura de sangre y la mortaja de la muerte, al que es la Vida... (1). Esta triple transfiguración que lo hace tan mío, tan Hermano, tan condescendiente, tan parecido a mí, me enseña, más que la del Tabor, cuánto debo amarle y con qué confianza, si posible fuera infinita, debo acercarme a su Corazón. Cabalmente, el contraste prodigioso de lo que muestra un instante en el Tabor, con lo que es y queda en Belén, Nazaret y en el Calvario, me predica con elocuencia abrumadora la locura de su amor y la realidad de aquella palabra de la Escritura: *Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (1). Y esta*

otra: He venido para buscar y salvar lo que había perecido (2). (1) ¡Oh, Jesús, a fuerza de querer asemejarte a nosotros, no te pareces a Ti mismo! (Mgr. Gay.) Notad para vuestro consuelo que el amor con que Jesús os ama no es enteramente el mismo amor con que ama a su Madre, toda Ella pura, santa, perfecta, inmaculada, única. Ésta es, diríamos, un amor aparte. Ni es tampoco el amor con que ama a sus ángeles, espíritus perfectos, siempre fieles, purísimos. Recordad que el Verbo los dejó a ellos, los noventa y nueve fidelísimos, por... la ovejita descarriada que eres tú, quien estás leyendo esto. Y más todavía: el amor de que te estoy hablando no es en cierto sentido aquel con que amó al grupito de almas de nieve y de fuego, almas-lirios, criaturas privilegiadas, que han sido y serán siempre en la Iglesia el oasis del Corazón de Jesús, el «rebañito pequeño» que le sigue, cantando un cántico que ningún otro podrá cantar... (3). Estas almas, preciosas por su fidelidad heroica y constante, por su pureza sin tacha merecieron las caricias del Rey de Amor. En tanto que el amor con que ama y colma a la inmensa mayoría de pecadores, miserables e ingratos, es el *Amor- Misericordioso*, o sea el de una condescendencia infinita. Es el Verbo, Dios-Salvador, que bajó al lodazal para convertir el fango en estrellas, con tal que el fango *se* humille y crea en la misericordia del Señor.

(1) Ezcq., XXXIII, 11. (2) Luc., XIX, 10. (3) Apoc., XIV, 3.

Ya comprendéis por qué liemos establecido las diferencias anteriores, pues era preciso poner de relieve lo que Teresita llama el *Amor-Misericordioso* de Jesús, y hacéroslo apreciar, en cuanto sea posible, en su valor exacto. Una cosa es, en efecto, el amor, que con dardo de fuego dora y diviniza la nieve, y otra el amor que con torrentes de sangre purifica y realza la bajeza del fango. ¿En qué y cuándo merecimos esta condescendencia del Amor- Misericordioso? ¡Jamás! Hemos pecado, hemos obrado la iniquidad, hemos crucificado y muerto, con más culpabilidad que los verdugos, al Señor de la vida... ¡Todos pusimos en El nuestras manos, tintas en su Sangre, todos! Y Él nos tiende los brazos, nos ofrece su perdón, su amistad, su Corazón. ¿No es esto el colmo de colmos, la locura de locuras del amor de un Dios? Por esto es inconcebible el pecado de temor, de desconfianza, iba a decir es casi... imperdonable. ¿Es posible que su Corazón busque con afán el nuestro —los dos abismos que se atraen— y que nosotros, hundidos en el nuestro de miseria moral, nos neguemos, por falta de confianza, a dar entrada a Aquel que quiere y pide y ruega el colmar *nuestro* abismo de muerte con su Corazón, abismo de perdón y vida? A sus instancias contestamos con el argumento manoseado de indignidad y de respeto, como si Él no lo supiera al brindar el tesoro (le sus ternuras..., como si É1 fuera el monopolio de los justos, o de los que creyesen merecedores de sus gracias... Se diría que estos tales pretenden enmendarle la plana a un Dios que parece *exagerar (!)* al querer confundir su vida inmortal con la nuestra. De ahí que, cuando Él avanza, esas almas retroceden; cuando Él dice: «Venid todos», ellos parecen repetir lo que el endemoniado del Evangelio: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, ¡oh Jesús!, Hijo de Dios?... Has venido con el fin de atormentarnos» (1). ¡Y los infelices huyen!... ¡Ah! Olvidan estos tales que entre el Padre Justiciero y nosotros los rebeldes se ha interpuesto como puente de esperanza, por el cual llegaremos los culpables perdonados hasta el Padre de Clemencia, ¡el Hijo Misericordioso! «Pasad, hijitos míos, dice, pasad por ese puente, que soy el Crucificado; no temáis, pasad, pues Yo soy el Camino... ¿Por qué tembláis?... Pasad meditando en mi Cruz, en mi Calvario, en mi Eucaristía; avanzad en paz y con plena confianza. Yo quiero colmar el abismo de vuestro pánico con el abismo de mi ternura; pero, por favor, hijitos míos, no reabráis el abismo de distancias y recelos que Yo mismo he suprimido con mi Encarnación y mi Eucaristía.» Almas pusilánimes y de poca fe, qué, ¿no veis que la mayor de vuestras faltas, que la fuente de muchas de ellas y la que más lastima al Señor es vuestra falta de confianza?

(1) Mat., VIII, 29.

A cuántas de vosotras, almas tembladoras, que jamás estáis satisfechas de vuestras confesiones, que estáis siempre dudando del perdón de pecados cien veces acusados, se podría aplicar la historia siguiente: Una de tantas almas que parecen considerar a Jesús como un tirano, se está preparando a hacer una confesión general por la centésima vez. Inquieta, turbadísima, pasa su retiro escribiendo los pecados de toda su vida; no medita, no reza, está toda engolfada en un examen que la sofoca. Llega, por fin, al confesonario; lee, acusa, repite diez veces, explica siempre temblando, azorada... Cuando, por fin, cree haber terminado, el confesor le dice con voz tristísima y suave: —Has olvidado algo muy importante. — Ya me lo imaginaba yo —replica ella sobresaltada, aprontándose a volver sobre sus pasos y a repetir la lectura de sus cuartillas... —No —dice entonces el confesor—, no busques lo que no has escrito: tu pecado no está en tus papeles, y me lastima mucho más que todo lo que has acusado: la acusa sobre todo tu *falta de confianza!* Se levanta; esa voz la conmueve; quiere cerciorarse si es realmente la de su confesor... El confesonario está vacío... ¡Jesús había venido a darle una lección suprema! No censuramos, por cierto, las confesiones generales, muy provechosas en determinadas ocasiones, sino aquella falta de confianza, aquel sistema de sobresalto, aquel temblor exagerado que es un ultraje a la bondad del Salvador. Un sistema semejante desfigura a Jesús, lo disminuye. Si los ciegos, los

leprosos y paralíticos curados por Jesús hubieran razonado de este modo y hubieran dudado de su curación por llamarse indignos, hubieran merecido, ciertamente, el recaer, y con mayor gravedad, en sus enfermedades, en castigo de su ingratitud y del orgullo que es siempre, en el fondo, el pecado de desconfianza. ¿A qué bajó el Verbo? A establecer una ley nueva, portentosa, ley positiva y fundamental del cristianismo, ley imperecedera y salvadora, *la de Misericordia...* Por esto la desconfianza le traspasa el Corazón. ¿Sabéis cuál fue, en realidad, el mayor delito de Judas, más aún que la traición y más que el suicidio?... ¡Haber rehusado creer en aquella misericordia que Jesús le ofreció de rodillas, al lavarle los pies en la última Cena! No cambiemos el Evangelio, pues no hay jamás derecho para ello. El Señor bajó, no para los justos y los sanos, sino para los pecadores y los enfermos (1). Y el pago que El pide en cambio de una dignación semejante es un amor de confianza, el cual es siempre el más sincero y el más humilde de los arrepentimientos. ¡Quien esto no comprende, no ha comprendido aún lo más delicado y hermoso del Corazón de Jesús! Nada ni nadie debe impediros el acercaros a su Costado herido, nada.

(1) .Marc., II, 17.

¿Vuestros pecados, decís? Los lavó con su Sangre... ¿Vuestra indignidad? El la conoce mil veces mejor que vosotros. Y en cuanto a cualidades, no os pide sino una: creer con humildad y confianza en su Amor. Sabed que si algo lo aleja de vuestro lado es aquel mirar siempre hacia atrás, a vuestra vida pasada; aquel dudar de su Corazón, aquel enseñaros en vuestras propias miserias, lo que con frecuencia, más que arrepentimiento, es amor propio refinado. Si no queréis envenenar vuestras heridas, no las toquéis con exceso...; vuestras manos las enconan; sólo las de Jesús las sanan y cicatrizan.., Por última vez, no abuséis del término «respeto», bajo cuya cubierta se ha inculcado siempre el más repugnante y odioso jansenismo. Confiaos a Él, que es Padre y Madre y Salvador; confiar no es, no será jamás, falta de respeto. Como no lo es, ni lo será jamás, el obedecerle, el acercarse a Él cuando Él, conocedor de vuestras flaquezas, llama e insiste y ofrece el Corazón. Resistir a ese llamamiento, so pretexto que no estáis aún lo bastante purificados y dignos, es soberbia fina. Y en tal caso, sed por lo menos francos y confesad que lo que sobra es *amor propio,* y lo que falta es amor de Jesús. Si amarais, qué distinto seria vuestro razonamiento, pues qué diversa es la actitud de la humildad, hermana gemela de la confianza! Por algo dijo San Agustín: «Ama y haz lo que quieras". Si, lo que quieras, pues cuando en tu alma tienes la consejera de una verdadera caridad, no hay peligro que, amando y confiando, llegues a ofender al que amas. ¡Qué hermoso es pensar que antes de Pentecostés San Pedro dijo: «Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador» (1). ¡Y Pedro... cayó! Después que la gran luz de Pentecostés le mostró, junto al abismo de su flaqueza, el de una infinita misericordia, debe haber pensado y exclamado con frecuencia: «Señor, no te alejes...; acércate más todavía, mucho más, cabalmente porque soy un gran pecador.» Preguntad a un San Francisco de Asís, a un San Juan de la Cruz, a un Francisco de Sales, a un San Pablo, dónde encontraron el secreto de vida, de santidad, de amor: ¿a distancia de Jesús o en el afán de llegar a su intimidad, en la vía de llaneza y de confianza? ¿Dónde, sino en el Evangelio, aprendió Teresita la teología prodigiosa con la cual está provocando, según afirman graves autores, un renacimiento espiritual en las almas, la teología, iba a decir, de los niños, de aquellos atrevidillos que, subidos en las rodillas del Maestro (2) y hambrientos de caricias, aprendieron mucho antes que Teresita que el amor tiende a la unión y que ésta supone una confianza ilimitada? ¿No es ésta la fragancia más pura y celestial del Evangelio? ¿Quién se excedió en la medida, los nenes o Jesús? Si hubo un exceso, éste fue el de la ternura y condescendencia de Jesús.

(1) Luc., v, s. (2) Mat., XIX, 13 y 15.

Las almas pequeñitas y sencillas tuvieron siempre el privilegio de comprender estas exigencias y sublimidad del amor. Entre los chicos que se disputan el sitial de honor, para oír los latidos del Corazón de su Amigo, y los apóstoles y San Pedro, que se extrañan de tanta familiaridad, que no la comprenden, que se alejan, dejadme con los chicos, los prefiero de lejos en ese momento de cielo... En la vida y en la muerte quiero para mí su sencillez, su confianza ¡y... su puesto! No imagináis cuán hábil es el ardid del enemigo al alejaros del Señor con la obsesión de vuestros pecados; de ahí a desanimaros, a abatiros, y luego a haceros rodar más abajo, no hay más que un paso. Estudiad un instante ante el Sagrario la actitud de Jesús con la Samaritana... (1)., ¿Rehuye Jesús el hablar con esta gran culpable?... ¿Le habla Él en tal tono y forma que ella se retira avergonzada de haberse visto tan cerca del que es la Santidad? ¿Cuál es el fruto inmediato de ese acercamiento? ¿Confusión y fuga de la Samaritana, o expansión de sencilla con-fianza, de arrepentimiento y conversión? Aprendamos la lección para nosotros y para las almas. Todo mal grave comienza y se consuma en un alejamiento de Jesús; y toda virtud, las de arrepentimiento y humildad especialmente, nos llevan como por instinto al Corazón del Salvador.

(1) Juan, IV.

Que si a veces, buscando dicha intimidad, no veis, ni sentís palpablemente, no palpáis los frutos de aprovechamiento y de corrección de defectos, no atribuyáis dicha esterilidad al acercamiento de Jesús. Sabed en este caso discernir. No todo aprovechamiento espiritual es sensible. y además, ocurre con frecuencia que después de vivir largos años en esta vía de amor y de confianza, veis más claro que antes las ruindades de -vuestra naturaleza. No es, pues, que hayáis empeorado en la vecindad de Jesús, ¡oh!, no, sino que la luz crece, que el sol de su Corazón, que penetra en vosotros, os muestra hoy «microbios>> del alma, cuya existencia, hace un año y diez, no habíais comprobado con una luz menor. Y además, ni suele permitir que sintáis, aun después de curados, el malestar de vuestro pecado, para expiarlo y para completar con la humillación la sanidad del alma. Seguid trabajando en acercaros a Jesús, con menos preocupaciones y con más confianza en su misericordia. Pensad más en el Médico y en la Medicina que en la llaga y el enfermo. Ya os lo he dicho en otra parte: para conoceros de veras, miraos en -el espejo divino de los ojos de Jesús; el sol de su Corazón (1) os mostrará lo que sois, y al propio tiempo os alentará con la visión de sus misericordias (2). (1) Guárdate de mirarte nunca fuera de mi Corazón. (Vida y obras, t. I, pág. 93.) *(2)* Me hizo verme a mí misma como un compuesto de todas las miserias, las cuales Él quería cambiar en un conjunto de sus infinitas misericordias. *(Vida y obras de* Santa *Margarita María, t. II , pág. 548.)* Leyendo con detención el Evangelio, se llega a creer que Jesús vivía hambriento de las misericordias humanas... Leamos meditando las páginas relativas al Buen Pastor y al Samaritano, las escenas de Magdalena y la mujer adúltera, las comidas con los publicanos, y dondequiera encontramos las palpitaciones violentas del Corazón misericordioso de Jesús. Y esos publicanos no fueron, siguen siendo, somos nosotros, y Jesús se afana en buscarnos, cabalmente porque somos publicanos. Comprendamos, pues, una vez por todas, que la única manera de pagar al Médico divino es, darle el corazón, henchido de confianza. ¡Jamás la tendremos bastante grande, decía Teresita, jamás! Cuántos han hecho del Corazón de Jesús una novedad y una devocioncilla poética, nacida en Paray-le-Monial. No, esto no es verdad. Yo encuentro el Corazón de Jesús auténtico entero, maravilloso, sustancia doctrinal, vida y misericordia, centro de corazones, en el Evangelio. Creo, por supuesto, en las grandes revelaciones hechas a Margarita María, pero cabalmente, lo que más me conmueven en ellas, y lo que más me convence (después de la autoridad de la Iglesia), es el encontrar tan perfectamente concordes el Evangelio y los manuscritos de Margarita María. Pero ni ésta ni nadie me es indispensable para conocer aquel Corazón que se nos reveló en forma estupenda en Belén, en Nazaret, en el Calvario, y que sigue revelándoseme en el Sagrario. Paray ha arrojado, ¡oh, sí!, una luz, una gran luz, y es de veras una revelación, y las peticiones y promesas son un marco divino que dan relieve a la doctrina. Pero ésta se encuentra en cada línea del Evangelio, ésta es la suprema y definitiva revelación del Corazón de Jesús. El hecho de Paray reviste más bien otra importancia, capital por cierto. El Salvador regresa a esa tierra santa para condenar, con la afirmación de lo que había dicho ya en Palestina, la herejía horrenda, fatídica del jansenismo. En resumen: lo dicho por Jesús en Paray se condensa en esta frase: *"Creed en mi amor, no temáis, soy Jesús...; amadme, dándome el corazón, y hacedme amar, porque soy Jesús".* Esto no era, ¡oh, no!, ninguna novedad, pero en los labios de Jesús y después en la pluma de la Iglesia, constituía el anatema de muerte contra el hipócrita jansenismo, herejía de esa época. Como los fariseos de Jerusalén, estos otros, no menos repugnantes y venenosos, no aceptaban que un Maestro en Israel, que un enviado del Altísimo, que un nuevo Profeta de buena ley, manifestase, como lo hacía Jesús, esas preferencias, esas flaquezas de ternura por los que ellos desdeñaban como la escoria moral. Y cabalmente, Jesús venía a recoger, con manos divinas, "esa escoria" para convertirla en tesoros de gloria eterna, enviado por el Padre *para salvar* ¡Qué hermoso y elocuente escándalo éste, que las criaturas y los que se llaman justos y conductores de almas, y conocedores de las Escrituras, no conciban un Dios, un Jesús que, siendo quien es, coma y converse con pecadores y que, por ellos, haya dejado a los ángeles! Jansenistas fueron ya, desde entonces, esa turba de fariseos soberbios e hipócritas..., y fariseos son todavía los mismos orgullosos, los 'mismos sepulcros blanqueados que no aceptan como auténtica y divina la doctrina del Corazón de Jesús: «Quiero Misericordia», *Misericordiam volo (1).* Con qué vehemencia del alma maldigo ese jansenismo, que parece haberse cebado especia-mente en las almas más ricas y generosas, herejía que, como un vampiro, les ha sorbido la sangre de nobleza y de generosidad, les ha disecado el corazón, los ha paralizado, convirtiendo en momias de terror y de aparente austeridad almas gigantes, que si *hubieran amado,* si hubieran desplegado las alas, si hubieran tenido por horizonte, más que sus miserias a Jesús, y mucho más que la obsesión del infierno, el Amor, hubieran sido maravillas de Santidad. ¡Oh!, jansenismo malvado, infecto, que se atrevió a convertir al Señor de toda caridad y misericordia en un Moloch feroz, en un Júpiter tonante, cruel y espantable. ¡Cuántas y cuántas víctimas de ese sistema sin luz, sin esperanza, sin amor he encontrado en mi camino! Pero, a Dios gracias, esos miasmas parecen ceder, después de un combate rudo, y hoy a la escuela jansenista, sin

entrañas, sin piedad, sin Eucaristía, sucede ya, en el gobierno de las almas, la escuela del Corazón de Jesús, radiante de hermosura, rica de doctrina, entusiasta de Eucaristía, saturada de confianza evangélica.

(1) Mat., IX, 13.

¡Estamos ahora haciendo temblar, sí, pero de inmenso amor! ¡Ah! No olvidaré jamás lo que me decía un jansenista, gran abogado, y que se creía un católico perfecto: «¡No me hable, Padre, de misericordia...;lo que es yo, pido y quiero que se me haga justicia a secas!» Infeliz de él. Si el Sagrado Corazón no hubiera sido mil veces más compasivo que riguroso, ya sabría a estas horas lo que es justicia inexorable, eterna. ¡Pero Jesús se venga... a lo Jesús! Y el tal jansenista murió abrazando con pasión de amor una imagen del Sagrado Corazón y pidiendo misericordia. ¿No se parece este estilo al de los Apóstoles, antes de ser instruidos y educados, cuando de-cían: «Señor, ¿queréis que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore?» (1). Todavía no habían ellos penetrado en el espíritu y en el Corazón del Maestro... Cuando el Espíritu Santo les abrió los ojos, y se dilataron sus almas, repararon dicha exclamación, mandando bajar *fuego de Caridad* para incendiar almas y pueblos en el amor de Jesucristo; ése fue su apostolado. Los hay de aquellos para quienes se diría que no hay sino un solo atributo en Dios: el de una justicia siempre tremenda. Evidentemente, Dios, porque es Dios, ha de ser infinitamente justo... Pero precisamente por Él vino, se ha quedado en la Eucaristía y en la Iglesia para salvar...

(1) Luc., IX, 54.

Nosotros lo forzamos, por desgracia, a condenar, lo obligamos a ser Juez severísimo. Si no hubiese sino justicia, o si hubiese más justicia que misericordia, o... si hubiese tanta justicia coma misericordia, *acá abajo*, en el gobierno providencial de las almas, ¿para qué, entonces, el confesonario, el sacerdocio, la Eucaristía y todo el sistema, mil y mil veces prodigioso, de redención misericordiosa? Para quien tenga un poquitín la experiencia de las almas, la aplicación práctica y diaria de ese sistema redentor constituye el milagro de los milagros y milagro permanente. Cabalmente porque es justo, el Señor debe ser mucho más Padre y Madre que no Juez tremendo; cabalmente porque sabe quién soy, porque sabe dónde termina mi malicia y dónde comienza mi debilidad y mi ignorancia. De ahí lo que decía Teresita: «Yo me confío tanto a la Justicia de Dios, y espero tanto de ella como de su Misericordia.» Y esto es eminentemente teológico. Yo creo tanto más en la misericordia que predico cuanto creo más firmemente en la Justicia y equidad del Rey de la gloria. Porque justicia no quiere decir siempre, ni menos exclusivamente, ((rigor y castigo)), sino *equidad.* Es decir, que Dios, porque es justo, debe darme a veces ternura y compasión, y otras castigo. Pero de hecho, por aquel orden establecido por un Dios Crucificado, Él es en este destierro mucho más Padre y compasivo que Juez inclemente. ¿Queréis una prueba sencilla y elocuente de esto? Si el lector de estas líneas ha cometido, supongo, un solo pecado mortal en su vida —y si acá abajo Dios fuera inexorablemente severo y riguroso—, ¿por qué esa alma no está ya en el infierno, tan justa-mente merecido?... ¿Por qué está todavía saboreando el pan de miel, el pan de fortaleza de esta doctrina salvadora, por qué? ¡Ah! Otra cosa será cuando, cerrando los ojos, caigamos del otro lado de la ribera eterna, ante el Tribunal Supremo... Allá arriba, consumada la obra de misericordia, se nos hará justicia a secas; pero entre tanto, *acá abajo,* «cuanto más abundó el pecado, tanto más ha sobreabundado la gracia (1) y la misericordia,. He aquí al efecto una bellísima historia o leyenda sobre un Crucifijo milagroso. Llora, confesándose a sus pies, un gran pecador que se encuentra sinceramente arrepentido... Eran tantos sus pecados, que el confesor vacila un momento en darle la absolución. Mas, vencido por las lágrimas, te absuelvo —le dice—, ¡pero cuidado con recaer!» Al cabo de bastante tiempo regresa el penitente.

(1) Rom., V, 20.

—He luchado con denuedo, pero... he tenido un momento de vértigo, de flaqueza, he recaído... Confundido, retorna en el acto a reconciliarse con Dios. —No —le dice el confesor—, esta vez no puedo absolverte! —Pero, Padre! téngame piedad!, piense que soy apenas un convaleciente de grave y larga enfermedad..., ¡piedad, soy sincero! A duras penas, y después de severas recriminaciones, volvió a darle la absolución. El penitente estaba de veras arrepentido, pero el hábito de tantos años de pecado, la naturaleza toda resentida, envenenada por el vicio, dan por tierra una tercera vez con sus propósitos, después de largo tiempo de perseverancia... Acude con sencillez y confianza al confesor, pues quiere rehabilitarse. —¡No! —le dice el confesor—. ¡Esta vez sí que no! ¡No estás arrepentido, no te doy la absolución! En vano llora, suplica, argumenta de rodillas el pobre enfermo: «Soy débil, no malo... —dice—; quiero ser fiel, lo prometo...; pero, cabalmente, para serlo, necesito el perdón que reclamo.» —No puedo —dice el sacerdote, y se levanta para irse, procurando desasirse del penitente, que le detiene con ambas manos. En este momento se oye un gemido de inmenso amor y de inmensa compasión... Los dos levan-tan al mismo tiempo los ojos y ¿qué ven?... El pecho del Crucifijo, henchido por un sollozo de emoción, los ojos llenos de lágrimas y más..., !oh, prodigio!, la mano derecha

desclavada. Y luego oyen su voz suavísima, que dice entre sollozos, al trazar la cruz: «¡Yo sí que te perdono, me costaste mi sangre!» No me detengo a averiguar si el hecho es histórico o legendario, ello me importa poco. Lo que me encanta es la lección, la doctrina. El Señor es dulce y bueno, es compasivo y tierno, es misericordioso en grado... que no imaginamos, «¡por-que a ese Jesús le costamos su Sangre!» Atrás, pues, atrás con las aberraciones del jansenismo, gas asfixiante, deletéreo que, a pesar de los anatemas, sigue haciendo estragos en casas religiosas y entre las almas más puras y delicadas. Recordadlo siempre: el gran respeto es el grande amor; pero el amor, cuando es hondo y grande, trae siempre consigo inmensa confianza. Vivimos bajo el imperio de la ley de gracia, pues por felicidad inmerecida; por favor del cielo no somos judíos de espíritu..., hemos nacido del lado de acá del Calvario. La falta de confianza es una gran ingratitud, y es una gran falta de sencillez y de abandono. Sed más niños con vuestro Padre que está en los cielos... Reconoced vuestros defectos, sí, mas no os dejéis sofocar y desanimar por ellos; antes bien, haced como el Señor, sacad partido de la enfermedad y de la miseria, para su gloria y vuestro bien. ¿Qué santo hubo, con excepción de la Inmaculada, que no tuviera defectos? Arrojadlos en el brasero del Corazón de Jesús... y quemaos vosotros tras ellos. ¿No conocéis el diálogo precioso entre Jesús y San Jerónimo? ― Jerónimo — dice el Señor —, ¿quieres hacer-me un regalo? —Pero, Señor —responde el Santo—, ¿no os lo he dado todo ya? Mi vida, mis bienes, mis energías, mis penas, mi dicha, mi alma, todo es vuestro y sólo vuestro. --Jerónimo, dame algo más. ― ¿Y qué, Señor, qué?... ¿Habrá algo, por ventura, una fibra de mi corazón, que no os pertenezca? --Jerónimo, Jerónimo, dame algo que no es todavía mío; algo que te guardas para ti y que debe ser mío... —Hablad, Señor, pedid: ¿qué es ello? -¡Jerónimo, *dame tus pecados!* ¡Oh, si! Dádselos, confiádselos como polvo, coma lepra, que El parece buscar con afán de Médico *y* de 'Salvador. «¡Llévatelos, decidle, llévatelos todos de raíz y para siempre!... Creo en tu Amor... Me abandono a tu Corazón... ¡Venga a nos tu Reino! Y sabed que al hablar así no pretendo paliar ridículamente vuestros defectos, disimularlos en su fealdad o en su número, ¡oh, no! La humildad debe ser la verdad. Os digo más: confiad, porque ese Jesús, que os invita al abandono, a su intimidad, ve más claro que vosotros... Si vosotros veis cien defectos, Él encuentra mil, y, sin embargo, os ama y os llama. Su amor no es, no puede ser coma el del amigo o el del novio, un amor de ilusión, sino fundado en verdad. Él no os quiere porque *imagine lo* que no es, pues para El, en el orden moral, no hay postizos... os ama tales corno sois... De ahí la frase, tan feliz como atrevida, de Santa Teresa: «Qué mal gusto tuviste, Jesús, al quererme fea, corno soy...; no cambies por nada ese mal gusto, que así no estaré expuesta a que me reemplaces por un ángel.» En la amistad terrena el exceso de familiaridad revela miserias que antes no se conocían, y de ahí que tantos cariños, fundados en la ilusión, se desmoronen... Es más: "Jesús os ama como nadie y os perdona como nadie —dice el famoso convertido inglés Padre Faber—, cabal-mente, porque os conoce como nadie.» A El solo no se le dan jamás sorpresas, pues aun en el santo que hace milagros, Él está viendo el abismo de fragilidad que lleva por dentro ese taumaturgo. De ahí también lo que os he dicho hace un momento; a saber: cómo se contenta El, que todo lo ve, con grandes y santos deseos, pues mejor que nosotros sabe que muchos de ellos, por sinceros que sean, no son siempre realizables. Pero vuestro deseo es ya a sus ojos una *obra de amor,* cuando sois sinceros y no veleidosos; cuando los deseos son de veras tales, y no antojillos y devaneos. "Paz, pues, a los de buena voluntad» (1). ¡Paz a los que han comprendido y saboreado cuán bueno es el Señor! Paz a los que saben, por experiencia, que «su yugo es suave y que su carga es ligera»(2).

(1) Luc., II, 14.

Mucho más, pues, que la preocupación exagerada, aunque muy legítima, de curar vuestros males, tened la santa preocupación de su gloria... «Preocúpate de Mí, sólo de Mí —decía Jesús a Santa Margarita María—, y Yo me preocuparé de ti y de todo lo tuyo.» Hay apóstoles que no entienden aún este gran espíritu y que gastan suspiros y tiempo en pedir esto o aquello, y después, cuando están ya cansados, añaden: «Venga a nos tu Reino.» No así vosotros; comenzad el trabajo de vuestra santificación y el del apostolado con este grito del alma: «Venga a nos tu Reino, el de tu Corazón, el de tu Amor.» Y Él dirá: «Y Yo me encargo, por añadidura, de todos tus otros intereses.» ¡Ya veis qué amplia, qué segura, qué sólida y hermosa es la doctrina del Corazón de Jesús! ¡Qué bien se vive, se lucha, se trabaja en ese santuario en el que todo es verdad, todo es paz y fuerza, todo gozo en el Espíritu Santo! Bebed a raudales de ese Corazón, «fuente inagotable de vida» y de amor misericordioso. En El quiero yo tener mi morada, mi escuela, mi habitación, mi cielo. Ese Corazón me basta, Soy pobre, paupérrimo, pero en ese Corazón no temo. Son muchos los que creen que es arduo y dificilísimo salvarse. Yo, por el contrario, creo, razonando desde esta cátedra divina, luminosa, que no es tan fácil el perderse, pues para ello hay que romper aquellas ligaduras, que son los brazos del Salvador, y hay que forzar aquella ciudadela redentora, que es su Corazón.

(1) Mat., XI, 30.

Penetraos, apóstoles celosos, de esta gran doctrina, no nueva por cierto, que nada hay nuevo después del Evangelio, pero que, por voluntad explícita del cielo, es todo un ambiente doctrinal, es toda una espiritualidad que abraza hoy la tierra con el título de «Reinado del Corazón de Jesús». Vivid vosotros de este pan de amor y de confianza ilimitada, para dar después esta sustancia, este maná a muchas almas que tienen un concepto mezquino, desfigurado de Cristo Señor Nuestro. Arded vosotros, arded en esas llamas para luego quemar a otros. Confiad vosotros, vivid de abandono, para infiltrar a los demás esta confianza, basada en el Evangelio, en la ley de Cristo, en el espíritu de la Iglesia. Hablad a los débiles y malos y pecadores en el tono de Jesús, como Jesús, como el Corazón de Jesús. Oídle cómo sentencia a la pecadora que está a sus pies divinos: ((Mujer, Yo tampoco te condenaré. Vete y no peques más» (1). ¡Discípulos, aprended ideas, lenguaje y estilo de ese Maestro! Y termino con uno de los párrafos más admirables de doctrina y elocuencia de Santa Teresita: «No voy a Dios por camino de confianza y de amor por creer que he sido preservada de pecado mortal.

(1) Juan, VIII.

¡Ah! lo siento perfectamente; aunque tuviese sobre la conciencia todos los crímenes posibles, no perdería nada de mi confianza, iría con el corazón destrozado por el arrepentimiento a ampararme en los brazos de mi Salvador. Bien sé yo cuánto ama al hijo pródigo, y he oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera y a la Samaritana. «No, nadie podrá jamás espantarme, porque sé a qué atenerme sobre su amor y su misericordia. Sé que toda esa multitud de ofensas desaparecerían en un abrir y cerrar de ojos, *como una gota de agua arrojada en un brasero ardiente" (1). (Resúmenes de Septions , Friburgo, Paray, Lyon y notas manuscritas.) (1) Historia de un alma.*

HUMILDAD, SENCILLEZ Y ABANDONO EN EL AMOR

«Aprended de Mí, que soy... humilde de Corazón.»

«Que vuestra vida esté oculta en Dios» (t). A vida natural tal como se la vive —brotada del barro y que debe volver al polvo — es tan poca cosa que no vale, en realidad, la pena de vivirla. Un apóstol, sobre todo, no puede contentarse con tan poca cosa; su verdadero ideal es *vivir en Jesús y de Jesús.* Oculto, escondido en Él, perdido en el cielo de su Corazón, vivir de Jesús, vivir con Jesús, dándole gloria, tal es la única vida digna de este nombre y digno preámbulo de la que ha de ser eterna. Pero para llegar a estas sublimidades, no nos es preciso, felizmente, volar y encumbrarnos, sino más bien bajar, desaparecer y aniquilarse, como Jesús... Ved cómo, para levantarnos, desciende al seno María..., y de ahí a la cuna pajiza...; baja más todavía, se aniquila en la Cruz...; baja mucho más todavía, se abate y desaparece, no conserva ni figura humana en la Hostia. Insta es su grandeza, ésta debe ser la nuestra!... Es, pues, de toda necesidad hacerme pequeño: tal es siempre, dentro del orden divino, el primer paso y... el último. ¡Ay! Somos tan grandes, demasiado grandes para ser santos. Grande... y santo, son términos que se rechazan. Es de toda necesidad ser pequeño para ser santo, y más, es indispensable ser muy pequeño para ser muy santo. La grandeza divina —la única grandeza—, es siempre un empequeñecerse y desaparecer. Si queremos, pues, transformarnos en Dios y ser apóstoles del Rey de Amor, comencemos por empequeñecer, por mermar, por disminuir. Si deseamos llegar a transformarnos en Él y a darlo a Él en comunión a las almas, si nos proponemos ser sus amigos y sus apóstoles, preparémonos a ser, desde luego, partículas de la Hostia, que es El. ¿No es admirable el considerar que el Verbo, con tal de ser nuestro, y de entregársenos sin reservas, se vuelve... polvo de harina? No somos más que el Maestro..., no haremos maravillas sino comenzando por esta maravilla: «Que yo inerme y me decapite para que Él crezca en mí y en las almas.» ¡Contemplad al gran Abandonado del Sagrario, contempladlo en mil y mil Sagrarios de la tierra, sin más esplendor que el del silencio, el Pobre entre los pobres, Dios quedo y mudo y olvidado, Dios Prisionero entre telarañas, Jesús Sacramentado, defendido apenas de aquellos bichos y sabandijas que viven ahí donde no se oyen pasos, ni suspiros humanos!... ¡Qué vergüenza para nosotros, qué confusión la nuestra al meditar, ante un Sagrario casi derruido, ante un Copón oxidado, en nuestros sueños de amor propio y de grandeza! ¡El Verbo, polvo entre polvo, y yo, pensando en mis derechos de estima, de afecto, de crédito, de honor y de consideración; ¡Vergüenza de vergüenzas razonar así ante Jesús Sacramentado; juremos con el rubor en la frente olvidarnos como Él se olvida, y despreciar esos humos, y llegar a gozarnos de no conservar sino un derecho: el no tener ninguno! *«Aprended de Mí, que soy manso u humilde de corazón» (1). Y* es ésa la misma lección de abatimiento profundo y de humildad que da en Paray-le-Monial a su sierva Santa Margarita, y en ella a sus apóstoles. Penetremos por la herida del Costado en ese Corazón, escuela de humildad, y aprendamos ahí a saborear el olvido y el desdén de las criaturas.

(1) Mat., XI, 29.

Al lado de Él, midiéndonos con el Rey de los siglos, abatido en Belén y en el Sagrario, ¡qué confusión!..., ¡somos tan grandes, tanto, y 81 es tan pequeñito y pobre, tan pobre, tan polvo y tan nada! «Escóndeme a mis

ojos, y escóndeme a la vista de las criaturas, ¡oh Jesús!, ocúltame en tu pecho lastimado, líbrame del prurito de ser amado, apreciado, líbrame del mal de querer aparecer y lucir, abísmame como un átomo de polvo y de fuego en la hoguera de amor y de humildad de tu Sagrado Corazón... ¡Olvídeme ahí de mí mismo y de las criaturas y de todo!» **"Si tu ojo fuere sencillo, todo tu ser será Iluminado" (I).** El carácter distinto del espíritu de Jesús en todo el Evangelio es el amor en la más perfecta y sublime sencillez. En realidad, la sencillez es virtud rara, rarísima, aun entre los buenos; ella es como el resplandor de la humildad y el reflejo de la verdad. De ahí que el niño, sin doblez, es instintiva-mente veraz porque es sencillo. La sencillez es una limpidez moral en la que se refleja siempre una extraordinaria y celestial hermosura de alma. Somos por mala educación recibida, por depravación sistemática, por mal ejemplo, tan complicados y diplomáticos, vivimos de tantas argucias y habilidades, ¡ay!, somos por dentro un verdadero laberinto intrincadísimo... Dios no está, Jesús no puede estar en semejante laberinto y problema: 81 es la suprema sencillez.

(1) Mat., VI, 22.

Por algo dijo El: (Si no os volvéis semejantes a niños» (1), «el que sea el menor entre vosotros, ése será el mayor en el reino de los cielos» (3); «decid sí, sí, o bien no, no» (3); «si tu ojo fuese sencillo, todo tu cuerpo será iluminado» (4). Seamos sencillos, sencillísimos con Dios, ya que somos los hijos de tal Padre... Seamos sencillos, como Él lo es con nosotros. El, todo un Dios. Id a Él, acudid a su Corazón con la legítima y santa audacia de los pequeñuelos; id en derechura, sin desviaciones, como «una bala de *cañón* va al blanco», decía el cura de Ars. ¡Oh! Cuánto le agrada y qué fácilmente le conquista este proceder. Con este trato probáis que le conocéis, que habéis penetrado en su Corazón y en su Evangelio; estáis, pues, ya a un paso de una gran victoria. Comparad el lenguaje altisonante, alambicado, «gerundiano» a su modo, de los que se llaman pensadores y literatos, con el lenguaje de los santos. Los ángeles deben haberse asombrado oyendo más de una vez el diálogo de un alma y Jesús. Qué expresión tan atrevida y deliciosa, por ejemplo, aquella de Teresita: «Si yo fuera Jesús, y Tú fueras Teresita», y Santa Margarita María: « ¿Por qué no me dejas, Señor, en el camino ordinario de las hijas de Santa María?, mira que vas a ser causa de que me expulsen» (1).

(1) Mat., XVIII, 3. (2) Luc., IX, 48. (3) Mat., V, 37. (4) Mat., VI, 22.

Y oyendo Santa Teresa que el Señor probaba más a sus amigos que a los otros, replica con viveza deliciosa «Él ya, por eso tienes tan pocos!» No temáis el hablar como los niños y como los santos a Jesús, acordaos que Él mismo nos enseñó a orar en ese estilo, eminentemente divino: «Padre nuestro que estás en los cielos, venga a nos el tu Reino..., danos, Padre, el pan de cada día» (2), «pero danos, sobre todo, el Pan vivo que eres Tú, que es tu Corazón...; sé nuestra vida, Jesús». Qué diferencia de tono, de etiqueta y hasta de palabra para hablar a un personaje de la tierra y para hablar a Jesús. Es todo un sofocón y un problema una audiencia real. ¡Ah!, no así una visita al Sagrario, donde se respira una brisa de paz, donde se siente la calma y el bienestar de quien está a sus anchas y en casa propia, a las plantas del Rey de reyes, a tus pies, ¡oh, Jesús! Gozad, y al mismo tiempo aprended una gran lección en la siguiente historia, que podría intitularse: *Un diálogo en Nazaret.* La protagonista, una nena de unos ocho años, se ha preparado a la primera comunión, la hace con un fervor y una generosidad que confundiría a más de una Religiosa. Nuestro Señor, que no se deja ganar en generosidad, quiere pagar tanto amor con un milagro: desde el día feliz de su primera visita habla sensiblemente a la pequeñuela, conversa con ella. Ésta no se extraña en manera alguna, pues en su candor cree que todos, como ella, oyen a Jesús y conversan con El.

(1) *Vida y obras, t.* II, *págs. 60 y 64*. (2) *Luc.*, XI, *3*.

¿Queréis saborear un fragmento de ese diálogo divino? Conversaban los dos con la naturalidad y llaneza de un hermanito que charla con su hermanita. —Mira —dice un día Jesús—, dime, hermanita: ¿es entonces verdad que tú me quieres mucho, pero mucho? Ella, tomando esa pregunta por una duda, se resiente de pronto, y haciendo pucheritos, y con tono de queja, responde: —Esas cosas no se preguntan, Jesús mío. —Y ¿por qué, hermanita? —replica .el Señor. —Pues porque bien sabes Tú — añade la chica— que mi corazón te pertenece por entero y sólo a Ti. —¡Ah, sí! —añade el Señor—, ya lo sabía Yo, pero quería gozar oyéndolo de tus propios labios, pues muchos otros me dicen lo contrario. Días después, en un momento de entusiasmo, la nena le dice a Jesús: —Óyeme, Señor: de manera que Tú, con ser quien eres, ¿me quieres a mí, tan pequeñita? Y Jesús le devuelve la pedrada, replicando: —¡Hermanita, esas cosas no se preguntan! —Y ¿por qué? —dice ella, afligida, temiendo haber dicho tal vez algo inconveniente. —Porque bien sabes tú —dice Jesús— que porque eres mi nena y mi apóstol, mi Corazón te pertenece sin reservas. —¿Eso era?... Pues ya lo sabía yo —replica la nena—; pero quería gozar oyéndolo de tus labios, ¡Jesús mío! Y así por el estilo casi todos los días. Pero en materia tan delicada y en la cual puede haber fantasía, engaño y aún peor..., resuelvo tentar animosa y confiadamente al Señor, arrancarle la prueba de que es realmente El quien habla a la chica. Digo, pues, un día a la nena: —Hijita, óyeme: si mañana Jesús comienza a hablarte, en el acto le dirás: «Aguarda, Jesús mío,

porque hoy debo hablar yo la primera.» Él te dirá entonces: «¿Y por qué?» Y tú responderás: «Porque el Padre me ha dado un encargo importante para Ti.» «¿Qué encargo?», dirá Jesús. Entonces tú, con gran sencillez, le dirás lo siguiente: «El Padre es muy curioso, está intrigado con esto de nuestras conversaciones, y querría estar seguro, segurísimo, de que eres de veras Tú, Jesús, el que me hablas... Para estar, pues, convencidos de que eres Tú, el Hijo de Dios y el Hijo de la Virgen, el que me habla, el Padre y yo te pedimos un regalo.» — ¿Qué regalo? _ dirá Jesús. - Como gran regalo — dirás tú en el acto —, como respuesta y prueba de que eres realmente Jesús, el Hijo de la Virgen, quien me habla, danos, Señor, una gran conversión, un alma... Jesús, contentísimo, dirá probablemente: —Y ¿qué alma? Tú replicarás: —¡Ah, Señor!, yo no sé de quién se trata; pero si Tú eres realmente Jesús, Tú sabrás mejor que yo a quién se refiere el Padre. —¿Has entendido, nena? Pues bien, re-cuerda toda esta conversación para mañana después de tu comunión. Y supongamos que haya una respuesta; aguarda como de costumbre al sábado, y después de confesarte me la darás. Llega el sábado siguiente; yo estoy más que intrigado, emocionadísimo, preguntándome cuál será la respuesta de Jesús; pero me propongo hacerme el indiferente, y aun el olvidadizo, para hacer creer a la chica que todo esto no tiene importancia mayor. Terminada su confesión, con tono ingenuo y frase de nena, dice: —¡Padre, ya está! Comprendo en el acto lo que quiere decir, pero, fingiendo no comprender, le digo: —Ya está..., ¿qué? —Pues la respuesta del Niñito Jesús, lo que usted pedía... Oiga, Padre. Y sin más, refiere lo siguiente: —Pues como usted me lo dijo, al día siguiente, cuando el Niño Jesús comenzó a hablar: "Calla —le dije—, mira que hoy debo hablar yo primero." —Y ¿por qué? —dijo Él sonriente. —Pues porque tengo un encargo del Padre—; y le repetí entonces toda la lección bien aprendida. Al llegar a la petición del alma que debe convertirse: —¿Y qué alma quieres? — dijo Jesús—, ¿a quién debo convertir? —¡Ah, Jesús mío!, yo no sé de quién se trata, a quién se refiere el Padre; pero si Tú eres de veras Jesús, ya lo sabrás mejor que yo... —¡Ah!, sí, sí —dijo el Señor, con una sonrisa de cielo—, ya sé Yo de quién se trata... Pues bien, escucha con atención lo que dirás al Padre: «El sábado próximo, para probarle que soy realmente Jesús, el Hijo de María, ese mismo sábado, en terminando tu confesión, aquel señor, a quien él se refiere, y que nadie ha podido convertir, irá donde el Padre para hacer con él su confesión. Y tú, hermanita —añadió Jesús—, págame este regalo siendo más que nunca mi apóstol con tu amor, tus comuniones y tus sacrificios. Y sé más y más pequeñita, y muy obediente. Termina la nena su relación y añade: —Deme, pues, Padre, la absolución en el acto, pues ese señor viene ya. Se la doy; está rezando su penitencia ante el altar del Sagrado Corazón; me levanto del confesonario y, en saliendo de la iglesia caminando por un corredor interior, siento que alguien me llama: —Padre, Padre, aguárdeme. Vuelvo la cabeza, miro..., ¿quién es? ¡Aquel mismo personaje que nadie había podido convertir! Jesús lo ha vencido y lo regala como obsequio al apostolado de amor y de inmolación de una chica de ocho años. ¡Ah! ¿No tenía yo razón de decir que somos demasiado solemnes para ser santos? ¿Habéis visto quién vence a Jesús y cómo se le arrebata el Corazón? «Bienaventurados los pequeñitos y los que se les parecen.» Que a toda edad, y en las más elevadas situaciones se puede ser niño en llaneza y sencillez, dice Teresita. Sienta aquí recordaros lo que dije hablando de la oración: *¡Se ora como se ama!* Menos fórmulas de etiqueta, menos complicaciones y literaturas en vuestro sistema de hablar con Dios; sed más lo que es el niño con su madre; no busquéis palabras, no divaguéis con razonamientos inútiles... Ved cómo la liturgia y las oraciones de la Iglesia son de una sencillez maravillosa. Ved cómo en las letanías y en el misal y en el breviario se vuelve diez y cien veces sobre la misma palabra, repitiendo: «Amén. —Ten piedad de nosotros — por Jesucristo Señor Nuestro. — Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.» Y así todo el sistema de oración oficial de la Iglesia. No hay arte, ni humano ni divino, en complicaciones y zigzag. Todo lo bello, todo lo divino es sencillo. Pues este principio tiene su aplicación práctica, capital, en la vida espiritual. Maestra de primer orden en esta escuela es Teresita, de quien ha dicho, con tanto ingenio como verdad, en un solemne panegírico el Cardenal Bourne: «Que ha tenido ella el privilegio de suprimir las matemáticas en la santidad.» Analizad su famoso *Caminito;* ahondad en su espiritualidad, en su vida de oración; observad su sistema de tratar con las criaturas, con sus hermanas; todo, todo en ella es el arte supremo, divino, de una sencillez encantadora... Y parece evidente que el cielo la presenta con credenciales de prodigios, cabalmente para recomendarla como el modelo acabado de la santidad evangélica, Mal síntoma fue siempre no comprender las lecciones que en épocas determinadas dio el Señor a las almas mediante ciertas figuras de santos, excepcionalmente oportunos y providenciales. Pocas más elocuentes, sugestivas y doctrinales que Santa Teresita: ¡comprendamos esta lección! «Gracias, amable y poderosa santita —ha escrito un gran intelectual —, gracias porque nos has hecho comprender, con suavidad y sonrisas, y sobre todo con teología y Evangelio, que la grandeza no está en muchos libros ni en muchos espíritus que pretenden descifrar esos libros... Gracias, Teresita, porque has sabido despertar a tantos doctores del marasmo en que vivían, con suficiencia peligrosa, creyendo en luces artificiales y en intelectualismos que no sientan en el orden eterno y sobrenatural... Más sabia, y más prudente, y más doctora que nosotros todos,

has sabido probar con tu vida, un portento de sencillez y de heroísmo, que quien se humilla se engrandece, que quien es sencillo es profundo, que quien sabe amar como amaste tú lo sabe todo, que quien sabe morir a fuego lento y con amor es el más fecundo de los apóstoles. Existe todavía en Lima un trozo del jardín en que Santa Rosa y el Niño Jesús pasearon de la mano innumerables veces. Está ahí todavía el tronco añoso donde se sentaba la santa, mientras que el Niño divino recogía flores que en seguida depositaba en la falda de Rosa. Y luego ésta, entretejiendo una corona, la colocaba en la frente del Rey pequeñito. Pero entonces Él, sonriéndole, le decía: «Esposa querida, ya que tú elegiste para ti las espinas, yo elijo para ti las flores.» Y esto diciendo se quitaba la corona el Niño Jesús y la colocaba en la cabeza de su esposa, diciéndole: «Tuyo es, ¡oh Rosa!, mi Corazón.» A distancia de siglos, ved cómo Rosa de Lima y Teresita de Lisieux, en forma completamente distinta, por caminos exteriormente diversos, hablan el mismo idioma, y cantan el mismo cántico... Son dos «rosas» que el Niño Jesús quiso deshojar para su gloria, porque las encontró dignas de Si., en sencillez, en pequeñez y en humildad de corazón. Una y otra pueden decir, jugando cada cual a su manera con el Niño Jesús: *cum essem parvula placui Altissirno.* «Agradé al Altísimo porque fui pequeñita» (1).

(1) Oficio de la Anunciación.

Resumo: seamos sencillos en nuestras relaciones con Dios, que sencillez es sinónimo de humildad y de confianza. Seamos sencillos en nuestras relaciones con el prójimo..., no nos detengamos en las criaturas, no busquemos en ellas sino a Dios, no amemos en ellas sino a Jesús, en cuyo amor y por cuya gloria debemos olvidarnos y olvidar intereses personales por servir y hacer el bien a nuestros hermanos. Seamos, en fin, sencillos con nosotros mismos; negar nuestras cualidades sería ingratitud y humildad de garabato; atribuírnoslas, detener-nos en ellas sería soberbia. Y asimismo reconozcamos con sencillez nuestros defectos, pero sin pesimismos, sin despecho, buscando luz y fuerza de corrección en la verdadera intimidad con el Corazón de Jesús.

ABANDONO «In manus tugs...» (1). *«¡Padre, mi espíritu, mi vida, mis anhelos y esperanzas, mi porvenir eterno, todo, todo lo abandono en tus manos!»* El abandono no es, en buena cuenta, sino una consecuencia lógica del espíritu de fe y la cima natural a la cual conduce el amor de con-fianza, cuando éste es ardiente y fuerte como la muerte. Desde luego, no hay nada de común entre un «estúpido quietismo», un cruzarse indolente-mente de brazos, un dejar que Dios lo haga todo sin mi cooperación y mi sacrificio y el verdadero abandono, expresión suprema del verdadero amor. En esto, como en todo, Jesús puede decirnos: «Os he dado el ejemplo» (2). Ved, si no, cómo se abandona en el Comulgatorio. No hablemos de su abandono el día de la Encarnación en el Corazón de su Madre Inmaculada, ni de su abandono en Nazaret, a la merced de María y de José, no.

(1) Luc., XXIII, 46. (2) Juan, XIII, 15.

Hago mención especial de su abandono en el corazón desmantelado, olvidadizo, frívolo, con frecuencia desleal, a las veces horriblemente ingrato del que comulga. Supongamos que esté en gracia de Dios en ese momento. Pero ¿lo estuvo ayer? ¿Lo estará mañana? Con cuánta razón, al oír las protestas de fidelidad, podría Él interrumpirnos y decir: «Basta, no me repitas que me amas, ni me prometas que me amarás...; cien mil veces te he oído las mismas palabras y otras tantas me has atravesado después el Corazón.» ¿Habla así Jesús? ¡No! Arrepentidos, aunque pobres y débiles, nos acercamos, le recibimos, le aseguramos que somos y seremos suyos... Y Él acepta con amor esa palabra. Él no dice: «Ya no te creo.» Y menos cierra el Sagrario a quien ayer le hirió cruelmente. Os tiende los brazos, cierra los ojos y se abalanza a vosotros y se da y se regala por entero, sin reticencias, se entrega en cuerpo, alma, sangre y divinidad... Jesús es todo vuestro, como si fuerais santos, como si siempre lo hubierais sido, como si estuviera Él segurísimo de vuestra eterna fidelidad. *¡Se abandona en vuestros brazos por amor!* Nos da un ejemplo sublime, enloquecedor...; hagamos otro tanto. Y qué razonable es el abandonarnos nosotros, vasos de barro, en el área de oro de su Corazón... ¡y qué divina locura que El, el cielo de los cielos, se abandone en el vaso de barro, en el cáliz de arcilla, cien veces trizado y manchado de nuestro pobrecito corazón!... ¡Te doy el ejemplo: cópialo, sígueme! Prueba la más elocuente que el amor en Jesús, como en nosotros, está en abandonarnos recíprocamente. Así se abandona el hijo en su madre, la esposa en el esposo. ¡Qué madre ni qué esposo comparable a Jesús! Si creo, pues, y con fe grande en su Sabiduría, en su Justicia y, sobre todo, en su Amor misericordioso, debo lógicamente abandonarme a su Corazón y a sus designios. Nadie sabe lo que E1, nadie ve lo que Él ve, nadie comprende como Jesús mis intereses temporales y eternos, nadie se preocupa de mí como Él, nadie como Él es capaz, guiado por un amor infinito, de combinarlo todo para su gloria y mi bien... ¿No es, pues, entonces sabiduría suprema decirle: «Haz, Señor, lo que te plazca, dispón de mí, quema y raja, sana y hiere como tú quieras, bendito seas en la vida y en la muerte» El abandono de un nene en manos de su madre, para jugar como para comer, para sanar como para dormir, es el gesto más instintivo y razonable a la vez. ¿Por qué no lo será en el orden de gracia, tratándose de

abandonarme, no a un padre inteligentísimo, no a una madre ideal, sino a Jesús? ¿Puedo de veras amarle y no abandonarme?.., ¿No es ésta, por ventura, la realización más sencilla y sublime, mediante el amor, de aquel «Hágase tu voluntad..., venga a nos tu Reino»? ¿Qué sé yo si la salud o la enfermedad, si el dinero o la pobreza me hacen hoy por hoy bien o mal? Pero Él sí que lo sabe... Pues entonces, que proceda de mano libre y con corazón de Padre... Que disponga, que resuelva sin consultarme a mí, el nene caprichoso e ignorante. ¿No es esto ser sabio y ser prudente? ¿No es esto amar a Dios sobre todas las cosas? ¿Mi puesto?... Entre tus brazos, Jesús, sobre tu Corazón, luchando o descansando, como tú quieras. Lo demás, subir o bajar, el caramelo o la hiel, me es indiferente. No a mi naturaleza, eso no, ya que ésta no puede vacilar entre el acíbar y el almíbar; pero con tu luz y con tu gracia, sí, Jesús, aquí me tienes: vengo a decirte «que quiero hacer en todo tu voluntad, abandonándome». Cumpliré, naturalmente, con mi deber —así, si estoy enfermo, llamaré al médico y tomaré la medicina—. Pero hecho esto, cumplida mi obligación con fe, para probarte que te amo, te abandonaré con gran paz mi salud... Si mejoro, ¡gracias! Si empeoro y agravo, si muero, también ¡gracias! Tu voluntad es siempre buena. ¡Tú eres en todo sabiduría y amor! Este fue el secreto de la paz inalterable de los santos. Pasaron, como nosotros y más, por mil vicisitudes penosas —la tentación y las criaturas los probaron en un crisol de fuego --, y ello no obstante, disfrutaron de una tranquilidad interior; digo más: conocieron una dicha tan honda y tan embriagadora, que el destierro les supo a veces a Paraíso anticipado. ¡Oh, si supiéramos qué bien se vive en el Corazón de Jesús, enteramente abandonado a su querer y beneplácito, sin desear nada, sin rehusar nada, aceptándolo igualmente todo con amor: la espina y la flor! Propongámonos en estos días llegar a esa cima, donde reina la calma perfecta, donde todo lo que no sea Jesús nos sea indiferente. Que en los propósitos mismos de santificarnos nos encuentre su Corazón perfectamente maleables. Entonces sí que nos podría Él repetir lo que le dijo a Santa Margarita María: «Yo soy un director sapientísimo que sabe llevar las almas sin el menor peligro, cuando éstas saben abandonarse a Mí y olvidarse de sí mismas» (1). Este director no falla jamás, ni se va, ni lo cambian, ni se muere; lo encontraréis siempre al alcance de la mano, y siempre fiel y vigilante. ¡Oh, dadle, confiadle sin reservas el timón de la barquilla!... ¡Qué santo bogar el vuestro, entonces..., qué dulce despertar en la otra orilla, llevados, conducidos, guiados por Jesús! ¡Abandonaos ciegamente entre sus brazos; abandonaos sobre su Divino Corazón! *(Notas manuscritas de Paray.)*
(1) *Vida y obras, t. II , pág. 69.*

LA SANTIDAD

«La voluntad de Dios es que seáis santos» (1). «Sed santos, sed perfectos»(2) «Ven y sígueme» (3).

Estas palabras se diría que fueron escritas para vosotros, y no en el tono general que comprende a todos los cristianos, Binó con especial intención para los que debéis ser, por vocación, los amigos y los apóstoles del Rey de Amor. Venid, seguidme, pues así como Yo soy la Verdad y la Luz (4), Yo soy el único Camino (5). Y ¿a dónde conduce este camino? Acá abajo, al término obligado, que es la santidad, y luego a la meta suprema y definitiva,. que es la vida eterna, o sea la consumación de toda santidad.
(1) Tes., IV, 3. (2) Mat., V, 48; Lev., XI, 44. (3) Mat., XIX, 21. (4) Juan, VIII, 12. (5) Juan, XIV, 6.
Esa santidad es Él, porque sólo Él es Vida y principio de vida: «Yo soy el principio, Yo que te hablo» (1). De ahí que la santidad sea la verdadera y única vida, y a la vez la única belleza moral, y el único secreto de dicha y de paz. Con cuánta frecuencia confundimos los conceptos, y queriendo ser felices, y buscando por instinto la hermosura, nos envenenamos con bellezas mentirosas, ilusorias. Cristo, intensamente vivido, es la única belleza que da quietud y felicidad completas al corazón. Los santos fueron por esto los grandes y únicos filósofos, los que supieron saciarse de paz y de vida en la fuente que fue, y seguirá siendo, Jesús, tu amor, tu Corazón.

Qué cosa es la santidad?

Se le preguntaba a un niño admirable que, después de su primera comunión, se pasaba horas enteras embelesado ante el Sagrario: Qué quisieras ser tú ¿Angel...? ¿Un Luis Gonzaga?»... Y él, sin vacilar y con expresión celestial, respondió, señalando el Tabernáculo: *«Volverme Jesús.»* Ésta es la más sencilla y la más exacta definición de la santidad: *¡Volverse Jesús!* La santidad es una asimilación de Jesús, es Jesús que va creciendo y desarrollándose en nosotros..., suplantando nuestra miserable naturaleza, expeliéndola, y dándonos, en reemplazo, la suya... Es Jesús, que llega a ser el principio de nuestros pensamientos, el alma de nuestra voluntad, el fundamento de nuestras dichas, el germen de nuestra fortaleza; es, en fin, la realización concreta de aquel mihi *vivero Christus,* «mi vida es Cristo» (1), a medida que yo muero, y Él invade todo mi ser. Dicha transformación se inicia y se basa en un misterio de fe vivísima y. se perfecciona y consuma en un misterio de caridad abrasadora.
(1) Juan, VIII, 25.

Y, hablando en figuras, diríamos que la santidad es el rayo de luz que retorna al Sol, el átomo de polvo que recobra definitivamente su centro, la vida que encuentra por fin y para siempre la Fuente inagotable de vida inmortal que es Dios y sólo Dios. 0 si queréis, la santidad es Jesucristo eternizando en el tiempo nuestra vida, y nosotros, viviendo, desde acá abajo, de aquella realidad única, inmutable, que es Cristo, y teniendo por escuela, por santuario y por morada su Corazón.

La santidad es una realidad ,posible.

Posible, posibilísima, por la razón muy sencilla que a "ella nos llama, nos invita con apremio un Dios sapientísimo... ¡Luego puedo! El primer esfuerzo en este gran problema viene de Dios. Él da el primer paso y el segundo...

(1) Fil., I, 21.

Sabedlo: la santidad no consiste principalmente en coger a Dios allá en las alturas de su cielo, sino en *de fiarse coger por El,* cuando se lanza como el águila hambrienta de su presa. Él propone y brinda, Él ofrece gracia, luz y fuerza, Él atrae y guía, Él se da; la parte nuestra consiste en un amor, esto es, en un *darnos* que supone docilidad, confianza y generosidad. Suponed el caso de un alma en la mayor miseria: débil, pequeña, pobre, enfermita, defectuosa y así fueron seguramente muchísimos de los santos. Pues bien, esta alma se deja querer y se deja coger, no se alarma, sabe dar y darse, a pesar de las resistencias de su naturaleza... Confía en Aquel que la atrae y la conforta, lucha y se abandona a sus inspiraciones, deja a Jesús adueñarse del pesebre de su alma... Ésta va subiendo poco a poco en las manos del Rey hasta llegar a su Corazón. Entre ambos, el Creador y la criatura, han hecho, no obstante mil y mil ruindades, una maravilla de gracia, y antes de morir, ¡esa alma es santa! Amad, ¡oh!, amad mucho, amad con pasión divina, amad con con-fianza ciega e ilimitada y seréis santos.

¿De manera que yo puedo ser santo?

Evidentemente, ¿a qué dudarlo?, y más: es un deber, y no hay deber imposible. Un deber sobre todo para aquellas almas como tú que oyes esto, almas colmadas... Piensa cuánto te ha querido Jesús, no seas ingrata, no creas que es humildad desconocer tantos beneficios para desligarte, por cobardía imperdonable, de esta obligación: la de ser santa. ¿Quieres ser apóstol, dices? ¿Apóstol y no santo? ¿Apóstol y alma mediocre, ramplona, buena porque no mala y nada más? No hables, no razones así, que de esas almas no necesita Él en la falange de su gloria; almas mediocres abundan, el Señor podría con ellas empedrar muchas calles... Y aquí quiero recalcar en una idea tan fundamental como sencilla, y en la cual he apoyado mucho en mis predicaciones a almas escogidas para darles bríos de espíritu en la obra de su santificación. Es increíble hasta qué punto está arraigada la, convicción, aun entre cierta gente instruida, que el santo debe ser, poco más poco menos, un ser fuera del molde corriente: un Juan Bautista, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni vive como los mortales; en una palabra, con cuerpo glorioso y un alma confirmada en gracia... Este concepto, profundamente equivocado, ha desanimado a muchísimas, almas y sigue des-alentando a tantas que sienten simultáneamente la propia miseria y el llamamiento hacia la santidad. Es típico el caso, por ejemplo, de lo que ocurre con Santa Teresita. Cuántos fervientes, cuántas monjas, cuántos sacerdotes se preguntan todavía, a pesar de la canonización: «Pero esta Carmelita es como todas, ¿qué ha hecho *de extraordinario?»* ¿Ois la nota falsa, desafinada? ¿Qué ha fecho de *extraordinario?,* «es como todas»; luego «no debe ser la santa que dicen»... Cómo se ve que, pretendiendo amar mucho a la Virgen, esos tales no han profundizado jamás en la santidad de esa Reina, la más sencilla y la más maravillosa, donde todo parece común y normal, donde todo es divino y excelso. Según este criterio, si no hay éxtasis, y muertos que resucitan, y demonios que se aparecen y vociferan, si orando no se levantan por los aires, si no profetizan..., si son, en fin, como Jesús, José y María en Nazaret, no son, ni pueden ser santos. Sabedlo claramente: los santos lucharon como nosotros y más que nosotros con las tinieblas interiores. Recordad aquella lucha tremenda de Teresita: tentación contra la fe, en pleno túnel, oscurísimo, sin un rayo de luz, y esto hasta la agonía: «No veo — decía ella pero creó como nunca; esto me basta.» Esas tinieblas engendran una luz celestial, maravillosa. Los santos lucharon como vosotros, y más, contra la injusticia y, lo que es más peligroso, contra la seducción de las criaturas, barrera viva, o, si queréis, abismo palpitante de belleza tentadora que nos atrae, que produce vértigos fatales... Pero fidelísimos a la gracia, fortalecidos por ella; pudieron decir lo de San Pablo: «Lo puedo todo en Aquel que me conforta» (1). ¡Vencieron amando!

(1) Fil., IV, 13.

Los santos lucharon como nosotros, y más, contra la propia desidia, contra aquel instinto de tierra que, por ley de gravitación, nos quiere arraigar a la tierra... ¡Qué de veces sintieron la fatiga del combate, el aburrimiento de la virtud, el cansancio de la cuesta arriba, mientras que allá abajo, en la llanura, oían el rumor de can-tares y placeres que adormecen y halagan! ¡Ah, debieron, con frecuencia, coger a dos manos el corazón y cerrar los

ojos y los oídos para seguir en el repecho y subir!... La naturaleza no se habitúa jamás a vivir muriendo; pero ahí está la omnipotencia de la gracia, secundada por la generosidad. Los santos lucharon como nosotros, y más, contra los mil obstáculos del camino, contra los desalientos que vienen de dentro y de fuera, contra la propia ruindad que grita: "¡Ya basta, para qué tanto!" Resbalaron a las veces, cayeron y se levantaron, pasaron por nuestra crisis, dudaron por instantes del deber de santificarse y de la posible victoria... Pero luego vieron claro, recobraron energías, las centuplicaron con la penitencia y la generosidad, rehicieron con amor su naturaleza quebradiza y murieron en la cumbre, cantando la victoria de Jesús:

¡Querer es poder!

Éste sí que es el caso de repetir un axioma que en el orden sobrenatural dada la fidelidad de un Dios y la misericordia de su Corazón, no falta jamás. Si de veras quiero, puedo ser santo, yo, ruin y miserable, y puedo ser un gran santo.

Los únicos felices, los santos

No lo decimos para el mundo, pues éste no es capaz de comprender esta verdad. Recordad que por el mundo no quiso orar Jesús, porque voluntariamente es ciego. Lo afirmamos para el grupito de almas fervorosas que, con frecuencia, consideran la virtud, y especialmente la santidad, como una carga de gloria aplastadora, como la gloria sangrienta de ser mártir, es decir, sin el elemento de paz ni de dicha con que el Señor recompensa, desde acá abajo, a sus heroicos servidores. Insistimos: no hay acá abajo sino una categoría de felices: los santos. La unión con Dios, el despojarse de todo aquello que, en lo interior y en lo exterior, es causa de conflicto moral, de tortura vana; por otra parte, la cruz misma, dulcificada y convertida en don y en fuerza; el desprecio de vanidades, el desapego de ilusiones mentirosas, el vivir de aquella verdad, que es Cristo Crucificado, y el vivir de aquel amor, que es Cristo Sacramentado, no puede menos que producir un reposo inefable de espíritu y una fruición de corazón que los mundanos jamás conocieron, jamás. Que si para los santos, como para todos, y más tal vez que para otros, la tierra es destierro y Calvario, ocurrió con ellos lo que con el Señor en el Huerto; llora sangre Jesús y agoniza, pero al mismo tiempo su alma se embriaga en las delicias de la visión del Padre. ¡Son felicísimos en el Calvario! El amor divino tiene la virtud de transformar todas las amarguras de la tierra. De ahí que el sufrir de los santos sea un sufrir de un orden completamente distinto: «He llegado —decía Teresita— a no poder sufrir..., porque he con-vertido en gozo inefable todo sufrimiento. Mis grandes penas me procuran grandes delicias, y las cruces pequeñas goces pequeños.» Esto no es insensatez; esta locura divina es sabiduría, la locura embriagadora, deliciosa del Crucificado y sus amigos, María, la más dolorosa y mártir de las criaturas, ha sido, ciertamente, la más dichosa en su vida mortal. Y después de Ella, por camino de Calvario fueron dichosísimos los millones de santos que se gloriaron de la Cruz, que la saborearon, que la cantaron en éxtasis de dicha, como Francisco de Asís, como Magdalena de Pazzis, como Juan de la Cruz (1). Todos llevaron en el alma los estigmas de un martirio espiritual, todos, y todos pudieron decir realmente con San Pablo: *«Sobreabundo de dicha» (2). Y* es que *el* santo, menos todavía que el cristiano vulgar, no sufre solo, tiene un Cirineo que lleva con él su Calvario y sus cruces. Hasta las penas más amargas se cambian en amor en este Corazón Divino.

(1) *(Vida* u obras, t. II, pág. 486.) (2) 2.a Cor., VII, 4.

Este Cirineo es el Amigo íntimo del santo, Jesús y como el santo bebe del cáliz del Rey Crucificado, y lo bebe con amor, así también el Señor, a su vez, paga con consuelos y con especial fortaleza al amigo de su Corazón. Jesús es el alma de resistencia del santo...: éste sufre y Cristo sostiene. Y ya convendréis conmigo, queridos apóstoles, que mucho más vale beber el cáliz de manos de Jesús, sostenidos entre sus brazos y apoyados en su Corazón, que no... reír, y cantar en las soledades del mundo, donde Él no está...

La santidad es una realidad permanente y actual Nos rozamos, sin saberlo, con santos...

Cuánta gente imagina que los santos son historia antigua, gloria que fue, y que en nuestra época moderna ya no los hay, por desgracia. Y claro, este razonamiento, tan falso y pesimista, no alienta a reproducir aquella generación de gigantes que consideramos extinguida definitivamente de la tierra por el progreso y por el sistema de vida actual. La Iglesia es perpetuamente fecunda, y como hubo santos, los habrá hasta la consumación de los siglos. Porque la Providencia lo quiere; el estilo, la forma, la modalidad de los santos puede variar y de hecho varía; pero la santidad es la misma y es una realidad permanente y actual. Así, es muy posible que en nuestra época no conozcamos un santo por el estilo de San Vicente Ferrer; pero no sería de extrañar que os crucéis con alguno de la escuela de Nazaret, y que por lo mismo, porque no toca la trompeta del Juicio final, ni resucita muertos en su camino, sino que vive, corno San José, en el silencio y penumbra de su casita, no le descubráis... Mostrando un día Pío X el retrato de Teresita, exclamó: «He aquí la santa más grande de los tiempos modernos.» Pero unos cuantos años antes, ¿quién sabía siquiera que existía Teresita? Viven centenares de contemporáneos de esta santita, de los que la han visto y hablado, de los que pudieron

apreciar ciertas cualidades y aun certificar ciertos defectos. ¿Cuántos de ellos imaginaron que la verían en los altares y que su virtud y sus milagros, *hasta entonces ignorados,* sacudirían, como una tempestad, el mundo entero, y harían de ella la «miniatura de gracia» que dice Pío XI? ¡Nadie, absolutamente nadie! Y ya veis, esta historia de ayer, sus cuatro hermanas viven, tienen todavía parientes y allegados; ayer no más pasó por nuestro camino, sus huellas están todavía frescas, y está ya canonizada, ¡y con qué canonización de excepción y de milagro! Pues así, digo, por ese camino de oscuridad y sencillez, en monasterios y en pleno mundo, tenemos santos que esperan sólo que la muerte rompa el vaso de barro, para mostrar al mundo la luz y la llama que llevan por dentro. En nuestra época hay, ciertamente, mucho malo; pero hay, seguramente, muchísimo bueno. Sobre todo de un tiempo a esta parte, con el hábito de comunión frecuente y diaria; con la dilatación del Reinado del Corazón de Jesús, quiero decir, con el pan de la doctrina de amor, tan fuerte y fecundo, se están desarrollando en secreto gérmenes de santidad que estallarán un día, tal vez mañana, en volcanes y en estrellas, pero que, hoy por hoy, corno Teresita, no son sino átomos de oscuridad y de silencio. Oíd, al efecto, una historia en extremo alentadora, historia toda de luz y de amor de una joven de mundo, heroica en su virtud. Es de gran situación social, de educación refinada, de figura que llama la atención, viva, inteligentísima. Su padre, muy mundano, la quiere con frenesí, la mima, y, orgulloso de su reinita, goza luciéndola como su joya... No hay teatro, ni reunión, ni baile donde no se presente con ella, que, a la sazón, no tiene sino unos dieciséis años. Pero ésta lleva por dentro nostalgia de Dios y de cielo, posee un alma de oración, es una verdadera contemplativa, sin tener, por otra parte, vocación religiosa. Cuánto sufre con encontrarse todos los días en la vitrina de exhibición, donde la quiere su padre, en medio de un mundo casquivano, frívolo, ella que desdeña, con repugnancia y dolor, toda aquella farsa de salón y de mundanidad. Pide, ruega, llora más de una vez, para obtener de su padre que la exima de una vida que es su tortura. Pero él resiste, él debe ir, dice, y no quiere ir sin ella; por fuerza, pues, de sumisión y de respeto, debe resignarse a tanto suplicio. Y ahí está constantemente en traje de gala, elegantísima, pero... lo que nadie sospecha, bajo tanto trapo rico y elegante lleva el cilicio. Y bajo el cilicio, un alma de nieve y un corazón de fuego, ¡todo de Jesús! Cosa admirable: ha pasado a veces de diez de la noche a la una de la mañana en un palco de la Ópera, o en una gran tertulia..., en pleno baile de gran mundo, y al terminarse estas fiestas sale de ellas absorta en Dios. Y más: si se la interroga, no sabría decir cuál ha sido la representación teatral, quién la ha atendido, quién la invitado a bailar; pues por gracia de milagro y en pago a la fidelidad heroica de su corazón, su cuerpo ha estado ahí donde la obligaba a ir su padre, pero su alma ha pasado esas largas horas como en éxtasis, arrebatada entre brazos de su Jesús. En llegando de madrugada a su casa hace de rodillas una hora de adoración reparadora, y a las siete de la mañana está en el Comulgatorio; tan arrobada en Dios que, a las diez, debían venir a despertarla para que regresase a desayunar. «Siento como un dulcísimo sueño que me embarga y me absorbe toda —me decía— en poniendo los pies en el teatro o en el salón de baile, y ya no me doy cuenta de nada, estoy ahí como sola...; despierto enteramente cuando estoy de regreso en casa, y por esto, con frecuencia me encuentro en apuros, cuando algunas personas, hablando de la reunión o de la ópera, me interrogan... qué me ha parecido; si no fuera por el cartel o por papá, no sabría dónde he estado, ni lo que ha pasado.» No es esto una maravilla. ¿Veis con qué afán y diligencia defiende Jesús, en el horno de Babilonia, a su reinita? ¡Y esto en pleno mundo mundano! Pero ¿y quién se dio cuenta de esta historia de milagro? Hasta hoy nadie, sino el que esto escribe. Ni ¿quién hubiera jamás sospechado que aquella jovencita, tan fina y elegante, la princesita de aquellas reuniones, era en el fondo una Carmelita, extática en pleno baile, en la ópera? He aquí lo que, en grado más o menos, en una forma o en otra, ocurre cien y mil veces, pero fuera del alcance de los ojos humanos, y a la sola vista del Señor. He aquí de lo que es constantemente capaz, en la aristocracia y en el pueblo, en el convento y en el mundo, el amor de Jesús, cuando éste ha arrebatado un corazón, o, más bien, cuando este corazón, resuelto a ser santo, se ha dejado arrebatar por Jesús. Almas realmente santas en este camino oculto, almas heroicas en el sacrificio, pero viviendo aparentemente en la vía ordinaria, las encontramos, hoy más que nunca, en todas partes. El Corazón de Jesús está provocando dondequiera una verdadera eflorescencia de santidad, como tal vez jamás la hubo tan fecunda, tan rica y variada, pero dentro del estilo clásico de Nazaret; quiero decir, el palacio será espléndido, maravilloso por dentro, digno del Rey de Amor, pero la fachada será humilde y sencilla, la del taller del Hijo del carpintero... Admirable es el Señor en sus santos... (1). Siga Él tachonando el cielo de su Iglesia con esta pedrería divina; pero si se os ocurriera alegar vuestra indignidad, vuestros pecados pasados, vuestra ruindad actual en contra de la vocación de santidad, recordad estas sus palabras: «*¡Yo hago mis obras maestras con desperdicios!*>> Rumiad y saboread apóstoles del Sagrado Corazón, esta frase...: *"¡Si sois o fuisteis desperdicios, tenéis un derecho más a ser obra maestra del Amor!" (Anotaciones de los folletos de Friburgo, Sept-Fons, Paray, Orleáns y notas manuscritas.)*

(1) Sal., LXVII, *36.*

TODAVÍA LA SANTIDAD

Esta consoladora doctrina, providencialmente confirmada por Santa Teresita del Niño Jesús.

Cuánto de lamentar es que la Providencia que, cien veces al día y más, llama con apremio hacia una vida perfecta y divina a los colmados de su gracia, la porción elegida del rebaño, los amigos, los mimados de su amor en todos los estados y en todas las condiciones de la sociedad cristiana, no logre engendrar más santos! ¡Qué tristeza! Ved, si no, la multitud de teso-ros de luz desdeñados, ved cuánto amor recibido y malgastado por los buenos, por los mejores... Y, sin embargo, todos los materiales indispensables para modelar los héroes de la virtud, *los santos:* el bronce, la fragua caldeada y los artistas están ya preparados. Y con ello, sabiamente acumuladas por los ardides y desvelos de la Providencia, todas las condiciones y todas las circunstancias favorables para realizar su obra maestra. El éxito, pues, de parte del cielo está asegurado. Y en pleno taller, el Maestro de maestros, el artífice divino, cuyos ojos son la belleza increada, cuyas manos son la Verdad y la Omnipotencia. Pero ¿qué aguarda Él con el Corazón palpitante y henchido de ansias divinas? Espera anhelante el *fiat* decisivo del corazón humano, y cuanto éste estalle vigoroso e inflamado, el Maestro, puesto a la obra, hará vibrar el bronce con un soplo de inmortalidad, como aquel que transformó una estatua de barro en Adán perfecto. Mas, ¡ay!, ese portento de gracia se realiza muy de tarde en tarde. Es preciso, pues, con frecuencia apagar la fragua, y entre tanto el bronce ha enmohecido y los artistas convocados son despedidos, desairados como huéspedes exigentes e inoportunos. Aquel bronce, son innumerables almas escogidas, predilectas; la fragua encendida, las mil torturas corporales o del espíritu, inherentes a todos los estados; los hábiles y celosos artistas, las criaturas, los acontecimientos y las cosas de quienes se sirve el Señor como de instrumentos ciegos para cincelar el héroe de gracia que hubiera debido modelar a imagen y semejanza del nuevo Adán, Cristo-Jesús. El taller moral es el hogar, la oficina de estudios o de negocios, la vida social o de trabajo, el campo o el convento, el palacio o la choza; en una palabra, el vastísimo campo cristiano, el santuario, *cualquiera que éste sea,* donde un deber de estado y la voluntad del cielo han fijado la tienda provisoria en que un alma crece, sufre y ama en el tiempo, labrando ahí su eternidad. ¡Ah! ¡Son tantos, desgraciadamente, los elegidos y colmados que no comprenden o que desafían las solicitaciones de un Dios de Amor! Y esto es tanto más de sentir cuanto que todos esos predilectos se encontraban ya, por obligación de su propio estado, en la ocasión próxima de ser héroes, santos... Pero, ¡ay!, ¡cuán contados son aquellos que dichosamente sucumben a esta tentación de gloria divina! Les quedaba sólo un paso decisivo, se encontraban ya en los umbrales del campo donde se forjaban los héroes... Ahí mismo, sin cambiar de vocación ni de ropaje, *con sólo divinizar el heroísmo obligado de su vocación* mediante una fe vivísima y un amor ardiente, esto es, *sobre-naturalizando más intensamente el martirio de la vida cotidiana,* cuántos de estos excelentes cristianos serían, sin más, verdaderos *santos.* Descendamos un instante al terreno de la vida práctica. ¿No es éste, por ejemplo, el caso de las esposas y madres en la vía siempre gloriosa, por ser siempre dolorosa, que recorren todas?... ¿Y no es también el caso de esa pléyade incontable de jóvenes pobres, modestas o ricas, almas virginales cuya vida social o de familia es un crisol de fuego lento y una altísima escuela de perfecta inmolación? ¿Y qué de aquellos innumerables hombres de mundo, sincerísimos cristianos, acosados diariamente por mil obligaciones, y, más que todo, abrumados por la pesadumbre de responsabilidades ineludibles, imperiosas?... ¿Y esos millares de obreros católicos que se desgastan en los talleres y fábricas, cuyo pan es de hiel y cuyo horizonte, siempre sombrío y cargado, es el de un porvenir preñado de zozobras e inquietudes? Y, en fin, ¿no es verdad que a los ya enumera-dos podemos añadir la legión del Clero, sobre todo el de Parroquias; la falange de apóstoles seglares o religiosos de las escuelas católicas y el ejército incontable de almas consagradas? La vida de la inmensa mayoría de todas estas categorías y vocaciones se desliza callada, desconocida, oscura, y es con suma frecuencia tan ingrata, si no más, que la de los mineros. ¡Ah!, pero con torturas de espíritu y con ansiedades de corazón que sólo Dios conoce... Si, muchísimas de esas almas viven de hecho en pleno campo de heroísmo. ¡Cuántas de ellas ostentan ya las cicatrices de un martirio noble, pero *humano!* ¡Cuántas saben ya de memoria y también en la práctica de la vida diaria la lección sublime del desprendimiento y de la inmolación! Pero, así y todo, algo grande, algo divino les falta para cubrirse de gloria verdaderamente inmortal, para conquistar la palma de un *heroísmo divino y santo. ¿Qué? ¡Un alma de amor! Un* corazón sobrenaturalizado por una caridad abrasadora. ¡Oh!, si Jesús, Amor de amores, fuese más intensamente el alma y vida, el Todo de tantos crucificados, ¡qué de *santos* no labraría el Señor! Pues bien, a la hora presente, el cielo nos está enseñando, a grandes voces, esta incomparable, esta consoladora y evangélica lección en la persona de la encantadora y dulce Mensajera del Amor Misericordioso, Estrella de primera magnitud de la Iglesia y del Carmelo: *Santa Teresita del Niño Jesús.* ¿Por qué no habría santos, muchos santos como ella, en la porción escogida de los amigos y favorecidos de Jesús?... ¿Sería, por ventura, necesario, indispensable tal

vez, para ser santo el vallado de las cuatro paredes de un monasterio, la austeridad moral o corporal del Carmelo, la abstinencia y silencio de la Trapa, el hábito, el régimen y la compañía de un Convento?... ¡Ciertamente, no! ¿No? ¿Es entonces posible poseer un alma superior, celestial, un corazón desprendido de todo y ardiente en caridad, un cuerpo domado y mortificado?... ¿Se puede, sin pecar de presumido, de veleidoso o de iluso, aspirar a la cumbre y tener la certidumbre moral de poder un día descansar en ella, como Teresita, ya sea en las otras mansiones más sencillas de la vida religiosa, ya sea sobre todo en la senda aparentemente vulgar y trillada de la vida cristiana en pleno mundo? *¡Oh, sí, mil veces sí!* Pero ¿cómo es, entonces, que los santos son tan contados, por qué no abundan más en las filas de los que militan, no ya como meros servidores, sino en calidad de soldados y amigos del Rey de gloria? Escuchadme con benevolencia, y mientras leéis estas pobres líneas, Teresita querrá comen-taros esta lección, calcada en su vida arrobadora. ¿Por qué no hay más santos en Betania y en el Cenáculo donde se vive tan cerca del Divino Corazón, fuente de toda santidad? A la verdad, muchas razones podrían aducirse para explicar esta penuria, ya que no para *justificar* una vida un tanto y un mucho vulgar, comodona, sin grandes ambiciones ni preocupaciones.; cristiana, sí, pero no levantada y santa, de tantos que se precian de amigos resueltos del Maestro. Si penetramos en el fuero interno de esas almas para encontrar la clave de ese enigma, es preciso confesar que, en general, no nos encontramos en presencia de una mala fe, como sería una culpable y consciente cobardía, resistencia formal a los apremios de la gracia o ausencia de virtud sincera y relativamente sólida, no. El mal, a mi entender, tiene con frecuencia otro origen. Y es, en la inmensa mayoría de los casos, cl de una *concepción equivocada de la santidad,* un error de doctrina, sea con respecto al elemento constitutivo de la verdadera y genuina santidad o bien en lo referente a los medios y caminos conducentes a su adquisición. De ahí, como consecuencia inevitable y lógica, tantos prejuicios, tantas ilusiones, tantos errores, y, por fin, como una conclusión de semejantes premisas equivocadas, el fatal *desaliento.* Si es esto lo que comúnmente nos detiene en el camino de la perfección, y de ahí que se encuentren relativamente tan pocos santos, cabalmente en el campo feraz por excelencia, en el medio y elemento socialcristiano en que la gracia superabundante se desborda a torrentes. ¡Oh! ¡Cómo quisiera, amados lectores, estimular vuestra piedad y nobleza cristiana, cuánto anhelo lanzaros, con las alas desplegadas, en demanda de la cumbre del Monte Santo! Pero previo requisito a este efecto será preciso penetraros profundamente de una convicción. Es a saber: que *la santidad está ciertamente al alcance y a la mano de todas las almas generosas. Ni* podría ser de otra manera, puesto que ése es el principal, digo mal, el *único* de nuestros deberes, el que los compendia todos. *Unum necessarium.* Si, pues, dicha aspiración *es un deber,* luego la ascensión del alma es *ciertamente posible y* hacedera. «Lo puedo todo en Aquel que me conforta> y que me llama en seguimiento suyo. Que si reclamáis ahora una prueba tan concluyente como magnífica de esta afirmación, levantad los ojos, fijadlos con sencillez y fe en Santa Teresita del Niño Jesús, Estrella de suaves y magníficos resplandores y cuyo titilar es un llamamiento imperioso, dulcísimo a tantas y tantas almas hermosas y favorecidas. ¡Cuántas de éstas, viviendo en plena Corte del Rey de Amor, arrastran, sin embargo, jadeantes y quejumbrosas el manto de púrpura, la gloria cristiana con que el Señor las ha enriquecido y cubierto! Pero he aquí que en el Occidente ha aparecido una nueva estrella, mensajera de santidad; nos la manda la Sabiduría y la Misericordia del Corazón de Jesús, ¡sigámosla! Mas ¿qué misión, qué encargo especial del cielo nos trae esta joven Carmelita, cuya mirada y sonrisa divinas esparcen aromas de paz y despiertan efluvios de amor en las almas? Abeja de un Edén, vedla afanada, celosa, entre las flores finas y escogidas del jardín del Señor, más celosa aún en la Colmena de su Amado, entre las almas consagradas, alentando a todas, transformándolas con fuerza, santificándolas con suavidad y sembrando dondequiera en su camino las "rosas" de gracias inauditas, incontables. Acercaos a Ella, no receléis, no la temáis, es tan sencilla y pequeñita, tan exquisitamente dulce y, sin embargo, ¡oh misterio de gracia!, tan arrebatadora e irresistible en el amor con que nos invita y nos fascina, como acertada y sólida en la doctrina evangélica que predica. Su apoteosis reviste caracteres tan extraordinarios aun en la historia común de los santos, que su gloria y valimiento están asombrando al mundo. Esto hasta tal punto, que con legítimo derecho podemos todos preguntarnos, después de leer su vida tan sencilla: ¿Cuál ha sido el secreto con que esta Esposa de Jesús logró tomar por asalto, con santa violencia, el Corazón de Jesús y el de la Iglesia y provocar la ovación universal de la tierra?... Y todo esto a la edad de veinticuatro años, demasiado niña para contarse entre los genios, cometas errantes de acá abajo, pero más que madura para ser santa, y ¡qué santa! ¿Queréis conocer su secreto?... Escuchadla: «Ábreme, Jesús, tu libro de vida en el que están narradas las proezas todas de todos los santos; dichas proezas, todas ellas querría realizarlas sólo por Ti» Y aquel Jesús, condescendiente en extremo, que para satisfacer el ingenuo y candoroso capricho de su Prometida hizo el pequeño milagro de la nieve el día de su toma de hábito, ha respondido al delirio del amor de la Esposa por la voz infalible de su Vicario Pío XI. Éste, al engastar a Teresita, hace pocos meses, entre las grandes

constelaciones de la Iglesia, pudo decir de Ella que « era un milagro de gracia y un prodigio de milagros!» Qué de extraño entonces que la estela luminosa de esta Estrella la compongan una pléyade incontable de almas, enamoradas de su espíritu... Dejaos fascinar por ella, ¡seguidla! Que si penetráis de veras en la sencilla profundidad de doctrina, si avaloráis la paz, la certidumbre con que se avanza por la senda que ella llama graciosamente su «Caminito», cierto estoy que cambiaréis de ruta como los Magos, de regreso de Belén. Y ahora, bajo la benéfica influencia de este astro del Carmelo, disponed vuestras almas, pre-paradlas a recibir la semilla. De vida y santidad. Los frutos sazonados no podrán menos que abundar en el terreno fértil y abonado de corazones animados de buena voluntad, sedientos de verdad. Sobre esta base, ¿qué duda queda que la Cruzada de amor que predico para honra y gloria del Divino Corazón encontrará, entre los lectores de estas líneas, los más decididos apóstoles, ya que la santidad es siempre fecunda como el amor? Pues ¿qué otra cosa es el verdadero apostolado sino una vida que irradia vida, un amor que siembra y engendra amor?... ¡Oh! Quiera el cielo que un día seamos todos, como Teresita, el pozo misterioso de Jacob, lleno hasta los bordes de aguas vivas que puedan apagar la sed de amor del Pastor divino y de sus rebaños. Entre los numerosos y perniciosos prejuicios relativos a la santidad se encuentra, en primer término, el siguiente: los santos, exceptuando los verdaderos penitentes como María Magdalena, han *nacido santos. Éstos* serían, pues, en consecuencia, el fruto glorioso, pero más o menos ciego de una especie de fatalismo cristiano... Comencemos por desvanecer semejante aberración, tan sin consistencia como corriente en el elemento piadoso. Lectores de buena voluntad, cierto estoy que protestáis con energía contra semejante insinuación, ¿verdad? Y yo con vosotros. Nada más falso, en efecto. Ello podría, en verdad, aplicarse a genios y a artistas, toda vez que esos hijos mimados de la naturaleza recibieron efectivamente con la vida un caudal extraordinario de dones naturales que el estudio y el ambiente desarrollaron y perfeccionaron a su hora. Si, el genio como el arte suponen siempre una cuna privilegiada. Quiero decir que artistas y genios nacen tales. Así, Fray Luis de León, y él Dante, Miguel Ángel y Rafael, Cervantes, Colón y Teresa de Ávila recibieron al nacer una naturaleza extraordinariamente rica; todos convenimos en ello. No siempre así el santo. El genio sublime entre todos, el de la santidad, *debe adquirirse y se adquiere.* Es un hecho en la Iglesia que aquella belleza sobrenatural que constituye el alma del santo es siempre de consuno la obra maestra de la gracia y del concurso libre, fidelísimo, heroico de la voluntad. Si exceptuamos María Inmaculada, santa desde el primer instante de su ser, la única concebida y nacida perfecta y santísima, todos los demás santos debieron bregar para hacer fructificar los talentos confiados. Y más, muchos, tal vez muchísimos, son los santos que no recibieron con el Bautismo otro caudal de gracia que el corriente, el otorgado a la mayoría de los cristianos. Pero su fidelidad *extraordinaria*, su legítima ambición, su constancia en la ascensión les mereció y atrajo irresistiblemente sobre ellos aquel torrente *extraordinario* también de favores celestiales y de gracias que el Señor jamás rehúsa, jamás, a las almas que se dan a Él con generosidad ilimitada. Sin temor, pues, sin exagerar, podemos decir que la palma y la aureola divinas las ganaron en lid heroica. ¡Oh! Repitámoslo hasta la saciedad: muchos santos nacieron a la gracia con una modesta fortuna, la necesaria o poco más para hacer seguramente la obra de su salvación; si murieron, pues, colmados de riquezas y de méritos, aquella inmensa fortuna y esos títulos de gloria *fueron adquiridos* porque lo desearon con deseos vehementes, porque se resolvieron a ello con una tenacidad inquebrantable. Se hicieron violencia y arrebataron así el puesto excepcional de gloria que ocupan en los sitiales del cielo y en los al-tares de la iglesia. Esa obra maravillosa, comenzada con la gracia y proseguida por la fidelidad del santo, fue consumada por la fidelidad de Jesús.

II Pasemos ahora a una reflexión tanto, si no más consoladora, que la anterior. Hela aquí: los santos, todos los santos, *sostuvieron una lucha encarnizada*, más violenta tal vez que los simples cristianos. Como su modelo y Maestro Jesucristo, debieron pasar por el crisol de la tentación que humilla, fortifica y enaltece. ¡Cuántas almas bellísimas pierden energías y tiempo, cuántas detienen su marcha desalentadas porque sienten el aguijón de una naturaleza enferma, miserable! No, levantad muy alto los corazones. La tentación no es sino un cruce peligroso del camino. Confianza y humildad, paz y vigilancia, y pasaréis la crisis, no sólo sin desmedro, sino con incremento enorme de virtud acrisolada y con ganancia positiva en el caudal de méritos. ¡Ah! Con qué satisfacción quemaría ciertas biografías de santos, no por cierto condenando a los dichos santos, pero sí, en parte al menos, a los autores que, sin quererlo, nos pintan héroes y heroínas como seres nacidos confirmados en gracia, respetados desde la infancia por el tentador y bogando siempre en un mar apacible, dueños absolutos de una naturaleza, sujeta y transfigurada, no por luchas generosas y por victorias costosas y meritorias, sino *por un milagro* que el Señor no hizo sino en favor de su Madre. Almas desconsoladas y de tan buena voluntad, leed y releed el Evangelio, leed y meditad los escritos de .San Pablo, y encontraréis la enseñanza verdadera en la afirmación contraria. Cómo, ¿no fueron, por ventura, santos, y grandes santos, Francisco de Asís, Benito, fundador y abad; Bernardo de Claraval, cuando para domar instintos bajos y rebeldías de la naturaleza

hubieron de revolcarse en matorrales de zarzas y espinas, o sumergirse en un estanque de agua helada durante una noche de crudo invierno? Ya veis, la tentación no prueba mengua de virtud; por el contrario, luchando sin tregua los santos se cubrieron de gloria. Por otra parte, las tentaciones en sí mismas no dan testimonio en contra nuestra. La sabiduría de un Dios infinitamente bueno las permite *misericordiosamente* para retemplar el espíritu del amigo fiel y, con ellas, le da pretexto y ocasión de merecer la inmensa gloria a que le tiene destinado. Recordad lo que está escrito en los libros santos: (Porque eras acepto a Dios -dijo el, ángel Rafael a Tobías—fue necesario que la tentación te probase.» III Avancemos todavía en estas últimas consideraciones. Al leer ciertas biografías defectuosas, ¿no es verdad que podríamos deducir de ellas que los santos, por el mero hecho de haberse lanzado en pos del Señor, se encontraron repentinamente y sin más inmunes de toda miseria, definitivamente exentos de toda franqueza?... Tendríamos, en efecto, razón sobrada para imaginarlo, pues con frecuencia nos los pintan *perfectos y consumados en virtud desde el principio,* como si no hubieran debido hacer sino un solo salto, el primero y último. Parecen realizar en la vida sobrenatural el mote famoso de César: *Vine, vi, vencí.* Ved cómo desde la cuna, o poco menos, muchos de ellos parecen bogar en un piélago esplendoroso, muy por encima de los abismos de nuestra naturaleza. Y una vez en dichas alturas, se diría que jamás rozaron con sus alas nuestro polvo miserable, este polvo que nos acompaña, sin embargo, de la cuna a la sepultura... Al parecer, dichos gigantes jamás conocieron por experiencia aquellas fatigas del espíritu, aquellas oscilaciones del corazón que aquejan a todos los mortales. Perfectos, sin esfuerzo ni mérito, diríase que nunca tropezaron en el camino, que jamás res-balaron en aquellas faltas, a menudo involuntarias, en aquellas fragilidades e imperfecciones inherentes a nuestro estado *de viadores...* Juzgados con este criterio podríamos considerarlos *celestiales* y no de carne y hueso... *Cómo,* ¿el Bautismo los revistió, por ventura, con una naturaleza superior y perfecta?... A Dios gracias, y para aliento nuestro, pobrecitos y frágiles mortales, ésta no es historia auténtica y la Iglesia no apadrina semejante teoría. Podemos estar ciertos que, sobre todo en los principios, al emprender la ascensión sublime y aun por los largos años, los .santos probaron más de una vez el cáliz amargo de un saludable remordimiento. Y más de una vez también, especialmente en el noviciado de esta carrera de gloria, hubieron de corregir y lavar con lágrimas humildes; defectos y negligencias, por lo menos involuntarios. *Poco, a poco, y paso a paso,* solamente luchando contra la corriente, avanzando valerosa-mente cuesta arriba, adquirieron lo que podríamos llamar una naturaleza angélica. Y aun entonces, convencidos de la extrema fragilidad del vaso lleno de gracia, fueles preciso hasta la muerte vivir de vigilancia continua, siempre alerta como el soldado, por el temor muy justificado de quemarse las alas como los ángeles infieles o de caer de muy alto como los cedros del Líbano. Por ese camino de esfuerzos incesantes y de extremada prudencia subieron ciertamente a gran altura. Pero no olvidemos que la naturaleza, como la gracia, procede lentamente por etapas sabiamente escalonadas. La santidad avanza y se intensifica siguiendo una progresión ascendente en todo semejante a una escala misteriosa, cuya parte superior tocará un día el cielo; pero entre tanto su punto de apoyo es esta tierra miserable, y así lo comprueba por experiencia el alma fervorosa por muchos años. IV Y llegamos ahora al punto más interesante y práctico de esta cuestión capital. Si fuéramos a aceptar sin reticencias ciertos libros desconcertantes, los santos, *todos los santos,* han sido "seres del todo y en todo extraordinarios": todos ellos vivieron fuera y a distancia de la *senda sencilla, normal y trillada, y* todos tan aparte y tan lejos de nuestra vida ordinaria, que entre ellos y nosotros, entre su vida y la nuestra, apenas existe una fraternidad lejana, tan menguada, que apenas merece tal nombre. Ellos fueron de una casta superior, limitadísima, impenetrable; nosotros somos el vulgo, la plebe... Lejos, pues, de darnos alientos, las tales biografías nos descorazonan, presentándonos modelos enteramente inimitables. La conclusión que se desprende de dichas lecturas es la siguiente: para ser santos tendríamos, pues, o que abandonar la senda sencilla en que nacemos la casi totalidad de los mortales, y en tal caso nos amaga el peligro de ilusión, o bien deberíamos renunciar definitivamente a la santidad como a una ambición desmesurada y que no corresponde a nuestra clase y situación, y de ahí el peligro de vegetar con vulgaridad en la virtud. Es muy de temer que, colocados frente a tal alternativa, muchísimos, los más, optarían por lo segundo: renunciarían a la santidad, quebrarían sus alas, resignándose a una vida rutinaria y *vulgarmente buena. Ése* es con frecuencia el caso práctico entre los mejores amigos del Señor Jesús. Líbrenos Dios de aceptar semejante teoría, peligrosa en extremo. ¡Ah, mil veces no! La verdad es muy otra: podemos y debemos santificarnos *en el camino normal, sencillo y ordinario* de la vida cotidiana, en medio de los afanes aparentemente vulgares de Nazaret. Es ésta la lección más sencilla y sublime del Evangelio. Qué, ¿por ventura no lo canta y enseña así la Iglesia cuando nos dice que toda la gloria de María Inmaculada, toda la hermosura incomparable, de la Hija y Esposa del Rey es *íntima y secreta? Omnis gloria ejus ab intus. ¡Oh, qué* aliento nos procura la consideración del Corazón de- esta Reina! Ved: su santidad inefable, su belleza deslumbradora y única, su magnificencia, que constituye una creación, un cielo aparte, y que no tiene por encima de ella sino la magnificencia misma

del Hijo-Dios, jamás tuvo resplandores ni aureolas de gloria exterior, y ningún milagro aparente y sensible realizado en favor suyo reveló en Belén ni en Nazaret la dulce majestad, la maravilla de gracia de esta criatura, la única realmente grande, perfecta, santa. Qué bien prueban semejante aniquila-miento y la arrebatadora vulgaridad de vida externa, de ocupaciones y trabajos, de silencio y pequeñez, que la santidad no es, mil veces no, la aureola brillante de milagros estupendos, pero sí que *el santo* debe ser, y es siempre, un milagro de gracia ab *intus*, como María. Por otra parte, el ejemplo de treinta años de vida oculta y sencillísima del Verbo Encarnado en Nazaret es un argumento perentorio y más que suficiente para desvanecer, de un soplo, la teoría de aquellas existencias del todo sobre-humanas, «milagrosas», cuyo primer peligro es el de exaltar la fantasía, deprimiendo al mismo tiempo y en la misma proporción la voluntad. Semejantes narraciones, frecuentemente —no en todos los casos, por cierto- fruto de la piedad y de la poesía popular y presentada en el marco sugestivo de piadosas leyendas, son edificantes, convengo en ello; pero no imaginemos que dichos escritos constituyen, al menos en todos sus capítulos, la historia auténtica de los santos. Una pintura hermosa, poética, por más veneranda que sea, no es siempre y en todo un argumento, y éste es el error muy corriente. En efecto, no es tamos llamados a ser santos de poesía, debemos y podemos ser santos en realidad de verdad, y esto sin ninguna poesía, *en la prosa de la vida diaria*, realzada, divinizada por una fe inmensa *y por* un amor que sea llama viva. Esto no quiere decir, por cierto, que no hay algo, y aun mucho, de realmente «extraordinario» en muchos santos, ¡oh, no! Los ha habido y los habrá siempre en la Iglesia evidentemente extraordinarios, ya sea en la profusión de dones gratuitos, portentosos, con que los enriqueció el cielo, o bien en su misión extraordinaria, con un fin especialísimo y en época providencial. Pero de ahí hasta confundir, como es frecuente el caso, la santidad en su elemento sustancial, con «dones gratuitos o con vías y formas extra-ordinarias», hay un abismo. Así, por ejemplo, si por un momento suprimiéramos en Francisco de Asís, en Margarita María o en el cura de Ars toda la aureola, tan auténtica como maravillosa, que los circunda y los realza; si dejásemos de lado éxtasis, visiones y milagros, y penetrásemos únicamente en su interior y examináramos las almas transfiguradas de dichos siervos de Dios, éstos conservarían, sin perder un ápice de su grandeza y de su gloria, toda la hermosura y majestad del santo. Y esto porque el santo es santo tal como el Señor lo ve, tal como en su vida íntima lo canonizó la Iglesia, y no principalmente en la forma brillante con que el cielo quiso presentar éste o aquél, con designios sapientísimos y excepcionales. El *pedestal*, por tanto, y el *verdadero santo*, son dos elementos separables y perfectamente distintos. Más aún: ¡cuántos son los santos que jamás tuvieron pedestal alguno de gloria externa, como en el caso concreto de Teresita del Niño Jesús! Y la Reina del Amor Hermoso, María, Reina y dechado de todos los santos, jamás tuvo en vida aureola ni pedestal alguno, y éste es el caso sugestivo por excelencia. En otros términos: Jesús es tan Dios de Majestad en la cuna de Belén y e n la casita y taller de Nazaret, como *en* el Tabor esplendoroso; tan Rey y Señor en los esplendores del Paraíso, como en la oscuridad y aniquilamiento del altar, tras los velos misteriosos de la Hostia. Si, pues, las moradas y los caminos son variados y múltiples, la santidad es *una e* invariable. *La* sabiduría del Señor nos ha colocado a todos, sin consultarnos previamente, en una senda determinada, nos ha marcado una morada, un camino, una vocación. Dicho camino es siempre el mejor para cada uno de nosotros; más bien dicho, el único. Ahí, en esa senda sencilla de Nazaret, y no en altiplanicies de Tabor, *podemos y debemos santificarnos.* Creamos en la sabiduría y en el amor de Aquel que todo lo ordena para su propia gloria y para nuestro bien supremo, Así considerada, en su verdadera esencia, la vida de los santos, estudiada a fondo con esa luz y de acuerdo con estas reglas siempre sabias porque son providenciales, su lectura provocará, no por cierto entusiasmos y veleidades de un momento, sino heroísmos de amor tan hondo como verdadero, amor que dará frutos de gloria y de vida eterna y ahora, sentados estos principios, fijad con deleite divino los ojos en la nueva estrella del Carmelo, Santa Teresita del Niño Jesús. Ved con qué elocuencia y sencillez, con qué elocuencia y solidez de doctrina y con qué fascinación de sonrisa angelical nos traza aquel su «Caminito», tan llano como seguro, para llegar a la más alta santidad por la entera posesión de un Jesús, muy amante y muy amado, real y vivo en el alma, por fuerza de una caridad abrasadora. Y el cielo está probando, con un diluvio de prodigios inauditos; que no sólo no ha equivocado el real camino de la santidad, sino que por él llegó a ser una santa tan grande como sencilla. Y más: el torrente de milagros "de rosas", para emplear su expresión, que Teresita derrama a profusión desde hace ya más de veinte años, atestigua de una manera irrefragable que el Señor le ha confiado una verdadera misión providencial; pero muy particularmente la de velar sobre los amigos íntimos del Señor, sus ministros, y en general sobre las almas consagradas. Nada, pues, de extraño que su diadema más preciosa la forme aquella falange numerosísima de sacerdotes y de misioneros que la consideran como la patena de oro de sus sacrificios, como la Amable Maestra de su vida interior y la generosa «proveedora» de almas de sus ministerios. «Venid en pos de mí, parece decirles; amad, amad mucho, porque Dios es amor, seguidme.» Y esto mismo repite a las multitudes que se le acercan y que le aclaman. Mas, como esta Estrella es a la vez una Rosa mística,

deshojémosla y examinemos alguno de sus pétalos, más que para gozar de su aroma, para aprender la lección tan evangélica y consoladora que Jesús nos da por medio de esta Pequeñita, su esposa-lirio, y la víctima y apóstol de su amor misericordioso.

1.° La enseñanza más notable que se des-prende espontánea y elocuentemente de su vida es ésta: *la santidad no es, ciertamente, el monopolio de una casta o categoría de predestinados, no.* Dicho tesoro pertenece de derecho a todos los cristianos, y de una manera especialísima a aquella numerosísima falange de almas que, junto con el título de amigos del Señor Jesús, han recibido la vocación, quiero decir, *el derecho y el deber* de aspirar a aquella santidad que dicho título les impone. La santidad no puede ser un monopolio, puesto que ella es esencialmente la posesión integral de un Dios todo Amor, por ley de amor. Sin má6, veamos cómo Santa Teresita encarnó maravillosamente esta doctrina. Y, ante todo, hagamos una breve referencia relativa a su primera infancia. Nuestra heroína recibió del cielo un corazón nobilísimo, y su hogar, de incomparable, hermosura cristiana, una verdadera Betania, fue el santuario venerando donde su padre y las hermanas mayores supieron cultivar con esmero el espíritu de la futura Carmelita... Y a fin de que el cáliz de este lirio fuera todo digno de la corola, Teresita fue agraciada con raro talento y con aquella sonrisa y expresión angelicales que siguen ejerciendo hasta hoy la atracción de un alma, imantada en la hermosura misma de Jesús. Parece, pues, indudable que, bajo ciertos respectos, Teresita fue una criatura mimada. Pero no la juzguemos superficialmente a través del prisma de ciertos dones de naturaleza y de gracia, pues con este criterio nos exponemos a equivocarnos en la equitativa y razonada apreciación de otros elementos, cabalmente aquellos que constituyen en realidad el valor intrínseco de esta alma incomparable. No nos detengamos, pues, en algunos detalles tan hermosos como interesantes; mucho más que el estuche fino y precioso, estudiemos la perla, más preciosa aún; rompamos el vaso rico de alabastro, y con fe serena y viva ahondemos el abismo profundo de belleza sobrenatural de esta alma, tan gigante como humilde y pequeñita. Si, pues, en cierto sentido, Teresita recibió al nacer una dote poco común, y si con respecto a ciertos talentos, nació rica, no olvidemos que un sinnúmero de almas acá abajo, ¿qué digo?, muchas tal vez hoy día en el infierno, recibieron otro tanto y tal vez más. La santidad no debe avalorarse por la medida del amor que se recibe, cuanto por el amor que se da en retorno. Cuántos de los que vegetan entre nosotros recibieron tal vez la misma dote y algunos quizá *más crecida,* talentos, ¡ay!, en parte malgastados... Afirmemos, pues, sin vacilar, que Teresita no *nació santa,* se *hizo santa* por una fidelidad extraordinaria a la gracia y a los llamamientos de Jesús. *¡Quiso ser santa, se* propuso serlo, y en esta voluntad de seguir paso a paso a su Rey crucificado, fue varonil, inexorable, heroica! Es indudable que el cielo la destinó desde su cuna a grandes cosas y que tuvo sobre ella grandes designios. Pero dichos designios no la hicieron necesariamente lo que hoy admiramos en ella, no la hicieron santa. Cuán numerosas son las almas que han burlado y deshecho, por decirlo así, los planes de la Providencia. Si, pues, Teresita es hoy de hecho y de derecho "Santa" *fue porque quiso* ser fidelísima y lo fue. Desde sus primeros años, dócil a la gracia que la solicitaba, transformó, transfiguró lenta y profundamente su vida, mediante un inmenso espíritu de fe. Guiada por esta luz infalible, comprendió que debía *darse toda* para ser santa, y de hecho se dio sin reservas. ¿Queréis oírselo a ella misma? Escuchad con emoción esta frase que nos da tema para una y muchas meditaciones: "¡No recuerdo haber rehusado jamás cosa alguna a Jesús!" En síntesis: fe vivísima produciendo y des-arrollando una inmensa generosidad, generosidad a toda prueba, alimentando la llama del amor, y por él produciendo a diario una transformación maravillosa: tal es, a no dudarlo, la piedra fundamental del santuario místico de la santidad de Teresita, santidad tanto más sublime cuanto más sencilla. I-hagamos aquí una observación tan oportuna como interesante y bien fundada: el sistema fácil \- corriente de atribuir, en general, la santidad a un: nacimiento, digámoslo así, de origen «real, privilegiado», no sé qué Pentecostés milagroso que, a fuerza de prodigios, obligaría a los tales predestinados, en cierta manera, a ser santos, no es sino una desviación de la verdad, y con frecuencia el paliativo de un remordimiento. Según esto, el verdadero responsable de nuestra vulgaridad y pobreza sería el cielo que se mostró parsimonioso con nosotros. ¡Ah!, esta excusa se vuelve en contra del que la formula y lo acusa de no haber tenido el valor suficiente de darse total y sencillamente a Dios, de no haberse hecho la violencia que se hicieron todos los santos. En vez de alegar pobreza personal, seríamos más justos y sinceros si reconociéramos con humildad, no por cierto la parsimoniosa medida de los dones del Señor, pero sí la mezquindad, la vulgaridad de amor con que se los retornarnos... En realidad de verdad, *Dios* quiso que fuéramos santos, pero nosotros no osamos emprender la ascensión del Calvario a donde nos invita el Amado. «Venid a las bodas —dijo El mismo, dirigiéndose *a todos—;* venid, que todo está ya preparado.»

2° Quién adivinaría al través de los rasgos infantiles y de la dulcísima sonrisa de esta pequeñita toda un alma de guerrero, y ¡qué guerrero! Hija legítima de la incomparable mujer fuerte que fue la gran Teresa de Ávila, Teresita se revela en la siguiente plumada, tan ingenua como viril: «El Señor me ha hecho la gracia de no

temer la guerra.» Decidora frase. ¡Ah!, no fue ella ciertamente del número de aquellos candorosos que *imaginan* que los santos vivieron inmunes de tentación, que de la cuna al sepulcro fueron ángeles descendidos del cielo, ajenos a la refriega moral de este destierro. Inteligentísima, pero sobre todo iluminada por una luz divina, clarividente en grado sumo en las cuestiones del espíritu, jamás se engañó en punto tan capital, y esto desde su primera infancia. Por otra parte, la comprobación práctica de este principio le era sencillísima, pues no tenía sino estudiarse ella misma para saber, por experiencia personal, que el amor verdadero supone necesariamente una lucha sostenida de cada instante y de todos los días. La tierra fue para los santos como para nos-otros el campo de batalla, y el cielo, la recompensa de un combate heroico. Convencida de este principio inmutable, Teresita no se forjó la menor ilusión al abrazar con decisión y entusiasmo la carrera de los santos. De otra suerte, no hubiese tenido, ciertamente, el valor indomable de encerrar dentro del marco de acero del Carmelo su exquisita sensibilidad de niña, su naturaleza exuberante y ardorosa, rica de emociones, su corazón de fuego, ¡y esto a los quince años! Es, pues, evidente que, para lanzarse cuesta arriba por un camino semejante, y para lograr la victoria espléndida que hoy día le reconoce oficialmente la Iglesia, ha debido sostener, con admirable energía, una lucha a muerte con su naturaleza delicada e impetuosa. En buena lid, a brazo partido, luchando con las armas de la penitencia al servicio de un amor heroico, conquistó la palma tan anhelada de un martirio moral. La Iglesia canta y exalta una victoria comprada, ciertamente, al precio subidísimo de veinte siglos de combate. Ni lo pongamos en duda un solo instante, pues Teresita debía tener, sobre todo en los principios, sus defectos, y ella misma jamás pretendió encubrirlos o disimularlos. ¡Con qué espontaneidad humilde habla, por ejemplo, de lo que graciosamente llama «das deserciones» de su Noviciado! Pero todo ello no es ni una sombra que pueda empañar por un segundo el brillo esplendoroso de esta Estrella, mil veces no. Por el contrario, al razonar así, al reconocer que Santa Teresita fue una criatura mortal como nosotros, la sentimos tanto más cerca y asequible, tanto más «nuestra». De ahí que en las horas de tempestad, cuando luchamos y aun cuando caemos sorprendidos por el ene-migo y parcialmente vencidos, nos parece sentirla cerca, muy cerca de nosotros, como la vieron tantos soldados heridos en el campo de batalla, y entonces; inclinándose hasta nosotros como una verdadera hermana cariñosa, parece murmurar a nuestros oídos su palabra mágica, arrebatadora: *¡Confianza!* Permitidme recalcar esta palabra: *¡Confianza!* En ella encontró Teresita la fuerza misteriosa que le dio' paz y alegría en la lucha cotidiana. La confianza fue, a no dudarlo, el secreto de todas sus victorias. Pero una confianza ilimitada y robusta llevada hasta la audacia. Sólo así nos explicamos que en sólo nueve años de vida religiosa haya podido consumar aquella obra maestra que la Iglesia presenta hoy día a nuestras alabanzas y a nuestra imitación. El poder de su confianza nos da también la explicación de la «lluvia de rosas», verdadero diluvio de prodigios prometido por la portentosa Carmelita, diluvio de fuego que prueba clara-mente con cuánta liberalidad le han sido confiados los tesoros secretos y las misericordias del Corazón de Jesús. Pero esta palabra «confianza» debe convertirse para nosotros en un resorte secreto que levante bríos y energías y que robustezca una voluntad resuelta, animándonos a abandonarnos más, plena y perfectamente en el Amor Misericordioso de Jesús. Y esto no tanto a *pesar de nuestra indignidad y miseria*, sino más bien *a causa* de nuestra flaqueza y poquedad. Tal es, en efecto, la doctrina y el espíritu de esta irresistible sembradora de confianza en el amor.

3° Dios es siempre admirable en todos sus santos. Pero parece serlo más aún cuando saca maravillas de la nada, cuando con unas pajas de Belén prende luz en las estrellas, o cuando con un granito de arena despierta y conmueve el mundo moral de las almas. Y éste es cabal-mente el caso que estudiamos. Aun después de su Canonización, apoteosis oficial y popular, doblemente solemne y maravillosa, Santa Teresita del Niño Jesús queda y quedará para sus incontables admiradores «Teresita», como el mismo Santo Padre Pío XI la llama en su discurso oficial. En los altares, pues, *como* antaño en *el* hogar y en el Carmelo, continuará siendo *pequeñita* como el niño modelo del Evangelio. Parece evidente que el cielo la ha modelado bajo esta forma infantil, encanta-dora, para presentarla como el ideal alentador e imitable, no sólo de aquella pléyade de «almas pequeñitas>>, como ella las llamaba, sino también de todos: sacerdotes, almas consagradas y cristianos fervorosos en el mundo. Invita con insistencia a todos en seguimiento suyo por aquella senda de sencillez evangélica que es, junto con la llama de su amor, su característica por excelencia. Para penetraros de la importancia de esta virtud de sencillez tan grande como rara, leed y saboread la vida de Teresita y su magnífico compendio, hecho por el Papa Benedicto XV en su Breve sobre la Infancia Espiritual de nuestra Santa. ¡Ah! ¡El mundo es, sobre todo, tan poco sencillo, aun en su elemento cristiano y piadoso! De ahí que en un principio se sintiera extrañado, atónito aún, al oír ensalzar a esta pequeñita, tan llana y sencilla, tan infantil en la forma. Pero a poco, por aquel instinto propio de las multitudes cristianas, un enjambre y luego una muchedumbre de almas de todas las edades, nacionalidades y condiciones, comenzó a dejarse atraer por el perfume embriagador de esta «Rosa» que se había deshojado con tanta sencillez como alegría por la gloria de Jesús. ¡Y con acercarse

a ella, ¡oh!, cuántos iluminados por su sonrisa dieron con el Amador divino y se consagraron al Amor!... ¡Ah! Ése fue el único objeto y anhelo de su vida, hacer amar al Amor y a la verdad que lo está realizando en una forma estupenda. Poco antes de inclinarse sobre su tallo, esta Flor de cielo escribía: «Mi misión consiste en hacer amar a Dios como yo le amo.» Pero ¿cómo le amaba Teresita?... Y responde ella misma: «Con locura!» Sí, ese amor caldeó su corazón hasta consumirla toda entera, hasta reducirla, por decirlo así, a cenizas. Ese incendio de caridad la devoró a fuego lento, pero sencilla y misteriosamente, sin los deliquios y embriagueces sensibles del éxtasis, sin los arrebatos de visiones o raptos. Todo en ella fue llano, sencillísimo, absolutamente todo en lo exterior, pues su gran afán era que en su «Caminito» no hubiese sino los actos ordinarios, «a fin de que todo lo que yo hago —decía—, las almas pequeñitas puedan también hacerlo». Y qué gran sabiduría entraña esta humilde y grave afirmación, pues bien contados son los instantes que pasamos en el Tabor, si alguna vez rozamos esta cima. No, según Teresita, la santidad no consiste en cubrirse con ropaje de luz resplandeciente a los ojos de los hombres; la santidad es luz que debemos llevar por dentro para alimentar la llama de un amor, llamado a divinizar nuestras obras comunes, nuestras acciones cotidianas. ¿Qué digo? Desde el punto de vista sobrenatural, el único seguro, *nada es pequeño, nada insignificante.* Nuestra vida ordinaria y oscura de Nazaret, como la de Jesús y María, puede ser, en unión con ellos, santa, intensamente divina. Nos equivocamos, pues, grandemente cuando pensamos que el valor de un acto se aquilata por el acto mismo, según sea éste grande o pequeño. No, la medida exacta es la del amor, sólo la del amor con que se ejecuta un acto. Suponed el caso de un largo apostolado brillante y espléndido en la forma, pero realizado a los ojos de Dios con un amor mezquino y vulgar; dicho apostolado, en su mérito real y en su fecundidad efectiva, no puede compararse con el mérito y la fecundidad de un solo día de inmolación, ofrecida al Señor en el cáliz del corazón ardiente de Teresita. Su doctrina sobre este punto importantísimo se resume en este axioma de sana teología: *¡Todo es grande si el amor es grande!* De esta suerte, la vulgaridad aparente y la monotonía, con frecuencia abrumadora, de la vida cristiana, desaparecen por completo, dando lugar a otra no menos sencilla, pero celestial y fecunda y que, desde este destierro, tiene ya dejos de cielo sabores de eternidad. Sí, el título que instintivamente atrae en Teresita, que fascina y que nos arrastra hasta los brazos de Jesús, es aquel que el mundo entero ha colocado espontáneamente en su diadema: *¡Es la Santa del Amor! Y* la voz unánime que así la aclama no se ha equivocado, ni siquiera ha exagerado. Santa Teresita parece poseer, en efecto, todos los ardores y los ímpetus, la vehemencia, la tenacidad y la confianza de aquella amante del Evangelio, cuyo delirio de amor arrancó del Corazón de Jesús esta palabra soberana, que la canonizó al través de los siglos: *Dilexit multum!* « ¡Ha amado mucho!» Y tanto en la pureza como en los ardores de su caridad, ¡qué bien reproduce esta maravillosa Carmelita los grandes rasgos de la fisonomía moral de aquellos los «locos sublimes» de Asís, Francisco y Clara, que vivieron arrobados en la contemplación de un Dios, crucificado por amor! Más todavía: así como ambos conmovieron la sociedad frívola y glacial de su época y provocaron una reacción profunda, así también, en nuestros días, el alma seráfica de esta Reinita del Carmelo está revolucionando las almas, está provocando una verdadera conmoción moral... ¿Qué significa, en efecto, la emoción tan bien-hechora como profunda que despierta en todas partes esta Carmelita, canonizada sólo ayer? ¿Qué quiere decir aquella caravana incontable de peregrinos, que durante largos años se dio cita de rodillas, y conmovida hasta las lágrimas sobre la tumba de esta Flor, desconocida hasta el día de su muerte? ¡Y cosa inaudita, desconcertante, es ver cómo esa misma caravana, convertida en ola gigante, en marea humana, crece y avanza hasta descansar, como en plácida ribera, ante las reliquias de Teresita'... Allí se desahoga con cánticos, súplicas y lágrimas, que ella retribuye con una lección íntima y misteriosa de amor y con favores sin cuento (1). Hay algo más providencial todavía en la aparición de esta Estrella cabalmente en nuestros días, en esta hora gloriosa y solemne que se ha dado en llamar con razón la del «Reinado del Corazón de Jesús». Teresita se presenta, fulgurante, en el cielo de la Iglesia en el momento preciso en que una inmensa muchedumbre de almas, sedientas de amor, se precipitan hacia la fuente inagotable de aguas vivas que mana del costado abierto de Jesús. ¿Qué otra cosa, en realidad, es el «Reinado del Sagrado Corazón» sino el reinado de su Amor en la intimidad de las almas y en el seno de las familias?... Pero para resumir de una pincelada, en un solo rasgo, todo el espíritu de Teresita, bástenos decir que es el tipo acabado de la perfecta Carmelita. En efecto, todo en ella revela el alma gigante, el carácter entero y sencillo, la virtud varonil, la sensatez y el corazón estigma(1) He aquí algunas cifras que prueban la atracción misteriosa, irresistible, ejercitada por Santa Teresita del Niño Jesús. A la traslación de sus restos venerados del cementerio de Lisieux a la capilla del Carmelo, un mes antes de su glorificación, asistieron alrededor de 50.000 personas. La Basílica de San Pedro, en Roma, el día de su Beatificación, en mayo de 1923, contenía 60.000.Y al Triduo celebrado en Lisieux en agosto de ese año en su honor, acudieron 100.000 personas, tres Cardenales, 18 Arzobispos y Obispos y 900 Sacerdotes. La población de Lisieux es de 9.000 almas. Solamente bautizado del Águila de Ávila. Nada más sencillo y grandioso a la

vez, nada más conforme al Evangelio que la concepción del Carmelo, según Santa Teresa. Las dos notas dominantes en Nazaret y en Ávila son: sencillez de niño y caridad abrasadora. Esta última, una caridad seráfica, marca en Teresita un relieve de tal modo extraordinario y seductor que, al saborear su doctrina, nos sentimos tentados de repetir lo que muchos murmuraban en voz queda y conmovidos, al oír predicar a Francisco de Asís: « ¡Oh, cómo se parece... a Jesús!» 4.0 Una palabra más y he terminado. Aquellos que leen sin verdadero discernimiento-y son muchos-imaginaron, muy equivocadamente, que la vida de Santa Teresita del Niño Jesús no era sino un poema, y que, llena el alma de sensaciones y de armonías celestiales, había pasado su vida de Carmelita como un ruiseñor en la enramada, desahogando las divinas ternezas con que la embriagaba el Señor.¡ Cuántos fueron los que, a primera vista, creyeron que su vida se deslizó en un éxtasis sensible, colmada de favores extraordinarios) ¡Error completo! Para desengañarse basta leer con detención las siguientes confidencias, que dejan vislumbrar abismos de dolor que su corazón humilde y esforzado guardó velados: «Desde mis primeros pasos tropecé con más espinas que rosas... Jesús dormía constantemente en mi barquilla... No encuentro consuelo alguno ni del lado del cielo ni en el de la tierra... Mi alma ha experimentado toda clase de torturas..., he sufrido mucho aquí en la tierra.» Recordemos también que el día de su Profesión religiosa, Teresita llevaba escrita sobre el pecho esta súplica de amor heroico: «Jesús mío, otorgadme la gracia de que por Vos muera mártir. ¡Ah!, dadme el martirio del Corazón o del cuerpo. Más aún, Jesús: dadme el uno y el otro!» El Señor la escuchó benignamente y le concedió el doble martirio que tan ardorosamente anhelaba la dichosa heroína del Carmelo: Una sequedad desoladora, prolongada, y una noche fría y tenebrosa torturaron largos años su espíritu. Y entre tanto, una cruel enfermedad se ensañaba en su cuerpo delicado. Teresita fue aceptada, evidentemente, como Víctima del Amor Misericordioso, y en calidad de tal, fue, durante nueve años, un trigo escogido que Jesús mismo quiso moler y triturar, para formar con ella la «hostia» de plegaria; de silencio y de martirio que, en unión con la Víctima del altar, debió vivir muriendo por la gloria de Dios y la redención y la santificación de muchas almas. ¡Oh! Cuántas, en efecto, ha salvado y sigue redimiendo esta Carmelita, de quien el venerado e inmortal Pío X dijo un día. «Teresita es la gran santa y la gran misionera de los tiempos modernos.» Misionera, sí, y maravillosa, lo fue y sigue siéndolo. Pero no olvidemos que la fecundidad asombrosa que admiramos en esta Carmelita claustrada, que sus incontables conquistas en la santificación de los fervientes, como en la conversión de pecadores, son el fruto de una *inmolación* tan intensa como constante. Teresita está renovando, pues, las proezas apostólicas de Teresa de Ávila, de quien se ha dicho que, por sus oraciones y sacrificios, salvó tantas almas como Francisco Javier con sudores y predicaciones (1). Su doble martirio de espíritu y de cuerpo llenó hasta los bordes el cáliz de su alma apostólica con aquel océano insondable de gracias que derrama hoy, a manos llenas, sobre las almas y la Iglesia. ¡Oh, sí! Teresita perpetúa y consuma en el cielo la misión incoada como «Hostia de amor» acá en la tierra. Así y todo, me explico, en parte al menos, la equivocación sufrida por aquellos que, viéndola siempre sonriente y dispuesta siempre a cantar su paz y su dicha, imaginaron que su vida era más hermosa que profunda, más poética que sólida. No, su vida no se reduce a los gorjeos armoniosos de un ruiseñor enamorado. Pero (1) No hace mucho, un cierto número de dignatarios eclesiásticos de Roma lanzaron la idea de erigir una iglesia y un Seminario en Roma bajo el patrocinio de Santa Teresita del Niño Jesús, destinando dicha iglesia y dicho Seminario para formación de misioneros. Consultado al efecto el Papa Pío XI, Su Santidad respondió con el siguiente autógrafo: «Bendecimos de todo corazón un proyecto tan santo corno providencial y que corresponde a un propósito que acariciamos y que preocupaba nuestro espíritu en estos mismos días.» muchos en un principio pudieron pensarlo, y ¿sabéis por qué? Pues porque de la misma suerte que con inmenso amor y exquisita gracia supo cubrir con rosas las llagas de su Señor Crucificado, así también tuvo la habilidad divina de engañarnos, diría, cubriendo con las rosas y claveles de sus sonrisas las heridas ensangrentadas de su alma, las congojas y agonías de su corazón. Teresita tuvo el pudor de la belleza soberana de su martirio, ¡martirio de amor! Así las cosas, ella es, en efecto, un ruiseñor; pero un ruiseñor de Calvario, que un incendio de amor convertía lentamente en un Tabor de gloria para Jesús de Teresa y para Teresa de Jesús. *Sursum Gorda...!* Alto, muy alto, pues, los corazones! Recobrad una confianza ilimitada al contemplar esta visión de Paraíso, tan radiante como pura y apacible. Visión he dicho, sí, pues Santa Teresita reproduce en forma admirable tanto la infancia del Señor, con todos sus encantos, como la Víctima sangrienta del Calvario con sus graves enseñanzas. Pero en una y otra etapa, ella marca lo que marcó Jesús Niño y Jesús Crucificado: la doctrina de sencillez y de misericordia, que reclama e inspira confianza, y la doctrina de amor, que exige amor en pago, y ¡amor inmenso! ¡Oh! Qué bien sienta esta predicación evangélica en nuestra época tan exagerada en su espíritu a la moderna, espíritu tan disolvente y peligroso al preconizar con febril exaltación los pretendidos derechos de la sabiduría y de los cálculos humanos. Y ¡con qué facilidad se desliza un criterio demasiado naturalista, aun en los mejores elementos cristianos, inficionándolos, cortándoles el vuelo hacia regiones

superiores! Por otra parte, la sociedad, piadosa a su vez, se encuentra con frecuencia un tanto desorientada y vacilante ante un fárrago de teorías, buenas en sí, pero que no puede siempre ni discernir ni menos aplicar a la vida práctica, corriente. Así, por ejemplo, ¡qué de sistemas complicados sobre espiritualidad, pero no siempre en ellos la bastante sencillez y profundidad en el amor; tantos métodos teóricos para la oración y la vida interior, pero no la bastante sencillez en lo relativo al espíritu de fe, aplicado a la vida cotidiana; tantas escuelas sobre perfección y santidad, pero no la bastante insistencia sobre la hermosura y fecundidad de la vida oculta! ¡Qué no se ha escrito sobre prodigios y milagros que provocan la curiosidad con-siguiente, pero que no intensifican muchos los deseos de una vida más hondamente cristiana, más sencilla y abnegada en el hogar! Como consecuencia natural de estas deficiencias entre gente piadosa, un ardor artificial, momentáneo, por ciertas penitencias corporales, frecuentemente consideradas, más que como un simple medio, como un objetivo, pero no la bastante generosidad en el sacrificio exigido por las imposiciones penosas y los deberes del estado de la vida diaria. En fin, qué de *devociones,* pero no siempre la *devoción capital* por excelencia, el alma de todas las demás: un corazón humilde, consumido por la caridad, un amor fuerte, más que la muerte, sencillo como e] Evangelio de Jesús y como el Jesús del Evangelio. Por esos caminos desviados se despilfarran muchos tesoros, se inutilizan tantas energías, pues en ellos se pierde de vista, en parte al menos, la respuesta categórica del Salvador con respecto a quién sería el mayor en el reino de los cielos. Y Jesús, tomando a un niño entre sus brazos divinos, y acariciándole con ternura, dijo: «Aquel que sea el más pequeño entre vosotros, ése será el más grande.» Y en otra circunstancia análoga, interrogado por un Doctor de la ley «cuál era el primer mandamiento», Jesús le respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Éste es el primer manda-miento.» ¡Oh! Qué consolador es meditar una plegaria sublime del Salvador y que la Iglesia parece repetir como lección divina ante las multitudes que se agolpan alrededor de las reliquias venerandas de Santa Teresita. «Te doy gracias, ¡oh, Padre!, porque has escondido todas estas cosas a los grandes y a los sabios del siglo y las has revelado a los pequeños...», a esta pequeñita. ¡Cuánto mejor que muchos otros, Teresita comprendió y realizó estas enseñanzas divinas! De ahí que toda su ambición hoy día consista en conducirnos por su «Caminito» de manera segura, práctica y profunda, *sin desviaciones,* hacia un Dios que se encuentra siempre tan asequible y al alcance de todos, tan sencillo, tan humilde y amoroso en la Cuna de Belén, en la penumbra de Nazaret, en el Altar... y más, tan nuestro en nuestro propio corazón. ¡Ah!, pero cuando se le ha encontrado y comprendido de veras como Teresita, entonces, como Ella, es fuerza amarle hasta morir... y hasta morir de amor: Sigamos dócil y confiadamente la Estrella rutilante de esta Epifanía, siempre antigua v siempre nueva, que así poseeremos, aun antes que llegue el día de luz eterna e inmarcesible, un Dios-Emmanuel, un Dios-Hermano y Amigo, cuyo Corazón es, a la vez que *el* Camino, la *Fuente* inagotable de la verdadera santidad.

INMOLACIÓN DE AMOR

« ¿Podéis beber mi cáliz?» (1). «Quien quiera venir en pos de Mí, tome su cruz... y sígame» (2). Nosotros, los apóstoles del Sagrado Corazón, no podemos, no debemos pertenecer a la casta de los poetas y románticos que cantan el amor divino, y lo cantan muy hermosamente, pero... ¡ay!, no lo viven. Amor sincero el nuestro, debe ser amor, no de lirismo, sino de obra, y más: debe ser amor de sacrificio. *¿En qué consiste esta inmolación?* Ante todo, en la observancia fiel, exacta de la ley, «pues quien observa mis mandamientos, ése es el que me ama» (3). Y, desde luego, esta observancia fiel, escrupulosa de la ley, esta fidelidad a todo lo presente, tanto en lo grande como en lo pequeño, supone ya necesariamente el primer grado obligatorio de sacrificio.

(1) Marc., X, 38. (2) Marc., VIII, 34. (3) Juan, XIV, 21.

Esos mil detalles, esas incalculables menudencias o naderías, como impropiamente las llamamos, constituyen, a la verdad, el más práctico, y casi iba a decir el más rudo de los cilicios. Si no somos santos en la vida cotidiana, ordinaria, no es, por cierto, que nos falte ocasión de hacer penitencia, sino el amor que da valor y mérito y fecundidad a la penitencia diaria, inevitable. Si no os lo permiten, si la salud se opone, no busquéis cilicios de crin ni de puntas aceradas. Pero si habéis de ser santos, *aceptad el cilicio de la vida, tal como el Señor os lo ha tejido:* irás áspero que si fuera de crin, más punzante que si fuera de alambre; *pero llevadlo con amor verdadero.* Hay tres amores que en el fondo no constituyen sino uno solo: Amor de Eucaristía, Amor de Cruz y Amor de Almas. No los podéis separar, ni podéis tener el uno y desechar los otros. Y cabalmente porque predico el Amor del Corazón de Jesús a los que han de ser sus apóstoles debo necesariamente predicar el sacrificio, pues ambas ideas están tan íntimamente ligadas como el sol y la luz. De ahí que no se puede amar sin sufrir..., ni sufrir, con fecundidad y gloria, sin amar. Arao la Cruz a causa del Crucificado que adoro, ¡pero amo al Crucificado Jesús en el trono de su Cruz! Él selló con nosotros un pacto de amor eterno con sangre

divina; a nuestra vez debemos sellar también con sangre el pacto de amistad y el compromiso de apostolado, nuestros dos títulos de gloria. «Yo soy harina de Cristo —decía el mártir San Ignacio—. Es preciso que sea triturado por los dientes de los leones para que pueda convertirme en pan digno de Dios.» Tal es, en el fondo, nuestra vocación en relación con la gloria y el Reinado del Corazón de Jesús: ser con Él y como *amoris víctima,* «víctima de amor». No tenéis sino tomar la vida tal como el Señor os la presenta, ni más ni menos; ahí está el «triturarse para ser harina santa y volverse hostia». Y si sentís hambre de más inmolación, si *con la fidelidad a la cruz cotidiana* tenéis la fortuna de sentir por gracia del Señor que se va desarrollando en vosotros el verdadero espíritu de inmolación, ¡oh!, entonces, creedme, el amor divino es ingenioso, y con él encontraréis o inventaréis mil y mi ocasiones de morir a fuego lento para probar vuestro amor, y para ser fecundos en vuestra vocación de sembrar amor. Así y todo, no dudéis, apóstoles fervorosos, que la mejor de las cruces, la más segura, la más divina es siempre *aquella que Jesús manda sin consultarnos.* Ahondad en esta creencia de los santos, y especialmente de los santos formados en el molde de Nazaret. Adorad, bendecid, cantad al Señor en las contrariedades y amarguras que vienen directamente de su mano. Dominando la repulsión de la naturaleza, decid con el corazón en los labios *fiat, y más, Magnificat* . «Quiero darte mi Corazón —decía Jesús a Margarita María—; pero es preciso que, ante todo, te me entregues como víctima de inmolación» (1) ¿Oís? Para que os dé su Corazón y, en consecuencia, para que lo deis a las almas, exige Jesús que os constituyáis, ante todo, en calidad de víctimas voluntarias de su amor. Pero ¿en qué, cómo y cuándo? Pues en las disposiciones sabias y misericordiosas de su Providencia con relación a nuestras almas e intereses y familia, dejándole a Él en plena libertad de cortar y quemar y destruir como Soberano absoluto, pero Soberano de amor y de amor crucificado. No temáis... ¿Por qué temer? ¿Es Él un tirano?... ¿Ignora Él hasta qué punto podernos subir la cuesta del Calvario con una o con tres cruces?... ¿Está enterado É1 de lo que falta, de lo que sobra y de lo que ocurre en el hogar? ¿No es, a la vez que sapientísimo, justísimo y dulcísimo porque es Jesús? Pero no hay duda: el hecho de no elegir nuestra cruz nos la hace más cruz. Esto debido no a la cruz misma —que la del Señor sería seguramente más soportable y hermosa que la que nosotros nos fabricamos—, sino por culpa de nuestra naturaleza antojadiza y veleidosa, aun en el camino de la santidad.

(1) *Vida y obras, t. II, pág.* 84.

Por ejemplo, la cruz de nuestro carácter es indudablemente y con frecuencia una de las mayores cruces. Ha querido el Señor que seamos nosotros nuestra propia cruz, y ésta no se la cambia de un día para otro, ni se la deja en la cómoda estando de viaje o en público, y nos presenta batalla dondequiera, y nos humilla a cada paso. Cruz de nuestros defectos y miserias con las cuales nos purifica y levanta. «Hija mía —le decía el Señor a una Religiosa—, Yo gozo inmensamente al ver con qué generosidad te esfuerzas en corregirte, pero te dejo Yo mismo el cilicio de tus defectos para santificarte con él... Jamás sabrás tú, acá abajo, cuándo te has corregido del todo, ni a qué grado de perfección has llegado con esta lucha constante>> (1). Y a otra: «Yo estoy edificando el santuario sólido de mi amor sobre tus aparentes fracasos, que tanto te humillan, y sobre las ruinas de tu amor propio» (2). Pero ¡qué!, si nuestra misma impotencia es nuestra potencia de gracia y nos ayuda maravillosamente a santificarnos al decir de San Pablo (3). « ¡Yo haré de ti una santa —decía Jesús a un alma—; pero te haré santa sirviéndome de tu *impotencia,* con tal que me ames mucho!» ¡Ah! Y ¿qué decir de nuestros propósitos, de nuestros sueños dorados, que Él disipa como el humo? Qué de veces acariciamos un proyecto que creemos ha de ser para gloria suya... y Él tiene otro para gloria nuestra.

(1) *Vida y obras.* (2) *Vida d obras.* (3) *Rom., V,* 20.

¡Cómo duele entonces contemplar las ruinas de lo que creímos y tal vez fue de veras un proyecto santo! ¡Más santas, más gloriosas, más fecundas son las ruinas, cuando las aceptamos con amor de inmolación! «Déjame a Mí..., no me ates con tus caprichos las manos, dice Jesús, no me traces el camino, ni el tuyo, ni el mío, porque el Camino soy Yo, ¿Quieres realmente que reine? Pues entonces déjame mandar y resolver, y no temas, pues soy el Amor... ¿Quieres ser fecunda y feliz? Dame entonces el timón, confíamelo, pero no reclames luego si Yo arreglo y desarreglo tus planes y tu vida.» ¿Cuál debe ser, apóstoles del Sagrado Corazón, vuestra respuesta? *«Fiat, Magnificat! . . . Y* en adelante, no consultes, Jesús, ni des ocasión de elegir a estos ciegos... Di, habla, manda, ¡sé Rey absoluto!» Inútil añadir que, si se vive este lenguaje, hay penitencia sobrada, riquísima, para toda la vida. ¡En la misma vida espiritual solemos mezclar un vino óptimo con el agua turbia de nuestros antojos y no permitimos al Señor, sin previa protesta, el que desarregle nuestros planecitos de santidad! Así, Santa Teresa prepara una tarde todo un arsenal de penitencia, pues se propone al día siguiente comenzar una novena de austeridades por una intención importante. Pero, cabalmente, a la mañana siguiente no puede levantarse, cogida por una fuerte calentura. Con su habitual confianza y familiaridad le dice entonces al Señor: « ¿No sabías que hoy debía comenzar mi novena de penitencia?... Pues ¿por qué no aguardaste a que terminara para mandarme la fiebre que me abrasa?» Y Jesús contestó: “¡Harás la novena de calentura, pues

serás santa a mi manera, no a la tuya!" Felices las almas que saben alimentarse de verdad, que temen las ilusiones en las cosas santas y que saben ver y aceptar en la vida ordinaria «el cilicio de Jesús y su disciplina». Desmenuzad bien esta idea: si la penitencia es absolutamente indispensable para salvarse y, sobre todo, para ser santo; si no ha habido ni habrá jamás un solo santo sino mediante la penitencia, ¿cómo es entonces que tantas y tantas de las mejores almas, de aquellas que se proponen muy sinceramente vivir de fervor y tender a la santidad, se encuentran, por voluntad del cielo, imposibilitadas para ayunar, velar, llevar cilicio, darse la disciplina, dormir en el suelo, mezclar hierbas amargas en el alimento, etcétera? ¿Será, por ventura, la primera vez que se contradice el Amo divino, pidiendo volar y cortando las alas? ¿O habrá, tal vez, otras penitencias y austeridades que no sean las enumeradas? Esto segundo es la verdad, ya que en las leyes divinas no hay contradicción. Si, ¡oh!, sí; hay mil y mil tremendas austeridades fuera de las que, en general, son consideradas como el tipo clásico de la penitencia. Hay algo superior al ayuno, y' al cilicio, y a la disciplina, y a todos los rigores inventados santamente por los santos. La penitencia más divina y más penitencia; la austeridad más divina y más austera, en el convento y en el mundo; es el dolor físico y la pena moral que el Señor nos manda, con sabiduría y misericordia; para santificarnos. Y son la enfermedad, los duelos, las inclemencias del clima y las asperezas del trabajo, de una ocupación,' el látigo de la contradicción y la amargura física y moral de falta de recursos... ¡Y por este estilo, cien cilicios diferentes por día y a las veces por hora! Cuánta gente fervorosa que anhela ser santa, y por otra parte delicadísima de salud, y que por deber de estado, y por obediencia, no puede ni debe ayunar, debe dormir más de lo ordinario, debe abrigarse y cuidar su salud. Y esto por razón de justicia, de caridad y de obediencia. Y entonces, que, ¿esa alma está exenta del deber de penitencia?.... 0 bien, no pudiendo hacerla, ¿deberá renunciar al ideal de llegar a la cumbre? Que acepte con sumisión de fe, que abrace con paz y amor su quebranto de salud, sus dolores y hasta el fastidio y la humillación de cuidados, de médico y medicinas. ¡Que vea en todo este plan, un plan de inmolación, *en las manos de Jesús* y como Él lo manda, y será *gran penitente, y será gran santa!* Al hacer esta afirmación damos aire puro, oxigenado a tantos corazones desorientados, turbados y que no han sabido ver en la ley de penitencia sino aquello que suena a chasquido de látigo, o aquello que pica con el escozor de un cilicio. Y son legión - hablamos de los fervorosos— los que no pueden ni deben hacer, en grande escala al menos, la vida austera que desearían. Una enfermedad dolorosísima y a las veces humillante, es una penitencia muda y sería gloriosa y sería fecunda... *¡con amor!* No nos faltan cilicios ni a los sanos ni a los enfermos: lo que nos falta es amor. Un enfermo de enfermedad crónica, digamos de artritismo o reumatismo agudo incurable, puede ser, en realidad, un penitente tanto y más que un cartujo. Y una mujer que, en su hogar, tiene clavadas en el corazón las siete espadas de María, y que sabe bendecir, y hasta sonreír, y hasta cantar su martirio, es penitente y es mártir en grado sublime, es una maravilla de gracia. ¡Cómo levanta el espíritu, esta doctrina tan luminosa como sólida, y que yo no invento, líbreme Dios de semejante audacia—, doctrina que es esencialmente la del Corazón de Jesús! Y si pasamos a las criaturas... ¡qué de amarguras! Éstas no son con nosotros miel y ambrosía, y así lo permite el Señor porque, con frecuencia, somos a nuestra vez hiel y vinagre para sus labios divinos. ¡Haced penitencia, sufrid amando! Y aquel sentir la soledad del alma, aquel sufrir de incomprensión..., aquel llorar para dentro tantas lágrimas, cabalmente las más amargas; aquel no poder desahogarse, no tener a quien abrir el alma y tender la mano. ¡Haced penitencia, sufrid amando! ¡Y la tortura de la tentación, la flagelación y la vergüenza de la rebelión de los sentidos, el azote que es encontrar en todo un incentivo al mal, no por culpa de los de fuera, sino por miseria propia!... Recordemos en esa hora penosísima la respuesta del Señor a San Pablo: «Te basta mi gracia» (1). ¡Haced penitencia, sufrid amando! Y los calvarios del hogar querido: penas, muertes, quebrantos de fortuna, decepciones, duelos cruelísimos. Jesús, que hubiera podido ahorrar a su Madre todas sus lágrimas, quiso hacerle llorar, para hacerla más hermosa y fecunda. ¡Penitencia, llorad amando! ¡Oh, cómo se engañan quienes toman las cruces del hogar, ante todo y sobre todo, corno un flagelo, y no como prueba! Ahí está María dolorosa, bendita entre todas las criaturas y la más lastimada y mártir, no en castigo, sino por vocación de gloria y de apostolado. En el hogar, sobre todo en el hogar cristiano, habrá que formar almas fuertes, corazones robustos que comprendan íntegra la doctrina del Corazón de Jesús, *la doctrina del dolor*, que santifica y que redime. Reaccionemos contra esa educación de terciopelo o de alfeñique, contra esa formación artificial y ridícula, que hace del sufrimiento un objeto de horror... Tal no es el sentido de la Cruz en el orden divino, cristiano.

(1) 2.a Cor., X I I , 9.

Ved, si no, cuánta gente que parece y se cree piadosa, vedla cómo huye con espanto de una gota de hiel y de un alfilerazo. Gente ilusa que pretende, sin embargo, amar mucho, pero cuyas oraciones, al decir de Santa Teresa, se reducen a esta jaculatoria: «¡De tu Cruz y de mis cruces, líbrame, Señor!» Por felicidad no faltan quienes sepan admirar y aun repetir con el Corazón en los labios y con argumento de sangre, aquello de Santa

Teresa: sufrir o morir», aquello de Santa Magdalena de Pazzis: «Sufrir y no morir.» En obsequio a la verdad, debo decir que la escuela del Sagrado Corazón está formando una legión numerosa de este temple. Al decir de Huby, «si los amadores de la Cruz pegaron los labios con pasión de amor en las llagas de Cristo, y amaron esas llagas y las buscaron con amor..., los amadores del Corazón de Jesús fueron más allá: penetraron por la herida del Costado, hasta la agonía interna del Divino Crucificado, y aprendieron en ese santuario de sangre, la gloria dé la inmolación interior y el goce en la amargura y agonía del espíritu.» «Nadie, dice ese autor, nadie formó almas más heroicas en el amor, como las que se formaron en el yunque de la herida del Costado y en la hoguera del Corazón de Cristo.» Antes de terminar, todavía .una breve explicación de esta *penitencia* de la vida. Concretar, o poco menos, la austeridad al ayuno y a ciertas prácticas de rigor corporal en sí muy laudables, es mucho limitar y restringir la gran idea de penitencia. Quien pueda emplear este sistema, que el Señor se lo bendiga *ya* que tal es, seguramente, el espíritu de la Ig1esia, por ejemplo, con respecto al ayuno eclesiástico. Más aún: quien en una vocación especial, digamos la de una Trapa, quiere y puede conforme a obediencia, ir más allá de lo prescrito y extremar dichos rigores, muy bien y adelante! Pero el caso del ochenta por ciento de las criaturas no es ése, iba a decir por desgracia, y no lo digo porque, por voluntad providencial y no por voluntad propia, se encuentran en situación de imposibilidad física y moral de vestir esos silicios. Y, sin embargo, hay que predicar e insistir *oportune et importune (1)* en la ley de penitencia; pero ¿cuál? La que Dios impone a diario a ricos y a pobres. De otra suerte, se podría hacer, y con razón, la absurda reflexión que me hizo una vez una persona, y que no era una cualquiera: «Padre, he renunciado hace tiempo al deseo de ser santa..., ello no es para mi, es enteramente imposible!» Y como extrañado le pregunto el porqué, me responde: *«No tengo salud* para hacer las penitencias que dicen deben hacer los que han de ser santos.» Como si dijera: «No tengo salud para ser santa.» ¿Veis la aberración? Qué revelación fue para ella el saber que, más que todas las austeridades, sus tres o cuatro enfermedades crónicas penosísimas, pero sobrellevadas con gran espíritu de fe y con inmenso amor, valían, por cierto, mucho más que todo lo que se hace par iniciativa personal.

(1) 2.a Timot., IV, 2.

Esto, que, leído y razonado así, parece tan obvio y natural, no lo es para muchas almas, porque no se ha insistido bastante en el espíritu de penitencia, *de esta penitencia.* Y sobre todo, no se ha apoyado y recalcado lo bastante que, mucho más que las puntas de fuego es «el amor» el que da fecundidad y gloria a la austeridad, cualquiera que ésta sea. Apóstoles del Corazón de Jesús, oíd lo que dice, al respecto, el Maestro a Margarita María: «Recibe, hija mía, la cruz *que Yo mismo te doy y planto en tu corazón,* para que la tengas siempre ante los ojos, y la lleves entre los brazos de tus más caros afectos... Llevarla entre los brazos quiere decir abrazarla animosamente cada vez que se presente como la prenda más preciosa de mi amor» (1). ¡Ay! ¡Cuántos amigos del Rey no la abrazan, la arrastran quejumbrosos, sin amor! ¡Qué lástima, ya que con murmurar y quejarse ni se libran de ella, ni la aligeran; por el contrario, la cruz que se arrastra nos aplasta, y la que se abraza se convierte en alas que levantan! Santa Magdalena de Pazzis, besando, ebria de dicha, los muros de su celda, decía, hablando como una loca:

(1) *Vida y obras, 1.I, págs.* 115 *y* 116.

—¡Me has engarfiado, Jesús; sí, me has engarfiado, Jesús!... El Señor se le presenta, y, sonriendo, le dice: — Hija, ¿qué dices?, ¿en qué te he engañado? Ella entonces, cobrando más bríos, y arrojándose a sus pies, le dice: — Sí, Jesús mío, quiero acusarte, me has engañado, óyeme: al ¿dejar el mundo, mi confesor y mi familia me hablaron de cruces, de Calvario, de Getsemaní, de muerte por inmolación..., y todo ello no ha resultado enteramente cierto. —¿Cómo -dice Jesús—, de manera que no has encontrado ni cruz ni cáliz en mi servicio? —¡Ah!, sí -responde la santa—, ¡mil veces sí!... ¡Pero no se me había dicho lo bastante que en ese cáliz y esa cruz estarías siempre Tú, el Amado, y *contigo el* dolor es una delicia, y la muerte es la vida! Rebaño pequeñito de sus amores, no deis jamás motivo de crítica a aquellos que dicen que el amor del Sagrado Corazón es una devocioncilla dulzona y romántica. Por el contrario, probad que nadie mejor que un amigo y que un apóstol del Rey de Amor sabe vivir y cantar en la parrilla de la inmolación. No envidiéis al Serafín de Asís por los estigmas de su cuerpo: llevadlos por dentro, sangrientos, y que ellos sean fuente de vida en vuestras almas. Y como lo veremos más adelante, hablando de apostolado, recordad siempre que este Rey reinará digno *(1).* «Desde su Cruz», crucificado É1 con vosotros, y vosotros crucificados con Él. Entonces lo atraeréis todo a su Corazón.

(1) Juan, XII, 32.

¡Oh! ¡No pertenezcáis jamás a la categoría numerosísima de los que pretenden seguir al Maestro, pero sólo hasta la fracción del pan... v no hasta beber de su cáliz y hasta morir con El, «crucificado en su misma Cruz»! En lazada estrecha, eterna, conservemos unidos estos tres grandes amores: **¡Amor de Eucaristía! ¡Amor de las almas! ¡ Amor de inmolación!** *(Apuntes de Sept-Fans u Paray.)*

JESÚS EN EL EVANGELIO

«Christus herí» (1). **«Inveni Cor Fratris...»** (S. Buenaventura.) Conocéis a Jesucristo tal como se presenta y se revela Él mismo en el Evangelio? Lástima grande que sean tan numerosos los cristianos que desconocen, en parte al menos, a este Señor. Este es el gran pecado de nuestra época: no conocer a Jesucristo, conocerle muy superficialmente. No nos referirnos aquí principalmente a los desdichados incrédulos; éstos niegan su divinidad, y como para hacer gala de cierta anchura e imparcialidad de criterio, le perdonan la vida y le llaman un superhombre!)> Recemos por estos infelices, los únicos realmente desgraciados...

(1) Hebr., XIII, S.

En cuanto a la mayoría de los cristianos fieles, éstos aceptan, por cierto, su divinidad, pero no han ahondado lo bastante en el Verbo humanado, no estudian al Dios-Hombre que se llama Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, Hermano nuestro en todo, menos en el pecado... Los más de los creyentes, le miran a mucha distancia enteramente ajeno a nuestra vida, tan por encima de nosotros y de todo lo nuestro, que parecen suprimir una Encarnación, que *nos lo dio y nos lo sigue dando* como el Dios-Hombre, *Hermano...* Porque, sabedlo: la Encarnación no es únicamente el hecho histórico, narrado en el Evangelio y realizado hace veinte siglos, ¡no! La Encarnación es y seguirá siendo una realidad permanente y viva: Cristo-Jesús, Hijo de María, *hoy como ayer*. Solemos forjarnos, por desgracia, un Jesús tan cambiado y disfrazado, que ya no es Jesús, y creo que la Inmaculada misma tendría que hacer esfuerzos para reconocerlo como su Hijo auténtico. Aquel Jesús que parece vivir exclusivamente, allá por encima de nubes y de estrellas, tan fuera del alcance de los humanos, tan despreocupado de todo aquello que llevó amasado con su Humanidad santísima, dolores, afanes y penas; ese Jesús que, al glorificar su cuerpo y al llevárselo el día de la Ascensión, parece haber suprimido radicalmente la tierra en que nació, y en la que parece dejar ir al garete a sus hermanos; ese Jesús, repito, no es el del Evangelio, no es Jesús auténtico. «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nos-otros (1) y se quedó entre nosotros, *non reliquam vos orphanos» (2). «Y* estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos» (3). Esto principalmente por la Eucaristía y de mil otras maneras misteriosas y maravillosas, conviviendo toda nuestra vida. Sí, se hizo carne, semejante a nosotros en todo, menos en el pecado (4). «Apareció el Señor bajo la forma de la benignidad, haciéndose como uno de los nuestros para atraernos a todos (5) a su Corazón.» Es, pues, un derecho nuestro acercarnos a Él y, abrazándole como los pastorcitos, llamarle *"¡Hermano!" O feliz culpa*, canta la Iglesia el Sábado Santo, ¡dichosa culpa que nos mereció tanto honor y este consuelo de consuelos, haber entrado en el linaje y en la familia misma del Verbo! Yo jamás por jamás hubiera podido ni debido soñar el subir hasta su trono, y sentarme a su lado, y después, adorándole a dos rodillas, llamarle, con amor y con verdad, ¡Hermano mío!... Pero Él, que lo quiso, lo podía y lo hizo, descendiendo hasta mí y bajando, en la escala social, hasta el último peldaño, para otorgar el mismo derecho de fraternidad a todos, de Rey a esclavo. Helo ahí pobre, pequeño, débil, impotente, en la cuna pajiza; helo ahí revestido con la lepra de nuestra naturaleza desgraciada... Si exceptuamos el pecado mismo, casi nos atreveríamos a llamarle Hermano gemelo, tan semejantes somos en todo, ¡absolutamente en todo! Veámoslo.

(1) Juan, I, 14. (2) Juan, XIV, 18. (3) Mat., XXVIII, 20. (4) Hebr., IV, 15. (5) Tito, III, 4.

Dios-Hermano en debilidad e impotencia

Sin la Encarnación hubiera sido blasfemia hablarle al Señor en estos términos. ¡Mira cuánto nos parecemos: yo tengo grandes debilidades y Tú también, yo llevo en mi naturaleza humana un abismo de impotencia y Tú también desde el 25 de marzo!» Ved qué debilidad e impotencia en el seno de María, donde físicamente, en cuanto criatura, vive de su Madre, Él, ¡el Creador de María!... Y en la primera Navidad, ¡oh!, qué hermoso le contemplo, nacido sobre pajas, entre anima-les, pequeñito, con la lengua atada, con los miembrecitos frágiles y torpes como todos nosotros. Maravilla conmovedora que Él se condenara voluntariamente a esos pañales, a esas ligaduras que le obligaron a reclamar, con idioma de lágrimas, la ayuda de María...!Oh!, qué delicioso está ese Dios, pegados los labios al pecho virginal de la Inmaculada, tiene hambre... Y tan pequeñito es, que otro alimento no sentaría al cuerpecito del Nene adorable... Él es el gigante de los cielos (1) por quien todo vive..., y vedle: ensayando los primeros pasos vacilantes, camina bamboleando de los brazos de la Virgen a las manos de San José, Hermanito adorable, oídle cuando comienza a desatarse su lengua, y El, el Verbo, comienza a pronunciar las primeras palabras: «Madre…María», ¡y esto entre sonrisas que recordará la Virgen-Madre por los siglos de los siglos!

(1) Ps. XVIII, 26.

¿Queréis todavía una prueba de la impotencia a que se ha condenado por amor? Herodes trama en contra del Niño, quiere matarle, y ese Niño, Dios de las batallas, debe huir en brazos de su Madre, defendido por el Carpintero José, debe huir, ¡qué colmo! De regreso a Nazaret debe aprender un oficio. Y digo *debe*, porque

ya que no quiere desplegar fuerzas, ni luces milagrosas, estará obligado a preguntar, y a recibir correcciones; y al cabo de un mes hará mejor la tarea de cortar, aserrar y combinar trozos de madera... Ganará su jornal con el sudor de su frente. Y me imagino —habiendo querido ser Él como todos - , que más de una vez el patrón que le ordenó hacer, digamos una rueda de carreta, no quedó tal vez satisfecho, ¡y regateó algunas monedas al «Carpintero» Jesús! «¿Ni qué podremos decir, Jesús, de las penalidades, de la pobreza, que no hayas conocido Tú por experiencia, Pobre divino? Tuviste hambre y frío y necesidades... Y hubiste de soportar, lo que es propio del obrero humilde, el desdén natural de los que pasaban y repasaban delante del taller, considerándote a Ti; Rey de reyes, un cualquiera..., ¡y menos tal vez! .Tal eras, para tus compatriotas, ni culto, ni letrado, ni tenías, pues, más derecho que un hijo de vecino de una aldea!...» ¡Qué hermoso, qué sublime, qué admirable, Jesús, te me apareces en esas tardes sofocantes de Nazareth, apurando tu trabajo, para que no falte un pan y algo más, poco más, en la mesa frugal de José, ya gastado, y de María, la Reina de tu Corazón!...» «Estás sudoroso, tienes el rostro encendido, has trabajado desde muy de mañana, estás *cansado...;* pero hay que terminar la faena, debes entregarla esa misma tarde. Los ángeles hubieran podido prestarte una mano caritativa, pero, ¡no!, eso no hubiera sido lo normal de nuestra vida, y te has condenado a vivirla toda, sin rehuir una gota de sudor ni una sola de nuestras flaquezas...» Por eso, ya hombre, conserva, como es propio de nuestra naturaleza, aquella relativa debilidad característica de nuestro barro. Vedle cómo, vencido por la fatiga, duerme en la barca de Pedro, y duerme tan profundamente, que deben sacudirle para despertarle... Vedle, rendido por el camino y el calor, sentado en el brocal del pozo de Jacob. Pide agua a la Samaritana, tiene sed... de agua, y sed de esa alma. ¡Cuánto camino recorrió bajo el sol abrasador de Palestina, cuánto polvo recogió en sus vestiduras y sandalias al ir en busca de ovejitas suyas que hubiera podido hacer venir con un prodigio y curar con otro! Pero ¡no!... ¡Es preciso hacer leguas a pie, salvar las distancias caminando por senderos abruptos, rocallosos, durmiendo como las raposas — ¡perdóname, Señor!— en madrigueras y cuevas de animales!... Pero ¿qué es este cúmulo de flaquezas y miserias naturales, comparado con el de la Vía Dolorosa y el del Calvario? Le besa el infame traidor, y le prenden, le atan como a un ladrón, le arrastran maniatado ante sus jueces... Y aquella noche espantosa y sublime, en calabozo que le recordaremos en el cielo, recibe la befa, los salivazos, el ultraje salvaje, la corona de espinas... ¡Y Él calla y llora sangre, y es el Juez de vivos y muertos! Maleo le abofetea, Herodes le afrenta; la chusma, ebria de cólera y de vino, se lo disputa como una bestia que es preciso moler a palos, y que se goza y enardece al hacerle nuevas heridas. ¡Y El calla y llora sangre! Al subir al Gólgota cae, no puede con tanto peso; hay que llamar al Cirineo y, así y todo, vuelve a caer... Por fin, ahí está, atado en su trono, enclavado en él con fiereza, levantado en alto y agonizante... La sed le abrasa; exangüe de sangre, siente en las venas una fiebre más devoradora que el fuego... Pide agua y amor... ¡Le dan hiel, vinagre y ultraje¡... ¡Y muere! ¡Está ahí colgado, inerte; es ya un *cadáver Él, sí; Él,* que es la inmortalidad y el cielo! Y envuelto en un sudario, es enterrado: *¡Dios y cadáver!* Suprema impotencia, humillación suprema... «¡Te adoro, la frente en el polvo, con adoración de amor, Dios-Hermano!

Dios-Hermano en sentimientos

¡Oh! ¡Qué hermoso poder afirmar que su Corazón palpitó al embate de aquellos mismos sentimientos que embargan el nuestro! Amó como nosotros, como amamos nosotros. y lo que nosotros amamos noble y legítimamente. Y, por supuesto, su primer amor fue María. ¡Su Madre! ¡Ah, cuánto la quiso El que, para su regalo y su gloria, la había creado más pura y hermosa que el cielo!... ¡Cómo la quiso por razón de *gratitud,* ya que Ella, a su *fiat,* le debía la potencia humana de poder llorar, sufrir, verter sangre y morir, cosas que estaban fuera del alcance de un Dios, pero que María hizo posibles con la Encarnación! ¡Cuánto amó a aquel Carpintero a quien llamó padre, de cuyas manos callosas recibió el primer pedazo de pan y en cuyos brazos recibió ternura y reposo mil veces cuando Niño! ¡Pensad cómo debió llorar Jesús-Hermano al recibir el postrer abrazo de José moribundo, y qué luto el de aquel Corazón adorable y delicadísimo, cuando aquel Justo dejó en la viudez a María, y en la orfandad a... ese Dios! Y como es tan propicio de nuestro corazón el tener preferencias en el cariño, así las tuvo también, deliciosas, el Corazón de Jesús. Fuera de la casita de Nazaret, nido de sus íntimos y grandes amores, vedle con qué marcada preferencia busca, y llama y acaricia a los niños, flores de su jardín. Qué habrán dicho los Ángeles al contemplar a su Rey entre violetas, lirios y jazmines, aspirando el perfume de esas flores, regando con luz de sus ojos y hermoseando para el cielo sus corolas! "Nuestro gran amigo, decían ellos en divisándolo y corriendo a su encuentro, ahí está..., Jesús!" Y la turbamulta de los pobrecitos, de los desheredados, de los vestidos de harapos, dedos que no podían invitarle a una casa que no tenían. ¡Pero *Él...* los buscaba en los caminos, y salía al encuentro de esta caravana, desdeñada por el mundo!., Preferidos de Jesús, ¡dichosos desdichados! Y entre éstos, ¡cómo buscaba Jesús, con afán, a los enfermos, a los inválidos, a los maltrechos! ¡Oh! ¡Qué lugar preferente ocupaban todos éstos en su Corazón! Pero, y los tristes, los que llevaban, en secreto, el alma hecha jirones, los que no tenían a quién

confiar dolores secretos... ¡Cuántas confidencias recogió en su camino el Maestro dulcísimo, y cuánto bálsamo derramó en mil llagas del alma, sin que nadie, nadie lo sospechara!.,. Vedle, a cada paso, asediado de gente poco santa, de pecadores...; en la calle, en el vestíbulo del templo, en una casa o en otra, donde quiera que va, ahí están ellos, atraídos inconscientemente por el perfume de su Corazón. Ni quieren, ni piensan todavía en convertirse, pero... ¡el Corazón de ese Maestro los atrae, se sienten amados, y más, *preferidos!* Después, cuando están ya perdonados; después, cuando la Resurrección y, sobre todo, Pentecostés haya rasgado todos los velos, ¡cómo contarán, provocando envidias, la preferencia de que fueron objeto y los ardides del Pescador que, a pesar de ellos, las cogió en redes de misericordia! Y los apóstoles mimados. ¡Esos doce, inseparables, que revolotean siempre alrededor del Águila Divina, siempre en su gratísima compañía, par-tiendo del mismo pan, en confabulación estrecha, familiar, íntima con el Dios-Hombre! Son rudos y el Señor debe excusarlos más de una vez, defenderlos. Después de María, ellos fueron los testigos más íntimos de la vida privada del Salvador. ¡Ah! ¿Y qué decir de los tres predestinados, Pedro, Santiago y Juan? Este último sobre todo, el regalado, el Benjamín, qué bien lleva el título de «discípulo que Jesús amaba» (1). Tanta era la intimidad, tan evidente la preferencia por Juan, que los apóstoles creyeron que no moriría (2). Su puesto no se ha Perdido; lo ocupamos hoy los pobrecitos apóstoles del Divino Corazón, y nadie podrá jamás disputárnoslo, no ya por mérito, sino por misericordia y flaqueza del Rey de Amor. Llegamos a Betania, casa que fue testigo de la amistad más íntima del Corazón de Jesús. «Jesús amaba a Marta, a María, su hermana, y a Lázaro (3), con cariño privilegiado que no dio jamás a otros, fuera de Nazaret. Betania fue su segundo hogar: bajo su techo se encontraba como en casa propia, tanto, que ahí llevó y ahí confió a su Madre, la mayor prueba de confianza y de preferencia que podía darles. Ahí dijo, ciertamente, una y cien veces: *Vos amici mei.* «Vosotros sí que sois mis amigos.)> Y Jesús se lo probó y Betania correspondió a esta inefable preferencia.

(1). *Juan, XIII, 23.* (2) *Juan,* XXI, *23.* (3) *Juan, XI, 5.*

Ahí desahogó su Corazón; ahí tuvo confidencias que jamás escucharon otros, sino los *tres* amigos. Ahí dio ternura y pidió pan y consuelo, como no lo hizo en ninguna otra parte, Betania fue el oasis de las tormentas que se armaban en Jerusalén; ahí, en esa villa, pasó días y noches de oración, resguardado de enemigos, y también en horas de gran extenuación y fatiga, de la impertinencia y majadería de gente buena, pero importuna, imprudente. En Betania se reponía físicamente; ahí se le cuidaba y mimaba, como en lo material no hubieran podido hacerlo en Nazaret, ni María ni José, por falta de recursos. ¡Qué horas, qué días de Paraíso pasaron aquellos tres privilegiados! Para ellos sólo una pena era insoportable, y era la ausencia del Amigo. Recordad aquí todo lo que os he predicado sobre el hogar- Betania, sobre las dos resurrecciones hechas por Jesús en casa de sus amigos, sobre la fidelidad del Corazón de Jesús con una familia donde se sabe compartir la vida de penas y alegrías con Él. «¡Multiplica, Maestro, tus Betanias!« * * * ¡Jamás hubo nadie más humano que este Dios, que Jesús! Ved, si no, su *Compasión.* «No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos» (1). Jesús tiene un flaco evidente por el que sufre, por el que llora, por el pobre y el débil. Este flaco tiene un nombre que ha removido las entrañas de la humanidad hace ya veinte siglos: su Misericordia. ¡Se diría que no resiste a un dolor, que un niño que tiene hambre, que una madre desolada, son más fuertes que Él, y ahí está, vencido!... Meditad el caso de la Cananea (2): Jesús la prueba, finge severidad y luego su Corazón, cogido y vencido, opera el milagro... Vedle en camino de Naím (3): oye sollozar a la pobre viuda, piensa seguramente en María, en aquella visión de la Vía Dolorosa y... se abalanza, otra vez vencido, toma al joven por la mano, y lo devuelve, resucitado, a su madre... Todo lo noble, lo delicado, le conmueve. La muchedumbre, que le ha seguido al desierto tiene hambre y no tiene pan... El mismo lo dice: *Misereor,* «tengo piedad de esta multitud» (4), y multiplica para ella los panes milagrosos. Ved cómo acoge a los diez leprosos, y ved cómo siente herido el Corazón, porque no agradecen (5). Y así, todas las miserias físicas y morales, todos los dolores le encuentran siempre tierno y compasivo... Que si esos dolientes no pueden arrastrarse hasta Él, Él, con cualquier pretexto, va a su encuentro. Recordad el paralítico de la piscina: *Non habeo hominem, «no* tengo una persona» (1), un corazón amigo, una mano compasiva, y por eso estoy aquí hace treinta y tantos años... El Corazón de Jesús debe haber saltado dentro del pecho adorable al oír aquello, y ahí está ofreciéndole las dos manos divinas, y el milagro... ¡Y su Corazón!

(1) Marc., II, 17. (2) Mat., XV, 22. (3) Luc., VII, 12. (4) Marc., VIII, 2. (5) Luc., XVII, 17.

Los ciegos, el centurión, la hija de Jairo, los esposos de Caná y todo, todo el Evangelio es el monumento estupendo de esta *Compasión* inmensa, infinita, del Hombre-Dios que hace milagros, no para librarse de los verdugos, sino para suavizar heridas del alma, enjugar llantos amargos y aliviar cruces...

Dios-Hermano en lenguaje y en lágrimas

El Verbo de Dios, Dios como el Padre, cuando encarnado, se llama Jesús. Y este Jesús que siente, que sufre, que ama como yo, habla y llora como yo, somos hermanos en el idioma de la tierra. y en el llanto de la tierra...

Cómo debe haber gozado, en éxtasis de adoración, María, teniendo sobre sus rodillas a su Creador, Niño pequeño, *enseñándole a hablar, y* corrigiendo su acento, sus palabras... Y aprendido nuestro leguaje en arameico popular (el idioma del pueblo), Jesús conversaba con los suyos y se entendía con sus vecinos. Y tenía la inflexión y el acento de Galilea.

(1) Juan, v, 7.

Y en todo su estilo es de veras hombre, Hermano nuestro. Así, a pesar de saberlo todo, ved cómo interroga, exactamente como nosotros: «¿Qué dicen de mí? ¿Cuántos panes tenéis? ¿Qué pides? ¿Quién me ha tocado?» (1). Es tan hermoso este acomodarse de Jesús, este expresar su pensamiento, sus deseos con nuestras frases y palabras, con nuestros modismos convencionales... Y esto, no sólo porque hable a hombres, sino porque es Hermano nuestro, *porque es Hombre, y como* tal, quiso servirse de nuestro lenguaje humano. ¡Ah! Pero ninguna nota más simpática, tal vez, en esta maravillosa fraternidad como la de las lágrimas de Jesús. *Et lacrimatus est Jesus (2).* Sí., Jesús ha llorado como nosotros, lo dice textualmente el Evangelio éste sí que es idioma humano: en la cuna y en el lecho de agonía nacemos y morimos llorando. Tal fue, ciertamente, el caso de Jesús. Qué duda cabe que el frío de la Cueva de Belén y el hambre arrancaron las primeras lágrimas divinas que, con besos, recogió María. No lo dice tampoco el Evangelio, pero es indudable que en la muerte de su padre adoptivo, consolando a María, desahogó su propio Corazón con llanto filial. Y al encontrar en su camino penas muy hondas, más de una vez, muy probablemente, las lágrimas de los infortunados abrieron en El herida de amor y lloró con ellos.

(1) Mat., XVI, 13.—_Marc., VIII, 5; V, 30. (2) Juan, XI, 35.

De todos modos, el Evangelio nos refiere su emoción al contemplar Jerusalén deicida y al ver el cúmulo de males que su perfidia traería sobre ella. No pudo contener el torrente de amargura, y se desbordó en llanto de infinita tristeza: *flevit super illam,* «lloró sobre la ciudad» (1). - ¡Ah, y qué escena, mil veces conmovedora, la de aquel llanto vertido sobre la tumba de Lázaro! Llega tarde, está ya enterrado; Marta le hace el reproche delicioso: "Si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto" (2). Como quien dice: «Lo sabías..., eres nuestro amigo y, sin embargo, no viniste; luego culpa tuya es el que haya muerto.» Está ya seguramente embargado por una gran emoción; pide que se le lleve junto a la tumba, y al verla, *infremuitspiritu,* se conturbó todo Él (3), y no pudiendo contener las lágrimas, *lacrimatus est,* ¡lloró! ¡Sí, lloró, Aquel que iba a resucitarle! Lloró, y con esas lágrimas comenzó el milagro de la resurrección de su amigo. Y el público que le espiaba, que veía en Él al más estupendo de los Profetas, que tal vez por esto le consideraba tan alto, que no tendría como todos sensibilidades y flaquezas, se asombró conmovido al ver rodar esas lágrimas, y exclamó: «Ved cómo le amaba» (1). ¡Luego ese llanto era argumento del fuego de afecto, de la ternura de ese Corazón del único Hombre-Dios!

(1) Luc., XIX, 41. (2) Juan, XI, 32. (3) Juan, XI, 33 y 35.

En su sobriedad, el Evangelio no narra mil y mil incidencias preciosas de la vida del Maestro, así lo quiso Dios... Así y todo, podemos, respetuosamente, hacer ciertas conjeturas prudenciales y fundadas. Una de ellas, por ejemplo, nada aventurada, más bien natural, sería creer que el Jueves Santo por la tarde, al dejar a su Madre en Betania, al despedirse de ella, la Reina de sus amores, y de los tres amigos fidelísimos, al bendecirlos, diciéndoles: "¡Hasta mañana viernes, en la Vía Dolorosa!", debe haber tenido la voz ahogada por los sollozos, y los ojos arrasados en llanto. Ni pudo ser de otra manera, siendo Hermano nuestro... Si dejó rienda suelta a su emoción ante el sepulcro de Lázaro, ¿no lloraría al abrazar en despedida a su Madre? Tal vez, por ser demasiado evidente, no lo dice el Evangelio, como palabra que huelga y afirmación que cae de su peso. Lágrimas divinas, ¡cómo me reveláis el Corazón de mi Maestro y Rey, cómo me enamoráis y me ligáis a Él con ligaduras de fraternidad y de dolor! Viéndote llorar, ¡oh, Rey de gloria!, caigo de rodillas, y llorando contigo, te adoro como te adoraré en el cielo, como mi Dios-Hermano. ¿Y el manantial de esos lloros? Nos lo des-cubrió el soldado Longinos. Éste rasgó un velo, y descubrió el misterioso manantial: ¡Jesús *había nacido con el Corazón mortalmente herido... por el amor!...* La lanza no hizo sino señalar, *localizar el* punto exacto de la herida: ¡el Corazón! ¡De ese Corazón, abierto ya desde Belén, brotaron aquellas lágrimas preciosas de agua y sangre, de ternura y amor, que cantaremos más arriba, nosotros los que, como Jesús nuestro Hermano, supimos llorar amando y adorarle llorando. *(Notas manuscritas, Paray.)* Juan, XI, 36.

JESÚS, EN LA EUCARISTÍA

«Christus... hodie ipse et in saecula» (I). Ha llegado "su hora", debe dejar a sus Hermanos y volver al Padre. "Pero habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, les amó hasta el fin" (2) . ¡Oh, exceso! ¡Oh, locura e insensatez divinas! ¡Oh, divino y sublime desvarío del amor de Jesús! Está ya para dejarnos, va a ser bautizado con el bautismo de sangre que tanto ha deseado (3), pero al morir se debe romper, según el orden

de la naturaleza, la, cadena que le retenía en el destierro con sus *filioli,* sus hijitos y sus amigos, y a esto no se resigna su amor. Hasta ese momento su Corazón ha sido victorioso en toda la línea, ha saltado todas las barreras, desde el seno del Padre hasta los umbrales ya de la muerte... ¿Será vencido y derribado ahora y, al morir, dejará únicamente las huellas de sus plantas y el eco de su voz en el Evangelio? ¡No, no se resigna a ello! «Está triste, triste hasta la muerte» (1). ¿Y por qué? ¡Ah!, no sólo ni principalmente por nosotros, por la orfandad y desamparo en que nos deja, sino por otra razón, mil y mil veces superior, más hermosa y no menos verdadera. Hela aquí:

(1) Hebr., XIII, 8. (2) Juan, XIII, 1. (3) Luc., XII, 50.

En treinta y tres años de vida mortal, su Corazón se ha arraigado profundamente en esta tierra, la suya, su Patria, cuna de su Madre y su propia cuna. Después del Padre celestial, todos sus amores están entre las arenas del desierto: su hogar, la Reina Inmaculada, San José, sus apóstoles, sus parientes y amigos, sus hermanos según naturaleza humana... La sangre que debió verter la cogió aquí, aquí aprendió a sufrir y a llorar como Hombre. Es Dios como el Padre, tiene allí arriba un trono eterno, es el Cordero...; pero si le costó un precio infinito, este otro trono, el de una cuna y el de una cruz, ¿dejará para siempre esta tierra donde dio la gran batalla y donde ganó, la gran victoria de su amor, El, el Cordero de Dios que quitó los' pecados del mundo? (2). ¡No! Su Corazón no quiere irse, se diría que le cuesta mucho más dejar la tierra de lo que le costó dejar el cielo para encarnarse. No, no se resigna a ese sacrificio, son fuertes, más que la muerte, las cadenas que le aprisionan... No necesita de nadie, ya que es Dios, de nadie; pero se diría que el Hombre-Dios se ha creado como una necesidad de nuestra compañía, que sin nosotros no puede estar, ni vivir. Y habiéndonos amado, nos amó hasta el extremo, ¡hasta ese colmo que llamamos la Eucaristía!

(1) Marc., XIV, 34. (2) Juan, I, 29.

¡Su Corazón le venció y se comprometió a seguir siendo peregrino y compañero de sus hermanos en cuerpo y alma, sangre y divinidad, hasta el último día del mundo! Le habéis visto pasar en Belén, Nazaret, Samaria, Galilea, «manso y humilde de Corazón», lleno de compasión y derramando a manos llenas misericordia en todas las páginas del Evangelio... Pues no borréis esa visión dulcísima, conservadla como la Verónica en el lienzo de vuestras almas; no cerréis el Libro Santo, después de leer su muerte, pues el Evangelio de su amor continúa en el Sagrario: Jesús, *el mismo Jesús, sigue* viviendo hoy en su Eucaristía. No hay dos, sino un solo Jesús: el de Belén y el del Calvario, y que es el Jesús auténtico de la Hostia consagrada, allá y acá Hermano nuestro, Hijo de Dios y de María. Es el Cristo de la eternidad que sigue conviviendo, «habitando entre nosotros» (1) personalmente, *El,* Jesús, el Nazareno. Os he hablado de una triple transfiguración, mil veces más hermosa que la del Tabor, a saber: la de la cuna, la del Calvario, la de la Hostia... Esta última, sobre todo, transfiguración de siglos y siglos, es la llamada a transfigurar nuestras almas por locura de amor. El ara del altar, ¿no es, por ventura, otra cuna, y el altar mismo otro Tabor más elocuente aún que el del Evangelio? (1) Juan, 1, 14. Los pañales de las especies sacramentales le envuelven, le fajan y le hacen impotente. El sacerdote, ¡oh maravilla!, debe hacer de madre, para moverle y darlo a pastores y reyes... Más pequeño aún, mucho más aniquilado en el Sagrario que en Belén, pero siempre el mismo Jesús. Y nosotros más dichosos, en cierto sentido, que los vecinos y transeúntes que pudieron verle, sonreírle y abrazarle, pues según la bellísima expresión de Bossuet: «Nosotros podemos devorarle por amor, al devorarnos El.» Y esto miles de veces. ¡Oh, inefable impotencia la de Jesús Sacra-mentado! ¡Qué lección de humildad y de abandono nos da en la Hostia! Hemos hablado de Nazaret, del Niño, del joven, del obrero Jesús. Mirad, ahí está todavía la casita encantadora, el taller que los ángeles envidiaron: ha cambiado de dimensiones y de nombre, es mucho más pequeña y se llama ahora el Sagrario; pero, por lo demás, es la misma morada del Rey Divino. Ahí está Él, como en Nazaret; vive *ad interpellandum pro nobis (1),* viviendo en oración perpetua ante el Padre, siempre con los brazos en alto, mejor que Moisés, intercediendo y salvando.

(1) Hebr., VII, 25.

Y esa Betania que hemos ensalzado ya tantas veces; esa mansión venturosa del Señor y sus amigos, ésa es, multiplicada en toda la redondez de la tierra, el Tabernáculo. Ahí descansamos nosotros a sus pies; ahí descansa Él: en la intimidad fervorosa y escuchando las confidencias de sus amigos leales. Ahí, como en Betania, hay expansiones y lágrimas de paz y consuelos que no se conocen en otra parte. Y es que el Maestro está realmente ahí, ahí está su Corazón. ¡Qué de almas Magdalenas, qué de Lázaros resucitados por la virtud secreta, misteriosa, por el agua viva que brota de esos muros, tras de los cuales está el cielo, que se llama Jesús-Eucaristía! Ahí está el pozo de Jacob; ahí sobre el brocal, está perpetuamente sentado el Eterno Vigilante de Israel, aquel Sediento de almas, aquel Pescador de corazones extraviados, aquel Predicador de Samaritanas...; ahí está el mismo que dijo un día a una mujer pecadora: «Dame de beber, tengo sed» (1). Ahí, hasta el borde de ese pozo, han llegado, consciente o inconscientemente, como la Samaritana, una caravana

incontable de almas que venían con fiebre en los labios, con ansias de dicha, con sed de paz en el corazón. Y han encontrado al mismo Senior que ofreció a la Samaritana «aguas vivas que saltan hasta la vida eterna» (2). Y bebieron, y no tuvieron más sed de la tierra. ¡Ah, pero, en cambio, se abrasaron de otra sed inextinguible: la de amarle a Él, Amor de amores! ¡Nada ha cambiado; ni el Pozo, ni la Samaritana, ni menos Jesús!...

(1) Juan, IV, 7. (2) Juan, IV, 14.

¡Ay! El Sagrario perpetúa no sólo las horas de sol y de victoria del Nazareno divino, sino también sus horas sombrías, aquellas en que se desatan los poderes de las tinieblas, como perros rabiosos, en contra suya. Así, el Tabernáculo sigue siendo, ¡oh des-ventura!, el calabozo del Jueves Santo, aquel sótano de lobreguez y de ignominia donde el Señor, entregado a la burla de la cohorte, sufrió todas las vergüenzas, todas las vejaciones, todos los atropellos inauditos de que es capaz la soldadesca, excitada por la codicia y por el vino. Apóstoles del Corazón de Jesús, oídme: todo aquel cúmulo de crueldades y de ignominiosas afrentas infligidas a nuestro Rey el Jueves Santo, no son ni siquiera una espina, comparadas con la diadema horrenda de profanaciones, sacrilegios, soledad, abandono, traiciones y odio con que se le corona a diario, desde hace veinte siglos, en su vida y prisión sacramentales... No comparemos tanto ni los golpes ni los insultos, que ellos son un detalle. Comparemos, si, la maldad, la irritación sacrílega y consciente, la profanación culpable de los millones de Judas que se acercan a Jesús Sacramentado con ánimo, si posible fuera, de herirlo, de ultrajarlo, de pisotearlo, a Él, *por ser É1;* comparemos los sectarismos y las maquinaciones horribles, y los sacrilegios estudiados y pagados de traidores malvados, con la estúpida y brutal inconsciencia de la cohorte del Palacio del Pontífice, y veremos que este Calabozo, el del Sagrario, es mil y mil veces más un monumento de amor vivo y de dolor que aquel otro. Pero Jesús ultrajado es el mismo. ¡Y este Calabozo no caerá jamás en ruinas, ni jamás crecerá sobre sus muros derruidos la hierba, jamás! Y Él, el eterno profanado, seguirá Prisionero de amor. Horas sombrías de Jesús, *ayer y hoy, ¡ah!,* ninguna más sombría y tempestuosa, tal vez, que la de Getsemaní, allá en el Huerto y aquí en el Tabernáculo. La misma visión del pecado, el mismo cáliz de infinita amargura, el mismo sopor de los que se llaman amigos, la misma diligencia de la raza inextinguible de traidores, siempre en vela y prontos... Y aquí os recuerdo, celosos apóstoles, lo que Jesús mismo solicitó de su sierva Margarita María, en relación con la hora de Getsemaní, la *Hora Santa.* Personalmente vosotros, por vuestro amor, y luego por vuestro celo, buscadle amigos fervorosos y dadle un hermoso y amoroso mentís a aquella queja suya: "Consoladores busqué, y no los he hallado" (1). Queja que, en el fondo, es la misma del Huerto: «¿No habéis podido velar una hora conmigo?» (2). Poned entusiasmos y sacrificios en multiplicar los adoradores diurnos y nocturnos del Señor Sacramentado. Esto en espíritu de reparación y por la extensión del Reinado del Divino Corazón.

(1) Ps., LXVIII, 21. (2) Mat., XXVI, 40.

«Cuando sea levantado en alto —dijo — atraeré a Mí todas las cosas» (1). Ahí está perpetua-mente en alto, en el Calvario permanente del Altar, en perpetua y mística inmolación de amor; que cumpla, pues, Dios Fidelísimo, la promesa de atraerlo todo y de atraer a todos a su Persona adorable, y que el mundo de almas, perpetuamente rescatado por su Sangre en estos dos Gólgotas, gravite, en torno de su Corazón Sacramentado. ¡Venció en la Cruz! ¡Que consuma, pues, su victoria en el Altar la misma Víctima, el mismo Jesús! * * * Su Corazón, «ayer, hoy y por los siglos», invariable en sus afectos, invariable en sus ternuras y predilecciones. Lo que quiso ayer lo sigue queriendo hoy; desde el altar llama «con gemidos de paloma» a los pobres, a los desterrados, a los tristes... Desde el fondo del Sagrario sigue tendiendo los brazos a los que sufren de hambre de justicia y de amor. Desde la Hostia sigue sonriendo y brindando su ternura y caricias a los pequeñitos del rebaño, a los sencillos y a los niños, sus grandes amigos. Su Corazón no ha cambiado, ¡oh, no! Y aquí estáis vosotros como argumento fehaciente de la fidelidad de su Corazón. Tuvo ayer sus amigos, sus mimados, sus preferidos... Esos hoy día sois vosotros, ciertamente, los apóstoles del Sagrado Corazón.

(1) Juan, XII, 32.

Ha muerto por todos y llama a todos. Pero no a todos ha hablado ni ha colmado como a este rebañito de íntimos; ¿qué queréis? Él es dueño de su Corazón y lo da a quien quiere y como quiere. Sí: como quiso más a Lázaro, a Marta y a María que a muchísimos buenos que encontró en su camino; como prefirió a Pedro y a Santiago entre sus Apóstoles; como amó con predilección especial a Juan, más aún que a los dos anteriores, así quiere amaros a vosotros, así quiere, gratuitamente, repartiros con mucha mayor abundancia el pan de su amor, para que lo distribuyáis, en seguida, como heraldos y mensajeros de su Corazón Divino. Con confusión humilde y con gran generosidad, aceptad una gloria y una dicha que no habéis buscado y procurad pagarlas con una gran docilidad a sus designios. Más amigos de Jesús que muchos otros, y en consecuencia más apóstoles que muchísimos otros, aprended en este retiro la ciencia de los santos, *sciencia caritatis (1),* la ciencia del amor de Jesucristo. En una intimidad mayor, aceptad como Margarita María sus confidencias, sus

anhelos, sus peticiones. Que vuestra fidelidad a toda prueba provoque el cumplimiento de sus promesas. ¡Oh! Que podáis repetir siempre ante el Sagrario la frase de San Buenaventura, que la podáis murmurar en la agonía: *Encontré el Corazón del Rey, del Hermano, del Amigo, en tu Corazón, ¡dulcísimo Jesús!* Ef., III, 19.

APOSTOLADO «Id a mi viña, y recibiréis vuestro salario» (i). «Es preciso que El reine» (2).

Él se ha comprometido solemnemente: «Recibiréis —dice— vuestro salario.» Hablaba entonces, es cierto, a los sacerdotes, representados en los Apóstoles, pero no excluyó, cierta-mente, a las santas mujeres que cooperaban, como otras tantas Martas, al ministerio apostólico. Porque si escrito está «el que recibe al Apóstol, participa de la recompensa del Apóstol» (3), con más razón, pues, podemos y debemos creer que «aquel salario» lo recibirán muchísimas almas que, sin participar de la gloria y de la responsabilidad del sacerdocio, han querido con todo participar, por amor y libremente, de las inmolaciones, fatigas y glorias del apostolado.

(1) Mat., XX, 3. (2) 1.a Cor., 25. (3) Mat., X, 4.

Tal es, ciertamente, el caso vuestro, queridos apóstoles del Corazón de Jesús. Aunque, si he de decir la verdad, el único salario que de veras os tienta es la gloria y la victoria del Rey de Amor. Y esto quedando vosotros en la penumbra y el olvido, como siervos inútiles, después de haber cumplido con vuestra misión. Digo vuestra misión, y en efecto, la tenéis: sois los felices intermediarios entre el sacerdote y cierto campo social, donde muchas veces el sacerdote no puede ni presentarse ni ejercitar una acción directa. En estos casos, frecuentísimos en nuestra época, sois vosotros una lazada prudente y segura, un puente providencial. Pasaron los tiempos en que el sacerdote podía y debía hacerlo todo, y en que los seglares católicos no eran sino espectadores benévolos o los dichosos beneficiados de la acción sacerdotal. Hoy en día la falange seglar se encuentra en una situación completamente distinta, y con frecuencia ocupa avanzadas peligrosas del campo de batalla, tanto hombres de mundo como mujeres y jóvenes. Es de sentir, a no dudarlo, la eliminación o posposición del sacerdote en la acción de redención social, pues él es por «derecho divino» el intermediario oficial entre Dios y las almas. Pero de este mal que la-mentamos ha sacado el Señor, en su sabiduría, un bien inmenso y una gloria inmerecida: la participación en grande en la acción apostólica de toda aquella masa católica que, hasta hace algunos años, era más bien pasiva que activa. Me refiero principalmente a la participación apostólica de la mujer. Los tiempos han cambiado, y qué consolador es ver, aquí y allá, en obras de todo género, lanzados al asalto seglares fervorosos y mujeres de alma heroica, abriendo camino, cortando la roca, aplanando las montañas, abriendo el surco, preparando, en una palabra, la acción sacerdotal y sirviendo, por ende, de precursores abnegados al Rey de gloria, al Corazón de Jesús. Sin violentar, pues, con exceso la frase del Señor, se la puede indudablemente aplicar al Colegio apostólico que me escucha o que me leerá: «Levantad los ojos y ved los campos que blanquean ya... La mies es mucha, y los operarios, pocos; pedid al Señor de la mies que mande operarios» (1). ¿Oís la voz del Sembrador divino? Se dirige a vosotros, señalándoos el campo extenso que os aguarda... Él lo podría hacer todo; como creó los mundos materiales sin vosotros, así podría también crear el mundo espiritual de las almas sin vuestra cooperación; pero no lo quiere, y os tiende la mano y os ofrece esa gloria en canje de vuestro celo. Y: así como quiso solicitar la cooperación libre y amorosa de María, después de Ella, la Corredentora, en seguimiento de esta Reina del Clero y de los Apóstoles, os pide que vayáis vosotros llevando almas, muchas almas a su Corazón.

(1) Juan, IV, 35; Mat:., IX, 37.

Y más: hace de vuestra cooperación apostólica, casi iba a decir, una necesidad y una condición de redención, ya que si os negarais a prestarle vuestro concurso, es muy posible y aun probable que se perdieran no pocas almas confiadas a vuestra tutela. Me explicaré con una comparación: digamos que me pedís vosotras, a mí, sacerdote, la Sagrada Comunión, y yo, en vez de abrir el Sagrario, lo cierro a doble llave y me vuelvo a la sacristía. Si el Señor no quiere en tal caso suplir a mi culpable negligencia por un milagro, os quedaréis sin comulgar, ¿verdad? Parecido, muy semejante es vuestro caso en la misión de salvar almas; ahí están niños y pobres e ignorantes, millares de almas con hambre inconsciente de Jesús... El sacerdote no da abasto materialmente ni puede hacerlo todo. Pero ahí estáis vosotros, el rebaño pequeñito, pero muy amante y celoso. ¿Quién repartirá el pan de luz, de catecismo, de amor a las multitudes de arrabales? ¿Quién irá a veces a domicilio, para pre-parar un hogar que languidece, a la visita del Rey de reyes? ¡Si no vais, si no os afanáis vosotros, si por desidia o desamor, si por calor o frío desecháis este honor, olvidando este deber, entonces muchas, muchas almas se quedarán sin conocer a Jesús y vivirán y morirán sin amarlo! Y habréis privado al Amo divino de una gloria incomparable. Es decir, pues, que Jesús se confía a vuestras manos, e irá si le lleváis. Pero si queréis realmente aceptar tanto honor, no temáis nada, pues os repite en tal caso lo que dijo a Margarita María: «No te faltará socorro sino cuando me falte a Mí poder» (1). Es decir, Jamás. * * * Dilucidemos, desde luego, un punto interesante. El apostolado para vosotras, almas escogidas y ricas de gracia, colmadas por el

Señor, el trabajo de apostolado, digo, ¿es un deber o será, por ventura, un lujo espiritual, una obra de supererogación? Llamo obra de supererogación, por ejemplo, hacer la Hora Santa a media noche, postrado por tierra; práctica hermosísima, pero no obligatoria. ¿Es éste el caso del apostolado? Hablando a este Cenáculo, y dadas las circunstancias graves, anormales de nuestros tiempos, os respondo sin vacilar: el apostolado es un deber, un gran deber y un dulcísimo deber de amor. Oídme, apóstoles del Rey; pero oídme con el corazón: ¿Se puede amar con verdadero y grande amor a Nuestro Señor, y cruzarse de brazos, y mostrarse indiferente a que le amen o le odien, a que le bendigan o maldigan esos millares y millares de niños, por ejemplo, que mañana serán hombres, que tendrán un voto en la opinión y en la vida pública? ¿Qué digo? Esos niños tendrán mañana varios votos, pues la mayoría de ellos formarán una familia, la que, a su vez, vivirá de indiferencia, de odio o de amor, según lo que sean hoy esos pequeñitos, que nos esperan en la escuela o en el hogar.

(1) *Vida y obras.*

Podría yo exclamar: ¡Allá ellos, sálvese quien pueda!.., ¿Quién me ha constituido custodio de mi hermano?» (1).¿Es ése el lenguaje del amor? ¿No es cierto que si amo con corazón leal, con caridad abrasadora, daría cien mil pasos sobre brasas, me desviviría por ver sonreír a Jesús, dándole una sola alma? ¡Cómo!... Los malos tan celosos, tan abnegados, la canalla siempre en vela, el traidor a la mano, y el Sanedrín rico en influencia y dinero para pagar la sangre del Justo; ellos, los verdugos, prontos de noche y de día, para preparar el Viernes Santo, y nosotros, los amigos, los curados, los perdonados, los enriquecidos por su misericordia, ¿no consideraremos la primera obligación, y obligación de amor, coronarle con almas? Insisto: el apostolado es una necesidad para el corazón que sabe amar; es una ley de caridad para con Jesús, si pretendernos amarle como se lo merece. Muchos son los buenos que no han comprendido la obligación del apostolado, porque muchos, muchísimos son los buenos que pertenecer tal vez a la categoría comodona de «devotos»; y pocos, muy pocos los que se han inscrito en la divina cofradía de los verdaderos amantes, de los grandes amadores.

(1) Gén., IV, 9.

Para estos últimos, el deber del apostolado salta a la vista, es evidente. Y ahí los tenéis: ellos y ellas desahogando un corazón de fuego en ese sembrar fuego, que es un apostolado fecundísimo. Estos tales —y que hoy son ya legión, a Dios gracias— podrían hacer suyas las palabras del Salvador a Santa Margarita María: «No pudiendo ya contener dentro del pecho las llamas que me devoran, quiero comunicarlas.» Formemos muchas almas en esta doctrina del amor, alimentémoslas en la doctrina sólida del Corazón de Jesús y, sin más, multiplicaremos lógicamente la vanguardia de los verdaderos apóstoles. Lanzar a una persona en la acción apostólica sin haberla quemado antes en llamas divinas es poner arena entre las ruedas ahí donde faltaba aceite. No es tanto el personal lo que falta en obras católicas, *sino mucho amor* en los que a ellas se dedican. Dejadme hablaros más claro todavía. Quien no se resuelve a lanzarse en este camino de apostolado, es muchas veces, ¡ay!, un ingrato. Por razón de nobleza cristiana: de reconocimiento para con el Señor, por gratitud, le debemos la contribución de nuestro apostolado. La humildad es la verdad; pues bien: la verdad es, queridos apóstoles, que el Sagrado Corazón nos ha confiado sus tesoros, nos ha enriquecido de mil maneras, y todo esto gratuita y liberalmente. ¿Cómo pagar tanta misericordia? Yo no veo sino un medio: glorificarle, dándole almas y familias que le conozcan, que lo amen y que lo sirvan. No hay moneda más rica y hermosa que la de nuestro celo. ¡Oh, qué satisfacción la nuestra poderle decir y en toda verdad: «Señor, para agradecer, cumplidamente, todo cuanto te debo, he querido, en mi pobreza, multiplicarme con centenares y millares de corazones que te alaben, que te bendigan y te canten por mí en el tiempo y en la eternidad!... Mira, Jesús, esa familia, tu Betania: la conquistaste porque en mi celo yo te preparé el camino, te di a conocer en esa casa, les hablé de tu Corazón... Hoy todos en ella, los padres y los hijos, te aman de veras, te consideran su Amigo. Tú eres el Amo de ese hogar. Pues bien: todo lo que ellos te den, te lo doy yo; sus cantares son los míos, su gratitud es la mía: te los ofrezco, para que paguen en mi nombre lo que yo solo jamás podría pagarte.» * * *

Y hay más: el apostolado es un deber muy fácil de comprender. Ved, si no: ¿con qué fin permite el Señor, sapientísimo, que haya ricos y pobres? Entre otros fines, con el de obligar al rico a ser generoso y caritativo con el pobre. Y así salva y santifica al rico por el pobre. Y ¡ay! del acaudalado que, guardándose todo, descuida gravemente al huérfano, a la viuda, al menesteroso..., su dinero le aplastará un día. Pues en el orden moral ocurre otro tanto, y más. Oídme los ricos en gracias, los acaudalados de tesoros de fe y de amor: si no dais y repartís con largueza a tantos que sufren por falta de luz y de socorro espirituales; si os contentáis con no despilfarrar vuestros tesoros, y no los distribuís entre hermanos nuestros, menos afortunados; si por apatía, por falta de sacrificio imagináis que ser apóstol es monopolio de sacerdotes y monjas, y vosotros os estáis gastando en devociones cómodas, y en una piedad cristalizada, de quietud egoísta, el Señor podría retiraros su corazón e irse donde otros más nobles y generosos. Y en todo caso, en la hora (le las cuentas obligaréis al

Rey de Amor a convertirse en Juez muy severo. Aquí sí que tiene aplicación maravillosa aquello de «Bienaventurados los misericordiosos —esto es, los caritativos, abnegados y celosos en la administración de los bienes espirituales, bienaventurados los apóstoles que, con sudores y fatigas, sin tener cargo, ni responsabilidad sacerdotales, supieron hacer obras de misericordia; éstos alcanzarán, a su vez, una misericordia infinita» (1). Meditad la parábola de los talentos confiados (2). ¡Qué felices aquellos que, en la hora de justicia inexorable, podrían sonreír en paz, no porque no tuvieran ellos miserias y faltas, sino porque la obra de misericordia, y sobre todo *esta obra de misericordia*, *el* bien hecho a las almas, la vida eterna y el cielo procurado a los ignorantes y pecadores, cubren cien y mil veces la multitud de los pecados!

(1) Mat., V, 7. (2) Mat., XXV, 15.

El apóstol no es canal, sino represa

Poned el pensamiento en el cautivo del Tabernáculo al oír lo que tengo ahora que deciros: que Jesús haga la luz y el comentario. El apostolado no es, ante todo, una voz que resuena en el desierto, sino un Juan que ora, que ama, que hace penitencia y se *da el* a Dios, antes de hacer profecías y de bautizar a otros. El apostolado no es principalmente una fuerza exterior, la de un talento que brilla, de una elocuencia que fascina, la de una organización que multiplica y reparte energías, no. El apostolado es, ante todo y sobre todo, un alma secreta, pero alma divina, una energía de cielo, encarnada, con frecuencia, en una paja o en un granito de arena. Los hombres creen muy fácilmente en el valor de lo que es grande, alto, vistoso, sonoro, y ese criterio lo aplican, por desgracia, los mismos buenos, al apostolado, y por esto hay tantos que se engañan y tantos defraudados. ¿Qué cosa es un apóstol? Un cáliz lleno hasta los bordes de Jesús y que, al desbordar, da ese Jesús a las almas. Fuera de esta definición yo no creo en ningún apóstol, en ninguno, porque convertir almas, ganarlas a Jesucristo, santificarlas, es obra eminentemente divina y sobre-natural. Ahora bien, este resultado sobrenatural y divino no se puede obtener ni con repiques de campanas, ni con cascabeles de plata, ni con aquellas sonoridades huecas que se llaman ciencia y elocuencia humanas. Ved cuántos son los sabios y letrados y ruiseñores..., y con todo, las piedras siguen siendo piedras, quiero decir, los pecadores no se convierten, los indiferentes no cambian, los buenos no suben. En tanto que, cuando un Jesús, digo, un verdadero apóstol, dice una palabra, la piedra se vuelve Pedro, y el Saulo se vuelve Pablo. Ante todo, pues, y sobre todo, *gran vida interior*. Y si dices que no tienes tiempo para orar mucho, entonces déjate de apostolado, y en vez de cultivar almas, riega tu huerta y así perderás menos tiempo y te expondrás a menos peligros... ¡No, no se salvará el mundo con disertaciones, sino con mucha, ¡oh!, mucha fe; no se atraerá a los descarriados con bandas de música y desfiles continuos y muchas procesiones, sino con humildad, y sacrificio! ¡Qué grandes apóstoles hay a veces en los claustros, qué predicadores insignes, pero que sufren de *afonía voluntaria*, mudos por amor, y que en el cielo encontrarán más convertidos con su silencio que un ejército de hermosos parladores! Creo, por ejemplo, que Teresita del Niño Jesús fue más como potencia apostólica, como cáliz que rebosa, como represa de agua viva que riega mil viñas a distancia, creo, digo, *que* esa Carmelita, tan nena y tan nada, pero estupenda, maravillosa en vida interior, ha salvado posiblemente más almas que muchísimos, que tal vez todos los misioneros activos de su tiempo, ¡ella sola! Recordemos que una gota de sangre divina, una, pesa más en la balanza que todos los esfuerzos de todos los hombres en todos los siglos. En cuanto a mí, pobrecito, lo que yo sé decir es que, a medida que avanzo en un camino de *mo*vimiento, de trabajo continuo y de vértigo, creo menos y menos en mi actividad, y más, mucho más en *lo de adentro... ¡Oh*, qué no diera por hablar, aunque sólo fuera una vez en mi vida, con el silencio y la elocuencia de la Hostia! En eso sí que creo... De ahí mi convicción de que la acción apostólica más intensa y eficaz se elabora en los claustros e irradia principalmente de los santuarios de oración e inmolación. Satán lo debe saber a las mil maravillas, por amarguísima experiencia y por intuición, cuando ha desencadenado vendaval horrible de persecución y de ostracismo contra las Comunidades. Un monasterio donde se ora y se ama, como Jesús tiene derecho a pedirlo a esas almas, tiene, al decir de Santa Teresa, los muros de cristal, irradia y reparte luz y vida más que mil predicadores que no tengan esa profundidad de vida interior, el resorte de la santidad. En tanto que, con ésta, como por una telepatía potentísima y misteriosa, podemos en realidad actuar a distancia, predicar sin ruido de palabras, bautizar con fuego, ayudar a bien morir, decidir, en esa última hora, la suerte eterna de miles de almas. Nada de todo lo anterior mengua, por cierto, en lo más mínimo el precio altísimo, y, en cierto sentido, la necesidad del ministerio activo. Lo que afirmamos es que este último, sin el alma poderosa e indispensable de un motor interior, que consiste en mucha vida de oración, en mucha unión con Dios, en mucho y hondo deseo de santificarse, en gran amor de sacrificio; sin estos elementos sustanciales, digo, toda la actividad exterior se reduce a una fiebre que hace delirar en vez de obrar, y que es tan peligrosa para el que trabaje ilusionado, como para las almas. Qué de milagros habría todos los días, sin contar los operados por los predicadores y misioneros *santos*, si cada alma consagrada en los innumerables conventos y monasterios fuera una partícula

santa, digamos una décima parte de lo que fue Teresita en su celda y en la enferme-ría. ¡Oh!, si cada casa religiosa fuera un copón, por ende sería ya un Cenáculo e irradiaría sin verlo nadie, una Pentecostés de vida. Un predicador que no tenga una fibra siquiera de Trapense; una Religiosa activa, una señora engolfada en obras sociales, una joven catequista, que no tenga una fibra, al menos de Carmelita, un alma de oración, una robustez divina, interior, no son un apóstol, sino *cymba_ lum tinniens,* campana que suena, dice San Pablo (1). Nosotros, los que deseamos ser apóstoles, y que anhelamos como tales glorificar al Sagrado Corazón, debiéramos meditar constantemente este hecho: 1Jesús vive oculto, ora y se inmola treinta años en Nazaret para ser Salvador de un mundo! Ahí es Él, el Maestro de los apóstoles, mucho más que en el sermón de la montaña. Esto por dos razones: la primera, porque Él mismo nos enseñó que la predicación no debe ser sino una oración hablada, un fuego divino que se exhala y exterioriza. Y segundo, porque no todos los apóstoles están llamados a predicar, y en cambio hay y habrá siempre muchísimos que serán espléndidos misioneros a *lo Nazareno, como* Santa Teresa, Santa Margarita María, Santa Teresita y millares de otros que tendrán sus tronos en el Colegio apostólico, tronos merecidos, no por haber hablado bien, sino por haber amado mucho. * * * Pero aquí, tratando un punto tan capital e interesante, quiero, por la centésima vez, ama-dos apóstoles, tocar el tema fundamental, la idea dominante de este retiro. Os lo he dicho hasta la saciedad, y, sin embargo, quiero todavía remachar ese clavo de oro: ¡Amad mucho., amad inmensamente, «chiflaos» amando?... Ésta es la base, ésta el alma, éste el remate, éste el único secreto, ésta la potencia milagrosa de todo apostolado: el de un Obispo en una capital o el de una joven catequista en una aldea. *Quien* ama *mucho,* sea perorando en el púlpito o enfermo en cama, es siempre un gran predicador, siempre.

(1) 1.a Cor., XIII, 1.

Qué consuelo el saber, el estar seguro que una vida, con frecuencia oscura, en apariencia inútil, es siempre un apostolado en el hogar y aún lejos del hogar, cuando esa vida ordinaria, trabajada y penosa, se convierte toda en oro por amor. De manera que esa pobre mujer, por ejemplo, que pasa su día en los menesteres sencillos de su casa, en afanes materiales de limpieza, de costura y de cocina, pero que en todo, en todo sabe poner, como María en Nazaret, un amor grande, y todo lo hace en presencia de Jesús, y todo lo ofrece para su gloria; esa mujer que suspira hace tiempo por ver convertido al marido, alejado de Dios y vicioso, lo verá, ¡oh!, sí, un día, no fuera, sino en el cielo, cantando las misericordias del Corazón de Jesús. «Has amado mucho —responderá el Juez Divino a aquella esposa asombrada—; has amado por ti y por tu marido, y amando pagaste con creces la doble deuda, y por este camino fuiste mi apóstol y salvaste a tu marido.» Qué de sorpresas por el estilo en la morada donde cantarán, con Magdalena y Teresita, los que amaron mucho. Es ésta la fuerza victoriosa de la oración, a la cual están prometidas las mayores maravillas. Digo orar y no rezar. Hay muchos rezadores de labios y de rutina. La oración es un suspiro del alma que sube y hace violencia a Dios en la medida en que es oración amorosa. Orad mucho, mucho, pero amando intensamente. El gran peligro de los que se dedican a obras de mucha actividad está en darse de tal modo a dichas obras, que descuidan frecuentemente la oración o la hacen a la ligera, demasiado corta, o con un corazón desparramado, repartido entre mil preocupaciones y afectillos extraños. Error grave, gravísimo. Por la gloria del Sagrado Corazón, para detener a ese apóstol engañado al borde de un precipicio, suprimid esa obra que le absorbe y obtened que entre en retiro, y que por algún tiempo viva de recogimiento y oración y así se ilumine y robustezca. De otra suerte, pretendiendo salvar a otro, se perderá a sí mismo. Todo árbol, para producir fruta en abundancia, necesita terreno abonado y agua en sus raíces: de ahí la savia y la riqueza de su producción. No de otra suerte se es fecundo en el orden moral. Debemos, ante todo, echar hondas raíces en el Corazón de Jesús por medio de un grande amor y de una oración constante y fervorosa, y sólo en la medida en que tomemos en El savia y vida, tendremos flores hermosas y frutos exquisitos y abundantes. Podo otro árbol, aunque en apariencia frondoso, no lo ha plantado el Padre celestial y será un día cortado y echado al fuego por inútil y por estéril. Debo aquí haceros, queridos apóstoles, una observación muy dulce y consoladora. Tomad nota de ella con santo júbilo y con gratitud. Debéis, he dicho, orar y orar mucho; debéis santificaros, ante todo, para ser apóstoles. Este es un principio que jamás sufrió excepción, jamás, en la vida de los santos. Debo, con todo, añadir una promesa muy alentadora, hablando a los apóstoles del Corazón de Jesús. Oídme: nadie más interesado que Jesús mismo en vuestra santificación, a fin de que deis frutos y que éstos permanezcan hasta la vida eterna. Para confirmaros, pues, en el principio de vida interior y de oración y a la vez para daros nuevos bríos en el ministerio de apostolado, ha querido Él haceros una promesa explícita: hela aquí, tal como se encuentra en la autobiografía de Margarita María: «Este Divino Corazón me prometió para todos aquellos que se le consagraran, que los recibiría amorosamente, asegurándoles su salvación y *tomando cuidado especial de santificarlos* y de hacerlos grandes ante nuestro Padre Celestial, en la misma medida en que ellos se preocupasen con sacrificio en extender el Reinado de su amor en los corazones!» (1).

(1) *Vida u obras, t.* II, *pág. 528.*

Se compromete, pues, explícitamente, el amable Salvador a trabajar especialmente en la santificación de aquellos que, con sacrificio, procuren el glorificar su Corazón Divino. Huelga añadir que, evidentemente, esta pro-mesa, lejos de eximirnos del trabajo personal de cultivar en nosotros la vida interior, refuerza este deber. Pero es consolador en extremo saber que en esta tarea fundamental Jesús quiere dar una gracia muy especial a aquellos que, con fervor de espíritu, quieran dar a conocer las misericordias de su Corazón Santísimo. En resumen: promete el Señor una gracia particular de vida interior y de santificación a los que, sin des-cuidar por su cuenta este grave deber, se pro-pongan gastar tiempo y energías en extender el Reinado de su amor. Nada me extraña esta importantísima pro-mesa, pues siempre he creído que nadie como el apóstol del Sagrado Corazón podía y debía ser santo. Y para corroborar esta idea, ved, se presenta Jesús mismo prometiendo ser el primer obrero en esa magna empresa. Y no, ciertamente, como lo hace ya con todos los cristianos de buena voluntad, sino *de manera privilegiada* con aquellos quo se proponen ser, en espíritu y en verdad, los mensajeros y apóstoles de su Corazón. Con estos tales quiere realizar con exceso aquello del Evangelio: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura» (1).

(1) Mat., VI, 33.

Con esta promesa parece repetiros lo que dijo un día a Santa Catalina de Sena: «Piensa en Mí v yo pensaré en ti»; o más claro aún, hablando a su confidente de Paray-le-Monial: «Preocúpate de Mí y Yo me preocuparé de ti y de todo lo tuyo. Y claro, en primer término, de hacerte santa, ya que sin ello no serías, ni en sombra, el apóstol de mi amor.» El resumen de esta teoría es sencillísimo: comienzo yo deseando amarle, y amándole con toda el alma, y porque le amo, me propongo lógicamente el hacerle amar, y ser su apóstol. Entonces Jesús, para pagar mi amor, y especial-mente para recompensar mi gran deseo de hacerle conocer y amar, se compromete El a avivar la llama de mi propio corazón, hasta convertirlo en hoguera de caridad. Llegado a ese punto el apóstol ya no sabe pedir nada que no sea la gloria del Sagrado Corazón, esto es, amarle y hacerle amar. Olvida sus mil pequeños intereses, y todo, todo lo resume en ese doble reinado del Amor: primero en El y luego por Él. En la oración entáblase entonces un duelo delicioso entre el alma y el Rey. —Hija querida, ya ves cuánto te amo; aprovecha, pues, y pide lo que quieras, me has robado el Corazón. —Amarte y darte gloria, ¡oh Divino Corazón! — Sí, hija mía, sí, comprendo y bendigo esta plegaria tuya; pero ¿no tienes gracias especiales que pedirme? ¡Habla, no temas, manda a mi Corazón! —Amarte y darte gloria, ¡oh Divino Corazón! —Me comprometes más así, me obligas a ser más generoso hablándome ese lenguaje, el de los santos. Por esto mismo, te repito, quiero colmarte, quiero probarte que, si tú eres mía, Yo soy tuyo; habla, pues. —Amarte y darte gloria, ¡oh Divino Corazón! —Por lo visto has olvidado otro lenguaje, y es que veo que lo has olvidado todo, todo por mi gloria. Hija mía, tu felicidad me ha vencido: dispones, no de la mitad de mi reino, sino de él todo entero. Mira, aquí tienes mi Corazón, te lo doy, dispón de l con todos sus tesoros. En esta hora de gracia responde: ¿qué favor, qué milagro de amor quieres pedir? —Amarte, amarte hasta la locura y hacerte amar con la potencia irresistible de tu propio Corazón... ¡Venga a nos el tu Reino! Pensar así, hablar así, orar así es disponer para nosotros, y para las almas, del Corazón de Jesús con todos sus tesoros. Y entonces sí que tendrá realización práctica y espléndida aquellas palabras de Santa Margarita María: «¡Ah, si pudiese, si me fuese dado expresar lo que me ha sido dado comprender acerca de las recompensas que dichos apóstoles recibirán de este Corazón amabilísimo!» (1.). Es tan alto, tan rico, tan grande aquello, que, corno a San Pablo, le faltan palabras a la vidente de Paray para expresarlo cumplidamente. * * *

(1) *Vida y obras, t.* II, *pág. 5 4 6* .

Mucho se ha hablado siempre de la oración como fuerza motriz de apostolado, y ello ha sido, ciertamente, un gran bien para las almas, pues dicho principio no se puede exagerar ni puede faltar. Pues no ha ocurrido lo mismo con el sacrificio y la inmolación. Quiero decir que, habiéndose afirmado corrientemente que la cruz nos es provechosa y meritoria, que es purificación y expiación, que nos dará gracia y cielo, no se ha afirmado, lo bastante al menos, que la cruz, tanto como la oración, y completando la misión de ésta, *es un verdadero y prodigioso Apostolado.* Quiero decir que el sufrir, no sólo es un mérito individual, digamos, para la esposa que está enferma, sino que, en la medida en que dicha enferma sepa utilizar con fe y amor sus males, convertirá desde el lecho de dolor al marido y a los hijos. La cruz es la más decisiva de las predicaciones; la amargura, soportada por un alma santa, es el más rico manantial de gracia y de conversiones milagrosas. Es esto en lo que, sobre todo, quiero insistir hablando a este cenáculo de apóstoles. El sacrificio no ya solo, ni principalmente como ocasión y elemento de mérito personal para mi bien privado y para mi cielo, sino *como virtud apostólica,* que da vida y da cielo a muchas almas. Se diría que el Señor ha querido vincular a la inmolación el secreto seguro, infalible de victoria. En efecto, cuando un pecador ha resistido a todos los embates de la gracia en la forma de consejo, de ejemplo y de argumento doctrinal, el dolor parece poseer el

monopolio de derribar a ese gigante de incredulidad, a ese rebelde de libertinaje, y helo ahí de rodillas... ¡Porque su esposa, su madre, su hija supieron llorar largos años, pero con lágrimas de amor, y con ellas, agotados todos los demás recursos, ved, han vencido por fin; esa alma se ha confesado ya y llora de amor y de arrepentimiento! ¡Qué de veces he podido comprobar la veracidad de esta afirmación con conversiones increíbles, inauditas! La cruz da siempre el golpe de gracia. Esto no data de ayer, data del Calvario. No todos pueden hablar como Bossuet; no todos pueden escribir como el famoso Fray Luis de Granada; no todos pueden conquistar exteriormente mundos para Dios y la Iglesia, como Colón; ni todos tienen la vocación de Las Casas; pero todos, los niños y los viejos; todos, los sacerdotes y los seglares; todos, los ricos y los pobres, podemos redimir almas cautivas, curar ciegos del alma, predicar a distancia, resucitar cadáveres morales *con nuestras cruces de cada día;* pero, naturalmente, avaloradas por un amor a toda prueba. Pues así como de las cascadas de agua se ha sacado luz y fuerza para la industria, ¿por qué de tantas y tantas cascadas de lágrimas no sacaríamos, a nuestra vez, fuerza y luz divinas para establecer de un polo al otro de la tierra el Reinado del Sagrado Corazón? He lanzado ya, organizándola en todas partes, la Cruzada del Apostolado Paciente, o sea la utilización práctica de las cruces de tantos dolientes del alma o del cuerpo que encontramos a cada paso, pidiéndoles que las ofrezcan con amor para la gloria del Corazón de Jesús. Además del consuelo inmenso de saber que no hay una lágrima perdida en el orden divino, las dais otro consuelo mayor todavía, y es la certidumbre de estar comprando real y efectivamente, con moneda de amor y sacrificio, a muchas almas que encontraréis engastadas' en la diadema del Rey de Amur. —¿Quieres ser mi misionera? —le dice el Señor a una nena de siete años. —¿Yo, tan pequeñita; yo, misionera, Señor? —Sí, tú, cabalmente por ser pequeñita, ¿quieres? —Señor, no comprendo cómo... —óyeme, hijita: dame el centavo de oro -de tu comunión diaria, de tus oraciones; dame sobre todo el centavo de oro de tus sacrificios; esto es, todo lo que te cuesta y te fastidia durante el día, dámelo con amor grande para Mí y para las almas, y así, sin más, serás mi misionera. ¿Habéis comprendido la lección, ardientes apóstoles? Dadle ante todo vosotros, y luego pedid aquí, allá y dondequiera, entre gente piadosa, naturalmente, el centavo de oro de mil y mil pequeños sacrificios cotidianos, pero ofrecidos con amor grande, y en cada contribuyente creáis un misionera, un apóstol. El Niño Jesús solía favorecer con su santa familiaridad, maravillosa, a una chica, una pastorcita de unos cinco años. Con frecuencia, sentados ambos en una misma piedra, a la sombra de un árbol, conversaban largo rato, cuidando el rebaño que pastaba a unos pasos. ¡Qué de lecciones sublimes solía dar el Niño adorable con sencillez de niño y con profundidad de Dios, a la pastorcita! Meditad la siguiente lección, tan alta como deliciosa, lección hecha para vosotros, apóstoles. «Extiende tu manecita», le dice el Niño Jesús a su amiguita, y cuando ésta ha obedecido, el Señor pone en la palma de su mano migas de pan; luego, con un gesto gracioso, invita a los pajaritos que están gorjeando en las ramas vecinas a que vengan a comer, y vienen y comen en la manecita de la chica. Concluido este banquete de poesía, dice Jesús a la pastorcita: «Prepárate, pues cuando seas mayorcita, no en tu mano, sino en el cáliz de tu corazón pondré Yo *migajas* amargas *y licor de lágrimas,* ya que has consentido en ser apóstol de mi Sagrado Corazón. Y entonces, en vez de las avecillas, las almas, muchas almas, vendrán a comer, a alimentarse de tus amarguras. Prepara tu alma, hijita mía, para ese gran apostolado de cruz.» ¿No es esto sublime? ¿Quién hubiera podido inventar cuadro más sencillo y predicación más a fondo sino el mismo Jesús? Y en otra ocasión, el Señor le dice a la misma pastorcita: «Adivina: ¿cómo se puede hacer de dos palos muy feos un objeto muy hermoso, preciosísimo? ¡Adivina! 344 Y como la siena no acierta, Jesús le dice: «Tráeme aquellos dos palos..., ¿los ves?, son ordinarios, torcidos, feos...» Y luego, haciendo con ellos *una cruz,* le dice, sonriendo: «Mira qué objeto más hermoso: ni los ángeles harían otro más santo y precioso... Pues bien, antes de mucho, te voy a clavar Yo mismo en una cruz como ésta, y si entonces sabes amar-me en ella aún más que ahora, y bendecirme y pensar en los pecadores, por esa cruz te prometo darte muchas, pero muchas almas; serás en ella la misionera de mi amor.» Qué bien comenta el Crucificado Divino en estos hechos su gran doctrina: que el dolor es el mejor predicador, y que no hay misionero más fecundo que un alma crucificada que, al cantar en cruz, la ofrece, más que para enriquecerse con mérito personal, para hacer amar el Amor. ¿Y no es sobremanera consolador ver que, en esta cruzada apostólica, todos pueden tener su parte de mérito y de gloria, todos, ya que todos lloramos y sufrimos? Pero ¿no es particularmente conmovedor que en este apostolado tan potente, tan rico en promesas divinas, tan confirmado por milagros, sean los pequeñitos, los débiles, los pobres e ignorantes los preferidos por el Señor y los más dueños del arca de su Corazón y de sus tesoros? Un niño y un mendigo podrían, por este apostolado, hacer y con-seguir lo que no ha conseguido, en muchos años de oratoria, un conferenciante célebre. Por esto, mi gran afán, al predicar el Reinado del Corazón de Jesús en una ciudad o en otra, es siempre asegurar su triunfo y cimentarlo en algunas de esas almas pequeñitas, «partículas» ofrecidas sin reserva por la victoria del Rey de Amor. He aquí un ejemplo interesantísimo al efecto: Había predicado durante diez días en una gran ciudad ante auditorios

imponentes, en iglesias atestadas, y esto tres, cuatro y cinco veces por día. Así y todo, terminaba la jira en esta población, triste y casi descontento. ¿Por qué?... Pues porque no había encontrado todavía aquella alma pequeñita, aquella partícula que me es indispensable en todas partes para hacer obra viva, honda y duradera. Estoy ya para partir de aquella ciudad; acabo de celebrar la Santa Misa en la capilla de una. Comunidad, cuando en la acción de gracias se me ocurre hacer la siguiente petición: «Señor, si estás contento de esta semana de apostolado, si vas a reinar de verdad en esta ciudad, si has bendecido lo que he dicho sobre la doctrina de tu Corazón, dame, antes de partir, una respuesta, un signo. Mándame, Jesús, ahora mismo, antes de tomar el tren, mándame en este momento un alma pequeñita, un alma como Teresita, que ofrezca todo su amor e inmolación por el triunfo y el reinado de tu Corazón.» E insisto: «Señor, dámela de una vez, antes de irme; ¡mándame dicha alma como prueba de que estás contento y de que reinarás! Dámela, dame esa alma como Teresita, partícula de amor y de sacrificio por tu reinado,». Estaba repitiendo interiormente la misma jaculatoria, tal vez por la vigésima vez, cuando golpean a la puerta de la sacristía y entra la hermana sacristana, que, bastante malhumorada, me dice: —Padre, está aquí, en el corredor, una joven obrera, y se empeña en que no puede irse usted sin verle y hablarle. Le he dicho que es imposible, que es inútil, que desde aquí se va usted a la estación... Pero ella insiste que debe hablarle un instante... Me fastidia, Padre, con su insistencia. ¿Qué le digo? —Pues que entre en el acto... Se adelanta la joven obrera, y sin más preámbulos me dice: —Padre, le he oído predicar varias veces sobre el reinado del Sagrado Corazón, y se me ha ocurrido que para que tenga éxito una empresa tan grande y hermosa corno ésta no bastan asambleas magníficas ni muchas conferencias, sino que un alma pobre y pequeña se ofrezca por amor como Teresita, para asegurar la victoria al Corazón de Jesús... A eso vengo, Padre; ¡oh!, antes de irse, ¿quisiera usted ratificar mi oblación? Ya adiviináis mi asombro. Repetía ella casi palabra por palabra mi jaculatoria secreta. Y cuando le contesto con júbilo que sí, me pide que me acerque al Sagrario un momento, y que allí, en silencio, confirme yo como sacerdote lo que ella, arrodillada ante el comulgatorio, le dará a Jesús para ser la «partícula» y la «misionera» de su divino Corazón. La Providencia sapientísima ha querido recientemente poner en gran relieve este principio de apostolado, y la fecundidad prodigiosa de esta acción íntima de amor y de inmolación en la persona de Santa Teresita. Y la Iglesia, en la forma más solemne que cabe, la misión apostólica de Teresita, nombrando a esta Carmelita contemplativa, que vive tan sólo nueve años en el convento y que no ejerce ninguna influencia exterior durante su vida. ¡Patrona oficial de la *Obra de San Pedro* para sacerdotes indígenas! *y ¡Patrona de las Misiones!* Seria esto un absurdo, si no fuera divino, que una joven Carmelita, desconocida y muda, que no ha tenido, ni de lejos, la misión exterior y brillante de su Madre y Fundadora, sea colocada por la Iglesia como Estrella y Patrona de misioneros. No es absurdo, porque es divino. Amó mucho y murió de amor, murió a fuego lento, en nueve años de martirio, siempre son-riendo... Y ofreció toda esa inmolación y su vida toda entera, por amor, para hacer amar el Amor. La ofreció muy en especial por los sacerdotes, por aquellos sus hermanos tan venerados y queridos, por los apóstoles oficiales y los misioneros del Señor Jesús. Bendito sea el ciclo que para provocar una tal Epifanía nos mandó tal Estrella. Y bendito el Rey Crucificado que por ella nos dice una vez más que el martirio secreto del amor es el mayor apostolado. *(Notas de los folletos de Lyon, Friburgo, Le Puy, Poitiers, Parad y notas manuscritas.).*

ESPÍRITU DE APOSTOLADO

Características del Apostolado del Sagrado Corazón

El modelo perfecto, acabado, del apóstol, es María. Ella quedará., a través de las edades, cono el prototipo y el ideal, jamás igualado, del dispensador de la vida y de las misericordias de Jesús. Nadie, ni San Pablo, llamado por antonomasia el Apóstol; ni. San Pedro, ni San Juan, nadie fue más apóstol, en toda la acepción de la palabra, que María. Y esto por una razón obvia, a saber: que el apostolado es, en sustancia, dar Jesús a las almas y dar almas a Jesús. ¿Quién pudo jamás darlo como María, cuando sólo ella lo poseyó después del Padre, con posesión integral y perfecta? Ni ¿quién dispuso del tesoro de las almas más ni mejor que esta Madre y Corredentora? Observad todavía esto: María es tanto más poseedora de Jesús cuanto más apóstol. Así, en Navidad su Maternidad es mayor, diría, que el 25 de marzo, pues en la medida en que nos da a Jesús, Ella es más Madre y Jesús es más suyo... Y en esa misma progresión, en el Calvario, dando definitivamente a su Jesús, María Dolorosa es más Madre aún que en Belén, porque es más divinamente fecunda. Subió al Calvario Madre de un Hijo, y descendió de él Madre de la Humanidad, rescatada con la sangre del Hijo-Dios, que era también su Sangre. No lo olvidéis, celosos apóstoles: daremos a Jesús, como María, en la medida en que lo poseamos; y, a su vez, Jesús será tanto más nuestro cuanto más lo demos en un apostolado ardoroso y. sobrenatural. Esto dicho, y sobre la base de las observaciones fundamentales del capítulo anterior, veamos cuáles deben ser las cualidades dominantes del apostolado en general y del apostolado del Corazón de Jesús

en especial. Porque si bien la intención secreta la ve Dios y 21 la recompensa, el valor efectivo de nuestro apostolado y su resultado de mayor o menor eficacia está, naturalmente, ligado a determinadas leyes y. condiciones. Así es en el orden de naturaleza, y así también en el orden espiritual y de gracia. Estudiemos un momento dichas leyes y condiciones de fecundidad apostólica.

Razonamiento y estilo sobrenaturales

No todo celo es bueno, porque no todo celo es santo, sobrenatural. Aun dentro de las obras mejores, en su organización y dirección, suelen encontrarse con frecuencia mezclados el oro y 350 la escoria. Quiero decir la obra hermosa y un sistema de llevarla a la práctica demasiado humano. El juego de los intereses mezquinos y de las ventajas personales está, con frecuencia, demasiado ligado con lo que llamamos la obra católica y pía y la gloria del Señor. Separemos la tierra del cielo, pasemos por un crisol divino el oro y dejemos la escoria. No razonemos, como cuenta el Apóstol que razonaban ya en su tiempo, diciendo los unos: «Yo soy de Pablo», y diciendo los otros: «Yo soy de Cephas» (1). Seamos todos apóstoles de Cristo, y sólo de Cristo, y probémoslo con obras, que son amores. Probémoslo especialmente en la obra sobre-natural de *olvidarnos de nosotros*, de no mirar tanto por el provecho y honor y crédito de nuestra persona y de nuestra cofradía... Preciso es saber ceder el paso, mucho más que por cortesía, por espíritu sobrenatural, a quien mejor que yo puede hacer la obra de Dios. No digamos: «Yo llegué el primero»; no juguemos a las carreras con las obras divinas... Levantemos muy alto el criterio y la mirada, que con la muletilla de nuestros derechos se ha impedido siempre mucho bien y se ha abierto la puerta a discusiones y a mucho mal entre los hijos de la luz. Y luego no apuntemos, como a un blanco directo e importante, al éxito *sensible* de nuestras obras católicas.

(1) 1.a Col.., I, 12.

Confiemos el éxito al Señor desentendiéndonos de él, en parte al menos, y eso por varias razones. Entre otras, porque el éxito no depende ni del celo ni de la cooperación de otros; el verdadero éxito es una lotería divina: Dios 'lo da a quien quiere y corno quiere. Cuántas veces, porque así lo dispone Jesús, se ha trabajado mucho y bien, y el éxito sensible al menos no corresponde. Y a este respecto, una segunda observación capitalísima. El hecho de no recompensar siempre Jesús el mucho celo con un gran éxito halagador y. sensible, prueba, desde luego, que éste no es siempre a sus ojos un éxito verdadero, una victoria suya, divina. Se necesita un gran sentido sobrenatural para comprender esto, so pena de sentirse de alas caídas y desanimadas. Insisto...: todas las promesas, las del Evangelio o las de Parayle- Monial, con respecto al triunfo prometido del Rey de Amor, no las podemos entender con criterio humano, corriente, sino con espíritu sobrenatural. En efecto, más qué otras batallas materiales, en este combate divino se puede y se debe afirmar que hay derrotas aparentes que son grandes victorias. El éxito para nosotros, apóstoles, debe consistir, exclusivamente, en que El coseche las almas que se merece y que se coroné con la gloria que le es debida, aunque para nosotros, en nuestro apostolado, no quede sino el desastre y la confusión. ¡Su triunfo, y éste *como lo entiende, y basta!*

Y ahora un problema de fácil solución para quien juzga el vaivén del apostolado a través de un prisma del todo divino; me refiero a las dificultades de orden material y moral que encontramos a diario en nuestro camino. Oídme, apóstoles queridos: debo afirmaros, sin reticencias ni ambages, que si queréis real-mente la gloria del Sagrado Corazón; que si anheláis esa gloria, por encima de la vuestra y de todos vuestros intereses, los más legítimos; si sois de hecho y de derecho verdaderos y genuinos apóstoles, formados en la escuela de Margarita María, debéis *bendecir* al Señor, que en su sabiduría permite las contradicciones y los obstáculos cabalmente para su gloria. Y la primera de sus glorias será, ciertamente, el que estas dificultades afinen y refinen el celo de aquellos a quienes Jesús ha querido confiar su Corazón y las almas. Aprended en esas horas de prueba, cuando las derechas y las izquierdas parecen conjuradas para arruinar un proyecto, grande y hermoso en sí, y que os ha costado noches de insomnio y días de fatiga; entonces, digo, cuando veáis que el vendaval está por tirar a los suelos la obra acariciada tanto tiempo y con tantos des-velos, aprended a bendecir al Señor, que, a su hora, abre o cierra las cataratas del cielo. No os turbéis, no os alarméis en demasía, no sufráis humanamente. Tomad entonces a dos manos el corazón que palpita con violencia, que querría, con santos pretextos, acusar y condenar a los contradictores. Corred ante el Sagrario, ofreced vuestra pena con amor grande al Amor divino y quedad en paz, que Él no puede descuidar la gloria de su Padre y su propia gloria. Las contradicciones han sido y serán siempre sello divino de todas las obras, y esas contradicciones vienen sólo cuando el Señor lo quiere y duran sólo lo que Él permite. Son éstas, además, un bien para el apóstol, pues nos humillan, y humillándonos purifican y refinan la intención, que, mal que mal, se empolva con frecuencia en los afanes diarios del apostolado. Ninguna de estas tempestades arruinó jamás una obra querida por Dios, al menos cuando los encargados de ella, los apóstoles, razonaron con este gran espíritu sobrenatural. Debemos confesar con pena que éste falta bastante, y aun mucho, en muchas obras. Por esto, no por falta de dinero, ni de apoyos humanos, muchas obras, y excelentes, no viven, vegetan. Este vegetar no es

el resultado triste de la persecución, sino de una falta de espíritu sobrenatural. Un detalle más sobre este tema. Acabo de decir que hay obras excelentes que languidecen, y no por falta de dinero, ni de crédito social humano. Huid como de la peste, apóstoles de la Entronización, de aquel criterio que atribuye una importancia que no tienen a la vil moneda, a las firmas de crédito y al apoyo de nombres ilustres. En nuestro campo de acción sobre-natural, el dinero y los apellidos cuentan como un *post scriptum y no* como un valor efectivo. 354 y digo otro tanto de recomendaciones y favores humanos. Entre apóstoles no hay acepción de personas. 1,0s falta dinero para la Entronización para poder obsequiar con cien imágenes a cien hogares pobres? No calculéis como comerciantes, iba a decir: dad lo que no tenéis, y Jesús proveerá... Por favor, cuando se trate del Sagrado Corazón, de hacerle conocer y amar, de coronarle con almas, por favor, no contéis el dinero, ni argumentéis con la caja. Así no triunfaron los santos.

Espiritu de fe « Nerninem viderunt nisi solum Jesum» (r).

«No vieron a nadie, sino a Jesús.» Hablando Nuestro Señor con Margarita María le dice: «Reinaré *a pesar de* mis enemigos.» Ese «a pesar» ha dado bríos. a muchos apóstoles inexperimentados y tímidos, que creen demasiado en el poder de Satán y sus secuaces... A los tales me permito observar, con respeto y humildad, que lo temible no es tanto la oposición de Satán, ya que seguramente el Señor reinará a pesar suyo, sino la apatía de los amigos que no son los fieles hasta el Calvario. Las izquierdas no son omnipotentes, ellas no decidirán de la suerte del Señor, sino la fidelidad o. la timidez de las derechas...

(1) Mat., XVII, 8.

Este es asunto capital y asunto de fe. ((Hombre de poca fe» (1), dijo Jesús a Pedro, y esto mismo lo podría repetir a tantos que están constante-mente tiritando y sudando frío al ver las amenazas y las conjuraciones de los enemigos. Insisto: éstos no avanzarán sino en la medida en que se lo permita la falta de celo, el exceso de prudencia humana de los amigos del Señor; en una palabra, *su falta de fe.* Falta de fe es aquel querer ver coronado cuanto antes nuestro trabajo y con éxito notable, brillante, y desear que se sepa y que se publique que los factores de tamaño éxito hemos sido nosotros._ . Falta de fe es pretender cosechar por la tarde lo que hemos sembrado por la mañana, y querer sacar de esa cosecha prematura admiración y aplauso, aunque protestando, naturalmente, de la pureza de intención, que nos anima. ¡Oh!, pedid a Jesús que os dé, apóstoles queridos, una fe muy grande, muy viva, para no defraudar la confianza que Él ha depositado en vosotros. Cuántas victorias aguarda de vuestro espíritu de fe. Yo creo firmemente que el fracaso no existe en las obras divinas emprendidas y llevadas a cabo por un verdadero apóstol. Me explico:

(1) Mat., XIV, 31. 356

Si por fracaso entendemos la ruina de *nuestros proyectos, aun* buenos; del castillo forjado en nuestra mente con excelentes intenciones, pero castillo de naipes, entonces sí, el fracaso puede y aún debe ser; el Señor no sería quien es si se hubiese comprometido a firmar nuestros devaneos por rectos y honrados que hayamos sido en nuestras intenciones. Pero si yo me propongo la gloria del Señor *y sólo esa gloria,* prescindiendo del andamio que yo he levantado, cuando el Señor queme el andamio, con él no ha quemado el verdadero resultado de gracia de mi tarea de apóstol, tarea, en el fondo, santa, divina y, por lo tanto, fecunda. Quemado mi andamio, el Rey de Amor será glorificado, y esto me basta: el fracaso fue mío, fracaso de forma, y la victoria fue suya, victoria real, efectiva y a fondo. ¡Bendito sea Jesús victorioso! Yo he salido humillado y con heridas en la batalla, y El con palmas y laureles. ¡Alabado sea mil veces en su divino Corazón! Falta de fe muy corriente entre los-apóstoles *es desalentarse. Nos* olvidamos que las dificultades son de tal modo indispensables en las obras divinas que si no las hubiera, deberíamos quejarnos al Señor, *y deberíamos inventarlas,* provocarlas nosotros, para asegurar con ellas la victorias de Jesús. ¡Ay! Nuestra fe es con frecuencia un miserable cabo de vela, y no el sol que debiera ser. Hemos olvidado que Jesús edifica siempre en las horas de tormenta, con tal que los operarios crean en la fidelidad y omnipotencia de su Señor. Ved cómo, durante varios siglos, los Obispos y Sacerdotes y millares de cristianos, las primicias de la Iglesia naciente, eran segados por la gua_ daña de la muerte. Los tiranos queman, ahogan en sangre la Iglesia en su cuna. Y así tal vez hubiera sido si razonando ellos, como razonarnos nosotros, con exceso de cálculo y con falta de fe, hubieran dicho descorazonados: (Si nosotros morimos, ¿quién cuidará las almas y los altares? El Señor nos ha olvidado, ¡ay de nosotros! y ¡ay de la Iglesia!» No hablaron así, antes bien murieron cantando una victoria que su muerte afirmaba más y más. Como ellos creyeron en aquella palabra: «He vencido al mundo» (1), creamos en ella también nosotros. Creamos más, muchísimo más en Jesús que en nuestra impotencia como instrumentos frágiles e indignos de una misión tan alta. ¡Ah! Si tuviéramos la fe de los santos. ¡Qué de portentos obraríamos, a pesar de obstáculos exteriores y de nuestra incapacidad y miserias naturales! Porque si los hombres han llegado a convertir en puentes de acercamientos y comunicación los mayores obstáculos, como eran el mar, el espacio y las montañas, ¿cuánto más que la ciencia, movida por la sed de lucro, inventaría la fe, enardecida

por el celo y la sed de la gloria del Señor? Que si por nuestros pecados hemos pasado a veces las noches y los días en la esterilidad, sin ningún provecho en nuestras obras —hecha con humildad esta confesión— lancemos la red con fe inmensa en nombre del Señor, y haremos, o liará El una vez más, la pesca milagrosa.

(1) Juan, XVI, 33.

¡Apóstoles, creed en la fidelidad del Corazón de Jesús, creed en su amor! Bien puede Él pro-ceder con vosotros como con la Cananea, es decir, hacerse rogar, negar una y varias veces lo que le pedís, probaros; pero su Corazón no puede ni engañar ni engañarse: golpead de nuevo y os abrirá. Creed con una fe invencible en su amor para precipitar la hora de gracia y de misericordia, pues el Señor tiene «su hora». No seáis de fe menguada, de criterio razonador como el apóstol Tomás. «Bienvanturados los que creen sin ver» (1). Estos sí que son apóstoles, ellos solos experimentarán un día que la palabra del Señor no ha pasado, y que su corazón, fuente de misericordia, es fiel con fidelidad de Dios. Repetidle, eso sí, con humildad: «Creo, Jesús, pero aumenta mi fe» (2).

Espíritu de caridad abrasadora

Tú lo sabes todo, Señor. Tú sabes que te amo (3). Nuestra obra es eminentemente una empresa de amor, por ser la obra del Corazón de Jesús.

(1) *Juan, XX, 29.* (2) *Luc., XVI I , 5.* (3) *Juan, XXI ,* 17.

Todos los esfuerzos de nuestro apostolado, todos, deben converger a este tema capital: que siendo Dios caridad y amor, que siendo la Encarnación del Verbo, la Redención, y la Iglesia la manifestación y el argumento de ese amor infinito, debemos resumir toda nuestra religión en el primer mandamiento de la ley: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (1). Lo hemos dicho ya: este amor, esta caridad, no es, no debe ser una devocioncilla de tantas, sino el alma de fuego de toda nuestra vida espiritual y el objetivo directo de toda nuestra campaña de apostolado. Una cosa es el escapulario del Corazón de Jesús y otra-sin la cual todos los escapularios son vanos-el amor de Jesús y Jesús apasionadamente amado. Amemos como apóstoles y hagamos amar a Jesucristo, tan poco amado. Amemos con una caridad no ordinaria, llevemos un brasero dentro del pecho para que la lengua, caldeada, hable con fuego y siembre llamas. E insisto tanto sobre este punto porque hay propaganda y propaganda: la hay, hecha con luz eléctrica, y la hay, hecha con luz y calor del sol. Con luz eléctrica, quiero decir, sin el calor de una llama. Exponemos, por ejemplo, teórica-mente los principios, la ley de Dios, los sacramentos, la gracia, la Redención, la Eucaristía; exponemos toda esta serie de maravillas como quien sienta las teorías de Física o de Química, sin alma ninguna.

(1) Luc., X, 27.

El público ha comprendido, ha aprendido de memoria la teoría, pero... sale tan frío como antes, y sabiendo un poco más, no ha aprendido lo único que importa: el amar a ese Dios todo caridad. Este estilo frío, teórico, es el que llamo de iluminación eléctrica. ¡Qué distinto es hablar y enseñar diciendo exactamente lo mismo, enseñando toda la doctrina y todo el Evangelio, pero como los hacía el cura de Ars, como lo hubiera hecho Teresita! Qué distinto cuando la voz, el tono, el ademán y todo, todo traduce una convicción de amor; cuando al hablar de Jesús se está dando a Jesús, se está enamorando a las almas en su hermosura; cuando al enseñar el catecismo sencillísimo se siente, a través de la lengua del apóstol, al Rey de Amor que habla. ¡El mismo! Esta es la propaganda nuestra, éste nuestro estilo característico, nuestro idioma de luz y de calor, el del sol del Corazón de Jesús. Cuando debemos hablar de Geografía o de Historia Natural nos basta la ampollita de luz eléctrica; pero cuando debemos conquistar almas para Jesús, necesitamos el foco divino de su propio Corazón. Y aquí sienta admirablemente abordar una idea importantísima y que completa la anterior, a saber: hablemos con amor de un Jesús amabilísimo y no duro, ni inclemente, ni pesado; no lo presentéis siempre pronto y terriblemente exigente para juzgar y condenar; tardo y olvidadizo para hacer misericordia y perdonar.., ¡Ésa es una falsificación! Presentémoslo como nos lo presentaría la Virgen, su Madre: en todo el esplendor de su hermosura de Dios-Salvador, de Cristo- Redentor Si le hemos de hacer amar, presentémosle amabilísimo, es decir, *tal cual es,* ya que, felizmente, no tenemos que forzar la nota, ni falsificar una media línea de su retrato auténtico para enamorar, con su belleza soberana, a los más recalcitrantes. Digamos y repitamos a saciedad que, porque es Jesús, es Dios de bondad, de suavidad y de ternura. Digamos que fue Él quien creó tan dulce, tan compasiva, *tan Madre a la* Virgen, y que en este molde único formó el mismo Señor el corazón de todas las madres con lo mejor de sus propias ternezas. Pero gritemos bien alto que si la 'Virgen María y nuestras madres son un dechado de bondad, ¿qué no será El, Jesús, que es el manantial eterno e infinito de donde nacieron esos hilos de plata, de donde emanan esas gotas de miel, que son las ternuras y amabilidades de la Inmaculada, y de todas las almas compasivas, buenas y amables de la tierra? Aquí os recuerdo lo dicho en otra ocasión, es a saber, que al predicar a Jesús amabilísimo, Dios de amor, lejos de suprimir el atributo de su

justicia lo realzáis, y más, *os* apoyáis cabal*mente en esa justicia*, para afirmar que el Señor, por ser Justo, es misericordioso. Circunscribir la justicia de Dios al infierno, y mandar a él sin más ni más a medio mundo, eso no es ni la justicia, ni la verdad que nos trajo a la tierra un Dios- Caridad y un Dios-Salvador. ¡Oh! No lo olvidéis: dad alas a las almas, inspirad en ellas, con el amor de Dios, la con-fianza en Él. Y tened vosotros, apóstoles, con las almas las entrañas de piedad y de paciencia que tuvo el Señor con vosotros. Mirad que los malos, de veras malos, son relativamente pocos; los ignorantes son muchísimos, y los débiles somos todos. Por esto, para ser justos en nuestro ministerio, tan hermoso y delicado, con las almas, ¿oís?, para ser justos *y* a la vez fecundos, sed buenos y suaves, sed «madres» con tantos cuya salvación depende tal vez de vuestro apostolado. En Jesús y para Jesús, amad los tesoros que su Corazón ha puesto en vuestras manos. * * * Concibiendo así la misión del verdadero apóstol del Corazón de Jesús, es fácil hablar en consecuencia de *abnegación.* Pasta, en el fondo, no es otra cosa sino *darse del todo a las almas* por amor a Jesús, como Jesús se dio a nosotros. Qué de cosas bellísimas podría contar aquí para confirmar esta definición de abnegación en el apostolado. Entre otros, el caso aquel que he relatado mil veces, el ejemplo, de aquella pequeñita colegiala, inteligente, y a quien le pido 363 me ayude como secretaria y copista. Ved lo que se le ocurre: Mamá, ¿sabes?, he prometido al Padre que le ayudaré en su apostolado; por eso desde esta semana me vas a permitir velar de nueve a doce de la noche, tres veces, para hacer el trabajo urgente que me ha encomendado. —¿Qué trabajo es ése? —dice la señora. —Pues tengo que copiar en cuatro o cinco lenguas distintas, muchas, muchas cartas circulares; tengo ya los modelos originales: ¿me permitirás, verdad, mamá? —Pero no veo por qué debas velar tres veces por semana, y de nueve a doce de la noche —re-plica la señora—. Bien está que ayudes al Padre, pero el trabajo lo puedes hacer los jueves y domingos, en que no hay clase; el velar como pides podría ser peligroso para tu salud. Entonces la chica, abrazando a su mamá y rompiendo en un sollozo, le dice en voz baja: —No has comprendido bien, mamá... Óyeme: ya sé yo que el trabajo podría hacerlo cuando tú dices, pero así no conseguiría mi objeto... ¿Qué quieres decir? —dice la señora. —Mamá, para ser apóstol con este trabajo debo hacerlo con *sacrificio de sueño, y si fuera necesario, de salud...* Mamá, acuérdate que debemos convertir a papá. ¡Para convertirle, mamá, dime que sí! Dame el permiso, pues con amor y sacrificio pagaré el alma de papá, y siendo así apóstol le salvaré... ¡Dime que sí, mamá! La señora, una gran cristiana, llorando emocionada, da el sí. Entonces la chica prepara su mesa con sus papeles, la imagen del Sagrado Corazón, y una lámpara. Tres veces por semana, de nueve a doce, *de rodillas sobre un ladrillo,* escribe, copia centenares de cartas por amor y para ser apóstol. Más de una vez, al levantarse, deja en el ladrillo huellas de sangre, moneda con que la chica-apóstol paga el alma de papá. ¿No os ruborizáis? ¿Por qué nos faltan heroísmos y abnegaciones de esa naturaleza? Porque en la falange de apóstoles nos falta la doctrina del amor. Las iniciativas y .las energías que éste no da y no inspira, nadie las da. Y aquella pobre vieja, ignorante y mendiga, que me ayudó en la alborada de esta Cruzada, yo jamás la olvidaré... ¡Qué de veces la he visto llegar empapada, hecha una sopa, como decimos en jerga vulgar, después de haber pasado su día de casita en casita hablando del Sagrado Corazón, a pesar de una lluvia torrencial! —Pero, hija, está usted imposible. ¿Tiene usted ropa para cambiarse? ¿Qué va usted a hacer ahora? —Pues secarme junto al brasero de mi vecina. —¿Y ha comido usted? —Un pedazo de pan...; pero no hablemos de esto: ¡qué importa todo cuando el alma está feliz porque ha logrado hacer amar a Jesús!... ¡Cuántos de estos apóstoles como la colegiala aquella y esta mendiga, confundirán allá arriba a muchos oradores de marca! Sí, nuestra característica es el estilo de Pentecostés; somos por vocación «la zarza que arde 365 y que, consumiéndose, debe pegar fuego a la montaña». Hablemos en escuelas, en patronatos y al conquistar hogares para el Rey de Amor; hablemos de Jesucristo y de Jesucristo Crucificado. ¡Menos retórica y más amor, menos rodeos y figuras y símbolos y más, mucho más la gran realidad que es Jesús y su amor! *(Folletos de Friburgo, Paray, Sept-Fons, Lyon g notas manuscritas.)*

REPARACIÓN «He sido herido en casa de aquellos que me amaban.»

I la idea de reparación es antigua como el Cristianismo y el Evangelio, es innegable que desde las grandes revelaciones de Paray-le-Monial ha tomado ésta una forma si no nueva del todo, una muy especial. Dentro del marco de la doctrina del Corazón de Jesús, la idea reparadora ha cobrado, desde entonces, un relieve, una importancia y ciertos matices delicados que no tenía anteriormente. Podemos, pues, afirmar, sin exageración, que la reparación es sobre todo un elemento inseparable de la doctrina del Sagrado Corazón; más aún: que la reparación, dada la situación anormal y de desequilibrio creada por el pecado, es inseparable de la perfecta caridad. En efecto, no podemos, aquí en la tierra, amar cumplidamente a Dios sin *expiar* la ofensa que le infiere el pecado -sin *consolar* su Corazón divino, herido y triste hasta la muerte por causa del pecado —, y sin *resarcir* o reponer, en cuanto es posible, los daños causados por la rebeldía del pecado. La reparación es, pues, en otros términos, un amor de compasión, de desagravio y de penitencia en vista del desacato de que es

objeto el Señor por parte de los pecadores. Limitemos nuestras reflexiones, queridos apóstoles, a un tema en extremo práctico y de importancia suma con relación a nuestro espíritu y a nuestra vocación. Dejando de mano, por el momento, las consideraciones relativas a las iniquidades de los grandes pecadores, de los sayones actuales que, con odio encarnizado, flagelan y crucifican al Señor Jesús en logias masónicas y en, legislaciones de impiedad criminal; descartando, por ahora, todo ese cúmulo de ofensas gravísimas, ofensas diarias y constantes con que se profanan y quebrantan las Tablas de la Ley divina, detengámonos en otro pecado cruel y más que la punta acerada de la lanza de Longino. ¿Cuál'? *El pecado de los buenos, de los amigos del Señor.* Este es el que más le lastima, el que de parte a parte atraviesa su amable Corazón, no porque en sí sea más grave que el de los malvados, sino porque es una mano amiga la que flagela, porque es un corazón, tal vez colmado de gracia, el que le hiere con ingratitud y desamor. Y en este sentido podemos decir que una gota de hiel de ese cáliz querido le es más amarga que 368 toda la noche del Jueves Santo, ultrajado por una soldadesca pagana e ignorante. Así lo expresa Él mismo en forma clarísima y terminante a su confidente Margarita María hablando de las ofensas de los suyos, de los de su casa, de sus amigos. «Esto es —dijo— lo que me es más doloroso» (1). Y para este pecado de inmensa amargura pide especialísima reparación a su confidente y apóstol. Con ser pecado, y grave, el desenfreno y la licencia de los Carnavales, la procacidad en los espectáculos indignos y los devaneos de los mundanos, que abusan de todo; no hay duda que el dolor de sus dolores lo provocan los corazones que han jurado mil veces darle amor de santidad y, a pesar de ello, vegetan en los caminos de la mediocridad y de la tibieza, arrastrando las alas que les diera el Señor para llegar a la cima del amor. No negamos, no podemos cerrar los ojos, por desgracia, a mil y mil delitos gravísimos con que se ultraja la majestad y la santidad de Dios, sobre todo en las grandes poblaciones modernas, hechas otras tantas Nínives y Babilonias, no lo negamos. Pero tengo razón sobrada al decir que muchos de esos delitos no serían si *nosotros, los hijos preferidos, amáramos como debemos y podemos* amar. No comencemos, pues, por llorar y reparar los pecados de las izquierdas, sino la desidia y apatía, la falta de corazón de los que somos hechura de un amor de locura...

(1) V ida y obras.

El gran pecado y el primero que debemos reparar es *¡el desamor de los hijos!* «¡Ah! ¡Si te amáramos, Jesús, siquiera como amamos cuando derrochamos afectos con las criaturas!» Porque, fuerza es decirlo, a pesar de nuestra poquedad, tenemos una reserva de nobleza oculta en el fondo del alma, tenemos generosidades inusitadas, valentías que nos asombran, abnegaciones que no nos conocíamos, y a una hora de hidalguía o de desgracia descubrirnos todos estos tesoros, bajo una fibra secreta y desconocida de nuestro ser miserable... Pero, ¡ay!, despilfarramos entonces nuestro oro entre parientes y amigos, y para Jesús, en un caso parecido, no hubiéramos seguramente hecho tales descubrimientos ni gastado tales abnegaciones y noblezas. ¡Oh! Si, sabemos amar, cuando querernos amar..., pero rara, muy rara vez queremos amar como podemos... cuando se trata del Señor... ¡Él es tan poco afortunado en esto! Pero desde el umbral del corazón que le rechaza, ya verá. El la premura, el entusiasmo con que se abren de par en par las puertas a otros que son más, mucho más exigentes que El y que no esperan. ¡Pobre Jesús! He visto entre soldados y enfermeros y enfermeras durante la guerra heroísmos estupendos, inauditos; heroísmos que llegaron a ser casi mi hábito de nobleza nacional y patria; hechos incontables que, dentro de poco, parecerán legendarios, fabulosos y han sido sólo ayer, cien. 370 y mil veces, hechos reales, heroísmos de verdad y esto entre todas las categorías; grandes oficiales y soldados rasos, viejos y muchachos jóvenes, niños, madres y esposas. ¡Qué de veces, al admirar esas maravillas del amor patrio, esos lujos de exaltación guerrera, sentía yo una opresión en el alma y me invadía una gran tristeza, porque para mis adentros me decía a mí mismo: «Yo jamás he hecho, por amor de Jesús, jamás, ni la milésima parte de lo que admiro en este soldado o en aquella enfermera! ¡Y yo soy sacerdote y me llaman apóstol!» La Patria, el honor nacional, la familia, idea-les nobles, sagrados, que sabrán siempre mover resortes secretos, y aun crearlos en una hora solemne y de peligro... «Y Tú, Jesús, que creaste esos sentimientos delicados, pero que estás a infinita distancia sobre todos ellos, ¿Tú no tendrás la virtud de movernos, de lanzarnos y electrizarnos como el más noble de los pabellones y el más hermoso y amable de los Reyes?... Y tu Patria, Señor, nuestro cielo de mañana, ¿será menos tentadora que el terruño de aquí abajo?...» Al hablar así no hablo con los indiferentes o descreídos, sino con los buenos. Y creo en la sinceridad de su bondad. Sé que creen, y que su fe es de buena ley, no hay en ellos hipocresía. ¡Oh, no! ¡Pero... *no aman con todo el corazón!* ¿Cómo os explicáis, si no, que en tantos países donde no faltan, sobre todo en cierto elemento escogido, poderoso e influyente, la fe y bastante 371 formación cristiana, las huestes de Satán hayan avanzado formidablemente, que hayan podido hacer todo un plan de paganización social y, sobre todo, que lo estén realizando, punto por punto, diríase a mansalva, o casi sin resistencia?... Los buenos, ¿aprueban esas infamias? ¡No! ¿Por qué no forman, pues, una barrera infranqueable; por qué no se mueven y organizan; por

qué no mueren antes que ver profanados los templos, las escuelas y los hogares, por los insultadores de Cristo? ¿Qué, no quedamos en que hay en muchísimos corazones un fondo de grande nobleza y de maravillosos heroísmos, que se revelan a la hora de la crisis y del peligro? ¡Oh, sí! Pero esos heroísmos estallan, formidables y sublimes, sólo cuando hay el fuego de un grande amor, sólo entonces. ¡Ay!, mas como se trata de Jesucristo y... Jesucristo no es amado... Sentimos, eso sí, los atropellos de que el Señor es objeto, y en el secreto del corazón los condenamos; mas nuestra condolencia y compasión son muy platónicas, ¡ahí no está el corazón! *Muchas batallas se hubieran perdido, y con ellas el honor y la libertad nacionales, si a la patria se la hubiera amado como muchos buenos aman al Señor...* (Leed esto dos veces.) Lo he dicho en otra ocasión, pero quiero recalcarlo aquí, a propósito de reparación: es cierto que nuestra fe flaquea y que es preciso trabajar para avivarla y hacerla mucho más robusta. Pero, cabalmente, el medio por excelencia para robustecer y avivar nuestra fe es atizar la llama de la caridad. Porque si es verdad que nos falta a todos una fe más ardorosa, ello se debe, sobre todo, a que falta mucho, entre las filas de los mejores, un fuego de amor inmenso. ¡Amamos, sí, pero midiendo, escatimando amor a un Dios que nos amó sin medida! 1ste, éste es nuestro gran pecado, ésta la culpa, que tiene mil y mil tristísimas consecuencias en nuestra vida espiritual, y como repercusión lógica, en la vida de las almas, que el Señor quería salvar con la sobreabundancia de nuestra caridad. ¡Qué de bienes y de gracias perdidas por el desamor de los buenos! ¡Qué de tempestades que el cielo manda porque falta... la de Pentecostés! * * * Sin esta savia divina, ya lo comprendéis, el árbol social cristiano, muy resentido en su vitalidad, sirve a Dios y a la Iglesia frutos escasos y atrofiados. Porque lo que el amor no engendra y madura, ninguna otra fuerza lo da. Esta alma, la de la caridad, no se suple con nada, no se reemplaza, porque es la fecundidad misma de Dios. Rodando mundos oigo las lamentaciones de superiores y subordinados, las quejas de monjes y seglares, de buenos y de santos, _ y mal que mal, sin ser yo ni con mucho un genio, voy observando y sumando observaciones. A la raíz de todas, en el orden espiritual o religioso, pongo ésta: a medida que se va en Triando el Sol de amor, van creciendo y acentuándose, con caracteres alarmantes, las manchas solares, quiero decir, todas las miserias y todos los pecados. Y a medida que avanzo de un medio ambiente a otro, de un país a otro, de los seglares al convento y del convento a los seglares, voy confirmándote en la eterna oportunidad de aquella palabra de San Pablo: «La perfección de la ley... de toda ley, cualquiera que ésta sea, la de honradez en la vida social, la de santidad en un monasterio, ¡está en la Caridad!» ¡Y sólo en la Caridad! Sin grandes digresiones y muy sencillamente, saquemos algunas conclusiones, tan interesantes como prácticas, de esta afirmación trascendental...

Falta espíritu de sacrificio

Es voz unánime, al decir de Obispos y docto-res, que el espíritu de sacrificio se va esfumando, y va desapareciendo en las generaciones modernas en un grado alarmante, suplantando dicho espíritu entre niños como entre mayores, entre ricos como entre pobres, por un «Yo», así escrito, con mayúscula, esto es, por un egoísmo sencillamente cínico y espantable. ¿Será verdad? ¡Si que lo es! Y es muy lógico que así sea. Jamás hubo ni jamás habrá sino un Maestro de abnegación, esto es, de olvido de sí mismo, y éste es ¡Jesucristo! Ni jamás hubo, ni jamás habrá sino una fragua en que se caldee hasta el rojo el acero de la personalidad, para darle una forma cristiana, y esa fragua es la Cruz. Lo amamos apasionadamente a ese Maestro con su Cruz o se le reemplaza por el ídolo del "Yo". ¿Cómo *no amarme Yo,* si no le amo a Él, el único que puede sobreponerse a este Yo? Ni ¿cómo amarlo a Él sobre todas las cosas, con amor del alma, perdonando la vida al ídolo del egoísmo? Jamás hubo, que yo sepa, sino un secreto de martirio: *¡amar!* Y quien fue mártir por amor, en parrilla del verdugo, de abnegación cristiana o de propia penitencia, cantó siempre su martirio. Si suprimís la llama, suprimís la vida y el secreto de todo heroísmo, más aún que el natural, el divino. Falta **celo**

Se quejan también los Pastores que falta celo en muchos católicos. Las necesidades crecen, y no aumentan en igual proporción los apóstoles del bien. Muchos son, en todas partes, los que, teniendo fe, viven despreocupados de las almas de sus hermanos. Y aunque, como lo hemos declarado, el movimiento hacia el Corazón de Jesús ha conquistado muchas y hermosísimas almas, con las cuales se ha engrosado la falange apostólica, muchísimas más son aun las que se 375 resisten y se desentienden de los graves intereses del Señor. ¿Por qué esto? Porque no hay que pedir imposibles, porque de muchas prácticas de piedad y de retiros, esas almas no han sacado el verdadero fruto, esto es: un incremento efectivo de amor de Jesús. Como le amaron hace un año y hace diez, así, poco más, poco menos, le aman hoy, se contentan con no ser malas, vegetan... ¿Qué les falta? No la centella, no la chispa: la llama de la caridad! Si queremos multiplicar no tanto los obreros materiales, sino los verdaderos apóstoles, eduquemos el corazón, enseñemos a amar... Falta **fervor eucarístico**

Es indudable que desde Pío X hemos ganado mucho en espíritu y en fervor eucarísticos. Lo que este gran Pontífice hizo por el Dios del Sagrario quedará y se irá desarrollando cada vez más. Así y todo, oíd una reflexión a quien no tiene nada de pesimista. ¡No hemos aprovechado como hubiéramos podido el impulso

providencial dado por el gran Pío X! O, si queréis, su decreto y todas sus maravillosas ordenanzas relativas a la Eucaristía, no dieron no han dado todavía, todo el resultado que hubieran debido, porque, para penetrar en toda la importancia doctrinal y en 376 toda la hermosura evangélica de la palabra de Pío X, que dice: ««Lo quiero, id a comulgar», hay, ante todo, que *amar; es* decir, para comer, para ir al banquete, no basta la invitación: *¡hay que tener hambre de Jesús!* Porque todo no está en comulgar, y sí todo está en amar; esto antes, durante y después de comulgar. Que nos acerquen por camino de confianza mucho más a Jesús —que nos prediquen más y más la intimidad con Jesús—, que nos eduquen más en el abandono sobre el Corazón de Jesús, que despierten mucho más en nosotros hambre y sed de sacrificio, sed de almas por *amor de Jesús... y* veréis entonces si esos enamorados de Jesús pueden pasarse un solo día, uno solo sin devorarlo en la Hostia.

Flagelación de los amigos

Aquí quisiera poner punto final a esta lección sobre Reparación. Pero sería cobardía mía si hablando de los *pecados de los amigos, me* callara uno, el que ha hecho estallar en lágrimas y en cólera santa al actual Pontífice Pío X I. Me refiero al grave pecado de *inmodestia,* de *impudor de mucha gente católica y* aun —lo dice el mismo Papa— de gente *devota y piadosa.* Creo, digo mal, *estoy cierto* que la indignación del Vicario de Cristo refleja exactamente la honda y crudelísima herida del Divino Corazón. Herida tanto más cruel cuanto que han sido *pocas, poquísimas,* las *hijas* que se han corregido y que han obedecido al Papa. *¡Poquísimas!* Y además, que esta gangrena está royendo lo mejorcito del elemento cristiano, pervirtiendo insensiblemente y paganizando las familias más tradicionalmente cristianas y religiosas. Porque impudor y frivolidad son dos máscaras de un mismo Carnaval pecaminoso. *Me temo* —querría no pensarlo, pero... no puedo—, me temo que la angustia del Papa, que sus lágrimas, que su voz augusta, desoída, que sus órdenes terminantes sobre el decoro en el vestir, conculcadas por tantas y tantas cristianas, me temo, repito, que ello provoque una maldición sobre las que han hecho gemir al Papa... Querría engañarme, pero sé que no me engaño. ¡Ay de tantas jóvenes que, llevan sobre sí la responsabilidad, por lo menos material, de muchos pecados graves, cometidos en las calles y plazas, playas y salones por donde han paseado con faldas tan poco modestas que seguramente no hubieran querido morir así, tan poco cubiertas!... ¡Ay de tantas madres que toleraron esos abusos en las hijas mayores y que *desvistieron a* sus *pequeñitas* por moda inicua, intolerable, moda que así las habitúa a una desnudez que la Iglesia reprueba, que con el pretexto de ser «angelitos» y que no hay que tener tanta malicia, *desobedecieron culpablemente al Papa y a los Obispos!* Pobres madres, ¡si supieran todo el fuego que amontonan para más tarde!... Pero ellas, ¡insensatas!, creen saber más que el Papa y los Pastores... ¡Hoy sonríen y se desentienden, ¡ay!, ¡mañana las sofocará el llanto!... No hablo ni me dirijo a gente mala y mundana; me estoy lamentado de una aberración inconcebible...; ¡de personas... de comunión frecuente!... ¡Perdónalas, Jesús! Y ¿cómo explicarse esta ceguedad increíble, esta tenacidad en seguir la moda que prescribe las faldas cortas, los escotes incorrectos, la supresión de mangas, y todo esto *en rebelión abierta* contra las leyes de Dios y de la Iglesia, tratándose de señoras y jóvenes *que quieren ser y se dicen cristianas?* ¿Es maldad? No, maldad en la mayoría de los casos, no. Es, en el fondo, una gravísima debilidad. Pero, yendo más a fondo todavía: es una *anemia de amor cristiano.* ¡Oh! Si te amaran de veras, Jesús, no de una manera cualquiera; si te amaran con la locura con que una esposa, recién casada, ama a su marido; si te amaran con el embeleso con que una novia quiere a su novio, con que una madre quiere a su hijo, ¡no..., no podrían posponerte a un trapo! Son muchas las devotas de sincera y buena voluntad, pero son escasas las almas *amantes,* las que dan el corazón entero. a Jesús en su vida cristiana. Y así me explico todo este horrible problema de otro modo sin solución: que una mujer que comulga desaire y contradiga positivamente al Papa y desobedezca formalmente a su Obispo. ¿Será perversa? 379 No, ¡pero se *ama* a sí misma mucho más de lo que ama a Jesucristo! De ahí aquella absurda contradicción de una cristiana que, sobre un escote indecoroso, Luce una medalla de la Virgen Inmaculada..., y bajo ese escote pecaminoso, dentro del pecho, ¡lleva la Hostia que comulga con frecuencia!... Vedla tan recogida en el reclinatorio, y ¡oh, contradicción! no la miréis si hace la genuflexión ante el Santísimo, pues ese gesto de adoración resulta, por lo corto y estrecho de las faldas, una mueca realmente inconveniente..., indecorosa. Si una mujer, de veras enamorada de su marido, supiera que esos trajes ofenden al que ella tanto quiere, pues los quemaría... Pero como hay tan pocas, tan pocas realmente enamoradas de Ti, Jesús, Amor de amores; te tiran besos, sí, pero... conservan y siguen acortando esos trapos, ¡te siguen flagelando!... «Reina Inmaculada, más que ante la gruta de Lourdes, en *los hogares cristianos* haz un gran milagro para gloria de Jesús y para cerrar el infierno a muchas almas. Rasga el denso velo que ciega a tantas mujeres, cúralas de la ceguera espantosa que deplora con amargura el Pontífice de Roma... Pero, sobre todo, ¡oh, Madre!, pon en sus corazones un amor de Jesús; pero una locura tal de amor, que ésta venza la insensatez de Venus y la locura del mundo que la adora, posponiendo a tu Jesús, con su Corazón y con su ley.» Como veis, soy el hombre de una sola idea. Cristo Jesús amado, solución de todas las crisis y panacea

infalible, por ser divina, de todos los males. No digo Cristo amante, digo *Cristo amado, y* muy amado. La caridad es de derecho la reina de todas las virtudes, pero de hecho no lo es todavía. ¿Recordáis aquella observación tan sencilla y tan profunda. de Teresita cuando decía: «Lo que es yo no quiero ser pequeñita *para amar un día...*, no quiero ser mortificada *para llegar a amar más tarde,* no quiero ser humilde *para conseguir amar al fin de la jornada; no, ése no* es mi camino, ni mi sistema...; yo quiero amar, ante todo, para ser pequeñita; quiero comenzar amando, para llegar por amor a ser mortificada; quiero, ante todo y sobre todo, amar mucho, para poder ser muy humilde; pues yo creo, dice la gran doctora, que es esta amable santita, que el sistema más seguro y el camino más corto en la vida espiritual es comenzar amando, seguir amando y terminar y coronar nuestra santificación amando, ya que el amor, como un alma divina, es base, camino y remate sublime de la vida sobrenatural.» Estamos con ella en perfecto acuerdo. *** Reparemos, queridos apóstoles, comenzando por nosotros mismos, el gran pecado de los buenos, nuestra falta de verdadero amor, la anemia del corazón. Más que purificar la piel es preciso renovar la sangre y fortificar el alma, que 381 son el centro de toda nuestra actividad orgánica y espiritual. Pues así como en el orden de gracia hay males y muchos males, hay pecados y miserias en el campo de los buenos, de los amigos del Señor; pero a la raíz de todos esos males y de todos esos pecados hay uno, y es el no meditar y el no realizar como pudiéramos, nosotros, los predestinados del Corazón de Jesús, el primer mandamiento de: la ley antigua y de la ley de gracia: *«¡Amarás al Senior tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas* ¡Amar es ser cristiano a carta cabal! ¡Amar es ser amigo fiel del Rey Divino! ¡Amar es ser su mensajero y apóstol! **Parce, Domine! Adauge amorem! ¡Aumenta nuestro amor!**

MARÍA, MADRE DEL AMOR HERMOSO "Ad resum per Mariam."

La lección de este retiro sería incompleta, me lo reprocharía el mismo Rey de Amor si no hablase a estos apóstoles de su Corazón divino, de María, la Madre del Amor Hermoso. *Ab initio et ante saecula,* desde toda eternidad (1) estuvo ya la Reina íntima, e inseparablemente unida al Verbo, en el plan providencial que éste debía realizar como Salvador de los caídos. ¡Con el Redentor, la Corredentora Inmaculada! Respetemos, pues, y adoremos los designios del Altísimo y conservemos perfectamente unidos los Corazones que Él *ha* unido, el de Jesús y el de María: ¡a ellos sean dados honor y gloria! Mi camino para llegar hasta el Santo de los santos, hasta el Corazón mismo de Jesús, hasta lo más íntimo de ese santuario de justicia y de amor, lo tengo perfectamente trazado:

(1) Ecles., X X I V , 14.

¡Ese camino obligado y directo es María! Como nadie va al Padre sino por el Hijo, como nadie conoce al Padre sino aquel a quien el hijo se lo revelare (1), así, en otro orden y relativamente, podríamos decir que nadie va donde el Rey, sino aquel a quien le revelare su hermosura la Reina. Por ella nos llega, desde el seno del Padre, el Verbo. Este hubiera podido tomar mil otros caminos, o no tomar ninguno, y aparecer presentarse, toda vez que, Dios como era, no necesitaba, ciertamente, de puentes ni de intermediarios. Y esto es, cabalmente, lo que manifiesta la voluntad explícita de Dios: que María entre de lleno en el plan divino, que así como Dios viene a los hombres por María, así los hombres rescatados vayan también a Dios por Ella. Porque lo quiso positivamente, Jesús hizo de su Madre el puente indispensable. En efecto, - ningún cristiano digno de ese nombre pretenderá tomar un camino que no sea María, el trazado por aquel que se llamó a Si mismo «el Camino». Sería pretender corregir los planes de un Dios y rectificar una afirmación suya, hecha por el prodigio estupendo de la Encarnación, el no querer pasar por los brazos de la Reina Inmaculada, al ir en busca de Dios y al encuentro de su Hijo. Y notemos aquí, queridos apóstoles, que María no es una desviación, ni siquiera hermosa y (1) Mat., XI, 27. 384 sublime, en la senda que nos trajo a Dios o que nos lleva a Él. Quiero decir que, eliminando por un momento a María, no rectificamos la línea, no acortamos la distancia; suprimiendo la intermediaria divina, que es la Madre de Jesús, no es como si en un palacio real suprimiéramos la antesala del Rey. ¡Oh, no!... María ha sido puesta de tal modo y en tal forma desde el 25 de marzo entre Dios y las criaturas, que, desde entonces, quien pretendiera eludir su intervención, quien quisiera suprimir esa «puerta del cielo» (1), alargaría de tal manera el camino y lo haría fatigoso y expuesto en tal grado, que corría riesgo de no llegar a la meta final. Es, más que interesante, conmovedor, el pensar que en Belén los pastorcitos, los reyes, el mismo José, deben recibir el Niño adorable de manos de María... Ella coge su tesoro y, haciendo acto de propiedad, después de besarle y abrazar-le, lo «presta» a los afortunados que una vocación especial atrae hasta esa cuna. Y una vez acariciado y adorado el Niño, lo devuelven a María, arca consciente y amorosa de tanto tesoro. Y es indudable que durante largos años, aun siendo ya, como diríamos hoy, mayor de edad, Jesús no ha hecho nada de importante, casi iba a decir no se ha alejado de la casita venturosa de. Nazaret sin pedir la venia de su Madre, aunque no fuera sino para darle cada vez una prueba

más de ternura y amor filiales. (1) Letanías. Aquel *subdifus illcs (1),* «les estuvo sometido» es un abismo insondable en el que se destaca muy en relieve María, que manda, que decide, que ordena como Reina, y Jesús que obedece. Esa actitud de Jesús, esa dependencia voluntaria de María, esa situación de María poseedora, dispensadora de su Jesús, perdura todavía por voluntad de Dios, y perdura realzada y sublimada por el estado de gloria del Hijo y ele la Madre. Quien Llegó a Belén o a Nazaret conociendo ya a María, o acudiendo confiado a Ella, y solicitando el gozo y la gloria de poder atisbar al Niño dormido, o de darle un beso, no quedó jamás defraudado... Mucho más aún hoy en día, porque la Asunción de María y su coronación en el cielo no mermaron por cierto, ¡oh, no!, ninguno de sus privilegios, y menos ninguno de sus derechos. Por el contrario, el cielo los ha ratificado todos. Una observación más: María es una criatura, es la Nazarena, casi diosa por su jerarquía, única entre todas las criaturas por su maternidad divina, pero hermana nuestra, de nuestra carne y de nuestra sangre. En esta corte, pues, donde Ella es Reina, rodeada de espíritus angélicos, nosotros gozamos de privilegios, somos los preferidos por ser realmente congéneres y hermanos de tal Reina. Quiero decir que, si por un imposible, tuviera Ella que elegir, Ella, la Nazarena, entre confiar a su Jesús a un ángel o a una Santa Teresita, no vacilaría, y Teresita se llevaría la mejor parte, por ser ésta de la raza y de la sangre de María.

(1) Luc., II, 51

«¡Tú eres, Reina Inmaculada, el Puente tendido por Dios mismo entre el Paraíso que per-dimos y el Paraíso que esperamos...» «¡Venga a nos Jesús por tus manos! ¡Llévanos por ellas, Reina y Madre, hasta las profundidades de su Corazón adorable!» El primer Maestro en el amor de María es Jesús. La primera razón por la cual debo amarla, sin medir el caudal de mis ternuras con Ella, es que el primero de los amores del Corazón de Jesús, después de su Padre celestial, fue María. La primera palabra que balbuceó el Nene divino cuando desataba apenas su lengua fue, seguramente, la de «Madre..., María», y la fibra más delicada de su Corazón de Hombre-Dios estaba reservada a su Madre Inmaculada. La amó como sólo Dios podía amar a la criatura más perfecta que salió de sus manos, la única santa. *Tota pulcra,* «toda hermosa» (1). La amó como sólo Dios podía amar a Aquella en quien iba a tomar carne y sangre humanas para ser, por Pasión y Muerte, desde entonces posible, el Salvador del mundo. Consagraba por lo mismo a María desde esa hora en colaboradora directa, en Corredentora. La amó Jesús con gratitud de Dios, porque con su *fiat* completaba Ella lo que le faltaba a Dios: la potencia de agonizar y morir.

(1) Cant., IV,

La amó Jesús con gratitud de Hijo suyo: vivió de la sangre purísima de María, durmió tranquilo en su regazo materno. Su Corazón gozó de ternura y desvelos, de caricias y de lágrimas amorosas que María, y sólo María era capaz de prodigar al Hijo del Dios vivo, ¡su Hijo! La amó Jesús durante treinta años de intimidad; y en convivencia la más estrecha, se fueron fundiendo, si esto fuera posible, más y más los Corazones del Hijo y de la Madre en aquel diálogo perpetuo de sus dos almas, en aquella pasión y. agonía secretas que les crucificaba a ambos, ya desde entonces en la misma cruz. La amó Jesús el Viernes Santo. ¡Oh! Cómo le dio su Corazón en la Vía dolorosa para fortificarla y consolarla... Cómo la amó al clavar en Ella la mirada moribunda, al confiarle, en Juan, todas las almas y la Iglesia, al despedirse de Ella, que recibió su primer vagido y sus primeras lágrimas en Belén... No lo dice el Evangelio; pero es creencia común entre los comentadores que, apenas resucitado Jesús, vino resplandeciente de gloria a regocijar a su Santísima Madre, a decirle una vez más cuánto la amaba, y que disponía para siempre de su Corazón y de sus tesoros, constituida en Medianera universal de todas las gracias. En buena escuela hemos aprendido, celosos apóstoles, ya lo veis, el amor de María; -nada menos que en el Corazón de Jesús. Por buen camino ando al pisar, paso a paso, las huellas de mi Señor. Para no errar ni en poco ni en mucho, yo quiero amar lo que É1 amó y, en cuanto es posible, como Él lo amó. Estoy cierto que al proceder así, que al amar con inmenso amor filial a María, amo más a Jesús, le procuro un gozo grande y una nueva gloria. Todas las simpatías de Jesús, todas deben reflejarse en mi pobrecito corazón, el cual debe reproducir fielmente las palpitaciones de su Maestro. Al darme, pues, a María, no sólo no quito ni una migaja a Jesús, sino que, con este imitarle a Él en el amor de su Madre, intimo yo más aún con su Sagrado Corazón. Tanto es esto verdad que si por imposible hubiera dos caminos para darse a Jesús, el uno prescindiendo completamente de María, y su-pongámosle de más gloria, de más mérito y más directo; y el segundo pasando por el Corazón de María, supongamos siempre mucho menos meritorio y glorioso, yo elegiría sin vacilar el segundo, de menos gloria para mí, pero de más gozo y honra para Jesús, pues al honrar a su Madre, y al darle a Ella yo esta prueba de amor filial, estoy cierto que conquistaría, como nunca, la benevolencia y la misericordia del Corazón de Jesús. Si a esta afirmación añadimos que el ir por manos de María es evidentemente el camino más seguro y meritorio, porque es el más providencial, no vacilaremos, amados apóstoles, en repetir lo de la Salve; pero con una ligera y hermosa variante: «Muéstranos

y danos a Jesús, *desde este destierro,* a Jesús, fruto bendito de tu vientre.» María, Maestra de **apóstoles** He dicho que Jesús es el Maestro por excelencia del amor de María, ya que nadie la conoció ni la amó como Él. Y ahora añado: y nadie como María es la Doctora y Maestra que nos lleva al conocimiento íntimo de Jesús. Que nos lo revele, ya que nadie conoció a Jesús ni más ni mejor que María. Ella es, pues, la llave de oro de esta Arca; sólo Ella puede romper los siete selles del Libro santo y misterioso que es el Verbo de Dios. ¿Quién leyó en Él como Ella? Nadie, ni los Profetas, antes de María, ni los Santos que han venido después de Ella. Trono de la sabiduría (1), llevando en sus entrañas a Aquel que es el Sol de luz increada, ¿quién jamás conoció a Dios y sus misterios, al Verbo y sus planes, y sus caminos, y sus designios, sino su propia Madre? Y tratando ya el punto concreto de la Redención, ¿quién, fuera de María, estuvo al tanto de todo lo que ocurrió en ella, de todo aquel misterio de misterios que gravitaba alrededor de ella? Como Ella, jamás, nadie. Los apóstoles vieron sin comprender, llevaban una venda espesa ante los ojos, y de ahí que -(1) Letanías-después de haber sido testigos materiales de tantas cosas prodigiosas y estupendas, los encontremos, al comenzar la semana de Pasión, y aun después de la Resurrección, tan poco instruidos, tan torpes y desconfiados, tan poco al cabo de lo que, sin embargo, habían visto y palpado, que realmente nos asombra. «Tenían oídos y no oían, tenían ojos y no veían» (1). Pero llega la gran luz de Pentecostés, y ésta renueva su espíritu, y lo ilumina en tal forma que, rasgados los velos del misterio y caídas las escamas y vendas de los ojos, ven con luz meridiana, tiemblan azorados y felices ante la gran revelación que las hace el Paráclito. Y entonces se dan cuenta plena, entera, sólo entonces, de que han vivido y comido y se han rozado, día a día, con el Hijo de Dios, ¡con el Mesías! Ya podemos imaginar su asombro, su estupefacción al ver y comprender lo que el espíritu de Dios les revelaba acerca de aquel Jesús, Amigo y Maestro de esos doce, víctima de su cobardía y de la traición de uno de ellos y de la perfidia judaica. En medio de ellos había estado, nada menos, que el Enviado y Deseado de las naciones, el anunciado por los Profetas, el libertador de Israel; y éste era el Verbo, el Hijo de Dios, nacido de aquella mujer hermosa y bendita, que ellos habían tratado y apreciado, pero muy superficialmente. Porque si los milagros del Hijo no les habían abierto los ojos, cuánto menos el silencio y la modestia de la Madre. ¡Ah!, pero cuando el terremoto de Pentecostés sacudió, mucho más que los muros del Cenáculo, los corazones de los once, cuando se llenó la habitación con lenguas de fuego que despedían una luz divina, inusitada, entonces sí, su pensamiento se posó con respeto profundo y sus miradas con veneración y ternura en Aquella que los presidía en silencio, aunque cediendo el honor a Pedro, pero que, desde esa hora, era el Sagrario y el Oráculo vivo de todos los secretos de Dios, ¡María! Desde ese día, ¡qué de veces, seguramente todos los apóstoles, antes de separarse, se congregaron alrededor de su Reina, y con respetuosa insistencia, acosándola a preguntas, iban aprendiendo secretos que Ella, hasta ese momento, había guardado en el secreto de su Corazón virginal! Pero comprendiendo que gran parte de ese tesoro pertenecía, de derecho, a la Iglesia naciente, a sus archivos divinos, y que Ella era el Arca que debía, a su vez, confiar a otra Arca el depósito de luz y de amor con que la enriqueciera el Señor, abría la boca, y con tanta sabiduría como ternura y modestia, con-taba y explicaba a los Apóstoles, atónitos y conmovidos, *lo que sólo Ella sabía.* Así supieron los Apóstoles y Evangelistas muchos hechos que nadie hubiera podido conocer, ni siquiera adivinar, sin María, como, por ejemplo, todo el misterio de la Anunciación. Una que otra noticia de las que comunicó María se encuentran engastadas, como perlas raras y valiosas, en el Evangelio escrito, como el diálogo sublime del 25 de marzo. Pero cuántas v cuántas otras quedaron únicamente en el depósito sagrado de la tradición primitiva de la Iglesia. Y ahí está aún aquel tesoro que el orín de los siglos no puede enmohecer ni los ladrones y aventureros de falsas doctrinas robar. Ya podéis fácilmente imaginar, apóstoles queridos, la santa avidez, la legítima curiosidad despertada en todos estos amigos y apóstoles del Rey, cuando, de narración en narración, fue llevándolos esta Señora hasta las profundidades del misterio de la Redención, del cual, muy a ciegas por cierto, habían sido ellos testigo y argumento. Se deslizaban las horas ¡ay!, demasiado veloces para estos oyentes, cada día más hambrientos del Evangelio que les comentaba .María, y no es difícil conjeturar con qué ansias devoraban y retenían las preciosas lecciones, y con qué hambre nueva regresaban pidiendo nuevos detalles históricos, solicitando explicaciones complementarias, a lo que la Reina les había referido la víspera. Breves, demasiado breves, resultaban aquellas largas entrevistas, en las que María quería satisfacer, dentro de lo posible, las ansias siempre mayores que devoraban el alma de los Apóstoles. Hubieran deseado ellos conocer, de-talle por detalle, y al dedillo, la historia deliciosa y maravillosa de los primeros años en Belén, y luego la fuga y residencia en Egipto, pues todo, absolutamente todo, entrañaba una 393 y mil enseñanzas divinas. Y si María callaba, si desaparecía, ¿quién jamás hubiera podido descubrir y explicar como Ella aquellos secretos del Paraíso? ¡Ah!, y ¿qué les contaría la Nazarena divina de los treinta años de obediencia, de oscuridad, de vida íntima y familiar del Nazareno Jesús? Nadie sino los ángeles fueron testigos de lo que pasó y se dijo en aquella casita..., pero los ángeles supieron y vieron tal vez menos que María, con ser ángeles. Y además, ellos no debían hablar,

sino callar y adorar, en tanto que María tenía una misión, complementaria de aquella que desempeñó en vida del Señor: debía ahora enriquecer la Iglesia de Dios, descubriendo *Sacramentum Regis*, «el secreto del Rey». Que si es bueno ocultarlo en la hora del misterio, es laudable y provechoso revelarlo a la hora de Pentecostés. Iluminados por el Espíritu Santo e informa-dos por María partieron los Apóstoles, llevando, después de esas conversaciones con la Reina del Cenáculo, acrecentada y avivada la llama de la caridad. Y cuántas veces, en su tarea delicada y gloriosa de predicar el Evangelio, al encontrar mil obstáculos y peligros, el pensamiento y el amor de María fue para ellos faro y nuevo aliento hasta el martirio. Como ninguno, Juan, el mimado del Corazón de Jesús y el regalado de María, conservó ciertamente ardiente y lozano el cariño tierno y las enseñanzas de la Virgen-Madre. La lección que se desprende de todas estas 394 reflexiones es obvia para vosotros, apóstoles del divino Corazón. Buscad a la divina Maestra, a la que formó en todo tiempo el más brillante entre los doctores. Acercaos, con intimidad filial, a la Madre, para que esta os lleve donde él y que Ella misma os abra, de par en par, las puertas del Corazón del Rey; que Ella os conduzca por senderos que sólo Ella conoce, por donde llevó a los santos hasta el conocimiento pleno e íntimo del Verbo humanado, Jesús. Para dar a conocer a ese Jesús, tan poco conocido, pedidle a María en vuestras comuniones, pedidle con fervor que os revele lo que sólo Ella sabe, lo que Ella tanto anhela descubrir a las almas de buena voluntad y, en particular, a los que, como vosotros, quieren con celo y sacrificio dar un pan de luz a tantos ignorantes y a tantos débiles. Como los pastorcitos, acercaos llana y confiadamente a María, y rogadle que os dé al Niño para darlo en seguida a las almas. ¡Qué bien se da a Jesús recibido de manos de María!

María y el Sagrado Corazón

Si Jesús todo entero pertenece a María, hay algo en Jesús que es más especialmente de su Madre: su *Corazón.* Lo que San Francisco de Asís, Santa Gertrudis o Santa Margarita María conocieron de ese Corazón adorable, es apenas un átomo del sol radiante que fue el conocimiento íntimo con que la Virgen María penetró en ese abismo de amor y de misericordia. De ahí la semejanza prodigiosa, mucho más aún que en lo físico, en lo moral, entre el Corazón de Jesús y el de María. Porque si en la fisonomía de Jesús estaban seguramente muy marcados los rasgos de rara hermosura de la Virgen, ¿qué no diremos del otro parecido, el de esas dos almas y el de sentimientos interiores? ¡A tal Hijo-Dios, esta Madre única! De ahí aquellos dos títulos que, para nosotros, tienen un significado, una importancia y un sabor especialísimo: «Madre del Amor Hermoso» y «Madre de Misericordia» (1). Es Madre de Aquel que es el Amor de amores, de aquel cuya definición es Caridad y Amor. Y fue Él mismo quien creó a su imagen y semejanza a su propia Madre, la más amante y la más amorosa de todas las criaturas, por ser la que más perfectamente reproduce en su Corazón Inmaculado el atributo por excelencia del Señor: la Caridad. Toda la grandeza, toda la hermosura, todo el poder y toda la fecundidad de esta Hija y Madre del Rey está en su amor. Y por eso colocó Dios en Ella todas sus complacencias y depositó en su Corazón todos sus tesoros, por-que como ningún ser creado, como ningún serafín ni santo, *dilexit multum, «amó mucho» (2).* Debía ser Inmaculada por ser Madre del que es la Santidad sustancial, y también porque debía amar con la potencia de amor que ningún corazón manchado pudo tener jamás al darse a Dios. Amó, pues, con plenitud de amor, por-que pudo amar y amó con un Corazón Inmaculado. Amó como criatura, la única perfecta, con amor perfecto; amó como Esposa, la elegida entre millares, y como Virgen cuya integridad, realzada por el milagro de la fecundidad divina, centuplicaba en María la potencia de amor a su Creador, convertido en Esposo divino y en

(1) Letanías. (2) Luc., VI I , 47.

Hijo suyo. María amó a Dios como Madre, pues el Verbo fue, en realidad, Hijo suyo, envuelto en los pañales de carne mortal. ¡Qué de incendios no comunicaría este Niño a su Madre, pagando sus desvelos, sus besos y ternuras con llamas de una caridad abrasadora, infinita!

De ahí, de ese Corazón virginal y maternal, hecho ascua, del amor divino, aquella suavidad v dulzura, aquella piedad y misericordia de la Reina: *Mater misericordiae.* Llega el Señor a la tierra, trayéndonos en la forma encantadora de un Hermano nuestro la benignidad del Padre celestial, su perdón. Pero llegó hasta nosotros en los brazos de una criatura incomparable, mujer como nuestras madres, mil y mil veces más tierna aún que todas ellas, y desde la cuna de su regazo, apoyado en el Corazón de esa Reina, sonrió a la tierra, la miró con piedad infinita, y desde sus brazos maternales, Jesús dio la primera bendición al mundo culpable, llorando ya en ese altar que era María, y ofreciéndose desde él al Padre como Salvador de infinita misericordia. ¡Ah! ¡Y como esta Hostia de misericordia, Jesús, así el ara y trono de misericordia, María! ¿Quién jamás reprodujo como Ella la infinita compasión del Corazón de Jesús, ni quién jamás mejor que Ella predicó y prodigó toda la doctrina del Amor misericordioso de un Dios, encarnado, no para juzgar, sino para salvar? ¡Oh, cómo debe haber desgarrado el Corazón de María el grito de pánico y de hielo lanzado por el jansenismo; cómo debe haber protestado Ella con lágrimas de sangre, en unión con la Iglesia católica, cuando se esforzaban por cerrar

la herida del Costado, o al menos ocultarla, a aquella caravana de almas débiles y. pecadoras, que la buscaban con afán, como asilo y como faro, como manantial y como puerto!... Ella, que sabía por qué lloró el Niño pequeñito entre sus brazos; Ella, que sabía por qué sufrió el destierro del Egipto; Ella, que sabía el porqué misterioso de aquellos treinta años de soledad, de humillación y silencio en Nazaret; Ella, que, como nadie sabía el último porqué del prodigio de amor del Jueves Santo, y de todas las ignominias y dolores del Viernes Santo; Ella, que recibió en testamento el Corazón del Salvador y el de la Iglesia, arcas ambas de salvación y no tribunales de condenación... ¡Ah!, ¡cómo debe haber apartado sus ojos y cerrado sus oídos cuando algún hijo mal nacido desfiguró con ceño duro, con gesto inclemente, con palabras sin misericordia a su Jesús! 398 Bebed, apóstoles del Divino Corazón, bebed a torrentes en el Corazón de María la doctrina suave y fuerte del amor, la doctrina sólida, auténtica y tan consoladora de la misericordia. Aprended, en la escuela de María, que el ser bueno con las almas, que el ser compasivo, que el ser misericordioso no es, ¡oh!, no, ninguna debilidad, ninguna condescendencia ridícula e indebida, sino lo más sustancial, lo más fuerte v lo más puro de la harina, con la que se engendra y forma a Jesús en las almas. En vuestros momentos de filial intimidad con la Madre del Amor Hermoso, suplicadle que infunda en vosotros, corno lo hizo con San Juan Ludes, el verdadero espíritu del amor y del apostolado del Corazón de Jesús, aquel espíritu que no se aprende ni se adquiere en toda su pureza sino en esa escuela, la del Purísimo Corazón de María. Por esto encontraréis siempre en los grandes servidores de esa Reina, como el Beato Grignon de Monfort y San Antonio Claret, junto con la santa intransigencia de los principios, aquella unción, aquella ternura apostólica, aquella in-mensa compasión e indulgencia que aprendieron, a no dudarlo, de los labios de María. Por eso removieron el mundo de las almas, por eso fueron los mensajeros victorioso del Evangelio y los renovadores providenciales, en su época, del verdadero espíritu cristiano. Y de allí su pasmosa fecundidad y el que la obra redentora, fundada por estos hijos mimados de María, perdure y florezca con tanta lozanía.

Un recuerdo conmovedor de mi infancia antes de pasar a otra consideración. En una familia muy amiga y cristiana estaba en cama, desde hacía largos años, un señor extranjero, pariente lejano del dueño de la casa y protestante empedernido, muy enconado contra el catolicismo. Yo era, en aquel entonces, colegial de unos doce años. Recuerdo que, de cuando en cuando, me pedían que entrara al cuarto del enfermo y lo distrajera conversando; y recuerdo también que él aprovechaba siempre toda ocasión, y aun la provocaba, para atacar con burla y sorna un misterio u otro de nuestra fe católica. Cuánto se había rezado por él, por su con-versión en esa casa! Durante el Mes de María me esperaba siempre la familia, y, en llegando yo del Colegio, por la tarde, se reunía toda en el cuarto de la señora y yo leía entonces, a lo predicador improvisado, la meditación, el ejemplo y las oraciones. Ese año hacíamos el Mes de María por la conversión de aquel señor, cuya salud estaba ya muy quebrantada. Una de esas tardes, estando en plena solemnidad del Mes y yo haciendo ya de lector-predicador, oímos la campanilla del enfermo Interrumpimos un instante y acude en el acto a su cuarto una antigua sirviente que le cuidaba especialmente. Un segundo después regresa ésta, pudiendo apenas hablar, y nos dice: E1 señor tiene un ataque y se muere!» Corremos todos al dormitorio; en efecto, estaba ya en estado agónico. Caemos de rodillas ante la cama y comenzamos a rezar jaculatorias y Avemarías, pidiendo que se convirtiera antes de morir. En esto, al poco rato, el enfermo abre los ojos, se incorpora, y haciendo un esfuerzo para hacerse oír, dice clara y pausadamente: «Quiero morir como católico, quiero ser bautizado.» ¡Qué asombro y qué alegría! Corre una sirviente a la parroquia, pero todos los coadjutores están fuera, visitando enfermos. ¿Qué hacer? El enfermo insiste, apura y está gravísimo... Entonces, pues, recordando lo que enseña el catecismo, resolvemos en el acto la dificultad. ¡Uno de los presentes empapa una esponja en agua y lo bautiza! En el instante mismo, sonriente, el enfermo exclama: «Soy feliz: rezad en voz alta una oración a la Virgen.» Pide su imagen; la coge, la abraza y la besa llorando Comenzamos entonces todos en voz alta y muy pausadamente la Salve. Y él, jadeante, a duras penas, pero haciendo con amor un esfuerzo, va repitiendo, palabra por palabra, toda la oración. Cuando llegamos al fin a las palabras «¡oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!», levanta con mano temblorosa la imagen, la mira, la besa y abraza una última vez, y en ese beso supremo rinde el alma, ¡expira! Sed hijos amantes de la Madre del Amor Hermoso, de la Madre de Misericordia para ser apóstoles de la doctrina del Corazón divino de Jesús.

Por María, a Jesús Sacramentado

«Muestra que eres mi Madre», le decía una joven a la Virgen en un momento de apuro, y María le contestó con suave tristeza: *«Y tú,* muéstrame, ante todo, que eres mi hija.» Que no tengamos jamás que oír una corrección semejante de boca de María. Quiero decir, comprendamos bien lo que significa tener tal Madre y maestra y llamarse hijo y discípulo suyo. Nobleza obliga: éste es el caso de decirlo. Seamos, en cuanto sea posible, dignos de esta filiación sublime: ¡honremos a la Madre que nos honra! No es ninguna novedad el afirmar que, en cuestión de piedad, hay mucha gente que se queda en las ramas, que se detiene en la flor, en

la parte de poesía que se encuentra siempre en todo lo que es hermoso y divino, y ahí se quedan y ahí se pegan. Nosotros, no; de la flor pasemos al fruto; de la poesía, a la realidad; ahondemos en los principios, y alimentémonos con la savia de una piedad seria y sólida. Lo demás sería engañarnos y desacreditar, ante el público menos piadoso, como falsifica-das las más ricas joyas de la piedad cristiana. Sin detenerme aquí en detalles, que no tienen sino un interés muy relativo con referencia a lo que os estoy predicando, paso, sin más, a una afirmación tan simpática como importante, en relación con la verdadera y legítima devoción a María. San Bernardo, aquel amante apasionado de la Virgen, en un arrebato de entusiasmo, exclama: *Ea, Mater, non loquar contra te...* (Ea, Madre, no hablaré en contra tuya, pero te diré que aquella tu hermosura que en Ti nos enamora, no eres Tú, es Jesús, que está en Ti, pero que es todo tuyo.» Si, toda belleza de esta Reina es divina, porque su belleza es Jesús, alma y vida y cielo y todo de María. Y todo el afán y toda la misión de la Virgen es comunicarnos esa belleza, dándonos a su Jesús. Ella no es la meta definitiva; Ella es el camino: la meta es Jesús. Vayamos, pues, por Ella y por donde Ella nos lleve, pues llegaremos seguramente en brazos de María hasta los pies de Jesús, y más, hasta su Corazón. Hay gente que, sin mala voluntad, por ser más veleidosa que sólida, más devota que abnegada y amante, se detiene en la flor y no cosecha el fruto, y es lástima. Por ejemplo, cuántas almas realmente de buena voluntad y que cantando sus amores a la Virgen, no viven aún lo bastante de *Eucaristía.* Silo quisieran, lo podrían, pero... no se resuelven aún. Y siguen cantando, y siguen poniendo flores, que se marchitan, en el altar de María; cosas loables, por cierto, pero... ¡cuánto más desearía la Reina del Amor Hermoso otros argumentos dé amor filial, una comunión más... y más fervorosa sobre todo! (Si me amáis —dice Ella, hablando a las almas con lenguaje íntimo y maternal—; si de veras me queréis mucho, probádmelo sobre todo en el comulgatorio, y me habréis robado el Corazón.» Agradece Ella, ¡oh!, sí, flores y cantares; pero esta Reina tiene buen gusto, y sabe lo que glorifica al Rey, su hijo, y lo que hace un bien hondo y vivo a las almas, ¡el Maná Sacramentado Por esto llama con apremio a sus verdaderos devotos, los llama, les da cita urgente en el comulgatorio, quiere confiarles a Jesús- Eucaristía. Cuanto más progrese y se intensifique el verdadero amor a María, tanto más crecerá, donde-quiera, la llama eucarística. Amor de Sagrario y devoción Mariana, deben ser todo uno. Vosotros, apóstoles del amor de Jesús, decid que María debe ser amada con amor todavía más grande, más ardiente y filial. Decid que no se puede dar bastante ternura y afecto a esta Madre. Pero decid, al propio tiempo, que ningún testimonio más elocuente de verdadera piedad filial hacia María, que el hambre, que el amor apasionado, incontenible, por Jesús Sacramentado. Decirle a Ella que se le ama y comulgar de tarde en tarde o con poco fervor es separar al Hijo de su Madre, siendo y debiendo quedar ambos inseparables. Ello sería desvirtuar cabal-mente lo que tiene de más hermoso la hermosura de María: el fascinarnos y embriagarnos con la belleza misma de Jesús. .Con una propaganda tan prudente como sagaz y celosa lleguemos a convencer al público cristiano, a las familias del Sagrado Corazón, que María es el Sagrario por excelencia, y que si se acude con verdadera devoción al Sagrario de ese Corazón Inmaculado es para pedirle de rodillas que se nos abra con misericordia y que nos dé al que engendró y alimentó y sacrificó por nuestro bien, a Jesús. Honramos así, con honor el más sublime, a la Santísima Virgen, y honramos y adoramos con adoración de amor, en la Custodia preciosísima de su Corazón virginal, a su Hijo, Cristo-Jesús. Por este camino, antes de mucho, y con gran regocijo del Señor, de la Virgen y de la Iglesia, todas las festividades de María llevarán, todas ellas, y entre otras el Mes de María, este sello eucarístico. En parte ya lo tiene, y es hermoso ver, por ejemplo, cómo la Inmaculada de Lourdes provoca y acentúa cada vez más entre las multitudes esta doctrina de amor verdadero. Pero cabalmente, porque bastante, y mucho más aún, se ha ganado ya en este sentido, creemos que por nuestra Cruzada familiar podemos conseguir aún muchísimo más. ¡E1 amor de María prepara tan bien el camino victorioso de Jesús- Hostia! 1Qué devoción más pura y hermosa que la de María, ni qué culto a María más conforme al Evangelio y a todo el espíritu de la Iglesia Católica que aquel que se resume en esta jaculatoria filial: «Madre, te quiero porque eres mi Madre, y lo eres porque eres la Madre de Jesús y vengo a probarte que te amo, y mucho, con afecto del alma y con ternura filial, pidiéndote que me abras el Sagrario y que me des, para tu gloria y para mi bien, a Jesús Sacramentado! Él es tuyo, dámelo, Madre, y haz que sea mío en el tiempo y en la eternidad... ¡Dámelo, María, pero que venga de tus manos maternales!» * * * Si en la ceremonia de la Entronización no colocamos al Rey y a la Reina en el mismo trono de adoración, reservado exclusivamente al hombre-Dios, declaramos, sin embargo, que le rendimos siempre este homenaje y le adoramos en el «trono de marfil», que es e] Corazón de María. Ahí encontramos, desde el 25 de marzo, maravillosamente unidos en el tiempo y para la eternidad, los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y entre ellos no colocarnos, desde entonces, otro abismo que el de nuestro pobre-cito corazón, que quiere volverse santo y fecundo viviendo de Jesús como María, que desea penetrar en Jesús como María y que anhela amar y glorificar a Jesús en María. Numerosas son las almas buenas que anhelan ver lucir cuanto antes el día hermoso en que el Papa, consagrando el mundo entero al

Corazón Inmaculado de María, dé así remate glorioso, diríamos, al gesto sublime de León XIII, tan espléndidamente renovado, en la clausura del Año Santo, por Su Santidad Pío XI. Huelga añadir que comulgamos con entusiasmo en esta delicadísima idea y que deseamos ardientemente, en cuanto de nosotros dependa, precipitar la hora de gracia y misericordia que sería esta consagración oficial. Sabemos positivamente que Roma ha acogido con vivísima simpatía esta petición, presentada ya al Padre Santo en repetidas ocasiones, y que la Santa Sede la estudia con el gran interés que dedica a todo cuanto pueda glorificar a la Reina Inmaculada. No lo dudemos por un momento: la hora tan ansiada llegará, en que el Vicario de Cristo, cediendo a su propio corazón y al anhelo universal de sus hijos, confiará la victoria y el Reinado del Corazón de Jesús al Corazón Inmaculado de María (1). Queridos apóstoles: rezad y haced rezar por esta intención, pero uniéndola a otras dos no menos hermosas y no menos importantes para la gloria de María y los intereses de la Santa Iglesia. Me refiero a la definición dogmática de la Asunción de María (2) y a su Mediación universal. La primera parece haber casi llegado a perfecta madurez y, según entendemos, no pasará mucho tiempo sin que la Iglesia sirva este fruto exquisito en banquete regalado a los amantes de María y a todos los católicos. Ello sería, de hecho, la aclamación oficial de la realeza de la Virgen Inmaculada, principio del que, por otra parte, jamás dudó ningún creyente. Y en cuanto a la Mediación universal de la Reina del Amor Hermoso, doctrina tan suave como consoladora, y que vive dentro de nosotros arraigada en el instinto mismo de nuestra fe católica, esta doctrina, repetimos, ha hecho en estos últimos años un largo camino. Y aunque la Iglesia, por ser sapientísima y prudentísima, es lenta en definir estas graves cuestiones, procuremos ser dignos de contemplar desde este destierro, ceñida con esta aureola, la frente de Aquella a quien llamamos, con el corazón en los labios, «Vida, Dulzura y Esperanza nuestra». Insisto: sólo la Iglesia tiene la llave secreta de estos tesoros, y sólo Ella sabe a. qué hora providencial debe distribuirlos a la gran familia católica.

(1) Lo hizo ya el Papa Pio XII. (2) Ya es dogma de fe por declaración de Pío XII.

Así y todo, apresuremos con fe grande, con oraciones y con inmensa confianza esta victoria de María, toda vez que es un hecho de evidencia histórica que cada triunfo de la Reina Inmaculada es augurio cierto de mil otros triunfos del Rey de Amor. Para hacer violencia al cielo a este efecto, utilicemos, queridos apóstoles, las gracias singulares con que la Santa Sede ha enriquecido la celebración fervorosa de los Primeros Sábados. Y más: ofreced todos los sábados súplicas y mortificaciones especiales solicitando del Señor la glorificación, cada día más esplendorosa, de su divina Madre. Y deseoso de veros progresar a pasos agigantados en el conocimiento de Jesús y de los misterios de gracia, ciencia divina cuya fuente la más segura debe ser vuestra intimidad con el Corazón de María, me permito recomendaros la meditación de este capítulo sobre la Reina del Amor Hermoso.

EL PRIMER MINISTRO DEL REY DEL AMOR

LA DEVOCIÓN AL PAPA

Después de haberos hablado de María Santísima, la Madre del Amor Hermoso, voy a hablaros unos momentos del Pontífice de Roma, el portavoz de Jesucristo y la Cabeza visible de su Iglesia. El Papa es para nosotros un verdadero don del cielo y de los más preciados con que el amor misericordioso del Corazón de Jesús nos ha enriquecido a los católicos. Ya sabéis que el Divino Maestro, no bien hubo hecho San Pedro aquella triple profesión de amor, constituyó a éste su augusto Representante, le confirió el sagrado depósito de su poder en lo referente al gobierno de las almas y le invistió de una autoridad plenísima, tanto sobre los reyes como sobre los súbditos. Su dignidad está por encima de toda grandeza humana. Si, el Vaticano es la cúspide, el Sinaí de la nueva Ley, cubierto de continuo, por la majestad de Aquel que comunica a ese Moisés, es decir, al Sumo Pontífice, sus soberanas disposiciones. Celosos apóstoles del Reinado Social, amigos y súbditos fidelísimos del Rey Jesús, dignaos escuchar con suma atención y docilidad lo que con tanta convicción ansío deciros acerca de la devoción al Papa, desgraciadamente tan poco comprendida, con ser ella una devoción eminentemente católica. En pos del Rey de la Gloria viene su augusto Vicario, ambos amados, osaría decir, con un mismo amor, ambos venerados, respetados y obedecidos incondicionalmente por los buenos cristianos. No vaya a creerse, sin embargo, que con esto pretendemos fundir al Cristo-Dios con su representante, aquí en la tierra; ¡de ninguna manera! Lo que queremos hacer ver es que el honor que se tributa al Pontífice de Roma viene a fundirse siempre, en la práctica, con el que rendimos a Jesucristo mismo. Pues si el Divino Salvador dijo en cierta ocasión a sus apóstoles: *«Quien os escucha, a Mí me escucha, y el que os desprecia, a Mí me desprecia» (1),* con mucha verdad, se podría añadir también a eso: «Todo aquel que os honra y os ama me honra y me ama a Mí mismo.» En esta materia no hay exageración posible, ya que el Papa, según la afirmación categórica del Evangelio, es, por derecho divino, nuestro Jesús visible en este mundo.

(1) Luc., X, 16. 410

Y a este propósito recuerdo en este momento lo que me atreví a decir al Padre Santo en cierta audiencia privada y la observación que al responderme me hizo Su Santidad. «Padre Santo —le dije, con voz algo temblorosa, aunque segura—, dondequiera que predico, recomiendo siempre con insistencia que se rece mucho por el Papa, pues he de decir a Vuestra Santidad que yo uno en un mismo amor al gran Rey y a su Vicario. Sí, muy a menudo predico la devoción al Papa, a quien considero algo así como una segunda Eucaristía...» No me dejó terminar Su Santidad la frase, e interrumpiéndome, me dijo: *«Haces bien en esto, hijo mío, y tienes mucha razón al afirmar que el Papa viene a ser como una segunda Eucaristía... Por desgracia, no siempre se comprende la hermosura y necesidad de la devoción al Papa. Por lo que a fi se refiere, sigue predicándola por dondequiera que fueres, al predicar la Realeza de Cristo.»* Si, mis amados apóstoles, el Papa es un Jesús a quien vemos en realidad, si bien oculta él, tras un velo blanco, tenue como el de la Hostia, a otro Jesucristo, a un Jesús vivo y auténtico que se encuentra allí, bajo el disfraz y las apariencias de Pedro. Va recibiendo a través de los tiempos diversos nombres; llámasele: Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, apariencias éstas que desaparecen, que se modifican; pero la substancia inmutable viene a ser siempre la misma: Jesús, a quien *el Padre dio en herencia todas las naciones (1) y cuyo nombre es superior a todo nombre (2).* Tratemos ahora, pues, de estudiar las consecuencias que pueden deducirse de tan hermoso simbolismo. A esta Eucaristía del Vaticano debemos, por nuestra parte, el mayor, el más pro-fundo respeto y el honor más excelso, como homenaje del espíritu; y luego debémosle tributar un .amor abnegado, tierno, filial, en homenaje del corazón, amor capaz de arrastrar-nos —como se expresaba O'Connell, el héroe irlandés— al martirio, si preciso fuere, para afirmar nuestra sumisión perfecta, nuestra obediencia inquebrantable y nuestra más íntima adhesión al Papa; y esto, por encima de todo interés, por encima de toda conveniencia. Cualquier amor, aun el más noble, fácilmente puede degenerar en idolatría culpable; no así el amor que se tenga al Papa. Dichosos, pues, mil veces dichosos vosotros, mis queridos apóstoles, a quienes vuestra fe os hace ver siempre y dondequiera al Rey Jesús, tras esa simbólica nube del Sumo Pontífice; felices vosotros, que sabéis fundir, en parte por lo menos, lo que el Señor parece haber fusionado, aquí abajo en la tierra, a saber; su sagrada Persona y la del Sumo Pontífice, al afirmar de su poder: *«Todo lo que atares sobre la tierra será también atado en el cielo» (3). Y* al exigir formalmente la sumisión más perfecta al Pastor que, Él mismo estableció en su Iglesia: *«Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas» (1).*

(1) Ps. II, 8. (2) Phil. II, 9. (3) Math., XVI

Felices aquellas familias ranciamente católicas que llegan a comprender que si Jesús prometió recompensar con la gloria del cielo lo que se hiciere en favor de un niño, y pronunció aquella terrible maldición sobre el que escandalizase a un pequeñuelo, es evidente que por encima de este tal niño que lo representa a Él, ha de colocar a su Vicario y, por lo tanto, ha de bendecir con bendición ubérrima a aquellas familias que veneren y rindan el honor debido a su Lugarteniente, así como a las que lo sirvan, lo consuelen y lo obedezcan sin subterfugios de ninguna clase. Por el contrario, nadie atraerá sobre sí la maldición del cielo como aquellos que osaren tocar sacrílegamente y profanar la Eucaristía del Papa, ya sea juzgándola o con la lengua o con el corazón. . Cuanto acabamos de decir no es sino catolicismo puro y elemental, doctrina claramente definida. Un monte elevadísimo, el Vaticano, no se separa a este respecto, de los luteranos, anglicanos y rusos cismáticos. Si, la piedra de toque ha sido y será siempre Pedro. Su autoridad se halla por encima y fuera de toda discusión, por encima y fuera de toda intervención humana. Por eso, con toda verdad, el Papa y sólo él, puede aplicarse, en sentido absoluto, y dirigiéndose a todos los poderes establecidos y a todos los tribunales de la tierra, aquella afirmación categórica de San Pablo: <El *que me juzga es el Señor» (1).*

(1) Jo., XXI, 15-17.

Si, el único juez del Sumo Pontífice, el único tribunal ante el cual se puede apelar, *el* único —entiéndase bien—, es el del Rey de los reyes, allá en el cielo. Mientras tanto, aquí en la tierra, sus mandatos revisten el carácter de *supremacía* para todo aquel que sea verdaderamente católico. De ahí el axioma tan conocido desde muy antiguo: *«Roma ha hablado, la cuestión está zanjada.» Y* esto será siempre cierto, eternamente verdadero, a pesar de Lutero y sus secuaces. * * * Celosos y queridos apóstoles, propagad con entusiasmo esta doctrina, enseñadla a cuantos se hallan a vuestro alrededor; decid en tono sobrenatural que para los buenos hijos, para los católicos dignos dé tan hermoso título, aun las simples insinuaciones o consejos del Papa, deben ser verdaderos mandatos. Sobre todo, decid y afirmad con entereza que sus órdenes formales son leyes inviolables que no se deben discutir, y ' menos aún quebrantar, sin cometer pecado. Y esto, ya lo sabéis vosotros tan bien como yo, es un principio de nuestra fe y de nuestra disciplina religiosa. Cualquiera otra actitud no es sino espíritu y criterio netamente protestantes.

(1) I Cor., IV, 4.

¡Ah!, por amor de Dios, haced cuanto esté de vuestra parte porque se ame al Papa dondequiera haya sido entronizado el Sagrado Corazón como - Rey de una familia cristiana. Pero al decir que se le ame, desearía que dierais todos a esa palabra sublime el sentido que le adjudicaba el Santo Pío X, al hablar del amor que se debe al Papa: «Cuando de veras se ama al Papa —escribía no hay que discutir, de ninguna manera, lo que él ordena o exige, ni hasta qué punto o en qué materia debe ser obedecido; cuando se ama al Papa, jamás debe uno permitirse afirmar que no ha hablado con bastante claridad. ¡Como si el Papa estuviera obligado a repetir a cada uno en particular lo que tantas veces ha declarado ya paladina-mente, no tan sólo de viva voz, sino en sus encíclicas y demás documentos oficiales! Ni tampoco hay que poner en tela de juicio sus órdenes, so pretexto de que no es el, Papa el que manda 'directamente, sino las Congregaciones Romanas. Eso ni se puede ni se debe hacer. Nadie puede limitar al Papa su poder, ni decir hasta dónde puede o debe ejercer su autoridad. No debe anteponerse a la autoridad del Papa la de cualquier otra persona, por docta e inteligente que sea, si no piensa cómo el Papa; pues si bien es verdad que puede ser docta, de ninguna manera puede afirmarse que sea santa.» Ahí tenéis los propios términos en que se expresó el inmortal Pontífice de la Eucaristía. Ahora bien, por mi parte añadiré este consejo: poned todo vuestro empeño en hacer comprender a las familias consagradas al Corazón de Jesús las consecuencias nefastas que se derivan irremisiblemente de cualquier atentado contra el honor debido a la Santa Sede, o a la obediencia incondicional que todos los católicos debernos al Vicario de Jesucristo. En efecto, quienquiera que cometa un desacato contra la persona del Papa, tarde o temprano ha de sentir sobre sí el castigo de lo alto; cualquiera que osare poner sus manos en esta Arca, aun con la mejor intención, como lo hizo Oza ha de ser seguramente castigado por el cielo. Porque si nuestro Divino Salvador, hablando a Santa Margarita María de las murmuraciones en los religiosos contra sus superiores, pronunció aquella terrible frase: *«Yo los maldigo* , ¿qué no ha de decir contra los que se atreven a desacreditar al Ungido del gran Rey, a su augusto Vicario a quien l reviste con su propio honor y defiende por su propia gloria? Familias del Corazón de Jesús, apóstoles todos del Rey de Amor, vosotros que sois sus íntimos amigos, sus preferidos, ¿queréis que os revele un secreto con el que conseguiréis enamorar a su Divino Corazón? —Amad, ¡oh!, sí, amad con intenso amor filial al Papa. Amadle con afecto de agradecimiento sobrenatural; amadle con sumisión, integral y a toda prueba. Aplicad a la caridad que se debe tener al Vicario de Jesucristo aquella frase vibrante de San Pablo: *«Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios...» (1)* y del dulcísimo Cristo, el Papa..., su *«alter ego»*. ¡Católicos, con él siempre, y en todo, hasta la muerte! El que no esté conforme con esta doctrina puede estar seguro quo se halla en una pendiente muy resbaladiza, que irremisiblemente le ha de conducir al abismo. Y ya lo sabéis, mis queridos apóstoles, este naufragio es casi irremediable; no como aquel otro, menos grave, proveniente de la fragilidad de la carne y de la sangre; pues el tal naufragio es castigo del orgullo, pudiéndose afirmar que el abismo a que conduce permanecerá cerrado para la infinita misericordia de Dios, a juzgar por la terrible historia de cuantos han chocado contra esa piedra de Pedro. ¡Qué espantosa caída, qué muerte tan espantosa la de los apóstatas! Familias del Corazón de Jesús, venerad al Papa, amad al Papa, *«al afable Cristo de la tierra», como* le denominaba Santa Catalina de Sena. ¡Ah!, con mucha frecuencia vemos cómo se la corona de espinas a esta cabeza suprema de la Iglesia; pero la más de las veces las espinas más punzantes no son las que le proporcionan sus enemigos, sino las que le clavan las manos de aquellos hijos que, en su aberración, pretenden formar una alianza inconcebible entre la desobediencia y el respeto. ¡Ay!, ¡desgraciadas las familias, si el Rey de Amor, para confundir semejante contrasentido, permitiera que los hijos aplicasen a los padres ese tan nefasto principio, que viene a disgregar la obediencia, separándola del verdadero respeto y del verdadero amor...!

(1) Rom., VIII, 38 y 39

Mientras el mundo subsista ha de permanecer invariablemente verdadera aquella sentencia del Salvador: *¡Quienquiera que me ama observará mi doctrina! (1).* He dicho más arriba que el Papa es algo así como una segunda Eucaristía. Pues bien, en este caso pensad que si la Eucaristía, a causa de la Presencia real, se halla a una distancia infinita por encima de toda criatura, solamente la voz del Papa disfruta del pleno derecho de afianzar nuestra fe en lo referente a esa Presencia real en la Hostia consagrada. Sirva esto para aceptar y admirar la trascendencia de la autoridad pontificia. He ahí por qué todas las herejías han empezado por aplicar la piqueta a la piedra angular, o sea a Pedro, acusándolo de que se extralimitaba en sus poderes, de que invadía el terreno de la filosofía, de las ciencias, de la historia, de la política, etc. Y una vez que se apartaron de su autoridad esos desertores, arrojaron por la borda aquellos tesoros de la fe que llamamos: la Iglesia, la unidad católica, la Eucaristía, los Sacramentos, etc... Secretariados de la Entronización, procurad con mucho esmero

que se mantenga por todas partes, en las familias del Corazón de Jesús, la rancia y hermosa tradición del respeto profundo y la perfecta e incondicional sumisión al Padre Santo.

(1) Jo., XIV, 23.

Que jamás, nunca jamás, ni por nada del mundo, se atreva nadie a criticar, en lo más mínimo, las palabras, los juicios y, mucho menos aún, los mandatos de la Santa Sede. Lo diré una vez más, vivimos en una época en que la rebelión está a la orden del día, y la crítica y el espíritu de independencia hierven potentes en la sangre. Que se cuiden muy mucho los miembros de esas familias cristianas de atentar, ni remotamente siquiera, contra el honor o la obediencia debidos al Padre Santo. ¡Ay!, da grima pensar que mientras Inglaterra, la protestante, parece acercarse a Roma y está en camino para formar parte de esa unidad, cuyo divino nudo lo forma Pedro, ciertos países católicos, en cambio, se van relajando más y más, y a veces, con su conducta, escandalizan a los descarriados que desean volver a Roma y abrazar la verdad católica... Sí, os lo declaro que ciertos gritos de rebelión de gente católica y su crítica antirromana han detenido en su camino de conversión a ciertos espíritus muy sinceros, pero vacilantes aún. Peor todavía, éstos han dado un paso atrás en la senda comenzada, al oír lo que con verdadera angustia hemos oído nosotros mismos. ¡Qué responsabilidad tan tremenda ante Dios nuestro Señor! Volvamos, ¡ah!, volvamos a aquellos buenos tiempos en que todo católico tenía a mucha honra ser soldado o «zuavo» del Papa, por cuya honra y autoridad estaba dispuesto a derramar hasta la última gota de su sangre. Tened siempre bien en cuenta el principio católico: jamás se amará ni venerará bastante al Papa, siendo como es nuestro Cristo visible. Y cuando hablo de amor quiero decir: obediencia y sumisión incondicionales, so pena de dar a entender que somos católicos de boca, pero luteranos de corazón. Y ahora, para terminar, cerraré y terminaré esta serie de reflexiones con una anécdota, deliciosa por demás, y que vendrá a explicaros las palabras que sirven de encabezamiento a este capítulo. En la audiencia privada con que se me honró en el Vaticano a raíz de entregárseme la Carta autógrafa de Su Santidad Benedicto XV, por la cual se me confiaba oficialmente la obra de la Entronización, como yo agradeciera con toda mi alma al Padre Santo tan insigne favor, Su Santidad me dijo: «No tienes por qué dar-me las gracias, queridísimo hijo. ¿No me acabas de decir que eres el Apóstol del gran Rey Jesús...? —¡Oh, sí, tal es mi ardiente deseo, Beatísimo Padre! —*Pues bien* —añadió el Papa—, *tú predicas el amor al Rey, y siendo yo su primer Ministro, a mi me corresponde agradecerte lo que haces en pro del Rey de Amor.*» ¡Oh, y cómo desearía yo, mis queridos apóstoles del Reinado Social, que Jesús confirmase la palabra de su primer Ministro, tanto en mi favor como en el vuestro, con la más preciosa y rica de las bendiciones de su Corazón Divino! ¡Oh, alabad a Jesús en medio de la tormenta que nos amaga! ¡Cantad himnos de gloria al Maestro adorable, el cual, fiel a su promesa, permanece visible a nuestros ojos en el puesto de mando de la barca de Pedro, haciendo frente al terrible vendaval desencadenado contra ella, reduciéndolo al silencio con una sola palabra de anatema! ¡Cantad a nuestro Rey, cuyo Corazón misericordioso nos ha confiado al Papa, al Pontífice de Roma! 421

REINADO SOCIAL DEL REY DEL AMOR

La doctrina y la Fiesta de la Realeza de Nuestro Señor en relación con la Cruzada de la Entronización

¡En comunión filial, muy íntima, con el Papa!

El Año Santo fue, ciertamente, una etapa de bendiciones y de gracia para todos los verdaderos amantes del Sagrado Corazón, es indudable que la inusitada solemnidad de su clausura, el 31 de diciembre de 1925, tuvo una nota de especial elocuencia para los entusiastas apóstoles de la Entronización y les trajo, a no dudarlo, una riquísima y particular bendición. Me refiero a la institución providencial de la gran fiesta de la «Realeza de Nuestro Señor». Ésta revistió una esplendidez mayor y muy significativa por el hecho de haber sido realzada por la Renovación de la Consagración del género humano al Corazón de Jesús, en esa hora solemnísima, única. En efecto, para nadie pasó inadvertido lo que el Papa quería significar con ese doble gesto, elocuentísimo: el Vicario de Cristo aclamaba oficial y solemnemente ante el mundo entero al Rey Divino... y le aclamaba como Rey de Amor, en su adorable Corazón. Este gesto maravilloso del Sumo Pontífice levantó una ovación de fe en todo el universo católico, pero fue especialmente aplaudido y con júbilo delirante por cuantos combatimos bajo el Lábaro del «Reinado Social del Sagrado Corazón». Porque si, como hijos fieles y sumisos, acatamos sin reservas la mente de la Santa Sede en la institución de esta nueva fiesta, en calidad de apóstoles de la Entronización hemos llorado de emoción porque el 31 de diciembre, en la clausura del Año Santo y nada menos que a la faz del mundo, Su Santidad Pío XI consagró, diríamos, nuestra Bandera de guerra santa, la misma insignia que, desde el año 1908, preside tanto las reñidas batallas y las victorias, como las rudas pruebas y las inmolaciones que impone la gloriosa Cruzada en la cual estamos empeñados. Antes de pasar adelante debo declarar que no sólo hemos sido nosotros firmantes materia-les de la instancia en la que se pedía esta fiesta —instancia que yo mismo presenté en 1924 a los Reverendos Padres Capitulares de la

Congragación de los Sagrados Corazones—, sino que, además, hemos venido preparando, durante los doce últimos años, esta petición, *mediante una vigorosa campaña de opinión*, emprendida a través de todos los pueblos de la tierra. Si, la Obra de la Entronización puede gloriarse de haber creado, en todas partes, una mentalidad social, en perfecta armonía con el carácter de esta fiesta, y más aún: el de haber provocado *un verdadero plebiscito familiar* u social en favor de la idea que el insigne Pontífice reinante, Pío XI, ha adoptado como bandera y lema de su glorioso pontificado. Los apóstoles, pues, de la Entronización en Europa, América y las Misiones, han sido al mismo tiempo actores y testigos en tan fausto acontecimiento; por eso nada más justo que yo reclame en esta ocasión para los Secretariados un rayo de una gloria tan legítima, ya que el mismo Papa os la reconoce benignamente en su Encíclica. Por otra parte, la opinión pública, constituida por elementos tan graves como perspicaces, ha hecho ya espontáneamente a la Obra semejante justicia. En efecto, hecho altamente consolador para la Dirección general y demás directores nacionales fue el recibir de todas partes, el mismo 31 de diciembre de 1925, un sinnúmero de felicitaciones, tan sinceras como cariñosas, aludiendo todas al establecimiento de dicha fiesta, y considerándola como el broche de oro y como la recompensa lógica y necesaria del apostolado realizado por la Cruzada de la Entronización del Corazón divino de Jesús... Ya desde el mes de noviembre de 1925, periódico y revisto, boletines eclesiásticos y otras publicaciones, os tributaban, queridos apóstoles, estos honores, proclamando que la Fiesta de la Realeza venía a ser corno una Entronización mundial, realizada por el mismo Sumo Pontífice con motivo de la terminación del Año Santo. Y hemos de confesar que en realidad la palabra *Entronización* nunca se la empleó con tanta propiedad, ni lo que ella significa, se ha llevado a cabo con tanta plenitud y trascendencia como en el pórtico de San Pedro. Pero entremos ya, siquiera sea con brevedad, en el terreno de los hechos. Recordad, en efecto, los orígenes de la querida Obra, y su idea matriz ha de servir, seguramente, para que os empapéis más y más en el espíritu que debe asegurar el vigor de su organización y de la fecundidad de su apostolado. Desde sus principios, allá por el año 1908, la Cruzada de la Entronización ha suscitado por todas partes un movimiento espiritual intenso y avasallador, perfectamente en armonía con la idea de la Realeza Social de Nuestro Señor, movimiento que procedía, con toda lógica, tanto del fondo como de la forma de la Obra. Por lo que al fondo respecta, bien sabido es que desde los primeros albores de la Cruzada no hemos hecho otra cosa sino hablar *del Rey* que debe reinar en las diversas manifestaciones de la vida cristiana. Y a este respecto nadie se engañó, pues mientras los unos, los amigos, aplauden y exclaman entusiasmados *¡Viva el Rey!,* los detractores, por su parte, condenan como inoportuna e imprudente la idea de "Realeza", y consideran temerario e innovador el lema que desde el primer día ostentamos en el estandarte de la Entronización: *«Realeza Social del Corazón de Jesús.»* He dicho *Social* porque jamás se nos vino a las mientes el hacer ante todo, y menos exclusivamente, una campaña puramente íntima, de fuero interno y de conciencia privada. Es verdad que, repetidamente, hemos insistido acerca de la necesidad de una vida interior, seria, intensa; de una piedad sincera, de una vida esencialmente eucarística, y que, sobre esta base firme, pusimos la piedra angular del edificio. Pero todo eso se practicó en vista del Palacio social que nos proponíamos explícita-mente levantar para el Rey de reyes. Y en este magnífico Palacio queríamos ver un día a Jesucristo aclamado por Rey de reyes, como Maestro de legisladores y como Señor de gobernantes y Monarca de los pueblos. Monarca divino, victorioso, por el cetro de su Corazón. Si, desde un principio hicimos frente al mal terrible, arrollador, de laicismo social y político, a ese modernismo nefasto y ominoso que pretendía destronar a Jesús y desterrarle de la vida familiar, social y nacional, reduciéndole a un Rey de burla y de sacristía. Nuestra Obra propúsose, decididamente, suscitar una verdadera contrarrevolución y provocar al mismo tiempo una reparación solemne y práctica del horrendo crimen de lesa majestad divina que dondequiera se estaba fraguando o cometiendo. Y es que no queríamos y no debíamos aceptar un Cristo, tan venido a menos, que hubiera que contentarse con el solo título de 426 Rey, sin derecho social de ninguna clase, y esto merced, tanto a la malignidad de sus contrarios como a la vergonzosa cobardía de los que se dicen sus amigos. Un tal Cristo —nos decíamos —, Soberano incapaz de avasallar las almas y las familias, y cuyo imperio no se extienda desde los corazones de los hombres hasta los Parlamentos y a las leyes, eso no es sino un Cristo de caricatura y no el verdadero Dios del Evangelio. La Iglesia católica jamás ha consentido en aceptarlo; pero ¡ay!, muchos de los que forman el gremio de los *prudentes* opinaban de muy diversa manera y suspiraban por un Cristo mudo en el Sagrario, mudo en el Parlamento, acomodándose a las exigencias y a los progresos modernos, a pesar de su Código intangible. Tenemos, pues, la inmensa satisfacción y —¿por qué no decirlo?— la gloria de haber predicado con santa audacia y por todas partes esta Realeza Social y divina, y de haber llevado este principio doctrinal hasta las últimas con-secuencias; con frecuencia criticados acerbamente, eso sí, pero siempre unidos al Papa, bendecidos por él y alentados además por un torrente de gracias. He ahí, en lo referente al fondo, la idea dominante, el *único ideal, el* programa claro y terminante de la Entronización. Ahora, si del fondo pasamos a

la forma, veremos, con toda evidencia, cómo ésta pone de manifiesto el objetivo único de nuestra querida Cruzada, lo que ya en 1915 indujo al eminentísimo Cardenal Billot a declarar paladinamente que ningún título mejor que el de *«Entronización»* podía venir con más exactitud a la campaña social cristiana que preconizaba la Realeza Social de Jesucristo. Pero, ¡ay!, qué de luchas terribles para mantener dicho título contra adversarios de distintas procedencias, desde los que lo combatían en nombre de la filología clásica hasta los que se ensañaban contra él, por no parecerles muy conforme con la Teología católica... «Gramaticalmente,objetaban, es un neologismo horrible que no debe tolerarse ni en francés, ni en español, ni en otra lengua. Lo mismo ha de decirse respecto a la idea que pretenden preconizar con ese vocablo extravagante, pues no les guía otra cosa sino el afán de la novedad...» Con todo, y a pesar de tantos émulos, dicha palabra ha hecho fortuna, se ha abierto camino y ha conseguido, como reparación honrosa, carta de naturaleza, siendo ya empleada sin escrúpulo por los mismos que la combatían, al tener que dirigirse a aquellas piadosas muchedumbres para quienes son poco más o menos sinónimos *«Entronización» y «Realeza»*. El mismo homenaje familiar que exigimos indica ya, bien a las claras, que se trata de *honores reales*, pues al pedir para el Sagrado Corazón el lugar más distinguido de la casa, no hacíamos más que reclamar, para el *«Rey»*, el *trono* que, de derecho, le corresponde en todo hogar que se precie de cristiano. Y si, a la verdad, no hemos pensado nunca en imponer, como oficial, una imagen determinada del Sagrado Corazón, no es menos cierto que siempre hemos estado por el célebre lienzo, vulgarmente llamado de García Moreno, donde se nos muestra el Corazón de Jesús con las insignias propias de la Realeza. En esta forma, el Rey de Amor ha recorrido ya el mundo entero, y a estas horas se encuentra entronizado, tanto en las miserables chozas de los negros como en los magníficos palacios de Europa y América, predicando, dondequiera, con el cetro en una mano y el globo del mundo en la otra, el sublime ideal de nuestra Cruzada, aquel célebre dicho de San Pablo: *«Es preciso que Jesús reine»*, el *«Venga a nos el tu reino»*, de la oración dominical. Nuestros numerosos y activos Secretariados, y el público en general, no necesitaron ni mucho tiempo ni largos comentarios para deducir del título y bandera de la Entronización la conclusión lógica del «Reinado Social». Por eso no es de extrañar que fueran repitiéndose de consuno y paralelamente los homenajes de las familias y las aclamaciones sociales y nacionales al Rey de Amor. Me refiero a las entronizaciones lleva-das a cabo en las diversas obras católicas: escuelas, fábricas, círculos, oficinas de la Prensa, etcétera, etc. Pero no era esto bastante, sino que aumentando cada día más y más aquel torrente de fuego, fue invadiendo poco a poco las colectividades y los organismos oficiales. Desde un principio celebróse la Entronización en establecimientos públicos, hospitales, cuarteles; luego, más tarde, en Diputaciones y 4 Ayuntamientos. Y, por fin, en los Parlamentos y palacios de los reyes, y he aquí cómo, con toda lógica, sin cambiar la divisa, y por un procedimiento idéntico de apostolado social, va paseándose enhiesta y subiendo de peldaño en peldaño, de la vida íntima a la vida social y pública, de las Catacumbas al Capitolio la misma bandera de la Entronización. En sus pliegues se halla escrito que Jesús es *«Rey de reyes» por* su amor, por su Corazón, o si preferís, el mismo rótulo de la cruz, con una pequeña modificación: *«Jesús Nazareno..., Rey de las Naciones.»* Hechos concretos y magníficos prueban con fechas y nombres ilustres, con solemnidades regias, con monumentos oficiales espléndidos, cuál ha sido oficialmente, *desde 1908*, el fruto sensible y el resultado social-cristiano de esta Cruzada. Enumeremos tan sólo uno que otro. En el gran Ducado de Luxemburgo, Entronización oficial en el palacio del Gobierno. En Holanda, país en su mayoría protestante, más de cien entronizaciones hechas en plazas públicas de otras tantas poblaciones, y esto con pompa inaudita. ¡En Tilburg asistieron 30.000 católicos! En el Canadá francés, el gobernador hizo la Entronización solemne y oficial. Colombia es hoy la República del Sagrado Corazón, por ley del Estado. Muchos años antes lo era ya el Ecuador, consagrado al Rey Divino por el gran García Moreno. Al terminar la gran guerra, Bélgica quiso cantar su gratitud al Corazón de Jesús en un homenaje, si no oficial, solemnísimo, presidido por S. M. el Rey y por el Episcopado. La Cruzada de la Entronización no fue ajena a este acto de acción social. Pero la apoteosis por excelencia, hecho tal vez único en la historia como protesta de fe oficial y homenaje de adoración nacional, es la Entronización realizada en España el 30 de mayo de 1919, en el Tabor del Cerro de los Ángeles por el gran rey católico S. M. Don Alfonso XIII y su Gobierno en pleno. Y fue el Secretariado de Madrid, secundado por todos los de la Península, quien lanzó y organizó el movimiento, quien dirigió la suscripción nacional y recogió las erogaciones, de rey a paje, desde Don Alfonso XIII al último español, a fin de que el Monumento fuera realmente levantado por un plebiscito nacional (1). No merecí jamás la gloria de haber recorrido casi todas las Parroquias de Madrid y las grandes poblaciones de España, predicando la Cruzada y el Monumento nacional. Como también fue honor de todo gratuito, y que no podré jamás pagar con ninguna moneda, el haber sido designado para predicar en la Iglesia (1) En el Secretariado Nacional de la Entronización, establecido en el Colegio de las Madres de los Sagrados Corazones, Fuencarral, 115 (Madrid), se recaudó la suma total de 471.398 pesetas para el Monumento. La Familia Real se suscribió

con 10.300. Los Cardenales y Obispos, con 7.650. Un ilustre compatriota del R. P. Mateo, el Embajador del Perú ante la Santa Sede, Excmo. señor Conde de Guaquí, pagó con 50.000 pesetas la estatua colosal del Sagrado Corazón que corona el Monumento. 431 más histórica de Madrid, en San Jerónimo el Real, ante una muchedumbre que era una verdadera masa humana, el triduo preparatorio a la Entronización oficial del Cerro de los Ángeles los días 27, 28 y 29 de mayo de 1919. Y, ya que hago estas reflexiones y referencias con motivo de la magistral Encíclica de Su Santidad Pío XI acerca de la nueva fiesta el honor de Cristo-Rey, permitidme que os recuerde, queridos apóstoles, lo que sin duda ya sabéis todos y que a principios de 1925 comunicaba yo por carta al Padre Santo, a propósito de vuestra campaña en favor de la futura fiesta: *Si litúrgica y oficialmente esta fiesta es nueva, el homenaje que ella preconiza a la Realeza de Nuestro Señor, existía ya en varios países, gracias a los Secretariados de la Entronización, homenaje celebrado anualmente bajo la denominación de «La Fiesta de la Realeza».* ¡Qué honor para los Secretariados de la Obra ver coronados así los humildes esfuerzos y realizados sus más ardientes deseos, y esto por la suprema autoridad de la tierra! Y si alguno objeta que lo que nosotros preconizábamos era más bien la *«Realeza del Sagrado Corazón»*, habríamos de responderle que este matiz tan delicado como hermoso, lejos de ser excluido y como pasado en silencio, es repetidamente traído en la Encíclica pontificia, en la que se habla explícitamente del Rey como Rey de Amor, y en la que se recomienda la consagración de las familias y las sociedades al Sagrado Corazón, como la más excelente manera de reconocer ostensiblemente la Realeza de Cristo. Por otra parte, la solemnidad oficial con que el Papa ha querido realzar la primera celebración de la nueva fiesta, y que deberá repetirse cada año por orden suya, exterioriza muy a las claras todo el pensamiento del Sumo Pontífice. Me refiero a la renovación del acto de consagración del género humano al Corazón Sagrado de Jesús, y sirviéndose para ello de la fórmula ya famosa, de León XIII, donde, por varias veces, se repite aquella frase tan significativa y tan de actualidad: *«¡ Sé Rey!...»* Ahora bien, ¿cuál es el espíritu de esta solemne y bellísima fiesta? A dicha pregunta contestamos sin titubear que es absolutamente el mismo que el de la Entronización. Es de todo punto evidente —y así lo declara el Sumo Pontífice en términos precisos— que el fin principal de la fiesta es el de destruir, asestándole el golpe mortal, el maldito laicismo social, herejía deletérea que ha llegado a contagiar la mentalidad de ciertos centros y medios católicos, muy poco consecuentes con la doctrina que pretenden defender. En efecto, a pesar de la condenación del liberalismo, parecen haberse forjado un Cristo, legislador exclusivo del foro íntimo de la conciencia, pretendiendo, con audacia inaudita, suprimir, o por lo menos escamotear, las páginas doctrinales del Evangelio, donde se declaran formalmente sus derechos divinos, imprescindibles, sobre las colectividades sociales y nacionales, sobre autoridades y gobernantes. Pues bien, en esa hora de excepcional gravedad, el Papa ha querido proclamar otra vez el principio evangélico, el más combatido hoy por los enemigos de la ciudad de Dios y, por lo tanto, el más indispensable en estos días de verdadera crisis mundial. Pero, al promulgar una vez más este principio irrefragable, el Vicario de Cristo desea ante todo que esta Realeza llegue a ser reconocida y *prácticamente vivida* por todos los fieles. 'Y aquí es donde por su carácter entra de lleno nuestra Obra, debiendo trabajar con ahínco porque se consiga el fin de esta Fiesta, del mismo modo que ayudó poderosamente para establecerla. Trátase, en efecto, de fortalecer y desarrollar el sentido cristiano en las familias, ya que en ello estriba el secreto y la única base posible de la verdadera restauración de los derechos de Cristo. El término *«Cristo-Rey»* significa: el Evangelio más profundamente estudiado y mejor realizado en el hogar, con el fin de convertir luego ese mismo código de vida familiar en código obligatorio de vida social. Significa, además, la ley moral aceptada y fielmente observada, primero en el santuario de la familia, como base de educación sobrenatural, y luego en las demás manifestaciones de la vida. Por lo tanto, las lecturas, las modas, los espectáculos, las diversiones, la vida social, todo, en fin, absolutamente todo, debe seguir las normas trazadas por el divino Maestro, a quien sólo pertenece el derecho de juzgar, tanto los latidos íntimos del corazón como los discursos de la vida pública y social. La conciencia que en la intimidad del hogar suspira por el Venga a nos tu reino», debe luego aceptarlo con todas sus consecuencias en la calle, en los negocios y en la vida política. De este modo, el *"Padre nuestro"* que se reza secretamente ante el Tabernáculo, debe repercutir necesaria y prácticamente en la vida familiar, y luego en la social y nacional. Hace ya mucho tiempo que aquel ídolo de dos caras, que representaba a Jano, ha sido pulverizado por Jesucristo, nuestro Rey... Pero ¿en qué escuela aprenderán los hombres este espíritu de fortaleza? En la familia, raíz del árbol social y fuente y savia de la vida nacional, y sin la que, merced a una ley providencial que no admite excepción, no puede hacerse nada grande en este mundo. Por lo tanto, bien podemos y debemos afirmar nos-otros que el hogar es verdaderamente la piedra fundamental del trono en que Cristo-Rey debe sentarse; que las familias y sólo las familias forjan la diadema que más tarde la sociedad y la nación colocarán a sus pies divinos, no como dándole algo que ellas tienen corno propio, sino reconociendo oficialmente cuanto a Él le corresponde de derecho y cuanto de hecho ya posee en los hogares. La fe intrépida

y animosa, el fervor eucarístico, la santidad en las costumbres, la fiel observancia de las leyes de la Iglesia, las virtudes todas, en fin, que constituyen el fondo de la vida cristiana y la valentía y pureza de la vida social, dependen de la intensidad y amor con que el Corazón de Jesús ha sido entronizado en el hogar como Centro y Señor de la familia. No creemos, pues, que exageramos en lo más mínimo al sostener que la Fiesta de la Realeza no hubiese tenido hace algunos años el éxito que tiene hoy, social y cristianamente, porque le hubiese faltado entonces la base de esos millones de familias que, dirigiéndose al Papa, le dijeron: «Queremos que Cristo reine entre nosotros», y que, en estos momentos, responden a su Encíclica con el grito del Apóstol: «¡Es preciso que reine!» Abnegados y celosos Secretariados de la Entronización; a vosotros corresponde ahora hacer efectiva esta Realeza en las familias que vuestro celo tiene ya conquistadas para Jesús. Avivad, pues, en ellas el espíritu de fe y haced que arda más y más en ellas el espíritu de amor, para que crean con viva fe en l l y que Jesús sea efectivamente en todas ellas *Rey y Centro* de vida sobrenatural, mediante un amor vivo y prácticamente vivido. Adelante siempre, adelante, ya que el Vicario de Cristo acaba de infundir una nueva virtud a nuestro Lábaro de apostolado. Pero tened bien entendido que este Rey Divino será tanto más Soberano de las naciones cuanto sea más amado en las familias, como el Amigo de Betania. ¡Oh! Amadle, pues, especialmente vosotros, que sois sus apóstoles; amadle en vuestros propios hogares con santa locura, para que los hombres le amen en la observancia de su ley, integralmente aceptada. Por esto, para que las familias del Sagrado Corazón se den entera cuanta de lo que significa, *corno predicación social,* la Entronización realizada en el hogar, creemos de gran interés cristiano insertar aquí íntegras y textualmente las tres Conferencias predicadas para preparar al público madrileño a la Entronización oficial en el Cerro de los Ángeles. Hay en estas Conferencias ciertas alusiones eminentemente nacionales referentes a España y a su rey, pero que servirán de nota simpática v de grave ejemplo a los pueblos de toda la América Española. En más de uno de ellos ha tenido ya repercusión hermosa e imitación cristiana el gesto sublime de Su Majestad el Rey Católico. ¡Enhorabuena! El conjunto de la apoteosis a que alude este triduo es tan imponente y único por las circunstancias y la época, que no hemos creído conveniente desvirtuar su fuerza cambiando en las dichas tres Conferencias ni una tilde. Es lección de Evangelio, lección inmutable que fue predicada en España y que podría ser repetida en todas las Catedrales de la América Española. Ello sería de gloria para el Rey de Amor, y también de gloria, de provecho y de grandeza nacional para esas Repúblicas progresistas y cristianas.

PRÓLOGO INDISPENSABLE

Antes de ofrecer al público piadoso la meditación de las tres Conferencias que debí predicar durante el Triduo solemnísimo celebrado en la Iglesia de San Jerónimo el Real de Madrid, en preparación inmediata a la Entronización *Oficial* del Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles (Madrid), el 30 de mayo de 1919, Entronización hecha por S. M. el Rey Don Alfono XIII y su Gobierno, debo dar una breve reseña histórica de tan fausto acontecimiento. * * * ¡Ardía Europa en plena conflagración bélica! Invitado para predicar en España la Cruzada de la Entronización que comenzaba ya a abrirse camino de gloria, entré en tierra española en 1916. Una vez en la capital abrí el fuego con una serie de Conferencias dadas en el *"Centro de Defensa Social"*, organizadas por los señores Rafael Marín Lázaro y Severino Aznar. En una de las Conferencias lancé la idea de erigir un Monumento nacional en honor del Corazón de Jesús, proposición que fue acogida con vibrante entusiasmo. Una vez la idea madura y con la plena aprobación del Excmo. señor don Prudencio Melo, Obispo de Madrid-Alcalá, el Secretariado de la Entronización fue encargado de lanzar y organizar en todo el país el movimiento de opiniones en favor del Monumento y, naturalmente, de recaudar los fondos necesarios para su erección. Funcionaba el Secretariado en el Colegio de las Madres de los Sagrados Corazones, bajo la presidencia de la duquesa de la Conquista, dama de honor de la reina Victoria. El talentoso Padre Calasanz Baradat, SS. CC., celoso Director nacional de la Entronización, recorrió gran número de regiones de España, dando impulso al hermoso proyecto y organizando la suscripción. En nuestro concepto, el Monumento debía ser como un Estandarte de gloria cristiana en torno del cual almas y familias españolas debían agruparse aclamando en la vida del hogar y de la nación la Realeza Divina de Cristo-Rey. Como era de esperarse, la acogida dispensada en todo el país a dicho llamamiento fue cordialísima. Y el entusiasmo se tradujo prácticamente en una contribución pecuniaria popular y generosa. La suma total fue de cerca de medio millón de pesetas, dinero de la Familia Real y de mucha gente humilde y pobre. ¡Fue, pues realmente, el óbolo de España! Debo aquí, por nobleza, poner de relieve un gesto bellísimo. El embajador del Perú ante la Santa Sede, señor Goyeneche, conde de Guaquí y grande de España, pagó la Estatua colosal del Corazón de Jesús. Y en carta que me escribió a este efecto me decía: «Quede constancia que es mi intención honrar por cierto al Sagrado Corazón, pero manifestar también muy solemnemente la gratitud del Perú a aquella España Católica que nos civilizó con la fe de Cristo y con la moral del Evangelio.» Un tío de este embajador fue el Arzobispo

Goyeneche, de Lima. Pagado el Monumento, hubo un superávit, suma que el Secretariado invirtió en un rico y artístico Copón destinado a la Comunión de los peregrinos que vendrían a asistir al Santo Sacrificio de la Misa celebrado en el Altar del Monumento nacional. Toda esta gran labor de activa propaganda y de organización pro-Monumento estuvo a cargo del Secretariado de la Entronización; pero nada de importancia se decidió ni se ejecutó sin la intervención del Excmo. señor Obispo. Así, fue el Secretariado quien eligió el escultor-artista, señor Marinas. Pero cuando se trató de elegir entre las diversas maquetas, el señor Obispo, noble y delicado, pidió a S. M. el Rey que indicara él mismo su preferencia, y así lo hizo en visita personal al taller del artista. Todo esto significa, pues, claramente que el soberano había sido oportunamente consultado por el Prelado o por la Presidencia del Secretariado, la duquesa de la Conquista, cuyo cargo en Palacio la designaba como el intermediario adecuado. Con qué satisfacción tan íntima tengo a honor declarar que el rey don Alfonso había, desde el primer momento, aprobado y aun aplaudido el proyecto del Monumento. Y más: cuando el señor Obispo, en nombre de los Secretariados de toda España, le pidió una actuación solemne y oficial, aceptó muy gustoso presidir la inauguración del Monumento. ¡Ah!, y ofreció espontáneamente recitar como monarca católico el Acto de Consagración de España al Corazón de Jesús. Dio, pues, orden que todo el Gabinete, presidido por el insigne don Antonio Maura, asistiera también en cuerpo a la ceremonia. Tratándose de una manifestación de carácter religioso-patriótico, y a insinuación del rey don Alfonso, se fijó la inauguración del Monumento para el 30 de mayo, fiesta de San Fernando, rey de España. Los tres días precedentes prediqué a una inmensa muchedumbre el triduo que se publica a continuación.

* * * A las diez de la mañana celebró el Santo Sacrificio de la Misa en el altar del Monumento el Excmo. señor Obispo de Madrid, y acta continuo expuso el Santísimo Sacramento. Cantado el «Tantum ergo», S. M. el Rey, a la derecha de la Sagrada Custodia, leyó con elocuencia arrobadora un maravilloso «Acto de Consagración de España al Corazón de Cristo Rey »... Una tempestad de vítores y de sollozos cubrió las últimas palabras del rey católico. Calmada la profunda emoción y el clamoreo de la muchedumbre, se puso en marcha la Procesión del Santísimo desde el Monumento al antiguo Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles... Tras del señor Obispo, que bajo palio Llevaba la Custodia, seguían el rey, la reina y toda la familia real. No resisto al deseo de referir aquí una anécdota sabrosísima. Días después de este incomparable homenaje, S. M. el Rey don Alfonso me recibió en audiencia privada, pues quería agradecerme toda la parte que había tomado en calidad de Apóstol del Sagrado Corazón.

—Permítame, señor —le respondí—, que cuente con toda sencillez a V. M. que en esa hora grandiosa del Cerro estuve tentadísimo de cometer un atentado...

—¡Cuéntemelo! —replicó el rey sonriendo. —Pues cuando V. M., terminada su magnífica oración, descendía las gradas de la escalinata, yo, que me encontraba abajo, al borde de ésta, impulsado por una emoción que me embargaba el alma, estuve a punto de abalanzarme hacia V. M. y abrazarle de rodillas en nombre de todos los apóstoles del Sagrado Corazón... ¡Ah, me costó dominarme, contenerme, señor!

—¡Oh, qué hermoso! —dijo el. rey—, y ¿por qué no lo hizo?

-Pues, Señor, porque temí que algún policía me hubiera detenido antes de caer a sus pies.

—Yo le hubiera salvado entre mis brazos —replicó emocionado el rey, besándome con efusión las manos. Al terminar este relato hermosísimo, página de oro de España, de la Iglesia y de la Entronización, quiero dejar constancia de lo siguiente: Guando en el Secretariado se discutió la frase lapidaria que debía grabarse, en el espacio que quedaba entre los pies del Salvador y el escudo de España ofrecido al Rey Divino por la Reina Inmaculada, yo corté la discusión proponiendo estas tres palabras: *«Reino en España.» Por* aclamación fue aceptada mi proposición y esta frase vibró como un clarín de victoria ante España y el mundo. * * * (El triduo que a continuación se publica fue sí predicado en Madrid, pero podría y debería predicarse en todas las Catedrales de Sudamérica como lección sublime y como ejemplo alentador para gobernantes y gobernados... ¡Ah!, Ya vimos la hora de apostasía, y por esto es indispensable que se conozcan estos altísimos ejemplos y que 443 se prediquen con entereza cristiana los Derechos de una Divina Realeza. ¡El acontecimiento es único! Pero la doctrina de redención social por Cristo, Rey de las conciencias y Rey de las naciones, es perora siente y es universal.)

PRIMERA CONFERENCIA SOLEMNE TRIDUO

Preparatorio a la Entronización Oficial hecha en el Cerro de los Ángeles por Su Majestad don Alfonso XIII el 30 de mayo de 1919 Reinado íntimo del Corazón de Jesús en las almas por la Santa Eucaristía

«Ignem veni mittere in terram et quid volo, nisi ut accendatur? Yo he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda? (Luc., XII, 49.) AMADISIMOS HERMANOS: El viernes próximo seremos testigos de un hecho anormal, que sorprenderá profunda gratísimamente al mundo católico, pero que irritará violentamente al campo adverso. España dará como nación, oficialmente, un valiente, un sublime *escándalo*

de gloria reconociendo solemnemente la Realeza Divina de Nuestro Señor Jesucristo. Y en testimonio irrecusable de ello entronizará con honra y majestad la grandiosa estatua del Corazón Divino de Jesús en el Cerro de los Ángeles, con asistencia oficial y previo el plebiscito elocuente de los hogares españoles.

La Pasión del Salvador y la época actual. Crimen y reparación

Escuchadme con benevolencia, amados españoles. Me represento la época actual y la sociedad en que vivimos en tres escenas, tal vez las más culminantes y afrentosas de la Pasión del Salvador. Vedle encadenado ante Pilato, el tipo del gobernador cobarde, preocupado, mucho más que de la justicia, de su propia popularidad y de conservar el puesto. Reconoce inocente a Jesús; pero... ya que la turba vocifera con sed de sangre, después de lavarse hipócritamente las manos, lo entrega a los flageladores; mas como los verdugos no están hartos todavía, se los abandona para que le despedacen en una cruz. ¿Historia de hace veinte siglos? No, tristísima y sacrílega historia de nuestro siglo: el mundo está gobernado por la legítima descendencia de Pilatos. La inmensa mayoría de los (1) La división en párrafos ha sido introducida por la Dirección de *Reinado Social* gobernantes, si no son todos del número de los inicuos, viven con ellos; se apoyan en ellos, se dirigen por ellos, porque así lo exigen los mezquinos y ruines intereses del bando de la iniquidad. Crimen deicidio, a todas luces mayor que el del infeliz verdugo. Pilato, el de ayer v el de hoy, tiene una responsabilidad inmensa-mente más grave que la de la soldadesca ruda v vendida en su ignorancia. Figura mucho más villana aún que la de Pilatos es el infame Herodes, y con él su séquito, la canalla cortesana de Jerusalén. ¡Qué afrentosa ignominia, para el Señor de toda santidad, ser presentado ante semejante tribunal! Su sentencia de befa, de irrisión sacrílega, no ha prescrito ni prescribirá... Siguen ratificándola el sinnúmero de Herodes que, revolcándose en el fango, quieren justificar su sensualismo y sus bacanales tachando de loco al legislador de pureza y santidad. ¡Ah!, sigue confirmando la sentencia de insensato contra Jesús la corte herodiana de mentidos sabios que pretenden hacer obra de intelectualismo refinado al suprimir en la historia, en la ciencia y en la vida, al Señor de toda sabiduría. Secta repugnan-te, la más perniciosa; secta de soberbios, para los cuales es altura de pensamiento y es progreso y es civilización descartar en absoluto, arrancar de cuajo de la conciencia, de la enseñanza, de la familia y de la legislación la Persona adorable del Salvador. ¿No es ésta la suprema filosofía y la cultura suprema de nuestro siglo? Y viene en tercer lugar el pueblo, ganado con dinero, comprado para vociferar: la turba ebria de vino y de insolencia. Pedirá la sangre de Jesucristo y la verterá por un precio convenido, con promesas y halagos de beneficio ulterior en libertades que se le otorgarán, pero... en la medida en que sea procaz, atrevido y cruel... Ya veis: la muchedumbre no ha cambiado, pera tampoco sus seductores: siempre los mismos fariseos, siempre los mismos mercaderes de altos vuelos y de instintos ruines, miserables... Lo que importa es que Cristo muera, pero que sea previamente preso y hecho blanco de irrisión y escarnio. Ese momento es el actual: Jesús, cubierto ya con el doble manto de insensato y de blasfemo porque se ha llamado Rey y Dios, coronado de espinas, con una caña por cetro de burla, abandonado de todos, condenado por el pueblo de sus predilecciones, aguarda, herido en el Corazón, destrozada el alma, una sentencia. ¿Reinar o será nuevamente clavado en un patíbulo por haber osado proclamar en pleno siglo de liberalismo los derechos de su Divina Realeza? En ese instante de suprema angustia vuelve su Corazón y los ojos arrasados en llanto a España, y entonces, con mirada de amor y de dolor inefable, con voz suplicante y de inmensa ternura, le dice: «Mira a tu alrededor..., ya ves, España de mis, amores: todos, todos me han abandonado, y muchos aún se han pasado al bando que reclama mi sangre y mi trono. ¿Y tú, me dejarás también? España, por la primera vez en tu historia, 448 pueblo de Mi madre; España, ¿me negarás también tú? ¡Responde!» Preparaban ya los pueblos verdugos la Cruz, los unos con sectarismo rabioso y los otros con transacciones y condescendencias culpables, cuando he aquí que se presenta, ¡oh día de gloria!, en la cima del monte un Monarca joven, apuesto, de actitud marcial, vestido de guerrero, de cruzado... ¿Viene, por ventura, solo? ¡Ah, no! Le sigue una Corte espléndida, nobles y mili-tares y el Gobierno. ¡Qué!, viene cantando el Hosanna, ¡ved!, y con el Rey, todo su pueblo, la Nación toda entera. Es España que llega entonando con el Rey a su cabeza: ¡Cantemos al Amor de los amores, cantemos al Señor! «Corazón Santo, *Tú reinas ya.*» Y ante el Sanedrín atónito de gobernantes verdugos y de naciones cómplices, el rey católico, Su Majestad Alfonso XIII y España-Nación, convierten el patíbulo en trono y el Calvario en el Tabor de Jesucristo-Rey. Tal será el gesto de epopeya cristiana que aplaudirá el mundo católico el Viernes 30 de mayo.

Enseñanza de la Entronización Nacional. Reinado del Sagrado Corazón por la Eucaristía. Sus frutos.

RENOVACIÓN DE AMOR Para prepararnos a solemnidad de tanta trascendencia en su significado y en sus consecuencias morales celebramos este triduo, homenaje de Madrid y de España al Corazón Divino de Jesús, vuestro Rey de Amor. Saquemos con fe provechosas enseñanzas. Y la primera de todas sea: que la apoteosis de gloria rendía al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles avive la llama, el fuego de caridad en el alma

española; que este espléndido homenaje provoque en recompensa un Pentecostés de amor más ardiente, más generoso, según aquella hermosa palabra que me ha servido de texto: «Yo he venido —dice el Señor— a poner fuego en la tierra.» Si, a eso viene el viernes próximo: a condición de que se le acepte como Rey de Amor, acepta el trono; pues su primer anhelo es establecer su reinado íntimo en las almas, base de un triunfo real y duradero en la 450 sociedad. A eso viene, con ese fin se acerca al alma nacional de España, para abrasar ante todo y sobre todo las almas en los ardores de su caridad. El monumento no puede ser sino la expresión y el símbolo de un amor, que su Corazón entronizado oficialmente reclama con imperio, que Jesús solicita particularmente, con sed nunca apagada. *¡desde el Sagrario!* Oídlo bien, amadísimos hermanos: el reinado efectivo del Corazón de Jesús en su primera etapa, en su fundamento imprescindible, debe ser, según la mente del Señor y de la Iglesia, una renovación *de amor eucarístico* profundo. Recorred, si no, el maravilloso evangelio escrito por Santa Margarita María. He dicho evangelio porque en esas páginas no se habla de nadie que no sea de la Persona adorable de Jesús, de nada que no sea su ley de amor, sus derechos a ser amado, a reinar por el amor. Pero todo ello marcando con relieve vivo la Persona del Salvador y trazándonos siempre el mismo camino para encontrarlo, el camino que conduce al Tabernáculo. Ahí es donde el Señor espera el primero de los homenajes a su Corazón, *que tanto ha amado a los hombres (1);* ahí quiere El recibir el más fervoroso y solemne de los desagravios, cabalmente porque su Corazón, su amor, son olvidados en el Sacramento del Altar. Todas las demás manifestaciones del culto al Sagrado Corazón suponen este punto de partida, la Eucaristía, y todas, para que sean aceptables al Señor, deben converger en alguna forma a Jesús Sacramentado.

(1) Santa Margarita María, *obras, t.* II, pág. 102.

Es, sobre todo, ahí en donde en toda propiedad de términos es y debe seguir siendo, *Rey y Centro* de los corazones, de los hogares y de los pueblos. Un amor que no lo busque afanoso, ahí donde palpita vivo y entero su Divino Corazón, no es sino veleidad, no es amor. 1Oh, y por cuántas razones, a cual más apremiantes, debiéramos desear que el Señor apresure el reinado íntimo de su Sagrado Corazón mediante su sacrosanta Eucaristía! ¡Oh, sí, *venga a nos tu reino en amor de Eucaristía!* Lo necesitamos tanto en nuestra época de anemia moral, de vacilaciones, de timideces y transacciones, pecado de prudencia según la carne. La tempestad no tiene visos de querer ceder; por el contrario, arrecia y amenaza con talar el campo cristalino. No será así si sabernos vivir la vida de Aquel que ha vencido al mundo (1); como Él y sobre todo con Él, le venceremos nosotros. Pero ello supone una fortaleza que no es la virtud dominante de nuestra época, empobrecida de sangre divina. Sólo Jesús- Eucaristía tiene la virtud secreta de producir legiones de héroes y de mártires en el campo de los vencidos por la flaqueza humana. Y esas legiones nos son hoy día indispensables, urge el que lleguen pronto a reforzar las líneas de combate, pues cada día son más contados los soldados que pelean en primera fila, a pecho descubierto, la batalla del Señor.

(1) Juan, XVI, 33.

AUMENTO DE FE *¡Corazón divino de Jesús, venga a nos-tu reina en amor de Eucaristía!* Lo necesitamos mucho para provocar una reacción *sobrenatural* en el elemento cristiano, enamorado con entusiasmo imperdonable de sabidurías, razonamientos y filosofías, que no están por cierto de acuerdo con la sublime locura de la Cruz y del Calvario. Se va, desaparece poco a poco la fe robusta, la fe sencilla de nuestros mayores, y con ella aquel sentido divino, aquel criterio seguro, eminentemente cristiano, sobrenatural, con que en familia como en sociedad se juzgaba de cosas y acontecimientos... Nos invade una epidemia de críticas, nos corrompe una manía de intelectualidad, que no es sino soberbia de espíritu. Muy otra cosa afirmó el Señor cuando dijo: *¡Bienaventurados los niños, bienaventurados los pobres, los sencillos de espíritu!... (1).* Acerquémonos al Maestro, que en el Sacramenta de fe tiene palabras de vida eterna (2) para aquellos que le buscan con sinceridad de corazón. Su vi,,ita más frecuente, más honda, hará la luz, disipará con su contacto las vacilaciones que, como en el alma de Tomás, el apóstol, razonador en demasía, empañan la limpidez de nuestra fe.. ¡Oh! Digámoslo en el comulgatorio, repitámoslo mil veces en el Sagrario: *Creemos, Jesús, pero aumenta nuestra fe..., haz que veamos (3).*

(1) Mat., V. 3. (2) Juan, VI, 9. (3) Luc., XVII, 5.

COMUNIÓN FRECUENTE *¡Corazón divino de Jesús, venga a nos tu reino por amor de Eucaristía! Si,* que venga pronto; provocadlo, sobre todo, con la comunión cotidiana y fervorosa, pues cl infierno amenaza ahogarnos en su mar de fango, de sensualismo desenfrenado y de libertinaje social... El ataque al pudor en público no es ya un atentado que levanta indignación, es refina-miento, es independencia de criterio y es moda hoy día con elasticidad inexplicable en materia .de espectáculos, de lecturas y de modas, a las exigencias más

absurdas y escabrosas de una mundanidad paganizante. Huelga decir el gravísimo peligro que corre la inocencia de los pequeños, el candor y la pureza de las jóvenes y la santidad del hogar cristiano. Es preciso a toda costa y cuanto antes una reacción violenta y eficaz, pero que nadie es capaz de provocar sino Tú, Jesús, cuya hermosura de gracia en las almas es la única belleza verdadera. ¡Ah, ya puede en vano hablarnos la escuela neutra de honor y de deber! El lodazal, que es consecuencia lógica de esta doctrina, que se trate de obreros o aristócratas nos prueba a las claras que al darse Jesucristo como germen de vida moral a las almas, éstas no pueden impunemente abandonarlo, se degradan y ruedan al abismo desde el momento en que se olvidan y se separan del Maestro. Mas no nos lamentemos platónica-mente, no gimamos con lágrimas estériles ante un mal tan grave. ¡Ea!, manos a la obra regeneradora, arrastremos con labor de ejemplo hasta las fuentes de la Vida, hasta el Costado abierto de nuestro Salvador, manantial en el que hay remedio superabundante de salud, de fortaleza, de castidad para toda esa lepra inmunda. Si la sombra de San Pedro sanaba milagrosamente (1), si las dolencias desaparecían al contacto de la túnica del Señor (2), ¡oh, qué maravillas de gracias, qué portentos de misericordia no operará Jesús vivo, derrochando vida desde su Sagrario! Y puesto que el delito de inmoralidad es tan grande, provoquemos por amor de Eucaristía una llama de fuego, de caridad, de misericordia omnipotente que perdone el delito y que lo supere en gracia redentora.

APÓSTOLES DE AMOR *¡Corazón divino de Jesús, venga a nos tu reino por amor de Eucaristía!* No te detengas, Señor, pues tu Iglesia reclama el apoyo de tu diestra, y ¿quién la salvará, sino Aquel que prometió quedarse con Ella y guardarla hasta la consumación de los siglos? (3). ¡Tú, Jesús! Si, la Iglesia es, ciertamente, muy combatida; pero hoy, como ayer, esta lucha será su gloria en la medida en que nosotros lo queramos..
(1) Act. A., V, 15. (2) Mat., IX, 20. (3) Mal., XXVIII, 20.
Quiero decir que si nosotros, las fibras de la Iglesia, sus miembros activos, rebosamos de sangre divina, de espíritu divino por una vida intensamente eucarística, rebosaremos también en vigor de combate y con El y por El cantaremos victoria. La Iglesia, hermanos amadísimos, no tiene tanto que temer de sus enemigos, cuanto del desfallecimiento de sus propios hijos, de la caravana inmensa de ingratos para con aquel Señor, que, para sostenernos en la travesía del desierto, se nos dio en la forma de Maná Sacramentado. ¡Ah, si supiéramos como los santos que una comunión fervorosa es una gran batalla ganada dentro de la Iglesia, y que ella sola es contribución más fuerte y eficaz para el triunfo del Señor que discursos, y que libros, y que muchas obras! Y aquí, amadísimos hermanos, debo haceros una grave reflexión: el deber en que todos los católicos os encontráis, hoy más que nunca, de ser apóstoles. La hora es solemne y puede ser decisiva. ¿No sentís que la tierra se estremece bajo nuestros pies? Todavía es tiempo de conjurar la tremenda convulsión. ¿Sabéis lo que necesita en este momento de crisis la sociedad y lo que la Iglesia reclama a voces? ¡Apóstoles de amor, sembradores de fuego, sacerdotes y seglares!... ¡Ah! No dudéis, que si cien malvados pueden arruinar a un pueblo, un verdadero apóstol, uno solo, es capaz de salvar cien pueblos del naufragio. Pero ello supone una fuerza rayana en omnipotencia, que el hombre no posee. Ese apóstol, pues, ese hijo de la Iglesia, que debe luchar y vencer, debe ser un hombre omnipotente, endiosado, un Jesús... ¿Cómo? ¡Por amor de Eucaristía! No de otra suerte lucharon en Catacumbas y en Circos los héroes primitivos del Cristianismo. Bañaos como ellos en la sangre del Cordero y así aprenderéis la ciencia tan difícil de la inmolación; sí, Él lo pide hasta el martirio. Divinizaos en Jesús-Hostia, hermanos, y participaréis de su omnipotencia salvadora. No le temáis, ni temáis el peso de tanta gloria; acercaos a su altar, bebed de su cáliz, morad en su Corazón y os hará victoriosos y fecundos para su gloria. Ved: conozco el caso conmovedor y elocuente de un soldado que es hoy... un escombro de los campos de batalla. Ha perdido un brazo y una pierna, y para colmo, en parte el uso de la palabra, y es, ¡oh prodigio de la gracia!, un apóstol incomparable, irresistible en actividad y en elocuencia. No pidáis explicaciones, pues no hay sino una que vale por todas: ese soldado inválido corre, vuela, escribe, habla, arrastra y convence, *porque ama.* ¿Por qué no vosotros? Amad como él, os lo pide la Iglesia, os lo exige con dulcísima violencia para su gloria Jesús Sacramentado. *¡Corazón divino de Jesús, venga a nos tu reino por amor de Eucaristía!* Pero comienza tu reinado estableciendo en mí la soberanía de tu amor. Porque antes, mucho antes de afanarme en redimir y santificar a mis hermanos, debo comenzar por dar yo mismo al Señor lo que su Corazón me pide. Su lenguaje al respecto es claro y terminante; rara vez es más imperativo 457 que cuando nos llama al banquete de su altar: *Venid, tomad, comed (1).* Tres palabras que son para nosotros un supremo mandato, que liga de manera inquebrantable nuestra vida de con-ciencia y nuestra vida de eternidad a su Corazón Sacramentado. ¡Oh, misterio insondable de caridad infinita! Obligarme a amarle, como si temiera perderme, como si perdiéndome le faltara algo a Aquel que siendo Dios lo posee todo! Ésta es la gloria de sus glorias, pero también la locura de sus locuras de amor: conquistar devorando almas y dejándose El devorar, ¿qué digo?, ¡pidiendo y mandando ser devorado por ellas! Todo este razonamiento se apoya en el primero y

en el más grande de sus derechos: *¡el de ser amado!* Así como lo oía, hermanos; pues El, Dios y Rey..., Jesús, no quiere, no puede ser indiferente a nuestro amor! Su derecho ha creado, pues, en Él la necesidad diaria de sentirse nuestro y de sentirnos suyos por amor. ¿Qué otra cosa significa si no la Eucaristía? No quiso, es cierto, dejarnos huérfanos (2). Se hizo por esto nuestro Pan, y en otro sentido, nosotros somos. o debemos ser el suyo. ¡Oh! Si tuviéramos bien aguzado el oído del corazón, oiríamos cien veces al día a Jesús Sacramentado decirnos como a San Pedro:

~;¿Me amas?... ¿Me quieres más que a los demás?... (3).

(1) Mat., XXVI, H.—Mar c . , XIV, 22. (2) Juan, XIV, 18. (3) Juan, XXI, 15.

Y porque le contesta a veces un silencio crudelísimo, que prueba desamor o ausencia, gime, se lamenta y pide compasión, pide consuelo y desagravio. ¡Y es Jesús, es Dios! «¿Por qué lloras?», le pregunta con candor un alma que le oye gemir en el Sagrario. «Porque no comulgaste esta mañana —respóndele Jesús—; gimo porque me privaste del cielo de tu alma. ¡Oh!, tengo frío; no vuelvas a privarme del albergue de tu corazón; ¡son tan pocos los que me aman!» Nada más oportuno, pues, amadísimos h e r -manos, al prepararos para el incomparable homenaje de reparación nacional que ofreceréis, al Corazón de Cristo-Rey en el Cerro de los. Ángeles, nada más oportuno, repito, que pediros ante todo una reparación privada e íntima por el desamor con que es ofendido el Rey-Prisionero de los Sagrarios. Sociedad nobilísima y tan eucarística de Madrid, entronízale más íntimamente 'todavía en tu alma: te lo pide el Señor, de tantos maldecido; quiere que tú le bendigas; te lo ruega el Señor, por tantos crucificado; desea que tú le glorifiques; te lo reclama el Señor, por tantos aborrecido; te exige que tú le ames con pasión; te lo suplica Jesús, el eterno olvidado y pospuesto' de los hombres, y por esto te llama ahora y con gemidos te conjura que le consueles en el comulgatorio. Sociedad madrileña, no le digas que le' amas, ven a probárselo, si es posible, diariamente en el banquete y en el coloquio del Cenáculo... Su Corazón te llama, te espera, ¡te ama tanto! 45 ¡Ah! ¡Cómo os lo probó Jesús mismo en los días imborrables del Congreso Eucarístico, acaso el más vivo, el más intenso en explosión de fe, el más conmovedor en el delirio de amor y de alegría con que fue celebrado entre todos los demás Congresos! Aquello quedará lo indecible, lo inenarrable (como el acto del 30 de mayo), para quienes tuvieron la fortuna de presenciarlo, de vivirlo, porque las escenas de paraíso escapan al poder de los pinceles y de las plumas mejor tajadas. Si el cielo pudiese pintarse y describirse, no sería el cielo. Algo de eso fue, ¿verdad?, la embriaguez de amor y de júbilo, el cántico celestial estupendo de gloria con que España entera celebró las grandezas y las misericordias del Dios Eucarístico. ¡Qué dignación la suya al permitir en esos días, en una vecindad más íntima y estrecha, que una misma tienda (le magnificencia y de gloria cubriera a Jesús Sacramentado de España y a España de Jesús Sacramentado!... Ved: hasta el término tan español *Sacramentado* os pertenece casi en mono-polio, pues no tiene traducción exacta y propia en muchas otras lenguas. Vuestro corazón católico lo ha inventado.

Llamamiento al pueblo español. Triunfo de Eucaristía.

Amados españoles, con ocasión de la Entronización nacional del Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, renovad en vuestras almas la llama ardiente, la apoteosis de amor de su Corazón Eucarístico. No lo olvidéis: el hecho culminante en la historia de la Iglesia en España será el que vais a realizar el 30 de mayo, y esto por el marco extraordinario de circunstancias, más que excepcionales, únicas en vuestra historia, como en la de Europa. Pero que lo sea, más que por ese marco de grandiosidad, por la intensidad de fe y por la renovación de amor eucarístico que dicha Entronización provoque. ¡Más, mucho más fuego de amor en comuniones mucho más frecuentes; más, mucho más fuego de amor en comuniones cotidianas más numerosas; más, mucho más fuego en intensidad, en viveza de amor en todas vuestras comuniones! A eso vino Jesús a la tierra, a traer esa dichosa y divina llama; para eso se quedó encadenado en pleno desierto, Cautivo-Rey de los Sagrarios; para eso regresa triunfante y oficialmente aclamado, para incendiar a España en los ardores que devoran su Divino Corazón. *No pudiendo ya contenerlos (1)*, viene a ofreceros que aceptéis la gloria de seguir siendo la tierra clásica de su Divina Eucaristía, como habéis sido por excelencia la tierra de los milagros eucarísticos, de la Adoración Nocturna, de la Vela del Santísimo Sacramento y patria, en fin, de San Pascual Bailón. Levántate, pues, España; viste tus mejores galas de reina y sal al encuentro de tu Rey y Señor... Viene Él, enamorado, a ratificar solemne y públicamente la adoración que te hace de su adorable Corazón, agradecido al trono de gloria que le brindas en horas de universal apostasía.

(1) Santa Margarita María, obras, t. TI, pág. 69

Españoles: el genio cristiano de vuestra raza, de acuerdo con las iluminaciones de vuestra fe tan robusta y sincera, os liará saborear con inefable fruición esta reflexión final: los triunfos maravillosos, evidentes, inauditos del culto y de la devoción al Corazón Divino de Jesús, son ante todo los triunfos de ese Corazón y de su amor en la Sacrosanta Eucaristía. Es decir, que en pleno siglo de sabiduría gentil y de filosofía

racionalista, triunfa Jesús, el *Dios-Infante de Belén,* en la cuna pobre y desmantelada del Sagrario, ¡y triunfa ahí por la locura de su amor! En pleno siglo de boato y de ostentación, de riqueza y de fuerza, triunfa Jesús, el *Dios-Obrero,* en el silencio y humildad del taller de su Sagrario, ¡y triunfa ahí por la locura de su amor! En pleno siglo de desenfreno y de refinado sensualismo, *triunfa* Jesús, el *Dios-Crucificado* en el Calvario del Altar y del Sagrario, ¡y triunfa ahí por la locura de su amor! En pleno siglo de bancarrota mundial, en pleno incendio de cólera, de soberbia y de odio, *triunfa Jesús, el Dios de la Eucaristía, y* desde el trono de paz de su Sagrario ¡vence, reina, impera en la omnipotencia y por la locura de su Corazón y de su amor!... Él es el Sol que se levanta, iluminando un mundo en ruinas; se levanta fecundo para edificar con ellas, en torno de su Tabernáculo, una nueva sociedad, amasada con su sangre... ¡Esta será, por excelencia, *la sociedad de su Sagrado Corazón!* España católica, estremécete de júbilo, pues el Señor quiere que tú seas *la Nación-María del Sagrario,* la lámpara-nación ante el altar nacional del Cerro de los Ángeles, en desagravio por tantos pueblos descreídos, renegados. Quiere ser Él, Jesús Sacramentado, tu alma nacional y el amor de tus amores. ¿Aceptas? Adelántate entonces, ¡oh España gloriosa!; sube las gradas del altar y acércate al Maestro, pues tu Rey Divino te llama, te aguarda anhelante, quiere besar tu frente en el Comulgatorio... Desde ahí podrás decirle en toda verdad: *¡Corazón Santo, España es tuya!* De rodillas, hermanos; esta solemnidad es demasiado grande, la presencia del Rey de Amor es demasiado sensible en esta hermosa asamblea para que la terminemos hablando palabras de la tierra... Oremos juntos, hermanos; decid conmigo: ¡Nos has bendecido, Jesús amado, como no bendijiste jamás a tu paso las flores de los campos y los lirios de los valles de tu Patria, y en pago hemos sido nosotros las zarzas y las espinas de tu corona! Pero no te canses de nosotros, acuérdate que eres Jesús para estos pobres desterrados.» ((Nos has bendecido, Jesús amado, como no bendijiste jamás las mieses, las viñas y los jardines de Samaria y Galilea, y nosotros te hemos pagado siendo tantas veces la cizaña culpable de tu Iglesia; pero... no te canses de nosotros, acuérdate que eres Jesús para estos desterrados. Oh, Jesús amado! Tu Corazón nos ha bendecido como no bendijiste jamás las aves del cielo ni los rebaños de Belén y Nazaret..., y nosotros te hemos pagado huyendo de tu redil y temiendo la blandura de tu cayado amorosisimo...; pero... no te canses de nosotros, acuérdate que eres Jesús para estos pobres desterrados. ¡Oh! En este día venturoso déjanos, porque hemos sido ingratos contigo, Jesús Sacramentado; déjanos ofrecerte un himno de alabanza en el tono inspirado del Profeta Rey; en su lira te cantamos con la Madre del Amor Hermoso. Espíritus Angélicos y santos de la Corte celestial, bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado: Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor. *¡Hosanna al Divino Prisionero del amor! (1).* Sol, luna y estrellas, desplegad vuestro manto de luz sobre este Tabernáculo, mil veces más santo que el de Jerusalén, lleno de la majestad de su dulzura...; bendecid al Señor en la misericordia con que nos ha colmado: Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor. *¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!* Fulgor de la alborada, rocío de la mañana, campos de luz muriente del crepúsculo, glorificad la majestad del silencio del Rey del sagrario…,

(1) La inmensa muchedumbre que llenaba el templo repetía en voz alta y vibrante, después de cada inciso, esta aclamación.

Bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado: Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor! *¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!* Océano apacible, océano rugiente en tempestad, profundidades vivientes del abismo, proclamad la omnipotencia del Cautivo de este altar..., bendecid al Señor en la misericordia infinita que nos ha colmado: Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor! *¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!* Brisas perfumadas, tempestades devastadoras, flores de la hondonada, torrentes y cascadas, cantad la hermosura soberana de Jesús Sacramentado: Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor! *¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!* Nieves eternas, selvas, volcanes y mieses, colinas y valles, ensalzad la magnificencia del Dios aniquilado del altar..., bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado: Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor! *¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!* Creación toda entera, ven, acude en nuestro auxilio, ven a suplir nuestra impotencia; los humanos no sabemos cantar, bendecir ni agradecer; ven, y con cantares de naturaleza ahoga el grito de blasfemia, repara el sopor, la indiferencia del hombre ingrato, colmado con la misericordia infinita de Jesús Eucaristía: Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor! *¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!* En reparación por tantos que no aman, ame-anos más, amemos con amor más fuerte que la muerte. ¡Corazón Divino de Jesús, venga a nos tu reino!»

SEGUNDA CONFERENCIA

REINADO SOCIAL DEL CORAZÓN DE JESÚS POR LA CRISTIANIZACIÓN DE LA FAMILIA

El acto del 30 de mayo es una afirmación doctrinal "Verbum caro factum est et habitavit in nobis," El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. (Juan, I, 14.)

AMADOS HERMANOS: RECORDÁIS la frase de introducción de la conferencia de ayer? "*Escándalo de gloria"* llamé con tanta osadía como verdad al acta incomparable que España-Nación realizará el viernes en el Cerro de los Ángeles. Y ahora cabe preguntarse hasta dónde llega la trascendencia de dicho acto. ¿Qué significa ante Europa y el mundo ese doblar la rodilla del pueblo español el día de San Fernando en la persona augusta de su monarca? ¿Cuál es el sentido íntimo, amados hermanos, y la trascendencia de semejante gesto? *Una afirmación doctrinal,* única tal vez en importancia, dados el momento y las circunstancias en que la hará el rey católico de España, afirmación doctrinal que entraña la más solemne de las reparaciones al más grave y público de los atentados contra Dios: ¡la apostasía oficial de las naciones! Afirmación doctrinal magnífica, esplendente, porque será confesión de fe nacional; España gritará a la faz de un mundo deicida esta palabra, hoy más que nunca verdadera y oportuna: *Tu solus Dominus...* (Mal que pese al infierno, Jesús, Tú solo eres Señor de señores…) Sin consultar al mundo, por Ti vencido, y a pesar de él, ¡oh Cristo!, Tú reinase imperas por la omnipotencia avasalladora de tu adorable Corazón. De ahí la solemnidad de este triduo y el altísimo significado que ante España entera tiene la enorme concurrencia de estos días, y seguramente la del viernes en el Cerro de los Ángeles. Aquí y allá resonará un solo y mismo clamor, el de la nación española: *¡Queremos que Jesucristo reine sobre nosotros; Él es Rey de reyes. Él es nuestro Rey de Amor!*

Reinado del Sagrado Corazón en el hogar

Para explicaros, amadísimos hermanos, esta Realeza divina he tomado el texto de San Juan: *Habitavit in nobis.* «Habitó entre nosotros.» Y mediante la creación maravillosa de la Eucaristía y del hogar cristiano, sigue habitando vivo y entero al través de los siglos como Rey y centro, como fuente inagotable de vida divina en la familia. ¿A qué vino Jesucristo y con qué fin se quedó entre nosotros? *Salvum f acere quod perierat.* «A salvar lo que había perecido» (1). Y, ante todo, para la obra fundamental de purificar y santificar las fuentes mismas de la vida, vicia-das por el pecado. A eso mismo regresa triunfante y victorioso el viernes, *oficialmente aceptado y oficialmente aclamado por España;* a reinar más intensamente en ella, estableciendo su soberanía de amor en el alma de la nación, en el hogar español. Éste fue su sistema y proceder cuando en Belén y Nazaret creó el mundo moral de las almas, infinitamente más grande y hermoso que el mundo de los astros. Ese mundo moral lo edificó sobre una base inconmovible: *el hogar, santuario de vida.* Con el hogar comienza, pues, el Redentor la magna creación espiritual del Cristianismo. Y en el hogar quiere ser Él mismo la base, el lazo y la vida, y para ratificarlo en forma oficialmente divina, crea un Sacramento: el del Matrimonio. El Matrimonio-Sacramento tiene la virtud, amadísimos hermanos, de producir intensidad de vida moral, de vida divina y, según la mente del Señor, debe ser el cimiento inamovible de la sociedad cristiana.

(1) Luc., XIX, 10. *4 6 9*

Más aún: Jesús vivo, por la gracia del sacramento, ha de ser en la familia cristiana *fons vitae inde f iciens,* «fuente inagotable de vida». !Ah! Pero el infierno, sabedor que en esta ciudadela del hogar se guardaba el secreto de la vida, quiso en todo tiempo hacerlo suyo. Cada época tiene sus características de lucha: la nuestra se distingue en esta refriega desesperada por la posesión del hogar. De veinte años a esta parte especialmente, la divina ciudadela ha sufrido cuatro asaltos formidables de Satán. Seguidme, hermanos. El **divorcio** del primero tiene por blanco el lazo mismo del matrimonio: quieren los enemigos hacerle destructible, disoluble. Ya lo adiviná is: me re-fiero al divorcio. Y no digo *ley de divorcio,* pues me lo echaría en cara aquel Jesús que preside esta Asamblea desde esa Hostia. EI concepto de ley supone un principio de derecho, *y contra Jesucristo y su legislación divina, ¡no hay derecho!* Ya lo dijo aquel político cristiano, que hablando del divorcio le llamó *bandidaje legal,* que da derecho a una criatura a robar lo más preciado que tiene la mujer y que lo autoriza a fugarse con este tesoro y, sobre todo, a seguir robándolo amparado por la ley. Educación neutra Más artero es el segundo ataque: el de la educación neutra. Hablar así es mentira y es cobardía. La neutralidad religiosa, en efecto, no existe de hecho, y de derecho no debe ser: el hijo no puede declararse neutral relativamente a su padre, pues por ley natural le debe amar. La neutralidad religiosa constituye ante la sociedad un crimen de *lesa patria, y* en el orden de la conciencia y ante Dios un *deicidio.* España hace algunos años se encontró amenazada con este gravísimo flagelo, cuando se intentó inicuamente suprimir el Catecismo, la enseñanza del Código divino en la escuela. ¡Oh, qué hermoso momento aquel de lucha cuerpo a cuerpo en defensa del Maestro Divino en el santuario de la escuela española! Ved: ahí, ante el altar, nos preside un gran apóstol, el que fue Arcipreste famoso de Huelva, hoy Obispo de Málaga, y que sabe mejor que yo con qué valor indomable os opusisteis, españoles, como barrera infranqueable, al oleaje sectario. «Caeremos, moriremos —exclamasteis—; pero Jesucristo quedará Señor y Luz de la escuela...» ¡Y Jesucristo quedó!... Escuchad con santa indignación lo que me decía un asesino condenado a muerte: «Me fusilan porque he asesinado, y es justicia; pero queda suelto y libre quien *me* quitó el Catecismo de las manos y a Dios del corazón; eso *es* gran injusticia.» ¡Escuela neutra, recoge ese anatema!

Neutralizar a la mujer

La mujer, elemento de vida y de grandeza moral, no podía quedar descartada en esta lucha anticristiana. El primer empeño ha sido, pueda neutralizarla con cautela en el sentido religioso, y en seguida —perdonadme la expresión poco castiza— se trabajó para *feminizarla en el campo, social.* Saquémosla, dijo el enemigo, poco a poco, hasta arrancarla de cuajo del hogar en quo es esposa, en que es madre, en que es hija, y so pretexto de derechos, ofreciéndole diadema de papel dorado, lancémosla en el camino inseguro de reivindicaciones políticas, en que tantos hombres naufragan. ¡Pero, sobre todo..., disipémosla! ¿Y cómo? Con hábitos sociales que la despojen de la primera de sus hermosuras: del pudor.

Sensualismo

Y, en fin, un alud de fuego y de fango, de sensualismo desenfrenado en la educación de la mujer, se esfuerza en convertir su corazón nobilísimo en fuente envenenada de goces no santos, mundanos, anticristianos. Mas no penséis, amadísimos hermanos, que esa tempestad furibunda es batalla de mi fantasía. Qué vais a imaginarlo, cuando vosotros mismos os estáis diciendo en este preciso momento: «El padre, sin ser español, conoce la situación de España, y habla así porque nos ama». Si, la conozco, queridos españoles, y porque os amo avanzo más en esta afirmación; oídme... El huracán contra el hogar, contra el santuario de la familia cristiana, arrecia y es formidable es estos días. Sabedlo: de todos los antros anticristianos de España y de Europa brota un solo grito de combate, voz de orden del infierno, que dice: *«Paganizad la familia.»* «,De qué manera? Neutralizar la influencia de la mujer, cueste lo que cueste; embriagad con placer y vanidad a la joven en espectáculos y modas relajadas; haced del niño un ente laico, y hemos 'vencido.» Pero ¿y cuál es la finalidad suprema de toda esta campaña? «Señor Jesús, perdóname, pero déjame gritarlo a este tu pueblo: Quieren, con cólera satánica, destronarte a Ti, reclamando tu muerte; exigen que te vayas.» ¿Qué les importa lo demás? Y hubo un momento en que el infierno pensó en lanzar un grito salvaje de victoria: ¡había avanzado tanto, profanado a mansalva los tabernáculos del Señor! No penséis que exagero; levantad si no la mirada, pasad las fronteras de vuestra patria y recorred de una ojeada las ruinas morales gigantescas en tantos otros pueblos de Europa y. del mundo y os convenceréis que estoy en lo cierto al afirmaros que .Satán estuvo a punto de exclamar: *¡He vencido!*

Triunfo de la Entronización

Mas ¿quién lo ha tenido en las puertas mismas de la ciudadela del hogar? Recordad aquel momento de sublime majestad en Getsemani, el Jueves Santo: se acerca Judas, el amigo infiel, el traidor; tras él vienen los sicarios y verdugos. Preséntase Jesús y les dice: *¿A quién buscáis?* Y ellos responden: *A Jesús de Nazaret.* Entonces se presenta el Señor, avanza unos pasos y les afirma: *¡Soy yo! (1).* Y caen de espaldas, aterrados, vencidos. Pues así ocurrió en nuestros días: Satán creía ya suya la familia, conquistado el hogar destartalado, batido furiosamente; pero al presentarse en los umbrales para reclamar las llaves se encontró con el Maestro, con el Amo, con el Rey de Amor, que velaba por Nazaret, la fuente de la vida; el Águila Real cubría con sus alas el nido y los polluelos, Jesús, sentado en el brocal del pozo de Jacob, conversaba con la familia y le decía: *Dejadme entrar en la intimidad de vuestra casa. Yo soy la vida (2).* Y el hogar le contestaba: *¡Entra en casa, Señor; entra como Rey, quédate con nosotros! (3).* ¿Qué ha ocurrido? ¿Recordáis que Constan-tino arrolló con el lábaro de la cruz a Majencio? Con el mismo estandarte San Fernando y Juan de Austria dieron a la Iglesia victorias, cuyas felices consecuencias son eco vivo todavía en nuestros días; antes que éstos, Santo Domingo de Guzmán luchó contra los herejes, y con la Cruzada del Rosario batió en brecha a los formidables albigenses.

(1) Juan, XVIII, 4. (2) Juan, XIV, 6. (3) Luc., XXIV, 29.

Pues otro tanto ocurre en Europa de algunos años a esta parte. Se ha levantado, en efecto, una Cruzada formidablemente victoriosa, Cruzada que preside el Rey de Amor de la familia, el Corazón Divino de Jesús, y que, como otro Pentecostés arrollador, viene dominando el huracán sectario, venciendo y humillando con derrota indefectible las huestes que amenazaban ya las puertas de la ciudadela del hogar... Al grito de *¡Viva el Sagrado Corazón! ¡Venga a nos tu Reino!,* los apóstoles de esta Cruzada de redención social avanzan enseñoreándose del vasto campo de batalla, trinchera por trinchera, digo, familia por familia, para Jesucristo Rey. Ante todo, el hogar. ¡Ah!, yo no olvidaré jamás que España fue la primera nación de Europa que respondió entusiasta y jubilosa a este pobre misionero peruano, cuando hace ya ocho años os escribía: «Démonos la mano en este apostolado, pues somos españoles en sangre y en fe; luchemos unidos por el reinado del Corazón de Jesús en la familia.» Cruzada he dicho, ¡oh, sí! De la misma suerte que Juana de Arco, barriendo como tempestad de cólera divina a los invasores de su patria, reconquistó para Cristo y para el rey el suelo de Francia, los cruzados de la realeza del Divino Corazón queremos, en lid de amor, ganar para Jesucristo-Rey España y el mundo, conquistando para El las fuentes de la vida, las generaciones de hoy y

también el porvenir en las gene-raciones de mañana, dándole el hogar, entronizándolo profundamente en él. Así habitará entre nosotros: así realizará su gran palabra: Yo *soy la vida..., he venido a traérosla y para que la tengáis superabundante (1).*

¿Qué es la Entronización?

No es el momento de extenderme, amadísimos hermanos, en una larga explicación sobre la idea fundamental de la Obra de la Entronización; me la habéis oído cien veces en esta Corte, en otra jira inolvidable. Consentid, sí, que refresque vuestro recuerdo resumiendo sencillamente en un cuadro la predicación dominante de esta Cruzada. En una noche de invierno heladísima; cubre la tierra un manto espeso de nieve. Hacia medianoche golpea a la puerta de una casa un Rey-Peregrino... Viene herido, deja una huella de sangre sobre la nieve, tiene lívido el rostro hermosísimo y marcado con el sello de un dolor profundo. Sus ojos centellean al través de sus lágrimas, sus labios revelan una suavidad infinita, y al respirar se diría que lleva dentro un Corazón en llamas. Golpea a la puerta, pero con un toque que resuena en el alma de los moradores de esa casa venturosa. Tanto es así, que la familia, toda alborozada, presintiendo una inmensa dicha, sale presurosa a abrir la puerta. En el umbral, manando sangre, está el Rey-peregrino, que pide con dulzura albergue y pan. "¡Qué hermoso es..., y está herido!", se dicen en voz queda los padres y los niños. Y todos a porfía le rodean, le hacen entrar, danle la mano, lo acercan a la lumbre, le sirven con amor.

(1) Juan, X, 10.

Luego, embelesados, atraídos, fascinados, caen a sus pies, se estrechan, ávidos de beber su aliento, sus palabras, sus miradas... «¿Quién eres?» —le dice de pronto el dueño de casa—. ¿De dónde vienes? Danos tu nombre.» Y el huésped misterioso sonríe agradecido, y esa sonrisa llena las almas de suavísima paz, de alegría inefable celestial. De pronto, la madre cae de rodillas ante el' Huésped, los pequeñitos hacen otro tanto, el dueño de la casa le besa las manos y todos a una le dicen suplicantes: <Señor, danos tu nombre; ¿quién eres?» Entonces el Rey-Peregrino les, presenta en respuesta las manos atravesadas, y bajo la blonda cabellera de Nazareno muestra.. la cicatriz de una diadema punzante. Luego dice con voz dulcísima: «¿Queréis saber mi nombre? ¡Contemplad mi pecho!» Y esto diciendo rasga la túnica y revela el Corazón atravesado, envuelto en llamas: «¡Soy Jesús, amadme, quiero reinar por amor!» Un sollozo, estallido de gratitud, de amor, de júbilo, le responde mejor que las palabras... «Ya en adelante —añade Jesús— no lloraréis solos; Yo seré el Amigo y el Cirineo en vuestros pesares; Yo seré el Amo y el Rey de Amor (vuestra casa en penas y alegrías, y vosotros seréis mi oasis, mi hogar, mi Betania, los amigos de mi Corazón.» Mientras esto dice, Jesús besa la frente de los pequeñuelos, que en dulce abandono abrazan al Maestro adorable, diciéndole: «Quédate para siempre con nosotros.» Esto oyendo, los dichosos padres, de rodillas, 1e repiten: «Quédate con nosotros... Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amamos; entraste cono Peregrino, te quedarás como Rey, como hermano, como Amigo; no te irás, serás nuestra vida» (1). Tal es, amadísimos hermanos, la Obra de la Entronización en el hogar. Esa Obra ha principiado con un éxito humanamente inexplicable, maravilloso, porque ella no es obra vuestra ni mía, sino obra de Jesús, que dijo categóricamente en Paray-le-Monial: *¡Reinaré por mi divino Corazón!* Pero no imaginéis que este apostolado se contenta con realizar el deseo del Salvador, cuando pidió que la imagen de su Sagrado Corazón fuese colocada y venerada en el lugar de honor de las casas cristianas, ¡oh, no! Nuestro ideal va mucho más allá. Al decir Jesús: *reinaré,* habló ciertamente de su soberanía social. Es esta realeza, socialmente establecida, *mediante la cristianización profunda del hogar,* lo que persigue la Cruzada de la Entroniza*ción. Predicamos un Cristo vivo en la familia,* (un Jesús alma divina del hogar que le ha entronizado, más que en una imagen, en una realidad de fe, de amor.

El Sagrado Corazón reinará por esta Obra

Mal que pese al mundo frívolo o indiferente, mal que pese al infierno de sectarios, el Corazón de Jesús reinará por esta Obra.

1) Luc., XXIV, 29. — Juan, XXI, 17.

Pero ¿y los enemigos incontables?, diréis. Pues, por promesa del Señor, reinará a pesar de todos ellos, sea eliminándolos como la paja aventada por el viento, sea convirtiéndolos por la omnipotencia de su misericordia infinita. Ved, si no. Esta muchedumbre compacta me recuerda otra que atestaba una catedral. ¿De quién les hablaba? Del Rey de Amor de la familia. Al bajar del púlpito encuentro tembloroso, sollozando, de rodillas, un personaje. Ha venido por curiosidad, es un escéptico y Jesús le ha vencido. Me tiende los brazos, le estrecho entre los míos y así llegamos hasta la sacristía, donde me dice: «¿Cómo se confiesa uno, Padre, a los setenta y un años? ¡Jamás lo he hecho!» Por eso decía: o los descarta o los convierte. No olvidéis, amadísimos hermanos, que esta obra posee un secreto de fuerza vencedora_ Oídmelo los que sois o queréis ser zapadores y apóstoles de este Rey Divino. La Obra de la Entronización vencerá siempre, porque predica sin miedo ni reticencias de falsa prudencia un Jesucristo integral, el Señor auténtico del Evangelio, sin menguas en su

gloria, sin disminución en sus exigencias, en la plenitud de sus derechos y de su poderío. No hay, felizmente, sino un solo Jesús, Aquel que se sentó a la mesa de Simón el leproso (1), el que entró en una casa de duelo donde los padres, desolados, lloraban a la hija difunta (2), el mismo que pide hospedaje a Zaqueo (3), el mismo que preside las bodas de Caná (4); Aquel, en fin, que se llamó el amigo fidelísimo de Lázaro (5), de Marta, de María, el íntimo de Betania; ese Jesús vivo, entero, no en pintura, ni fósil, ni desmedrado, es el que recorre España y el mundo, golpeando mediante esta Cruzada a las puertas de millares de hogares, imponiendo su ley, que es suave; ofreciendo su yugo, que es ligero; brindando su Corazón, que es un cielo de caridad y de misericordia. Digo más, amadísimos hermanos: esta Obra ha sido y seguirá siendo victoriosa, porque predica ante todo y sobre todo el amor de Jesucristo, la ley por excelencia, la ley de caridad, que es síntesis de todo el dogma y compendio de todo el Evangelio, según la gráfica expresión de San Pablo: *Plenitudo legis, dilectio (6)* Esto es lo que nuestra sociedad necesita, hoy más que nunca; lo que reclama entre estertores de agonía y muriendo de necesidad, sembradores de fuego, predicad el Amor de los Amores.

(1) Marc., XIV, 3. (2) C. C., VIII, 41. (3) Luc., XIX, 5. (4) Juan, II, 1, sig. (5) Juan, XI, 2. (6) Rom., XIII,

¡Ah! Y la familia, fuente de vida humana de amor terreno, necesita imperiosamente de esta otra fuente, el Corazón herido del Salvador. ¡Le amamos y le conocemos tan poco! Hermanos, venid con sed apasionada, venid y tomadlo en la Hostia. ¡Oh! Llevadlo vivo en ella al seno de la familia, pues el Señor anhela seguir habitando entre nosotros. Y, en fin, esta Cruzada cuenta, en apoyo de sus ideales, con el argumento del prodigio, provoca milagros de piedad divina, porque se apoya en una promesa explícita, hecha en Paray le-Monial por el Salvador, cuando dijo: *Si crees en mi amor verás la magnificencia de mi Corazón (1); por Él convertiré los más empedernidos pecadores (2); reinaré a pesar de mis enemigos (3).* Promesa infalible que el Divino Corazón se complace en realizar, no sólo a la letra, sino con exceso de generosidad. De ahí que la Obra (le la Entronización sea un catálogo de inefable maravillas, sobre todo de aquellas cuyo carácter divino es incontestable. Me refiero al milagro moral, estupendo por excelencia: la resurrección de las almas en la conversión de los pecadores del hogar, que ha recibido el Señor como al Médico divino. No me digáis que exagero, porque tengo toda vía humedecido el pecho en el llanto de arrepentimiento de un gran cirujano, de gran talento, engreído en su ciencia, escéptico y sectario.

(1) Santa Margarita María, Obras, t. II, pág. 423. (2) Idem íd., pág. 435. (3) Idem íd., pág. 533

Si le hubierais visto sentado a mis pies, feliz como un niño, llorando de dicha y preguntándose a sí mismo si soñaba o si la curación de que disfrutaba era una realidad... ¡Hoy es cristiano de comunión diaria! Esta Obra es grande, porque lleva al hogar, fuente de lágrimas y de graves preocupaciones, el Consolador amabilísimo y adorable de Betania, el único amigo siempre fidelísimo... Hace pocos días he recibido la carta de una nobilísima dama, cuyo hogar es un santuario del Divino Corazón. Oíd con emoción lo que me dice: «Padre, le escribo ante el cadáver de mi primogénito, de veinticuatro años, casado hace diez meses; pero antes de escribirle esta carta he cantado el *Magnificat* en acción de gracias al Corazón de Jesús, que me ha enriquecido con su Cruz y que me da valor y heroísmo para llorar cantando.» Hermanos, así se sufre en un hogar donde el Corazón de Jesús es Rey y centro de todos los corazones. ¿Y qué decir de la transfiguración de aquellas familias ya cristianas, pero que pueden y. deben ser mejores en la práctica de un cristianismo más fuerte, más puro y acendrado? Entre en esas casas Jesús, digo, nace en ellas pequeño, y gracias a la fidelidad con que le escuchan y le tratan, crece y se desarrolla como en Nazaret. Familias venturosas que disfrutan de una paz nunca turbada, porque en la posesión de Jesucristo encuentran un amor y una felicidad más fuerte que el dolor y la muerte. Por lógica consecuencia de todo lo anterior ya deducís, amadísimos hermanos, que la Obra que así pule y cincela las piedras vivas, los hogares con los que se construye el edificio social, debe necesariamente ser también una empresa de *redención social*. Esto por un sistema, diría, de transfusión de sangre nueva, de sangre cristiana de las familias, en el conjunto del organismo, que es la sociedad. ¡Ah! Convenceos, amados hermanos: lo que ésta necesita con gran premura no es cultura humana, no es refinamiento en el sentido modernista. ¿Sabéis lo que falta aún en esta sociedad tan noble de Madrid? Un cristianismo mucho más intenso, un Jesús más vivo y sobre todo más vivido. ¡No nos faltan progresos, sino Jesucristo, el manantial más seguro de todos los progresos! Pero como no sería posible inocular este germen de vida divina individuo por individuo, fibra por fibra, la Cruzada de la Entronización, con sabiduría de lo alto, se ha propuesto sanear, purificar y luego enriquecer el manantial, la raíz, la célula social, digo, la familia. No olvidemos que un hogar cristiano no es una, son cincuenta generaciones cristianas. Sobre Cristo, el hogar; más bien dicho: *sobre Cristo en el hoyar* se debe levantar, regenerada y fuerte, la nueva sociedad cristiana.

Tres categorías de hogares

Quiero terminar, amadísimos hermanos, esbozándoos tres categorías de hogares, que corresponden al estado moral de la familia, que recibe o necesitaría recibir la visita del Maestro adorable. Y ante todo el hogar de

Simón el leproso (1), hogar de desconfianza, receloso todavía, pero en el fondo sincero y honrado. Porque lo es, Jesús, que todo lo sabe, acepta la invitación; ha venido en busca de los extraviados, sobre todo de aquellos que ignoran su extravío y que no querrían vivir en él. Es éste el caso de una familia protestante, pero religiosa y de buena fe, que asiste invitada a la Entronización solemne en una casa fervorosamente católica. La sublime y bellísima ceremonia provoca en ellos una santa envidia. Piden, pues, con insistencia al sacerdote que consienta en repetirla en su propio hogar, protestan que creen en el Salvador, que le adoran... Jesús hubiera ido seguramente en persona; no tuve, pues, yo tampoco reparo en llevarlo. Ter-minada la plegaria de la Entronización, el padre y la madre, con lágrimas en los ojos, declaran que no pueden resistir al impulso de la gracia, que quieren consagrarse en toda forma, es decir, piden instrucción católica, so-licitan el bautismo.

(1) Marc., XIV, 3 sig.

Caso más frecuente y tal vez más hermoso es el de Betania: Lázaro está enfermo, Lázaro ha muer to, está enterrado y putrefacto (1). Entonces y las hermanas, las hijas, la esposa, que creen con fe viva en Jesús, que le aman con pasión del alma, le hacen entrar triunfalmente, lo acercan así al enfermo, lo avecinan al cadáver, cuya resurrección solicitan con fe que no conoce las vacilaciones. Y el milagro se aperará un día. ¡Lo harás Tú, Jesús...; el fuego de tu Corazón derretirá victorioso el hielo de la muerte, saltará la lápida de la tumba y tu amigo muerto se levantará para contarlas maravillas, la magnificencia omnipotente de tu Corazón! Este prodigio, hermanos, es de todos los días. Es el caso, entre mil otros, de un joven de veintisiete años, prodigo del hogar y que, herido de muerte, no quiere regresar a su casa, maldice a su pobre madre y prefiere morir desampara-do, dice, que no morir entre sus brazos. A du-ras penas consiente que se le aloje en la habitación del portero de la casa. ¡Ah!, pero ahí: le espera Jesús, Amo de ese hogar y de su madre desolada, que ante el Rey de Amor de la familia le recuerda su promesa de infinita misericordia: "Si tu quieres, ¡oh Divino Corazón -le dice-, Tú puedes salvarlo...; gánalo para Ti, devuélvemelo; soy su madre!" Una fe semejante hace violencia a Aquel que fue vencido por la confianza atrevida de la Cananea (2). Jesús es el mismo, y esta otra Cananea lloraba de júbilo días más tarde entre los brazos del hijo, perdonando por su Dios y perdonado por su madre.

(1) Juan , XI . (2) Dure., á í '_V, 22. 4

Horas después, Jesús Sacramentado vino a sellar en el Viático ese doble perdón y a preparar un cielo para ambos. Tanta belleza os embriaga, pero provoca en vosotros nueva y deliciosa sed. Así suspensos como estás siento que me decís: «Continuad, decid más todavía sobre la misericordia del Rey de Amor...» Escuchadme, pues. Una anciana de ochenta y siete años se moría sin Dios ni Sacramentos. Culpable de haber hecho entrar en la masonería, por razón de intereses materiales a sus tres hijos, se empeñaba en morir en pecado. Pero su hija, cristiana valiente, incomparable, previendo la amenaza del infierno, ha hecho entrar oportunamente en su casa, con ovación de fe, a Jesús Divino... La hija y los nietos lloran gimen a sus pies, mientras la anciana, que rechaza al sacerdote, agoniza. Mas, ¡oh portento!, tres horas antes de morir vence la gracia: el ángel del perdón y del amor retira la gran losa del sepulcro y la pecadora muere en la acción de gracias de su última comunión. ¿No os basta? Oídme, para terminar: Un caballero, cediendo a las instancias de los suyos, me invita a hacer la Entronización en su casa. Él quiere ser complaciente, pero está lejos de serlo con Jesús; me recibe con cortesía, pero ha olvidado hace tiempo a su Señor. Asiste, pues, al homenaje que rinde al Sagrado Corazón, con su consentimiento, toda su familia. La bellísima plegaria y los cánticos han ter- 486 Minado, pero el dueño de casa no se levanta, queda ahí clavado de rodillas, sacudido por un sollozo... Le conduzco a una sala vecina, cierra el mismo la puerta y, cayendo de rodillas, exclama: «No sale usted de aquí, Padre, sin haberme confesado; hace cuarenta y seis años que no lo he hecho.» Más hermoso, más divino aún que el hogar de Betania es el de Nazaret, hogar transfigurado en la belleza misma de Jesús. Ni creáis que esta categoría existe sólo en el Evangelio escrito y que se haya agotado en nuestra época, ¡ah, no! Visitad conmigo una familia que yo venero; la guerra implacable ha pasado por esa casa segando cuatro hijos, y como si esto no bastara, les ha arrebatado la fortuna y además ha herido de muerte al patriarca de ese hogar santuario. Un día se presenta éste en mi cuarto, viene arrastrándose, apoyado en los brazos de su esposa, de sus hijas. ¿Qué viene a decirme? Oídlo: «Padre, no merezco, no, la gloria del Calvario con que el Señor Crucificado me ha cubierto; no soy digno del inmenso beneficio, ni del honor incomparable que me hace, al asociarme tan íntimamente a su agonía de Getsemaní. Por eso vengo, Padre, a pedirle aquí, ante el Sagrado Corazón, que me permita, con mi esposa y con mis hijas, entonar el *Magnificat* en acción de gracias por el dolor acerbo saboreado en la desaparición de mis cuatro hijos, en la pérdida de nuestros bienes y en la cruz de mi enfermedad. ¡Ea!, Padre, ayúdenos a bendecir al Rey de Amor de nuestra familia. ¡Viva el Sagrado Corazón! ¡Tenga a nos tu reino!» Yo lloraba de emoción mientras Nazaret cantaba sencilla y plácidamente un calvario crudelísimo. ¿Y el secreto de tanta belleza moral, de esas maravillas de heroísmo en el amor? Un Jesús vivo, auténtico en la familia; un Jesús savia y vida, alma divina del hogar en el que habita real y efectivamente. Amadísimos hermanos, renunciad

en estos días solemnes a vivir de un cristianismo artificial y de barniz. Entronizad profundamente el Corazón de Cristo en vuestro hogar, hacedle convivir en el toda vuestra vida, pues Él quiere y pide cantar cuando cantéis vosotros, Él quiere llorar cuando lloréis vosotros, sus amigos. Como la luz, testigo silencioso e íntimo de alegrías y pesares, así Jesús ha' venido, Jesús se ha quedado, Jesús avanza victorioso en nuestros días, ansioso de compartir y de divinizar nuestra vida, toda nuestra vida. ¡Oh!, si pudierais vosotros exclamar en vuestros hogares con San Bernardo: *Xnveni Cor Regis, Cor fratris, Cor ami*ci: « He encontrado en tu Corazón, Señor, el Corazón de un Rey, de un Hermano, de un Amigo.» Entonces sí que podría aplicarse al hogar del Sagrado Corazón la afirmación del Evangelio hablando de la presencia del Señor en las bodas de Caná: *Vocatus est* autem *el Jesus (1):* «Fue también convidado Jesús...» Y Jesús estaba ahí.

(1) Juan, II.

Cuadro gráfico del hogar en que se **ha entronizado** al **Sagrado Corazón**

Contemplad una pintura que, según el espíritu del Evangelio, debiera ser siempre una dichosa y cristiana realidad: Jesús ha bendecido en Caná a los felices desposados, ha estado ahí el Maestro; Él ha presidido la boda invitado por ellos, y sin duda que en esa sala, no como en el festín de Simón, los jóvenes esposos hicieron dos honores y dieron el primer lugar al Señor. Terminada la fiesta, vedlos: atraviesan, cantando su amor, un pensil de flores, la primera etapa de su matrimonio. Mas ¿van solos, por ventura? No; entre ambos, sol de esa primavera, *va con ellos Jesús amante y muy amado...* Han llegado ya a la orilla de un lago, donde les aguarda una barca graciosa, pero frágil. Suben a ella los esposos, suben sonrientes, des-pliegan las velas y toman los remos... De timonel divino, velando por ellos, invitado por ellos, *ha subido Jesús amante y muy amado...* La primera travesía ha terminado, con las alternativas de brisas y rachas de tempestad. Vedlos: amarran la barca a la ribera y comienzan los esposos a subir una cuesta esmaltada de verdor y también de abrojos. La pendiente es áspera, y tanto más áspera, que pesan ya sobre los hombros de ambos las primeras y graves responsabilidades del hogar. Se fatigan, dánse la mano en esa brega, el sol cae a plomo sobre ellos; dando paz y dando aliento marcha un Cirineo, *ahí está Jesús amante y muy amado...* Miradlos: han llegado sudorosos a la cumbre, a esa cumbre dónde nadie puede detenerse. Un instante después comienza el descenso, la pendiente siempre resbaladiza, vertiginosa. Y a medida que la bajan, dejando en jirones las ilusiones, la salud, las sensaciones, van sintiendo el hielo en el corazón; éste se desangra gota a gota en las inevitables decepciones de la tierra, pero entonces, más que nunca, entre él y ella, y velando por los hijos, palpita el Corazón fidelísimo del Maestro. En cada espina, en cada desmayo del espíritu, atento a cada lágrima que brota inseparable del hogar que ha bendecido, *está Jesús amante y muy amado...* Ese cuadro, amadísimos hermanos, querríamos pintarlo con sangre del alma; hemos resuelto realizarlo lenta, pero seguramente, por la Cruzada de amor que entroniza a Jesús como Soberano del hogar consagrado. Hace años ya que esta campaña levanta incendios de amor y legítimos entusiasmos en toda España. *Con esas piedras vivas,* con esos hogares consagrados, se ha levantado el Monumento nacional, que debe inaugurarse, con magnificencia regia, el viernes próximo. Monumento que no debe ser de piedra sino en la apariencia. ¡Oh!, que las piedras cinceladas, pedestal de granito de Jesucristo-Rey en el Cerro de los Ángeles, no mientan, que canten la gloria real y efectiva del Corazón de Jesús en las familias españolas. El bellísimo Monumento será un Símbolo hermoso, en la medida que éste corresponda a una realidad moral: el reinado intenso, avasallador de fe y de caridad del Corazón Divino en los rogares católicos de España. ¿Habéis contemplado el sol cuando al levantarse va mudando de luz, de calor, de vida las chozas y los palacios? ¡Ese Sol es tu Corazón, Señor!... ¡Levántate hasta el cenit, Sol divino, Sol de gloria de España católica; levántate, bañando en luz, derrochando vida en este pueblo de tus predilecciones! ¡Choza por choza, casa por casa, palacio por palacio, vence a España penetrando en los hogares, que son España viva!

¡Españoles: a luchar y a **vencer!**

Valientes españoles, la hora solemne ha sonado en que renovéis las proezas de vuestros mayores. Como éstos arrancaron palmo a palmo a los moros el suelo de la Patria, del mismo modo dad en tierra con tantos errores, con tantas mentiras sociales; con tantos convencionalismos culpables que matan la dignidad, el pudor, la santidad de la familia. Barred las sombras del cielo de España, y que entre a raudales en el hogar español el Sol de la vida y de la verdad, el Sol de amor y de justicia: ¡Jesucristo- Rey! ¡Ah! Entonces sí que la cascada viva de almas que se desborde impetuosa, el viernes 30, de las alturas del Cerro de los Ángeles, será cascada sublime y majestuosa, ya que en cada gota, esto es, en cada corazón español ahí presente, habrá ante Jesús una familia, digo *toda una generación española.* La Inmaculada, Reina de España, ofrecerá ese día al Rey de gloria el homenaje de su pueblo; se lo presentará como un incienso de adoración rendida. Y en cada chispa y en cada centella de ese incienso se quemará ante el Señor el amor y la reparación de una familia, *de toda una generación española. ¡Qué* grande, ¡oh.!, qué imponente será ,el cántico de este viernes, tres veces santo,

cántico que será el de todo un pueblo que adora, que espera, que ama, himno nacional de España, porque en cada nota vibrará la voz y el alma de una familia, *de toda una generación española!...* Y a ese clamor inmenso de júbilo y de fe, de lágrimas y de amor, clamor en que se confundirán las voces de la Familia Real con las de los pobres y humildes del pueblo español, Pelayo y San Fernando, Santa Teresa de Jesús y el P. Hoyos, contestarán como un eco de España allá en los cielos: *¡Corazón Santo, Tú reinas ya!* Y ahora, hermanos, todos de rodillas, acompañadme en una plegaria; poned en ella todo vuestro amor en nombre de España: «Jesús Sacramentado, en presencia de la Reina Inmaculada y a la faz del cielo que te adora, en este celo del Sagrario; en reparación solemne del gravísimo pecado de apostasía social de los que callan, de los que otorgan, de los que tiemblan., de los que olvidan, de los que traicionan, de los que persiguen, nosotros, tus amigos, tus apóstoles, queremos reconocerte pública y socialmente, en nombre de nuestros hogares, *como el único Señor y Maestro, y como la fuente única de todo Poder, de toda Virtud, de toda Verdad, de toda Belleza...* Desatiende, Jesús, en esta hora solemne, desatiende el clamoreo deicida que te ultraja y pon atento tu adorable Corazón al clamor de adoración de tus hijos que, en nombre de España, te dicen:

No reconocemos un orden social sin Dios: (Todos.) —*¡La base del orden social es tu autoridad, Jesús!*

No reconocernos las mentirosas leyes de un progreso sin Dios: —*¡La ley del verdadero progreso es la tuya, Jesús!*

No reconocemos las utopías de una civilización sin Dios. —*¡El principio civilizador es tu doctrina, Jesús!*

No reconocemos una ficción antojadiza de justicia sin Dios: —*¡La fuente del Derecho es tu Evangelio, Jesús!*

No reconocernos una libertad en oposición a Dios: —*¡El único Libertador eres Tú, Jesús!*

No reconocemos una fraternidad sin Dios: —*¡La única fraternidad de amor es tu obra, Jesús!*

No reconocemos una verdad divorciada (le Dios: *¡La Verdad sustancial eres Tú, Jesús!*

No reconocemos autoridad alguna en contra de Dios: —*¡El fundamento de la autoridad es tu ley, Jesús!*

No reconocemos, en fin, un amor que olvide u ofenda a Dios: —*¡El Amor increado eres Tú, Jesús!*

¡Corazón divino de Jesús, venga a nos tu reino! *Amén.*

TERCERA CONFERENCIA REINADO OFICIAL Y PÚBLICO DEI. CORAZÓN DE JESÚS EN LA NACIÓN ESPAÑOLA

assumpsit Jesus Petrum et Jacobum et Joannem fratrem ejus et ducit illos in montem excelsum seorsum et transifiguratus est ante eos.» Toma Jesús consigo a Pedro y a Santiago y a Juan, su hermano, y subiendo con ellos solos a un alto monte, se transfiguró en su presencia. (Mat., XVII , 1.)

AMADISIMOS HERMANOS: ADIVINÁIS fácilmente la aplicación que pretendo hacer de este hermosísimo texto de la Transfiguración del Señor a la apoteosis de gloria que le prepara la nación española en el día de mañana. Toma Jesús a los tres íntimos de -su Corazón, los aleja de la muchedumbre, sube con ellos a una montaña apartada, y rasgando por un instante el ropaje humilde su santísima Humanidad, se presenta ante ellos y ante el mundo de los siglos tal como es. ¡Sol de eterna e increada belleza, el Hijo de Dios! Notad, desde luego, hermanos, una diferencia entre esa Transfiguración y la que se realizará mañana, fuera de esta ciudad, en sitio apartado, en un monte santo: en el Cerro de los Ángeles. Cuando Jesús se transfigura en el Tabor, en presencia de sus amigos predilectos, lo hace para prevenir un escándalo: el que había resucitado a muertos para probar que era Dios; el que se había llamado a sí mismo con palabra inaudita, estupenda, da Vida», va a ser ajusticiado entre dos malhechores vulgares, y a la vista de su pueblo ¡va a agonizar, va a morir!... Es preciso, pues, prevenir tamaño escándalo, y para ello, transfigurado en el Tabor, mostrará de antemano que, no obstante las apariencias de ignominia y el sudario de muerte del Calvario y de la tumba, seguirá siendo el Hijo de Dios vivo.

El Tabor y el Cerro de los Ángeles. Analogías y diferencias.

La renovación de ese día de gloria en el Cerro de los Ángeles, transfiguración en pleno deicidio de sociedades y de naciones, de individuos y de gobernantes, es más bien la respuesta divina, en un gesto sublime de omnipotencia y de soberanía, al ultraje oficial que lo clava hoy día en el Calvario... Es la proclamación solemne, ante los modernos Sanedrines, de su divina Realeza, de su Derecho inalienable y que jamás prescribe, derecho absoluto a reinar sobre las sociedades redimidas, herencia de su sangre (1). Y, además, con esta tan espléndida cuanto bellísima ostentación de pujanza y de gloria en plena Vía Dolorosa, quiere alentar a los tímidos, quiere reavivar la fe de muchos de sus amigos, desanimados corno los discípulos de Emaús. ¡Son tantos los buenos, pero pobres de fe, y más pobres aún de amor y de confianza, que han desmayado en la lucha ante la insolencia aparentemente victoriosa de la impiedad y el silencio —siempre fecundo— del Señor, que parece dormitar en la barca (2) del Sagrario, pero cuyo Corazón vela amorosamente (3). Mañana, pues, viernes, no de muerte, sino de vida y de regocijo, veremos el triunfo espléndido del Señor y Rey en el Tabor

que ha elegido Él mismo en tierra española. Gloria vuestra, españoles: ¡oh!, pagadle con amor. ¿Y qué haces, Jesús?... Pues, como hace veinte siglos, toma a Pedro, digo, a la Iglesia, puesto que hoy, como siempre, ella debe ser testigo santo así de sus glorias como de sus divinas ignominias. Por eso no podrá faltar en el Tabor, corno no faltará tampoco en el Calvario. Y en seguida a Juan, el íntimo de su Corazón; es decir, tomará consigo la falange de los fieles y esforzados, el grupo de los amigos, la vanguardia deicida de los apóstoles, de su amor.

(1) Ps. I1, 8. (2) Alat., VIII, 24. (3) Cant., V, 2.

Quiere proporcionarles una hora de Paraíso, ya que por vocación deberán beber más tarde las heces de su cáliz. Y, en fin, toma a Santiago, esto es, al rey católico, y convoca en él y con él al pueblo fidelísimo de España. Con toda esta Corte de gloria subirá Jesucristo-Rey al trono que un pueblo, *único en la tierra*, le tiene preparado en reparación de fe y de amor. ¡Ah!, pero notad aquí, hermanos, una diferencia hermosa y sugestiva entre esta Transfiguración y la del Evangelio. En el Tabor se despojó momentáneamente del ropaje de su Humanidad; no así en el Cerro de los Ángeles. «¡Oh, Jesús!, no te despojes ante este pueblo de tus amores del ropaje humilde de tu Humanidad ensangrentada, gloria tuya y gloria nuestra! Guarda esa vestidura que nos da derecho a llamarle, en nuestra pobreza, Rey- Hermano, Dios revestido de nuestra naturaleza miserable» (1). Sobre esta vestidura, el Hombre-Dios se presentará mañana, ¡oh inmensa dicha!, cubierto con la púrpura gloriosa de su divina Realeza: «Gracias, Jesús, por ese instante de Tabor que nos revela un triunfo magnífico, triunfo tuyo y nuestro. ¡Rey inmortal! Rey de Amor, preséntate ante España y el mundo con el regio manto de tu excelsa Soberanía, púrpura que te arrebataron a jirones tantos gobernantes, cobardes como Pilato, villanos corno Herodes y los sanedristas.

(1) Hebr., II, 17.

Esta vez podemos cantarte con júbilo no enturbiado: *¡Corazón Santo, Tú reinas ya!»* España, ¡qué grande te presentas ante las demás naciones, transfigurada tú también en la Transfiguración de Jesús, en recompensa merecida de haber brindado un Tabor al Dios del Calvario! Y no olvidéis, amadísimos hermanos, que esta apoteosis, si es obra de la dignación misericordiosa de Jesús y de su diestra omnipotente, lo es también de la fe y de la piedad del corazón de España católica. ¡Qué hecho tan anormal y rarísimo en la Historia el que presenciamos: una intriga, no de tinieblas, sino de luz; conspiración fraguada por maravilloso acuerdo entre gobernantes y todo un pueblo para libertar al Señor de señores de sus prisioneros y llevarlo entre las aclamaciones de adoración de la muchedumbre y las alabanzas del rey católico y de su corte al Tabor en que se le ha preparado cetro, diadema y trono real! ¡Y esto en pleno siglo XX! ¡Oh, no hay sino una España! Liberalismo social, sectarismo político, ten en cuenta que por este golpe que hoy recibes por este anatema de Dios y de España has hecho en una hora bancarrota mortal... Y no temáis, nobilísimos españoles, que en esta ocasión el Divino Maestro huya de vuestras manos que le tejen corona de laureles inmortales, ¡ah, no! Se ha dejado prender, y desde mañana, 30 de mayo de 1919, ¡será el Rey-prisionero de la nación española! Mas ¿qué dirá en el monte santo el Espíritu del Señor? Allí, como en el Jordán, cuando el bautismo de Jesús, repetirá: «Éste es mi Hijo, en quien he puesto todas mis complacencias (1). Escuchadle, porque Él es la verdad; seguidle, porque Él es el Camino; amadle, porque Él es la Vida» (2). Y ¿qué dirá el Hijo de Dios de sí mismo? En la cima del Cerro de los Ángeles hará resonar la gran palabra que pronunció ante su inicuo juez: *Rex sum Ego! «¡Yo soy* Rey!» (3). ¡Ah! Y el heredero del trono de San Fernando, Su Majestad el Rey Católico, ¿qué dirá mañana al Monarca Divino..., cómo le hablará Santiago? «Señor, de rodillas, en nombre mío y de mi pueblo, con la frente coronada puesta en el polvo, te reconozco, Jesús, no superhombre, ni Profeta, sino el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Rey y el Salvador del mundo... A mí me llaman señor... ¡No lo soy sino por Ti, pues no hay más Señor que Tú!... ¡Jesús, reina, reina en España, te lo pide, ¡oh Rey de misericordia!, el primero de tus vasallos, indigno de desatar las sandalias de tus pies sacrosantos! ¡Corazón Divino de Jesús, venga a nos tu reino de paz y de justicia, de libertad y de amor! Así hablará Su Majestad Alfonso XIII... Y ¿qué responderá el pueblo, la muchedumbre? ¿Cuál será la exclamación vibrante de los que acompañan al rey hasta el Tabor y de los que se agolparán mañana en todos los templos grandes y pequeños de España entera?

(1) Mat., III, 13, 17. (2) Juan, XIV, 6. (3) Juan, XVI I I , 37.

¡Oh!, la adivino; esa palabra flota ya como la expresión de un anhelo nacional en esta asamblea imponente; vuestros labios quisieran gritarla; hela aquí: *Volumus hunc regnare super* nos... «Queremos que Este, que Jesucristo, reine sobre nosotros...» ¡Hosanna! No pedimos tres tiendas distintas, como San Pedro en el Tabor; que no haya sino una sola para el Corazón de Jesús, Rey de España, inseparable de sus españoles... *Oportet ilium regnare!... (1). Si., es* preciso, urge el que Cristo reine... *Adveniat regnum tuum!... (2).* ¡Venga a nos tu reino! En consecuencia, amadísimos hermanos, Jesucristo, el Dios Crucificado, ¿es efectivamente Rey? Él mismo nos dará la suprema respuesta... «Lo habéis dicho... Yo soy Rey...; para esto nací y vine al mundo, para

dar testimonio de la ver-dad...» (3). Y la primera verdad que hoy nos importa sobremanera conocer es ésta: *¡Jesucristo es Rey!...*

Realeza social de Jesucristo

Hablemos, amadísimos hermanos, de su Realeza social. Digo social porque el Señor no puede seguir siendo el Rey de vergüenza que tantos tímidos pretenden, Rey oculto en el fondo del Sagrario, Rey sin vasallos ni dominios, Monarca olvidado en el polvo de la sacristía. ¡No, mil veces no!...

(1) 1.a Cor., XV, 25. (2) Mat., VI, 10. (3) Juan, XVIII, 37.

Que si es Rey en su Eucaristía, desde la Hostia debe Él irradiar como un Sol, dominando desde ahí la sociedad y el mundo. Nosotros *predicamos a Jesucristo y a éste Crucificado (1)* y Sacramentado; pero Soberano, cuyo imperio no es únicamente el fuero interno y secreto de la conciencia, sino también y claramente la con-ciencia pública y la vida social y nacional. Que si hubiera aquí entre esta muchedumbre algún sabio o cristiano a la violeta que se escandalizara de este principio, eminentemente evangélico, que escuche esta réplica formidable del Señor al Pontífice: «Veréis un día al Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo» (2). ¡Extraño razonamiento, aberración inconcebible de ciertos cristianos! Aceptan la plena jurisdicción del Señor en la conciencia del individuo, la aceptan aun en el santuario del hogar, y la rechazan en el campo social y político. ¿En virtud de qué principio los individuos y los hogares sumados, desde el momento en que constituyen una entidad social o política, niegan la Soberanía absoluta de un Dios, que es tan Senior de una persona como de un pueblo, tan l e y de un niño como del cuerpo de legisladores y del monarca de una nación? Creador y salvador del individuo, su Derecho se acentúa en el hogar, se acentúa y crece con el título de Creador y Salvador de la sociedad.

(1) 1.a Cor., I, 23. (2) Mat., XXVI, 64.

En ocasión tan oportuna como solemne, tracemos netamente el criterio de verdad, de acuerdo con los grandes e inamovibles principios del derecho público social cristiano: éste se basa en la Realeza divina de Jesucristo, Señor nuestro. *Su nombre está sobre todo nombre (1);* ante su grandeza las majestades de la tierra no son sino un puñado de cenizas. De ahí aquella afirmación de las Escrituras que debieran meditar en esta hora de horrenda convulsión los gobernantes y legisladores de la tierra: *Per me reges regnant, et legum conditores justa decernunt; per me príncipes imperant, et potentes decernunt justitiam...* (Por mí reinan los reyes y decretan los legisladores leyes justas; por mí los príncipes mandan y los jueces administran justicia...» (2). Y notad, amadísimos hermanos, que esa soberanía social de Jesucristo, por lo mismo que es absoluta e inamovible, es base de toda autoridad legítima. Oídme: (Dad al César lo que es del César (3); pero esto después de haberme dado a Mí, vuestro Señor, lo que me pertenece.» ¡Si esta Europa que estalla como un volcán de fuego, que hierve en todos los rencores, que se estremece en las convulsiones de una afrentosa y mortal anarquía, quisiera reconocer quién es Aquel cuyo cetro le ofrece paz, de seguro había de disfrutar del beneficio de la justicia, de la civilización, de la grandeza y de la libertad!

(1) Fil., II, 9.(2) Prov., V111, 15 y H.(3) Mat., XXII, 21.

Lejos de Jesucristo, rechazados sacrílegamente su ley y su espíritu, no habrá jamás sino opresión, mentira y muerte para los pueblos. Retirada la piedra angular del Evangelio, llamaréis inútilmente en socorro de la sociedad a políticos y estadistas, a diplomáticos y jurisconsultos; éstos llegarán a tiempo para comprobar que la ruina es irremediable, o tal vez para gemir sobres el hacinamiento informe de escombros morales... Por esto, en recuerdo de la Entronización oficial del Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, yo haría grabar una medalla. De un lado haría esculpir la efigie de Cristo-Rey con esta inscripción: «¡Es indispensable que hoy reine!» (1). Y en el reverso..., la hidra de todos los odios, de todas las ignominias, de todas las muertes, con esta leyenda: «¡Elegid, no hay término medio: o la hidra o Jesucristo!» (2). Dicho está hace veinte siglos por unos labios infalibles: «¡Toda casa que no edificare mi Padre... caerá! Si el Señor no construye el edificio, si Él mismo no lo guarda, en vano trabajan los que lo levantan» (3). Podrá existir, si queréis, una forma de legalidad; ésta no será sino una forma oficialmente mentirosa para encubrir y justificar, ante la multitud de los ignorantes y de los cándidos, los abusos de fuerza y las vejaciones de una infamante tiranía. Esas cadenas las arrastrarán todos aquellos pueblos liberticidas que sacudieron el yugo del Señor y que se entregaron maniatados a gobernantes que quebraron entre befas y blasfemias el Código del Sinaí.

(1) 1ra. Cor., XV, 25. (2) Mat., XII, 30. (3)Ps. CXXVI, 1.

¡Desventuradas naciones! ¡Gimen prostituidas por la insensatez sectaria de un Moloch, individual o parlamentario, que ha reemplazado en esos pueblos a Jesucristo y al Cenáculo de la Iglesia!... Existirá, repito, la farsa sacrílega de legalidad, pero ¿derecho?, ¡jamás!, ¡pues contra Cristo o fuera de Él no existe el derecho! Así lo escribió con su sangre el genial político cristiano del Ecuador, el gran García Moreno, apuñalado por las logias de Quito, porque pretendía inspirar su gobierno y la legislación de su desventurada patria en la luz

inmutable del Evangelio; porque se atrevió, con valentía de héroe y de mártir, a entronizar al Corazón de Jesús como el Soberano de su pueblo. ¡Feliz España, excepción de nobleza católica y de gloria cristiana en el mundo! Te llaman, con cólera, *reaccionaria,* los desdichados que ignoran que el granito, que el oro, que el sol no cambian; los que hacen de la moral, de la conciencia, de la virtud una mercancía de fácil contrabando, un pasquín de ruin y sórdida politiquería, un negociado de trastienda... ¡España, granítica, en tu belleza moral, en tu nobleza evangélica!, queda profundamente *reaccionaria,* no cambies, como no cambiará jamás el cielo hermoso que te cubre como un pabellón de gloria. ¡Ah! Me parece ver ya a Santiago, al rey católico, altivo, sereno, con la conciencia de un gravísimo deber cumplido, tirando del Carro de 505 victoria que conduzca al Tabor al Monarca Divino, a Jesucristo, oficialmente reconocido como el Soberano de la nación española. ¡Y ante ese espectáculo sublime, que haría gemir de dicha a los Ángeles, si los Ángeles pudieran gemir, me parece oír ya a la muchedumbre de los amigos, de los fidelísimos que enloquecidos de felicidad en esa hora de triunfo de sus ideales, ovacionarán con un mismo grito de amor y de entusiasmo al Sagrado Corazón y a Su Majestad Católica! Hemos sentado, a grandes rasgos, amadísimos hermanos, el principio de política cristiana que se inspira en el Evangelio y en aquella sentencia clavada en el patíbulo del Divino Ajusticiado: "*Jesús Nazarenus, Rex!"(1).*

(1) Juan, XIX, 19.

Realeza social de Jesucristo en España

Mas aquí podríais decirme que todo lo expuesto anteriormente es la inmutable teoría que debía regir los destinos de las naciones rescatadas en el Calvario; pero la realidad, la aplicación *prác*tica y viva de esa teoría, ¿es ya un hecho en España o es sólo un programa para el porvenir? La Entronización nacional en el Cerro de los Ángeles, ¿será, por ventura, un hecho aislado, una solemnidad ocasional?... ¡Oh, no! En España, la teoría evangélica y la realidad se confunden dichosamente. Quiero decir: España acepta y reconoce oficial y prácticamente la Realeza social de Jesucristo.

Y no me pidáis citas, que huelgan, de lo que pueda decir la Constitución política de la Monarquía española. En cambio, Madrid, rebosando de millares de extranjeros, fue testigo, hace algunos años, de un acto trascendental que dio la nota suprema de la catolicidad de España. Me refiero al Congreso Eucarístico, apoteosis sublime del Rey de Amor que entronizaréis mañana. ¿Recordáis aquel momento inolvidable en que treinta y tantos mil adoradores nocturnos, como inmensa bandada de palomas, con la Hostia en las banderas blancas, formaron el camino de gloria al Dios Eucarístico que se dirigía al Palacio Real?... Un instante después, Su Majestad Alfonso XIII está de rodillas en la puerta, cirio en mano, rodeado de su Corte, del Gobierno; en ese gesto parece decirle: «¡Señor, Tú sólo eres Santo, Tú sólo grande, Tú sólo Altísimo!» Entra el Amo en el Palacio del Rey, lugarteniente de Jesús; penetra en la sala del trono, se sienta en él como el verdadero Monarca del rey y del pueblo españoles, y ahí acepta el vasallaje que le rinde con fe sincera el rey terreno. La actitud de éste, su emoción, revelan a las claras lo que su alma, profundamente cristiana, está diciendo a Jesús Sacramentado: «Corazón de Jesús-Eucarístico, venga a nos tu reino; impera Tú en España; sé Tú mismo la norma y el gobierno de Todos.» ¡Ah! En un Viernes Santo inolvidable yo he visto a vuestro monarca acercarse, doblando tres veces las rodillas, a la imagen del Señor Crucificado y. depositar en sus pies ensangrentados el: beso del rey, en reparación de tantos Judas, y el beso de España en reparación de los pueblos renegados... ¡Qué!... He visto más: he visto a Madrid engalanado para ovacionar en sus calles a Jesús Sacramentado el día del Corpus. Y tras del Señor he contemplado, con lágrimas de emoción la carroza real, las autoridades, el ejército, el pueblo, es decir, España entera, con el Hosanna ardoroso en los labios y en el corazón. Un cuadro todavía más sugestivo: he visto, a las seis de la tarde, pasar por las calles de la capital, ostensible y solemnemente, el Viático, a Jesús que va en busca del moribundo que ya no puede venir en busca suya... ¡Escoltando al Amo Divino van soldados y mujeres, señores y niños! A su paso todos lo adoran, y aquí y allá ábrense los balcones y se oyen los acordes de la Marcha Real... ¡Es que pasa por las calles el Rey de España! ¡Oh, España, predestinada y grande, sólo en tu suelo se ven hoy día estas escenas incomparables de fe robusta! Es preciso visitar esta tierra santa para encontrar un gran pueblo civilizado, una nación de Europa en que Jesucristo es considerado y es tratado como una *Persona viva y real,* pero como Persona adorable y divina. Por esto, si preciso fuera, no dudéis, hidalgos españoles, en verter toda la sangre de vuestras venas para mantener incólume, dentro de las venerandas tradiciones de vuestra patria,- el derecho - soberano de Cristo vuestro Rey. Muertos, sí; pero desleales, ¡jamás! De otra suerte —Dios no lo permita—, llegaría día en que se os podría aplicar la frase lapidaria de la madre de Boabdil, cuando la reconquista de Granada; defended, hermanos, si preciso fuese, con heroísmo de martirio, el bien inapreciable de vuestra fe nacional, pues de otra suerte, en hora de suprema desventura, «tendríais que llorar como mujeres el tesoro que no supisteis defender

como españoles.» Señores y jóvenes tan numerosos que me escucháis, sabedlo: el pueblo que apostata de Jesucristo, que lo destroza, se suicida.

Bases de esta Realeza Divina: el hogar cristiano y la escuela confesional

Pero no imaginéis, hermanos, como ciertos espíritus ligeros pudieran creerlo, que el oficialismo católico de España sea uno de tantos marbetes, puramente oficiales, sin más apoyo en nuestros días que el de un conservantismo rutinario. No penséis, ¡oh, no!, que el catolicismo español no es hoy en día sino una tela, cuyo mérito, principal o único, es el ser reliquia antigua; pero de escuela caducada. La Realeza de Jesucristo en vuestra Patria tiene una base mucho más honda y segura que los artículos escritos de la constitución política, y es la constitución social de España. Otorgadme, hermanos, con vuestra benevolencia, carta de ciudadanía para que mi afirmación tenga a vuestros ojos el valor de la palabra de un hermano que os conoce a fondo. Digo, pues, que la constitución social de España la forman, sobre todo, dos piedras de granito, que son: el hogar cristiano y la escuela confesional católica; dos manantiales que surten de vida cristiana al pueblo español. Por la misericordia de Dios, en efecto, por la fidelidad meritoria de vuestra raza, se puede felizmente afirmar que la inmensa mayoría de las familias y de las escuelas de España son todavía herencia reconocida de Nuestro Señor Jesucristo. Pero... velad, españoles, no es durmáis sobre laureles de paz o de victoria, pues el enemigo está en acecho. Salvad al Niño-Dios, salvando el alma católica de España en la escuela y en el hogar... ¡Oh!, salvadle; pues la raza de Pilato no ha muerto, y Herodes vive todavía y reina en una cohorte malvada que trama en contra de Cristo, pervirtiendo a España, y en contra de España, desterrando a Cristo. Haced de cada hogar una escuela cristiana y de cada escuela una Betania, hogar de Jesús, hogar de luz, en que enseñe el Maestro de los doctores y el Doctor de los maestros. Y ved, amadísimos hermanos, mi última reflexión sobre la Soberanía social efectiva del Corazón de Jesús en vuestra Patria. Este Corazón admirable reina, evidentemente, en España *con más veneración que en otras partes,* porque España le ama con alma de fuego y con lealtad de bronce. Así me lo gritan a voces dos factores; que constituyen el espíritu y la sangre de la Nación española. ¿Cuáles son esos dos elementos? La mujer española, cuyo tipo de belleza moral, de heroísmo en el amor, de fidelidad en el sacrificio, de genialidad creadora en las empresas del Señor, ¡es Teresa de Jesús! Y con la mujer, el pueblo español.

Amores del pueblo español

He aquí lo que creo haber observado en el alma genuinamente popular; no sé si me equivoco: vosotros fallaréis. Ama apasionadamente a la Virgen Inmaculada, la quiere entrañable y tiernamente, ¿sabéis por qué? Porque, en su instinto, refinadamente católico, sabe que en los brazos de la Reina, y sólo en sus brazos, encontrará Jesús el Amor de los amores. De ahí que el pueblo español beba a torrentes en el regazo de la Virgen Madre, en su devoción tradicional aquella sangre divina; sangre eminentemente cristiana, que corre por las venas más íntimas de España. De ahí que vuestra Nación sea tal vez la única que haya conservado intacta la virginidad de su fe al través de mil vicisitudes seculares. Y ved ahora la recíproca no menos hermosa: habiendo aprendido la ciencia de la caridad en aquella que se llama Madre del Amor Hermoso, no es nada extraño que el pueblo hispano posea un alma seráfica en su amor por Jesucristo. Un argumento irrefragable de ello: la pasión sublime con que ama al Señor Sacramentado, y el vigor exuberante y la pujante lozanía de las obras eucarísticas en las distintas regiones de esta España privilegiada. Os lo afirma, no lo dudéis, no con frase de literatura, sino con pleno convencimiento de causa, este misionero extranjero, español de corazón. El pueblo español ama entrañablemente al Papa, tal vez como no lo ama ningún otro pueblo. ¡Oh!, cómo me han conmovido los testimonios elocuentes de adhesión al Vicario de Jesucristo y el lenguaje de amor filial con que se expresa de él. ¡Qué bien se trasluce, en ese amor al Papa, el amor a la persona de Jesucristo! Y 'qué bien manifiesta en él, como en el amor de _María, el sentido tan delicado como seguro de catolicismo, que es la característica de vuestro pueblo... ¡Ah!, si como fue un proyecto en horas negras de tormenta, hubiera sido una realidad el que Su Santidad Benedicto XV, hubiera buscado un asilo en vuestra Patria, España entera, con asombro de Europa, hubiera renovado, y con creces, la ovación triunfal del Domingo de Ramos... Y, por fin, el alma ardorosa del pueblo español profesa un culto especial al Crucifijo. ¡Pueblo: noble y cristiano, cómo te admiro al contemplarte de rodillas, embriagado en la hermosura de las llagas divinas; cómo me conmueves cuando te he sorprendido en tus viviendas, donde abundan los dolores, clavados los ojos enamorados en Jesús Crucificado, mientras tu corazón en sus palpitaciones de fuego parece le va diciendo como Francisco de *Asís: ¡Tú eres mi Dios y mi todo!* De mucho tiempo a esta parte - el venerable Padre Hoyos no me dejará mentir— el Corazón de Jesús resume todo el ideal de la piedad española. Pero con la perspicacia de una fe tan pura como robusta busca el objeto de sus amores y le encuentra en la Divina Eucaristía, sacramento en el que concreta y resume todos sus amores cristianos. Decid, hermanos, ¿me he equivocado? ¿No son esos, realmente, los sellos auténticos que prueban que antes de la erección del Monumento Nacional era ya una

realidad el Reinado Social del Corazón de Jesús en el pueblo y en la tierra de María?... Pero... y mañana, amadísimos hermanos, ¿cuál será el porvenir católico de España?... ¡Ah!, dejadme hacer de centinela; desde la almena de este grandioso templo, el más histórico de Madrid, os grito: ¡Alerta, católicos españoles! Sabed que la hermosura moral de vuestro pueblo está provocando la cólera satánica de la hidra, que vela y que quisiera morder con mordedura mortal el corazón de España... ¡Alerta!, hermanos, porque en vuestra Patria, como en el resto de Europa, se trama con odio implacable y en sigilo en contra del Rey de reyes, Jesucristo, y -¿por qué no decirlo?-en contra de España que lo reconoce, que lo ama, que lo entroniza. ¡Alerta!, católicos españoles: el enemigo está dentro de la plaza, el lobo carnicero dentro del redil... ¡Alerta!, sed católicos a lo Pelayo, es decir, a lo soldado, mejor dicho, a lo mártir... ¡Oh! ¡Luchad por Cristo Jesús, por su Derecho; luchad por mantener su Realeza Divina, como supisteis luchar en época pasada por conquistar para la Corona de León y de Castilla un nuevo continente; luchad con fe y con amor inmenso! España ama con delirio, ¡oh!, ama con santa locura al Amor que no es amado, al Amor, Jesús, que te ha colmado...

¡España, sube al Tabor, al Cerro de los Ángeles! Y ahora, Santiago, digo, España., sube mañana a la colina santa del Tabor y transfigúrate en la luz, en la verdad, en la fortaleza de tu Rey y Señor. Baja del Cerro de los Ángeles, como Moisés del Sinaí, con la faz radiante, con la cabeza aureolada, con los ojos bañados en luz de cielo... Santiago, digo, España, guiada por tu Estrella, por la Inmaculada, sube en compañía del monarca católico a presentar con él y por su mano ofrenda de reyes al Rey Divino, que te aguarda en el Trono del Cerro de los Ángeles... Ofrécele el oro de un amor ardiente, obsequio de gratitud nacional, pues Él es quien te ha salvado de un diluvio de sangre y quien te está librando de un horrendo cataclismo. ¡Hosanna de amor y gratitud al Rey de Amor, al Corazón de Jesús! Santiago, digo, España, levántate jubilosa, sube las gradas del altar nacional y ofrece a Cristo-Rey el incienso de tu adoración y de tu vasallaje, pues eres hechura de su mano, y criatura de su misericordia. Y ese incienso se lo ofrecerás en desagravio solemne por tantos pueblos infelices que han quebrado el Cetro del Señor, que le han despojado inicuamente de la púrpura de su Realeza intangible y que, habiéndolo coronado de espinas, lo han sentado corno reo en el banquillo de un inmundo calabozo. ¡España católica, sé tú la Nación-Verónica, rompe valerosa el cerco de sicarios y verdugos y acércate al Maestro escarnecido, restaña su sangre, arranca sus espinas y ciñe su frente soberana con diadema de gloria y de honor! ¡Hosanna de adoración al Rey de Amor, al Corazón Divino de Jesús!... Santiago, digo, España, preséntale, en fin, el homenaje de la mirra, esto es, la sangre de tus soldados, las lágrimas de tantas madres, la congoja de tantas hijas y esposas, las zozobras de los patriotas leales, las inquietudes y amarguras de la Patria. Y por esa mirra, holocausto precioso de sangre y sacrificio..., ¿qué vas a pedir al Corazón de Jesús? ¡Oh!, pídele una sola gracia: que siga reinando, pero más intensa-mente aún, en la conciencia de España, es decir, en la austeridad y pureza de costumbres, en la firmeza de las tradiciones católicas del país, en la aplicación práctica del Evangelio a la vida privada y pública, a la vida nacional de España católica... ¡Hosanna de gloria al Rey de Amor al Corazón Divino de Jesús! ¡Pedidle, amados españoles, suplicadle, que el Sol de ese Corazón adorable no se ponga jamás, jamás, en los estados que Jesús confió a la Reina de Covadonga, a la Capitana invicta del Pilar. Que ella obtenga que ese Sol de divina gloria no tenga nunca ocaso en la tierra que María ama como su segunda Patria; que Ella, más potente y grande que Josué, detenga al Corazón de Jesús en su carrera de victoria y lo clave en el cielo de España, hoy en que ese Sol llega al cenit esplendoroso del Cerro de los Ángeles. ¡Ah!, y si en vuestro Pabellón Nacional, inclinado bajo el peso de la pedrería de tantas grandezas, grabarais la imagen de Aquel que eligió a España copo la herencia de su Corazón, ¡qué de bendiciones provocaríais sobre vuestra Patria! Llevando tal vez un día a vuestra cabeza ese estandarte doblemente sagrado, subiréis en horas de paz o de tormenta al Tabor del Cerro de los Ángeles en peregrinación de plegaria, de reparación de acción de gracias... Ahí, al desfilar ante ese trono, altar nacional, glosaréis la frase famosa de los .gladiadores romanos en el circo; éstos decían: "Ave, César: los que van a la muerte te saludan!" Vosotros, amadísimos hermanos, diréis: "Ave, César Divino, Jesús, Monarca de España: los españoles que en tu ley y por tu gracia hiciste libres, grandes, inmortales; tus españoles, fieles hasta la muerte, te saludan. César Divino!... *¡Corazón Santo, Tú reinas ya!"* Y ahora, no de rodillas, todos de pie, amados hermanos, aclamemos a ese Rey aquí presente, al mismo a cuyas plantas, mañana, Su Majestad Católica depositará el corazón y, la Corona de España. ¡Ea!..., todos de pie, y 'esta plegaria ofrezcámosla de manera especialísima por el Rey, Su Majestad Alfonso XIII , y por toda la familia real. «¡Acércate, dulcísimo Maestro, y aquí, en medio de los tuyos, estrechándote tus hijos, recibe de su mano la diadema que quisieron arrebatarte los que, siendo polvo de la tierra, se llaman poderosos, porque en los abatimientos de tu humildad se imaginan injuriarte de más alto... Adelántate triunfante en esta ferviente congregación de hermanos; no borres las heridas de tus pies ni de tus manos...; no abrillantes, no hermosees, deja ensangrentada tu cabeza... ¡Ah!, y no cierres, sobre todo, deja abierta la profunda y celestial herida de tu pecho... Así, Rey de sangre; así, cubierto con esa

púrpura de amor y con la túnica de todos los oprobios..., sin transfigurarte... Jesús, tal como eres, el mismo Jesús de la noche espantosa del Jueves Santo, preséntate, desciende y, recoge el Hosanna de esta guardia de honor que vela por la gloria del Corazón de Cristo-Jesús su Rey.

—*¡Viva tu Sagrado Corazón!* (Todos en voz alta:) Los reyes y gobernantes podrán conculcar las tablas de tu ley; pero, al caer del sitial del mando en la tumba del olvido, tus súbditos seguiremos exclamando: —¡Viva *tu Sagrado Corazón!*

Los legisladores dirán que tu Evangelio es una ruina, y que es deber eliminarlo en beneficio del progreso...; pero, al caer despejados en la tumba del olvido, tus adoradores seguiremos exclamando: —*¡Viva tu Sagrado Corazón!*

Los malos ricos, los altivos, los mundanos dirán que tu moral es de otro tiempo, que tus intransigencias matan la libertad de la conciencia...; pero, al confundirse con las sombras de la tumba y del olvido, tus hijos seguiremos exclamando: —*Viva* tu *Sagrado Corazón!*

Los interesados en ganar alturas y dinero, vendiendo falsa libertad y grandeza a las naciones..., chocarán con la piedra del Calvario y de tu Iglesia, y al bajar aniquilados a la tumba del olvido, tus apóstoles seguiremos exclamando: —*¡Viva tu Sagrado Corazón!*

Los heraldos de una civilización materialista, lejos de Dios y en oposición al Evangelio..., morirán un día envenenados por sus maléficas doctrinas; y al caer a la tumba del olvido, maldecidos por sus propios hijos, tus consola-dores seguiremos exclamando: —¡Viva *tu Sagrado Corazón!*

Los fariseos, los soberbios y los impuros habrán envejecido estudiando la ruina, mil veces decretada, de tu Iglesia...; y al perderse, derrotados, en la tumba del olvido, tus redimidos seguiremos exclamando: —*¡Viva tu Sagrado Corazón! ¡Oh!*, sí, que viva.

Y al huir de los hogares, de las escuelas, de los pueblos, Luzbel, el ángel de tinieblas, al hundirse eternamente encadenado a los abismos, tus amigos seguiremos exclamando: —*¡Viva tu Sagrado Corazón!* ¡Viva en el triunfo de tu Eucaristía y de tu Iglesia! *¡Viva para siempre tu Sagrado Corazón!* ¡Corazón Divino de Jesús, venga á nos tu reino!... Amén.»

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA HIMNO DE GLORIA EL ÚNICO DIGNO DE LA SMA. TRINIDAD

Esencia de la Santa Misa. El misterio de la Divina Eucaristía comprende dos maravillosos capítulos, a saber: el Santo Sacrificio de la Misa, manantial divino e inagotable, y el Santísimo Sacramento del Altar, que doctrinalmente es la consumación del Sacrificio. Teórica y prácticamente, ambos deben ser inseparables. Desgraciadamente, por falta de Catecismo, los fieles los separan, y así, de hecho, invierten el orden y los valores del Sacrificio y del Sacramento, no sin grave detrimento de la vida espiritual y eucarística de las almas. El Sacrifico es la fuente inagotable de vida divina y el Sacramento es el torrente que mana de esa fuente. Torrentes de vida divina que brotan del Sacrificio son la Sagrada Comunión y la Santa Reserva en el Sagrario. Sin más, definamos en dos afirmaciones tan límpidas como sólidas la diferencia real entre uno y otro. El Sacrificio es la Ofrenda que de Si mismo hace al Padre el Verbo cuando dice: *«Ecce venio ut faciam voluntatem tuam.* (Hebr., X, 7.) *Obediens usque ad mortem mortem autem crucis* (Philip., II, *6.) Et clarificavi et iterum clarificabo.»* (Juan. XI I , 28.) El Sacrificio es, pues, la inefable realización en el Altar, como en el Calvario de aquel *«Tradidit semeti psum»,* de aquel abandono total de Cristo a la voluntad del Padre, por su gloria y por la redención del hombre culpable, abandono que podríamos glosar así:«¡Padre, porque quieres. que muera quiero ser crucificado, soy tu Hostia de alabanza y de propiciación... Hágase tu voluntad! Padre, ¡quiero, con mi reparación, superar la ofensa del pecador... Pago infinitamente más de lo que él debe y que podría pagar!»

La Santa Misa, Sacramento y Sacrificio

Y ¿qué es el Sacramento? Hecha, esta entrega total al Padre Eterno se vuelve el Señor hacia nosotros, sus hijitos, y nos dice: «Ya el banquete está preparad o, venid, pues, y comed mi Carne y bebed mi Sangre... Por amor a mi Padre *me entrego también a vosotros, soy* vuestro Maná y vuestro Pan, soy todo vuestro. Yo seré Jesús Sacramentado hasta la consumación de los siglos... Disponed de Mí, soy vuestro.» En el Sacrificio, el Verbo humanado se entrega al Padre como Hostia. En el Sacramento, cono Hostia también, se entrega a la Iglesia, al pueblo cristiano. Cristo-Víctima es la misma Hostia en el Sacrificio y en el Sacramento. Pero la Hostia del Sacrificio se ofrece al Padre, en tanto que la Hostia del Sacramento se da a los fieles... Si, pues, la excelencia de la Hostia es idéntica en el Sacrificio y en el Sacramento, no así la calidad del que la recibe... En el Sacramento, los que la reciben no son sino un abismo de nada y de pecado. El Sacramento por la Comunión de la Víctima es la Consumación del Sacrificio... Manto es así, que, según Su Santidad Pío XII, no habría

Sacrificio íntegro sin la Comunión eucarística del Celebrante. Pero no habría tampoco Comunión sacramental ni Santa Reserva, ni Exposición, ni Bendición del Santísimo sin el Sacrificio de la Misa, que reproduce la Presencia Real. La Santa Misa, litúrgicamente considerada, comprende la oblación u ofertorio —la Consagración de ambas especies, y que constituye el centro y la esencia misma del Santo Sacrificio—, y la Sagrada Comunión, que es su complemento en forma de banquete eucarístico.

Los oficiantes de la Misa.

Y ¿quién ofrece la Santa Misa? Tres personas actúan en el Altar, pero con un valor litúrgico muy diferente. Ante todo, el Pontífice adorable. Cristo Sumo Sacerdote, según el orden de Melquisedec... Él es el *offerens, el* divino Oficiante, y Él es la *oblatio,* la Ofrenda sacramental. En seguida, *por Él, con Él y en É1, como alter Christus,* creado ministro oficial para ofrecer el Sacrificio *Sacerdotium propter Sacrificium...,* el Sacerdote actúa en esta *máxima actio,* investido con un poder altísimo, único, según aquella palabra, imperativa del Señor en la última Cena: «Haced esto en memoria mía.» El Sacerdocio fue creado, en efecto, para ofrecer el Sacrificio de la Nueva Alianza. Y, en fin, por mera concomitancia espiritual, en una medida discreta y restringida, los fieles «ofrecen» en cierto modo el Sacrificio con el Sacerdote, pero sólo en la Ofrenda y en la Comunión de la divina Víctima. Pero siendo así que la Santa Misa, como Sacrificio, es culto social y público, la Iglesia requiere siempre la presencia ante el Altar de un representante del pueblo, y éste es el ayudante de Misa, el «monaguillo». Su función efectiva, como «diputado y lugarteniente» del público fiel, es ofrecer al Celebrante el Vino y el Agua. Y en esa calidad entabla con el Sacerdote aquel diálogo alternado entre el oficiante y el pueblo, y que en los primeros siglos fue la forma litúrgica de la Misa.

La Misa en el sentir del pueblo.

Lo confesamos con inmensa satisfacción, que de algunos años a esta parte se escribe y se predica mucho sobre la Santa Misa. Y es un hecho que los fieles han dado un gran paso hacia el Altar, y con fe mucho más viva, porque es más consciente e ilustrada. Pero, digámoslo muy francamente, falta mucho todavía por hacer para realizar el ideal de la Iglesia a este respecto. ¡Ah, son todavía muy numerosas las almas buenas, pero de una piedad de «carbonero», esto es, sin Catecismo; de buena voluntad, pero sin suficiente instrucción, y que van a Misa sólo para Comulgar, y no para participar del gran Sacrificio, no para glorificar a la Trinidad, ¡oh, no! La Divina Eucaristía se reduce para muchos cristianos —y no los peores— casi exclusiva-mente al Pan consagrado que se reparte en el Comulgatorio. Para estas personas la Misa no es sino la ceremonia litúrgica durante la cual es de regló que se puede comulgar. La Misa, pues, para éstos, no es sino la llave de oro que les abre el Sagrario, siempre para comulgar... El Sacrificio, corno tal, no cuenta, y durante éste rezan Rosarios y novenas a todos los Santos, en espera de la Santa Comunión, que se hace por devoción privada... Ya lo he dicho: estas personas, inconscientemente, separan el Sacrificio del Sacramento. Hay, sí, buena fe; pero sería precisa más verdadera fe. ¡Qué bien dijo aquel gran teólogo cuando afirmó, contra este rebaño de piadosos sin doctrina!: «Quien no aprecia grandemente el Santo Sacrificio de la Misa no será un alma eucarística. Ese tal no aprecia, no puede apreciar la Sagrada Comunión, aunque comulgue a diario.» ¡Ay! En tales casos, la rutina y la ignorancia combinadas desempeñan un papel nefasto en esa devoción desabrida, que es como leche descremada.

Fin principal de este escrito.

¿Qué dicen, pues, la Teología y el Catecismo del Santo Sacrificio de la Misa? Permítaseme una observación personal antes de dar una respuesta, tan llana y sencilla como doctrinal. Es mi gran deseo hacer aquí una exposición que sea pan de luz para la mente, pero nótese bien, quiero dar al mismo tiempo un pan con-sagrado para el corazón. Quiero decir, que mi exposición debe ser no sólo un relámpago de vívida luz que instruyendo a los lectores les dé una convicción sobrenatural sobre este Misterio... Quiero eso, mil veces, sí; pero quiero, además, y quiero sobre todo, *caldear las* almas *en el amor de Jesucristo.* ¡Por desgracia, hay tantos libros buenos, pero cuya lectura produce sólo una descarga de luz eléctrica y tan fría! Quiera el Sagrado Corazón ponerse en mi mente y en mi pluma para poder escribir con unción y con fuego divino, porque quiero con estas páginas inflamar a cuantos me lean... ¡Ah! Qué feliz me sentiría si éstos pudieran pensar o decir lo que aquel estudiante universitario escribiendo a un Sacerdote: «Su libro enardece mi alma, su estilo hace llorar a mis ojos y mis manos tocan brasas al pasar las páginas... Me pregunto, ¿cómo puede su pluma resistir sin volverse un ascua?» ¿Por qué no se han de poner en hermosa fraternidad mucha doctrina y mucha unción, mucho razonamiento y un gran amor? ¿Por qué, al hablar de cosas divinas, hemos de divorciar la cabeza del corazón, por qué? ¿No es acaso el Evangelio el libro de luz por excelencia, y no son sus páginas la predicación del Amor de los amores? *«Ego sum Lux mundi»* (Juan, VIII, 12.) *«Ignem veni mittere in terram.» (Luc.,* XII, *49.) «Venite ad Me omnes.»* (Math., XI, 28.) Así habló el Maestro Divino. No querría, pues, que lo que aquí escriba sea un esqueleto frío, sin alma de amor. ¿Qué?... ¿Por ventura el amor de Dios, la Caridad, no es la

más alta y sólida teología? Aquel geniazo que escribió la *Summa* escribió también la Misa incomparable del Santísimo Sacramento. No envidio ni pretendo tener su cerebro, pero sí el corazón sacerdotal de Tomás de Aquino, pues soy tan sacerdote como él ¡Qué bien lo dice la Iglesia!: «Ilumina mi inteligencia e inflama mi corazón.» Una cosa y otra es necesario: tener un sol de luz en el entendimiento y un sol de fuego en el corazón. La luz abre el camino a la gracia y el amor corona y hace eficaz su acción en las almas.

Jesucristo, Sacerdote y Víctima.

Un 25 de marzo, el Espíritu Santo, al adaptar un cuerpo al Verbo de Dios en el seno virginal de María, lo ungió Sumo Sacerdote para la gloria de la Trinidad, y le constituyó Víctima redentora de Adán y su descendencia. Así lo afirma la Iglesia en la Oración de la Misa tan hermosa de Jesucristo Sumo- Sacerdote... Dice: ¡Oh Dios!, que *para la gloria de vuestra Majestad y para la redención del género humano,* habéis constituido Sumo y eterno Sacerdote a vuestro Hijo unigénito.» Desde ese instante sublime, Cristo, el Hijo de Dios, humanado, adquirió la facultad de sufrir, de agonizar, de morir; se hizo pasible, El, la Inmortalidad y la Vida. Y al encarnarse por obediencia al Padre,Él mismo se ofreció como Hostia, sí, Él mismo *quia 1pse voluit* (Juan, III, 17), se entregó por sus propias manos a la muerte. Venía, pues, en calidad de Mesías-Salvador, *salvum facere quod perierat* (Luc., XIX, 10.) Venía para ofrecerse en Supremo Sacrificio. ¡Qué conmovedor es pensar que pudo redimirnos en un Tabor glorioso y delicioso; pero prefirió por amor la locura de la Cruz! Después de este breve preámbulo, y con gran Júbilo del alma, entremos en materia. ¡Quiera el Señor que todos mis lectores se enamoren apasionadamente del Misterio augusto del Altar! ¡Que el Espíritu Santo me ilumine y me mueva!

Lo que es la Santa Misa.

Según la doctrina corriente de la Iglesia, ¿qué es en realidad la Santa Misa?... El Santo Sacrificio de la Misa es la *adoración* de Cristo, el Dios-Hombre, que alaba y glorifica al Padre y a la Trinidad en el ara del Altar, como en el Calvario, corno lo glorificó en el cielo É1 antes que el mundo fuera. (Juan, XVIII, 5.) El Hijo de Dios, encarnado y sacramentado, Pontífice y Hostia en el Altar, adora a Dios, su Padre. ¡Su adoración es divina! ¿Qué es en sustancia el drama eucarístico del Altar? El Santo Sacrificio de la Misa es la *expiación* adecuada que Cristo, el Dios-Hombre, ofrece en el Altar a su Padre ofendido, ultrajado por la rebeldía del pecado... Si, Él, la Víctima sin tacha, santísima, ofrece cada mañana, de la aurora al ocaso, su Sangre, en holocausto de *propiciación* perfecta por el crimen del pecado y para salvar así al pecador. ¡Su expiación es divina! Doctrinalmente hablando, ¿cómo definiríamos la Misa? El Santo. Sacrificio de la Misa es la *eucaristía,* la *acción de gracias,* de valor infinito, que Cristo, el Dios-Hombre, ofrece al Padre en nombre de los hijos ingratos y colmados por tantos beneficios... ¡Sin esta acción de gracias nuestra pérfida y negra ingratitud atraería el rayo! ¡Ah, tenemos tanto que agradecer!: el Bautismo de agua, el de sangre en el Calvario, el de fuego en el Cenáculo, Pentecostés... Nuestra filiación de hijos adoptivos del Padre... Y el océano de gracias de los Sacramentos... Y el área salvadora de la Iglesia!... Y en ella el don del Pontificado Romano... Y la maternidad de María, su Mediación universal... Y, sobre todo, el don de dones, la Eucaristía- Sacrificio y la Eucaristía-Sacramento hasta la consumación de los siglos: *«Usque in finem dilexit nos.»* (Juan, XII, 1.) ¡Su acción de gracias es divina! ¿En qué consiste el tan celebrado prodigio de gracia de nuestros altares? El Santo Sacrificio de la Misa es la *impetración* de Cristo, el Dios-Hombre, que, conociendo nuestras necesidades e indigencia, impetra, con tanta sabiduría como misericordia, una lluvia de bendiciones y de gracias que. Él y sólo Él nos puede obtener. «Porque, dice Jesús, el Padre siempre me atiende.» (Juan.1) Él es nuestro Abogado, que interpela y clama incesantemente ante el Padre por nosotros... Mejor que- Moisés, Jesús-Hostia levanta noche y día sus manos suplicantes y desgarradas en favor nuestro.:. Y, por esto, los favores con que nos colma el Padre superan de lejos al número de nuestras ofensas. ¡Su impetración es divina! Para corroborar de la manera más autorizada y elocuente tan conmovedoras reflexiones, re-producimos aquí textualmente la definición del Santo Sacrificio dada por Su Santidad Pío XII en su Encíclica *Mediator Dei.* Dice el Papa: «El Sacrificio eucarístico consiste esencialmente en la inmolación incruenta de la Divina Víctima, inmolación místicamente manifestada por la separación de las santas especies, y la oblación de éstas al Padre Eterno.» «La Sagrada Comunión asegura la integridad (del Sacrificio) y nos permite participar en él sacramentalmente. Pero si la Comunión del Ministro sacrificador es absolutamente necesaria, ésta no es sino de apremiante consejo para los fieles.» Tanta belleza requiere una breve y lúcida explicación, pero caldeada en llama de caridad. Rompamos, pues, este pan de doctrina en migajas, en partículas consagradas... ¡Que no caigan y se pierdan; tomadlas con amor y comed! La voz dé Cristo, Pontífice y Mediador que *adora,* que *expía,* que *agradece y* que *impetra* en el Altar, es la voz de la Iglesia Católica. En efecto, la Santa Misa, en cuanto Sacrificio, es el homenaje oficial de adoración, es el culto social y público de la humanidad rescatada, y que alaba y glorifica al Dios trino y uno por las llagas de Cristo-Mediador y por la santa Liturgia de la Iglesia.

¡Ah! Pensad que una sola Misa glorifica más a Dios que todos los milagros, y que el cantar de los Coros de los Ángeles y de todos los Santos. ¡La glorificación de Cristo es de valor infinito! ¡No es una mera y hermosa plegaria: es el gran Sacrificio por excelencia) Pero como tal, la Misa es, sí, también, una plegaria pública y católica: es el clamor de los desterrados, de la familia cristiana, que tiene ansias de paz y nostalgia de cielo. La Misa no debe, pues, jamás ser considerada como culto de devoción privada, como son el Vía Crucis, el Rosario y las Visitas al Santísimo. ¡Es infinitamente más!

Gesto divino del Sacerdote

Ahora, para marcar con fuego la imponente majestad del Sacrificio, voy a hacer referencia, con viva emoción, a un gesto del Sacerdote que, en forma sencilla y estupenda, resume todo este ideal de la glorificación del Padre y de la Trinidad, por Cristo-Pontífice y Mediador, durante la Santa Misa., Me parece que en ese momento, mil veces sublime, los nueve coros de los Ángeles y la asamblea de los Santos y todo el Purgatorio deben estar pendientes del gesto del Celebrante, cuando, poco después de la Consagración, teniendo en su mano derecha a Jesús-Hostia; traza con el Cristo Sacramentado cinco cruces sobre la preciosa Sangre del Cáliz, diciendo: *¡Por É1, con Él y en Él te rendimos, Padre omnipotente, en la Unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria!* Y esto diciendo, levanta hacia el cielo el Cáliz y la Hostia Santa. Marquemos con fuego la grandeza de este gesto, divino entre todos... Creo que aun el genial San Pablo, descendiendo del tercer ciclo, no hubiera encontrado elocuencia adecuada para explicarnos toda la majestad y el profundo sentido de esta fórmula litúrgica, de un valor inapreciable. *Por Él,* el Hombre-Dios de Belén, del Tabor, del Calvario, tan realmente presente en las manos del Celebrante, como en las manos de María, su Madre. *Con Él,* el Hombre-Dios crucificado, muerto y resucitado, el mismo que ascendió a los cielos y que está sentado a la diestra del Padre, y a quien Este ha otorgado todo poder en el cielo y en la tierra. En Él, el Hombre-Dios, por Quien y para Quien todo ha sido creado, constituido Rey inmortal, y que, en calidad de Juez, vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Si en este momento un relámpago divino iluminara milagrosamente al Sacerdote, éste moriría, no de espanto, pero sí de emoción y de júbilo. Este gesto, mil veces divino, sintetiza admirablemente el fin supremo y la majestad del Santo Sacrificio. Sólo la Virgen Madre tuvo el insigne privilegio de anticiparse al Sacerdote, y de hacer exactamente esta misma ofrenda en Belén, en el templo de Jerusalén y en la cima del Calvario.

La Misa, himno de gloria

¡Ah, si! La Santa Misa es, pues, el himno oficial de gloria, el único digno de la augusta Trinidad. Oíd, si no, la estrofa sublime que Cristo enseñó a los Apóstoles, Himno que, por los labios de la Iglesia, Él mismo canta durante el Santo Sacrificio: «Padre nuestro, que estás en los cielos... Padre, santificado sea tu nombre... Padre, venga a nos tu reino... Padre, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.» ¡Y pensar que el Divino Orante que ofrece esta plegaria es el Verbo de Dios que así glorifica a su Padre y nuestro Padre! ¡La creación del universo sacado de la nada, es apenas una centella, un relámpago de gloria, comparada con la gloria que Cristo Sumo Sacerdote rinde a la Trinidad en el Santo Sacrificio! Y ahora, puestos los ojos del alma en el Gólgota, convertido en ara de nuestros altares, hagamos una suposición algo original, pero muy verosímil y muy emocionante. La fantasía, bien utilizada, es facultad tan noble como provechosa. El Señor se sirvió de ella para pintar magistralmente sus inimitables Parábolas.

Visión imaginaria retrospectiva

Supongamos que en los tiempos de los emperadores romanos Augusto y Tiberio se hubieran ya descubierto y aún vulgarizado los tres maravillosos aparatos Registradores (Dictáfono, Radio, Televisión), pero mucho más perfeccionados que en nuestro siglo... Y supongamos, además, que el César, oportunamente informado por sus agentes de la predicación de Cristo en Palestina y del propósito del Sanedrín de ajusticiarlo, hubiera dado orden al procónsul Pilato de remitir a Roma, con el proceso completo, una película del drama del Calvario, de la crucifixión v muerte del pretendido Rey de los judíos, de Cristo Señor Nuestro... ¡Qué emoción sería la nuestra si esa película parlante y sonora, reproducción exacta, gráfica, fidelísima, del deicidio del Viernes Santo, se desarrollara poco antes de la Santa Misa, en las iglesias, como una verdadera visión natural y científica de lo que el velo del Misterio cubre en los altares!... ¡Si, qué emoción indescriptible sería contemplar con nuestros propios ojos la escena única, contemplada por la Virgen Dolorosa, por San Juan y la Magdalena... ¡Ver como ellos y oír las Siete Palabras de Jesús que ellos oyeron, y también las blasfemias de los enemigos, y asistir a todo el drama, de las doce del día a las tres de la tarde, de ese Viernes Santo! Pues exactamente eso, e *infinitamente más,* es lo que, con fe que no engaña, presenciamos tras de un velo tenue cuando, bien instruidos y muy piadosos, asistimos al Santo Sacrificio. La tal película no sería sino una representación inanimada de un hecho del pasado, corno es el Santo Sudario de Turín, en tanto que la Santa Misa es una palpitante realidad, actual y del presente. En efecto, hace ya veinte siglos que en la Iglesia Católica se ofrece

en toda verdad una sola Misa, la que Cristo celebró en el Gólgota, Misa renovada, Misa reproducida desde el Viernes Santo en los altares del mundo entero... No en película, sino en toda realidad, es *idénticamente el mismo Santo Sacrificio.* Pero sin dolor ni efusión de sangre. Según esto, corno lo enseña el Concilio de Trento, la Misa hace, ante todo, *obra de estricta justicia,* porque es la aplicación de la Sangre del Cordero, que borra los pecados del mundo. El Santo Sacrificio aplaca, pues, con esta Sangre preciosa el rigor de una justicia inexorable; paga con un precio infinito una deuda que, sin ese rescate, sería insoluble, y expía un crimen que es, nada menos que un deicidio. *"Pater, dimifte illis"*, clama Jesús, ya moribundo. Por esto, satisfecha la Justicia con la expiación infinita de este Sacrificio, estalla como sol fulgurante la divina Misericordia... La reconciliación entre el cielo y la tierra rebelde está hecha. Pero siempre, en virtud de la Sangre de Cristo, vertida en el Calvario y que hoy llena el Cáliz de todo sacerdote.

Diferencia entre el Gólgota y el Altar

Hay, sin embargo, una notable diferencia entre el Gólgota de Jerusalén y el Calvario de nuestro Altar. Este es un Tabor glorioso, pero perpetuamente cubierto con la púrpura divina de una Sangre adorable... Si, el Altar católico es un verdadero Tabor, porque la Víctima que en él se inmola diariamente es el Hijo de Dios y de María, pero ya glorioso: es el Resucitado triunfante del Domingo de Pascua. Pero, al mismo tiempo, el Altar donde celebramos la Santa Misa es un verdadero Calvario. ¡Ah, pero envuelto en los relámpagos del Sinaí y en los resplandores de la Resurrección! La majestad del Altar es tanta, que, si no hubiera el velo del misterio, el Cura de Ars no se hubiera atrevido a celebrar el Santo Sacrificio... Y Santa Teresita hubiera temblado a distancia del Comulgatorio... El misterio hace, pues, asequible, abordable, y aun atrayente, este Sinaí ensangrentado, este Calvario, mucho más glorioso que el Sinaí. La Santa Misa así comprendida es, pues, a no dudarlo, la única súplica que, porque brota del Corazón mismo de Jesús, rasga las nubes, Llega hasta el trono del Altísimo y arrebata el Corazón del Padre... Jesús así nos lo aseguró. En efecto, Cristo, cuando ora, manda y opera lo que pide: ¡es Dios! Por esto, la primera oración que deberíamos siempre recitar al hacer una visita al Santísimo, al hacer una adoración eucarística, al hacer la adoración nocturna en el hogar y, sobre todo, al asistir al Santo Sacrificio, debería ser el *Canon de la Santa Misa:* es ésta, ciertamente, la fórmula litúrgica la más venerada, la más sagrada, por su contenido doctrinal y su antigüedad. Así nos unimos en espíritu y en verdad a los millares de sacerdotes que día y noche están levantando la Hostia y el Cáliz sacro-santos. Ésta es la realización mística y bellísima del *Gloria In excelsis Deo..., Gloria in' altari, Altissimol*

Fin supremo de la Comunión

Saboread otra migaja consagrada y deliciosa, que sabe a Sangre del Cordero. Hablemos de la Sagrada Comunión, que litúrgica y doctrinalmente es el *consummatum ést,* la consumación mística de la Misa por este verdadero banquete sacrificial. No hay Misa completa sin la Comunión del Celebrante, como no hay tampoco Comunión sin Misa, al menos en principio y como regla general. Ahora bien: ¿cuál sería teológicamente *el fin supremo* de la Comunión eucarística?... Cuál debería ser nuestro primer anhelo, el más santo, al acercarnos al Comulgatorio? Respondo categóricamente: *El fin supremo* de la Sagrada Comunión es sustancialmente el mismo que el fin, también supremo, del Sacrificio. Es, a saber: *la glorificación de la Augusta Trinidad...* Esto, porque la Sagrada Comunión es esencialmente *un gesto sacrificial,* inherente al Sacrificio y, en consecuencia, de la misma naturaleza que el Santo Sacrificio. Comulgamos, pues, por la misma altísima razón por la cual celebramos la Santa Misa, esto es, *para glorificar al Padre y a la Trinidad.,.* La Sagrada Comunión corona y completa, como Sacramento, lo que se propone realizar el Sacrificio. El fin primordial del uno y del otro es idéntico: *¡Gloria Patri!* Según esta sólida doctrina, si durante la Misa el Celebrante consagra un copón con 500 hostias, ello debe significar que esos 500 dichosos comulgantes quieren, *ante todo y sobre todo,* dar a Dios Padre, a Dios Hijo, y a Dios Espíritu Santo, una inmensa gloria. La misma gloria que el Santo Sacrificio les da en el Altar, los comulgantes se la dan en el Comulgatorio... Así, Sacramento y Sacrificio son el mismo himno de amor y de gloria; el uno sería, por decirlo así, la melodía, y el otro la armonía; pero ambos cantan igualmente a la Trinidad. Pero debemos inmediatamente añadir que, inseparable de la gloria de la Trinidad, la Sagrada Comunión tiene también, esencialmente, otro fin de suma y capital importancia, y que nos concierne a todos muy directamente. Recibimos, en efecto, la Sagrada Comunión, *como manjar y divino alimento del alma, como* tónico y fortificante de primer orden en las luchas de la vida: *mens impletur gratia.* El alma se llena de la gracia sustancial, que es Cristo en persona. Este -Allanó celestial y este Pan de ángeles es, por institución divina, alimento indispensable de mortales en este destierro. Comulgamos para vivir una vida cristiana, profunda y sobreabundante. Comulgamos para santificarnos. Y notémoslo; el deber de comulgar es de derecho divino, pues el Salvador dijo: «Quien no come mi Carne y quien no bebe mi Sangre no tendrá la vida eterna.» (Juan, VI, 54.) Y así realizamos aquel ideal de San Pablo, cuando dijo: «Mi vivir es Cristo» (Philip., I, 21.) Por esto, al dar la Comunión dice el Sacerdote: «Que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo

guarde tu alma hasta la vida eterna.» Dentro del elemento sólidamente cristiano y piadoso, comulgar es vivir: *Panem nostrum quotidianum, da nobis hodie!* Y esto dicho, hago con inmenso júbilo la siguiente afirmación: En la medida en que el Sacerdote y el cristiano comulgan con la intención primordial de glorificar ante todo a la Trinidad, en esa misma medida el Pan eucarístico se torna prodigiosamente nutritivo y santificante.

Consecuencia práctica

Dad, pues, al Padre y a la Trinidad el puesto de honor que les corresponde: el primero no sólo no es pérdida y desmedro para el comulgante, sino, por el contrario, enorme provecho de gracia y ganancia de mérito y de gloria. Si alguien, invitado a un banquete por un gran Rey, acudiera ante todo con ansia desmedida de comer y de beber regia y opípara-mente, éste sería mucho menos noble que otro que acude presuroso a la mesa del Rey para honrar a quien tanto le honra, para darle una prueba de deferencia y de lealtad. Lo que no obstaría para que también saborease el banquete... Bien sé que esta comparación, aunque hermosa, flaquea, como toda comparación... Porque en el Banquete Sacramental, el Rey que invita y el manjar que El ofrece... ¡son el mismo Jesús Sacramentado! Unamos, pues, inseparablemente con fe grande y amor inmenso la gloria de la Trinidad y nuestro provecho espiritual en la recepción muy fervorosa de este Sacramento, divino entre todos. La gloria de Dios no sólo no está en pugna eón nuestro bien y nuestro provecho personal, sino, por el contrario, quien antepone el reino y la gloria de Dios, recibe todo lo demás por añadidura, y lo recibe con sobreabundancia. Quien sirve ante todo al Rey Divino y busca su gloria, ha encontrado la piedra filosofal, o sea, el secreto de convertir las piedras, el cobre y todo en oro. Por última vez repito que la Sagrada Comunión es eminentemente *un banquete sacrificial,* que pertenece al Sacrificio como la parte al todo. Fue por mucho tiempo tema debatido entre teólogos si para participar efectivamente al Sacrificio era obligatorio comulgar durante la Santa Misa: El Papa Pío XII ha zanjado la cuestión en los siguientes términos, tomados de la Encíclica *Mediator Dei:* «No es raro encontrar motivos para distribuir la Santa Comunión antes o después del Sacrificio... Aun en estos casos, el 'pueblo participa normalmente del Santo Sacrificio eucarístico.» Pero, a renglón seguido, el Papa añade en tono de consejo, que «cada vez que un motivo razonable no se oponga, deberían (los fieles) esforzarse en realizar lo que más claramente manifiesta en el Altar la unidad efectiva del Cuerpo místico». Esto es, aconseja que siempre que sea posible se comulgue durante la, Santa Misa. Mero consejo, no obligación formal.

La celebración integral

Hay una palabra conmovedora e inspirada que resume los Misterios de la Encarnación, de la Redención en la Cruz y del grande y delicioso Misterio del Altar... Esta palabra *es: tradidit semeti psum.* Esto es, que por la gloria de su Padre y por el bien de los hijos culpables, Cristo *se entregó* a la muerte y muerte de Cruz, y también a la inmolación de siglos en la Divina Eucaristía. Se nos entregó, y para siempre., como Víctima de su amor y de nuestros crímenes. Por eso es nuestra hostia desde el Jueves Santo. El primer responsable de esta inmolación sacramental fue su Corazón Divino, su Amor. ¡No quiso dejarnos desvalidos y huérfanos! En la celebración de la Misa hay un gesto portentoso y exclusivamente sacerdotal, y es el de la Consagración... En la operación de este prodigio, el Celebrante: participa como nunca del Sacerdocio y del Poder de Cristo, según el mandato dado por el Señor en la última Cena. Pero tanto el Celebrante como los fieles pueden y deben realizar otro prodigio, y que la celebración integral y de veras santa del Sacrificio requiere absolutamente de todos, del oficiante y de los fieles... Y es el reproducir el *abandono de Cristo* a su Padre y a las almas, con nuestro *abandono total a la voluntad del Padre... Ese darnos* es una inmolación sublime, ése es un morir con Cristo para glorificar, también con Cristo, a la Trinidad... Ese abandonarnos constituye, de parte nuestra, la consumación del Sacrificio, que anhelamos realmente celebrar, siendo también nosotros, como Cristo y con 21, «oficiantes y hostia», *«offerens et oblatio».* Esto es lo que llamo celebrar integralmente la Misa... Es decir, añadir al rito litúrgico, mil veces santo, nuestro don completo al Padre, por Cristo Pontífice, con Cristo Mediador y en Cristo Hostia. Esta Misa integral no dura, pues, sólo media hora, porque antes, durante y después de la celebración litúrgica del Sacrificio en el Altar, debemos entregarnos y abandonarnos a Aquel que, sin reservas, se entregó y se entrega a diario por nosotros.

Precisión de entregarnos con Cristo

Convenzámonos, sacerdotes y fieles, que el rito sacramental, con ser tan divino, no nos dará de por sí, y a pesar nuestro, lo que la participación a la muerte de Cristo, por nuestra muerte moral, a fuego lento; nos obtendrá infaliblemente. Si, pues, dejamos al Señor que ofrezca sólo el Sacrificio sin darnos y ofrecernos también nosotros con El, en toda verdad, menguamos la gloria accidental y externa de la Trinidad y mermamos grandemente el tesoro que nos estaba destinado. Este es el caso de aplicar muy oportunamente el principio: que la santidad no es tanto la gracia que previene y que se recibe gratuitamente, cuanto nuestra correspondencia de amor generoso. El darse es mucho más amor de santidad que el recibir. Así, quien vive

lleno de paz y en paz la Voluntad de Dios, sobre todo en las horas de Getsemaní y del Calvario, ese tal sabe realmente amar, porque sabe renunciar a sí mismo y sabe abandonarse. Darnos así es amar! El Sacerdote, que con estas disposiciones prepara, celebra y vive su Misa diaria; y el fervoroso cristiano que comulga con este espíritu, éstos, sí, han comprendido realmente el misterio del Altar. Según esto, *una vida profundamente cristiana seria, en realidad, una Misa constantemente celebrada.* «¡Padre, heme aquí que vengo para hacer tu voluntad, muriendo de muerte cruel e ignominiosa!», dice Aquél que es el único Inocente, el único Justo y el único Santo... Para poder celebrar, pues, menos indignamente en unión con semejante Pontífice y para participar en su inmolación, hay que saber renunciarse y adherir así;plenamente a la Víctima de la Cruz y del Altar... Y en ese morir diariamente, en ese *abandonarse;* a la sabiduría, a la Providencia y al amor del Padre, en esa nuestra muerte diaria consiste la más alta y auténtica celebración del Santo Sacrificio. Eso es comulgar realmente a su Cuerpo y a su Espíritu, a su Vida y a su Muerte. No nos engañemos, sólo un amor fuerte, más que la muerte, resolverá este gran problema. Sólo los grandes amadores saben darse y saben morir por amor. Sólo éstos, los grandes amadores, comprenden lo que significa esa palabra: *«Tradidit semetipsum.»* Sólo ellos sabrán realizarlo y vivirlo con la Víctima del Altar. Porque en la celebración integral de la Misa no podemos separar el Celebrante de la Hostia, pues, como Jesús, todo Celebrante debe ser también una Hostia.

Valor de la **sangre de Cristo**

Y hablemos ahora de la omnipotencia salvadora del Cáliz del Santo Sacrificio de la Misa... Porque nuestras almas han sido compradas a un precio subidísimo. Costaron lo que vale, ante el Padre, el torrente de Sangre divina que brotó de las llagas del Crucificado, y que secó y agotó sus venas en la Cruz: *«Redemisti nos in Sanguine tuo.»* (Apoc., V, 9.) Los canales de la gracia son innumerables. Ante todo, los Sacramentos; luego, la predicación evangélica, la actividad apostólica, la comunión de oraciones y buenas obras en la Comunión de los Santos, la mediación de María, etcétera, etc. Pero la fuente original de toda redención, la savia divina de toda fecundidad, es siempre e invariablemente *la Sangre de Jesús Crucificado.* «¡Adorémoste, Cristo, y bendecímoste, pues por tu santa Cruz redimiste el mundo!», decimos al hacer el Vía Crucis. ¡Pagó las almas con el precio de su Sangre! Ahora bien: la Santa Misa contiene este precio, pues es la inmolación: incruenta iniciada en la última Cena, con más su complemento sangriento en el Gólgota. He aquí una lección tan práctica y doctrinal como consoladora, porque ¡ay!, los pródigos y los publicanos abundan, aun en los hogares más cristianos... ¡Qué angustia cruel y nobilísima para una esposa cristiana, para una madre modelo, para una hija piadosa, tener en la casa el cadáver moral de un marido, de un hijo, de un padre, alejados de Dios, y que trabajan, ganan dinero, que gozan de la vida, al borde de un infierno!... Y la muerte avanza, los acecha, y ellos, indiferentes, viven como si no debieran morir, como si no tuvieran un alma inmortal. De esta agonía sufren tantas almas bellísimas, muchas santas religiosas y, como nadie, sacerdotes venerandos, celosísimos y que sienten el peso de tremendas responsabilidades en su ministerio apostólico.

La Misa, medio de conversión

¿Qué hacer? ¿Con qué secreto de misericordia se podrá obtener el milagro de estas resurrecciones morales, más difíciles que la de Lázaro? Convertir almas, en efecto, es prodigio mayor que resucitar muertos. ¿Y cómo convertir? *Con la omnipotencia salvadora del Santo Sacrificio, pues una* sola Misa pesa en la balanza de la justicia y de la misericordia más que todas las buenas obras de todos los santos y de todos los misioneros... Hagamos, sí, como éstos, cuantas buenas obras podamos; pero oraciones y penitencias y limosnas, pongámoslo todo, como una gota de agua bendita, en el Cáliz, para que la preciosa Sangre rinda nuestro apostolado realmente fecundo. ¡Convirtámoslo todo, en la Sangre redentora del Cáliz! Los que consideramos «imposible» que una piedra cante y vuele, que brote agua de la roca, digo que un alma, que parece inconvertible y ya perdida sin remedio, vuelva a Dios, que llore su pecado, que se confiese y comulgue, llorando de amor y de contrición, esos «imposibles», digo, los obtiene la mediación de la Víctima en el Altar.... Dios Padre no quiere negar esa gloria y esa victoria a su Hijo, cuya Sangre en el Cáliz clama como en la Cruz, pidiendo misericordia y ofreciendo perdón. Pero hay que pagar ineludiblemente ante todo la deuda de estricta justicia. Por esto subió el Señor al patíbulo de la Cruz. No me equivoco si digo que las bendiciones abundan, pero que nos falta con frecuencia la reina de todas las devociones, la del Santo Sacrificio de la Misa. Por falta de esta barrera ruedan al abismo tantos pecadores. Como María, Dolorosa y Reina de los Apóstoles, con Juan y Magdalena, lloremos, clamemos ante la Víctima sacrosanta del Altar, hagámosle ahí violencia en favor de tantos pródigos del hogar querido. Insisto con profunda convicción: el medio clásico por excelencia, desde el Calvario, de obtener la conversión de los más empedernidos pecadores; es el de pagar su rescate y aplacar la justicia ofendida con el valor infinito del Santo Sacrificio. Es mi humilde opinión que no habrá infierno en un hogar donde hay alguien apasionadamente enamorado de la Santa Misa, y que así es apóstol fecundo porque salva y conquista con el Cáliz en su corazón y con su corazón en el Cáliz. Si algo sé y conozco por amabilísima

experiencia es esto. ¡Pongo mi mano sobre el Altar y el Evangelio que digo verdad! ¡Haced todos esta experiencia, y cierto estoy que me bendeciréis un día en el cielo, pero en la compañía de aquellos que fueron convertidos por el apostolado incomparable de la Santa Misa! Una confidencia conmovedora: mi madre obtuvo así la conversión de mi padre y de mi hermano mayor. ¡La invocación! ¡Que me oigan mis venerados colegas en el Sacerdocio!... ¡Que me lean las Comunidades religiosas y los admirables misioneros y todos los predicadores: que el Santo Sacrificio de la Misa sea para todos el secreto de un éxito sobrenatural, la fuente de redención y de vida! Así lo dice la Iglesia en el altar: *«Suscipe, Sande Pater, hanc immaculatam hostiam... Offerimus calicem salutaris, tuam deprecantes clementiam.,, pro nostra et totius mundi salute»:* «acepta, Padre Santo, esta Hostia inmaculada... Os ofrecemos este Cáliz de salvación, reclamando vuestra clemencia por nuestra redención y la del mundo entero.» (Misal.)

La Misa, sufragio omnipotente

Y puesto que hablo aquí con inmensa piedad de la misión misericordiosa que es la Santa Misa, en favor de los infortunados pecadores, creo muy oportuno recordar que la Santa Madre Iglesia, durante el Santo Sacrificio, vierte la preciosa Sangre de nuestro Cáliz sobre aquellas almas dolientes que expían y se purifican en el Purgatorio. El sufragio por excelencia por nuestros queridos difuntos, es el del Altar. ¡No las olvidemos; es deber de caridad! Y de manera muy especial, encomendemos las almas sacerdotales que, con frecuencia, son las más abandonadas. ¡Qué alborozo de alivio y, con frecuencia, de liberación definitiva, en el Purgatorio, cuando ante el Altar pagamos enormes deudas con la Sangre del Cordero Inmaculado! ¡Bienaventurados los misericordiosos, porque éstos alcanzarán misericordia! ¡Despoblad el Purgatorio con el sufragio omnipotente de la Santa Misa!

El amor, perfección de la Ley

Estamos ya por terminar esta meditación, que, como el sol, espero que ha de haber llenado de luz y de calor el alma de los lectores. Aquí se impone una afirmación doctrinal de la mayor importancia, y en la que están saturados el Evangelio y las Epístolas de San Pablo. Quiero hablar de lo que el Apóstol llama la *ciencia de la caridad de Cristo: Caritas Christi urget nos.* ¡Desgraciadamente, los hay que temen hablar de este tema, sencillamente porque temen... amar! Y con candor imperdonable, para excusarse, pretenden alarmarnos con el mal de «sentimentalismo» y con los devaneos de una fantasía soñadora y poética. Como si el primer Mandamiento fuera una aberración celestial, y como si el espíritu de San Pablo fuera una flaqueza. ¡No, mil veces no! *¡Amar no es sentir ni dar!... ¡Amar es darse!* Y ese darse a Dios y al prójimo es virtud cristiana, fundamental, y esta virtud es el secreto de todo heroísmo. *«plenitudo legis, dilectio»:* «La perfección de la ley es el amor.» (Rom., XIII, 10.) Amar es poseer a Dios dentro de nosotros, porque *Dios es amor.* Y por esto quien, amando, posee a Dios es ya o será un santo. Dárselas de pensador intelectual es muy fácil, pues ello no tiene ninguna consecuencia moral, ello no compromete a nada. Esta manía es con frecuencia una hinchazón, pero sin dolor. ¡Ah, pero amar es siempre muy arduo! Ese darse a Dios y a las almas, ese amar, que no es sentir, sino darse y entregarse, a ejemplo de Cristo, es siempre arrostrar un martirio moral. Pero *éste es el primero y el gran Mandamiento* (*«Hoc est Primum et maximum Mandatum.»)* ¡Que el famoso héroe Padre Damián, el mártir de los leprosos, nos diga si el amor divino es sentimentalismo enfermizo o el más noble y el más exigente de los tiranos! Por esto, porque amar es darse, sobran los meros razonadores y los expositores sin amor... Por esto, por cobardía, nos faltan los amadores, y, por ende, los santos.

La Misa, misterio de amor

Misterium fidei et amoris es, sí, en toda verdad, el Santo Sacrificio de la Misa. La explicación más sencilla y la más divina de este altísimo Misterio la encontramos en estas palabras: *Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito («Sic Deus dilexit mundum ut Pilium Suum Unigenitum claret »)* (Juan III, 16.) Esto lo dice el Espíritu Santo; huelga, pues, toda explicación... Es el amor, y sólo el amor de Dios Padre, es sólo el amor del Hijo, de Dios encarnado, que nos da la clave de este inefable Misterio ¡Por amor, y sólo por amor, el Padre nos entrega a su Hijo unigénito y Este se entregó a nosotros. Como en el cielo la contemplación beatífica se resuelve en un éxtasis de amor sin término ni medida, así también en esta tierra el Santo Sacrificio se revela en aquella luz intensa y misteriosa que brota fulgurante de una caridad abrasadora. Este es, pues, el caso de saborear aquel axioma de vida espiritual que dice: «Ama *et cognosces»:* «Ama mucho y conocerás mucho.» Si quieres ver en la impenetrable oscuridad que envuelve el Altar del Sacrificio, si quieres contemplar lo realmente incomprensible que ahí se pasa, ama, ama, ama... y conocerás. *«Diligám te Domine!»:* «¡Que te ame, Señor, para ver y comprender!»

María, Madre del Amor Hermoso

Así, y sólo así; verás lo que vio la Reina Dolorosa en el Gólgota el Viernes Santo. ¡Con qué paz soberana, inalterable, sin alaridos, sin protestas airadas de indignación, contempla María el deicidio que los verdugos

asalariados cometen al crucificar al Verbo de Dios! Y Ella es su Madre, única entre todas las madres por la nobleza incomparable de su maternidad virginal y divina... Y esa Madre dolorosísima calla y adora... Sus gemidos son como los de la tórtola; sus lamentos son casi un cantar, un Magnificat que arroba a los ángeles. ¿Cómo explicarnos esta actitud humanamente incompresible de María? ¡Ah! La Reina Dolorosa penetra en la nube de este misterio de la Cruz como nadie... Pero tiene esta visión clarísima y la explicación de este drama de sangre, *porque ama como nadie,* porque ama con un corazón de Madre y de Reina, de Virgen y de Mártir... Ella es, en efecto, la «Madre del Amor Hermoso». Pedidle que os comunique un rayo en el que haya el don de un gran conocimiento y el de un gran amor. Que os enseñe a amar con Ella, y a ver y a conocer como Ella lo que es la inmolación sacramental de su Hijo en el Altar.

El amor, fuente de la verdadera ciencia

Los santos como un Cura de Ars, un Felipe Neri, un Vicente de Paúl, un Juan Bosco supieron amar con delirio. Por esto los podríamos considerar como «especialistas del Santo Sacrificio de la Misa». ¡Cuántos grandes maestros de teología no serían siquiera alumnos aprovechados, si en esta tesis debiera examinarlos el Santo Cura de Ars: Luz eléctrica abunda; luz fría que ofende y enferma la vista; luz de mucho estudio sin gran oración; luz artificial de mucha lectura sin mucha meditación. Estos tales abren tamaños ojos para ver, pero el libro del misterio está sellado para ellos. Sin sospecharlo, sufren de «cataratas espirituales ». ¡Pobrecitos, *no aman!* El Altar es la cima más alta de aquellas cumbres en que se asienta el trono de la Santísima Trinidad. No llegan ahí sino los universitarios a lo Tomás de Aquino, a lo Buenaventura, a lo Belarmino, a lo Contardo Ferrini, los santos. «La Santa Misa —ha dicho hermosa-mente un teólogo— es el éxtasis de la Iglesia, es la contemplación, alta por excelencia, más alta que los arrobamientos de San Pablo.» Y, sin embargo, ¡cuántas almas sencillas y humildes, pero muy amantes, se embelesan ante el Altar! Estas tienen el privilegio de rasgar el velo, y, con tanta profundidad como sencillez, nos asombrarían si debieran contestar a esta pregunta: «¿Cómo comprendéis el Santo Sacrificio, qué os dice este Misterio en lo que concierne la gloria de la Trinidad y la santificación v la redención de las almas?» Comprenderíamos, al oírlas, la exclamación, llena de júbilo del Maestro Divino cuando dijo: «Gracias te doy, Padre, porque revelaste estas cosas a los pequeñitos y las escondiste a los prudentes y a los sabios del siglo.» (Luc., X, 21.) Amemos, pues, a Cristo Señor Nuestro; amémosle con amor de fuego, con un santo delirio... Y El, en pago de ese amor, nos introducirá en el santuario de su Corazón, y ahí, hablándonos como a amigos, nos contará los secretos que le contó su Padre, y ahí nos hará conocer a su Padre, cuyo esplendor es El. Amemos..., y Él, que se llama «Luz del mundo», que es el Pontífice del Santo Sacrificio, nos dará la clave y la comprensión que dio al predilecto Juan en la noche de la última Cena y en la tarde del Viernes Santo.

¡Amemos inmensamente, como sólo supieron amar los santos!... Así comprenderemos lo que ellos comprendieron en recompensa de su amor. Mientras los fieles adoran compungidos y el Celebrante ofrece, con esta *maxima* actio, el gran Sacrificio, los Ángeles y los Santos cantan: «*Dios amó a los hombres hasta el punto de entre-garles su propio Hijo.*» (Juan, III, 16.) ¡Vedle, si no, en el Altar, víctima del amor del Padre y víctima del amor que tuvo a sus ingratas criaturas!

La devoción al Espíritu Santo

Lo he dicho con suma frecuencia en mi predicación, pero debo repetirlo en la predicación muda y elocuente que este librito debe hacer. Nos falta, y mucho, el debido conocimiento del Misterio del Altar, porque nos falta también mucho la devoción al Espíritu Santo. ¡Qué poco popular es esta maravillosa devoción! ¡Qué pena comprobar que una densa niebla de indiferencia envuelve el Sol de Pentecostés! ¡En verdad, el Paráclito es un Dios desconocido! Y sólo el Paráclito puede hacernos penetrar en el Santo de los Santos, ¡sólo Él! *«O Lux beatissima, regle cordis intirna!>>* (Sequencia de Pentecostés.) El candelabro de los siete dones debería alumbrar la mente del Celebrante y de los fieles durante la celebración del augustísimo Misterio.

Cómo debemos asistir a Misa

Veamos ahora prácticamente en qué forma deberíamos alimentar y desarrollar, siempre bajo el influjo y la inspiración del Espíritu Santo, la llama que debería consumirnos en unión con la Víctima del Santo Sacrificio. Lo primero es proponernos muy seriamente hacer un estudio detenido sobre el Santo Sacrificio. Las obras excelentes sobre esta materia abundan. Y convendría, sobre todo, poner sumo interés en conocer a fondo el Canon de la Santa Misa, himno oficial de gloria a la Santísima Trinidad. El "Canon", que es, según afirman los especialistas, un mosaico compuesto con el polvo de oro de las preces más antiguas de la Iglesia, de la Misa, celebrada en las Catacumbas... ¡Hay en él, dicen, fragmentos de San Ireneo (Mons. Lépin-Lyon.) En seguida: No contentarnos con asistir corporal y respetuosamente al Sacrificio, sino ofrecerlo con el Sacerdote, siguiendo en todo la "liturgia", esto es, las ceremonias y las oraciones en el libro de Misa. Y si empleamos alguna otra oración es preciso que esté en perfecta consonancia con el Sacrificio. Y no nos permitamos jamás

cortar esta corriente sobrenatural, ni interrumpir este concierto de la Iglesia, intercalando devocioncillas y rezos que no encajan con la liturgia oficial que se celebra en el Altar. ¡Oremos, adoremos con el Santo de los Santos, no conversemos durante la Misa con los Santos! Celebremos el Sacrificio *por Él, con Él y en Él.* Entre los brazos y sobre el Corazón de Cristo Mediador, subamos hasta el Padre, cuyas complacencias están en el Hijo que pontifica en el Altar. Y resolvamos, mejor dicho, prometamos, no perder jamás, por culpa nuestra, una sola Misa durante la semana... Misa, pues, y Comunión diarias en cuanto lo permita el deber de estado.

La devoción de la Santísima Trinidad

El Cristo Mediador es en el Altar la escala de Jacob, por la cual se va siempre al Padre, ¡y sólo por Él! He aquí ahora un fruto riquísimo, exquisito, de la devoción al Santo Sacrificio: *La devoción a la adorable Trinidad.* Por experiencia puedo aquí afirmar que jamás he encontrado un verdadero devoto de la Santísima Trinidad que no lo fuera atraído irresistiblemente por el Mediador de la Santa Misa. La devoción a la Trinidad nace y brota en el Altar, y se consumará un día en el cantar del coro de los Ángeles: *«Sanctus, Sanctus, Sanctus, Deus Sabaoth* Y, a este respecto, digamos una palabra sobre la fiesta de la Santísima Trinidad, que, litúrgicamente, se celebra el primer domingo después de Pentecostés. ¡Ah!, pero la Trinidad es Majestad tan encumbrada y gloriosa que convendría prolongar al 556 año entero la celebración de ese hermosísimo domingo. Me parece, en efecto, muy conforme a la teología y a la sólida piedad afirmar que el *Gloria Patri,* cantado al unísono por el cielo, la tierra y el Purgatorio, que la fiesta inefable, jamás interrumpida, cotidiana de la augusta Trinidad, es, en toda verdad, *el* Santo *Sacrificio de* la Misa. La Iglesia triunfante, militante y purgante entona en el altar, de la aurora al ocaso, *Gloria in excelsis Deo!* El Arpa celestial que ahí canta este himno, el único digno "de la Trinidad, es el Corazón mismo del Mediador, del Pontífice y de la Víctima adorable... ¡Como en el cielo, así en el Altar es el Hombre-Dios quien glorifica a la Trinidad! El Santo Sacrificio es, pues, sustancialmente, el concierto de la eternidad, pero con la «sordina» del Misterio eucarístico. Según esto, la Santa Misa es, efectivamente, la aurora de un Paraíso, en espera que la Eternidad rasgue para siempre el velo. La realidad divina y sustancial es la misma en el cielo, en el Altar y en el Calvario. ¡Ah, pero la visión y la posesión de semejante tesoro no son, no pueden ser las mismas! ¡Hoy es el enigma del misterio, y mañana será el cara a cara eterno! ¡Y también la posesión perfecta y eterna! Quiera Dios que, sobre todo los sacerdotes, tengamos por el Santo Sacrificio no una mera devoción cualquiera, sino un ardoroso entusiasmo de fe y de amor, fundado en doctrina y en sólida piedad. Me parece que todo Sacerdote debería ser un gran «especialista» de la Santa Misa, tanto para sí mismo corno en beneficio de las almas. Un aforismo tan hermoso como verdadero afirma que «el Sacerdote es ante Dios lo que es su Misa ante Dios»: «Qualls missa, *talis sacerdos*». Mil veces dichoso, pues, el Sacerdote que sabe *preparar, saborear y vivir* su Misa diaria. «Danos, Señor, muchos santos Sacerdotes que esto sepan y, sobre todo, que esto vivan!»

La Misa, expiación propiciatoria

Hemos dicho con marcada insistencia que el Santo Sacrificio es la expiación propiciatoria por excelencia. Recordemos a este efecto la insistencia con que pide el Salvador a Santa Margarita María desagravio amoroso y reparación solemne por las profanaciones, por los horrendos y numerosos sacrilegios con que se ultraja al Señor Sacramentado. No olvidemos que, al «entregarse» a su Padre Jesús, que lo sabía todo, se entregó libremente en las manos del traidor Judas y de todos los sacrílegos que él representaba. La dinastía de Judas está lejos de extinguirse. ¡Qué de Judas que lo venden, que lo traicionan con un beso! Éstos, dice San Pablo, «comen y beben su propia condenación». (I Cor., XI, 29.) ¡Ah, si se supiera con qué furor de veras satánicos se ensañan estos sacrílegos contra Su Persona adorable, oculto tras del verbo blanco de la Hostia! ¡Más les valdría no haber nacido! ¡Piedad, Señor; piedad, Rey de Amor; piedad, Jesús-Hostia, para .estos Judas modernos!... ¡Véngate, como sueles, con tu infinita y habitual misericordia! ¡No saben lo que hacen! *«Parte Domine, parce sacerdotibus, parce populo tuo, ne in aeternum irascaris nobis... 1V!iserere.»* ¡Ah, cómo querría, para terminar, tener el estro, y sobre todo, el corazón de aquel Santo que cantó el *Lauda Sion Salvatorem!* Si al oírme hablar de la belleza soberana del Santo Sacrificio se conmoviera la Creación como el Viernes Santo, a la muerte del Señor; y. si, conmovida, quisiera estallar en un himno de alabanza, yo la detendría exclamando: «¡Soles y estrellas, volcanes, valles y mares, bosques, viñedos y jardines, callad, callad, no cantéis todavía...Ángeles y Santos del Paraíso, también vos-otros enmudeced, callad! ¡Y tú, María, Reina y Soberana de la Creación, Madre del Rey de Reyes, te lo ruego, calla un instante, porque el Arpa, que es el Corazón de Cristo Sacramentado, debe vibrar, va a cantar al Padre!... »¡Jesús-Víctima, Jesús-Mediador, Jesús Sumo Sacerdote, canta Tú, alaba y ensalza Tú, adora y bendice Tú al Altísimo en nombre de la humanidad rescatada con tu preciosísima Sangre!... »¡Callen los cielos, calle la tierra mientras millares de Sacerdotes, de un polo al otro de la tierra, levantan la Hostia Divina y el Cáliz de Salvación! »¡Oíd, cielos; oye, tierra, pues vibra ya el Arpa Divina y canta el mismo Himno que cantó en el ara de la Cruz!... ¡Oídlo, Cristo canta con la

Iglesia en nombre de la Creación! »¡Gloria al Padre, Amor omnipotente! »¡Gloria al Hijo, al Verbo, Amor misericordioso! »¡Gloria al Espíritu Santo, Amor sustancial! »¡Gloria al Altísimo en las alturas! »¡Gloria a la Trinidad en los Altares!» Y los cielos y la tierra responden: *«Hosanna, Hosanna!... Amen, Fiat, Fiat!»*

Epílogo

Sacerdote o fiel cristiano que sabe realmente apreciar el prodigio sublime de gracia que es el Santo Sacrificio de la Misa-que sabe amarlo apasionadamente-y que, sobre todo, se esfuerza seriamente en vivirlo, ese tal, digo, es un predestinado que ha encontrado en el Altar, como la Samaritana, al Mesías Salvador. ¡Ah, pero mucho más venturoso que ella, ese privilegiado ha tenido la fortuna inapreciable de recibir en el Corazón mismo de Jesús-Hostia la fuente de aguas vivas que saltan hasta la vida eterna! ¡Pedid con gemidos del alma al Espíritu Santo, la luz divina de una llama divina para conocer éste, el don de Dios por excelencia! ¡Por la escala de Jacob, que son los brazos del Mediador y del Pontífice, del Santo Sacrificio, subid, hasta el trono de la Trinidad, y ahí, arrebatad el Corazón del Padre! (*) (*) Todo este capítulo sobre el Santo Sacrificio de la Misa se halla editado por separado en un hermoso folleto que puede adquirirse en el Secretariado Central.

BETANIA-SAGRARIO -LA ADORACIÓN NOCTURNA EN EL HOGAR

A manera de introducción quiero en breves palabras exponer el ideal de esta Cruzada de oración, de amor y de penitencia, y lo que pide de sus fieles adeptos. * * * He aquí el compromiso tan hermoso como sencillo del Adorador que da su nombre y su corazón a esta falange...: sin obligarse a pecado ofrece y promete hacer *una hora de Adoración al mes*, entre nueve de la noche y seis de la mañana, y esto en su propio hogar ante la imagen entronizada del Corazón de Jesús. Se aconseja que la primera plegaria del Adorador sea leer en su Misal la Misa del Corazón de Jesús, uniéndose en espíritu a los millares de Celebrantes, que en el mundo entero están ofreciendo en ese momento el Santo Sacrificio. Rece en seguida las Letanías del Sagrado Corazón y un acto de Consagración. Por lo demás, cada cual queda libre de rezar según su propia devoción, lo que más le agrade, por ejemplo: el Vía Crucis, los Misterios Dolorosos del Rosario, etc. El compromiso formal es de una *hora de Adoración Nocturna al mes;* pero muy numerosos son los que la hacen dos veces y aun cada semana. Esto por la santificación del Hogar y la conversión de pecadores. Pedimos una gran fidelidad aun en caso de cierta fatiga o de ligera enfermedad. Que si por alguna razón seria no es posible realmente hacer la Adoración el día fijado, que se haga después a la semana siguiente o cuando sea posible, pero que el Adorador sea valiente y tenaz en hacerla. ¡Esta es empresa de amor muy generoso! * * * Corno ilustración de lo expuesto, damos a continuación una serie de bellísimos ejemplos, casos prácticos que conmueven a la vez que alientan grandemente. Se trata de obtener la conversión de un dueño de casa que parece inconvertible... La esposa y la hija mayor, piadosísimas, están resueltas a todo sacrificio para arrancar el milagro de esa resurrección moral... Con este fin se turnan en la Adoración; la madre la hace una noche, y la hija la siguiente. Son ambas muy delicadas de salud, pero se trata del cielo de un ser querido. Hoy, desde hace varios añas, siguen por turno velando y .amando... *y agradeciendo,* pues el marido es ya un católico práctico. La pobre cocinera de una casa, alma elegida, resuelve pagar con Misas y comuniones diarias y con tres Adoraciones Nocturnas semanales, la conversión del patrón. ¡Este muere corno un santo! En una casa de ricos y mundanos se vela y se baila en el tercer piso hasta las tres de la mañana con suma frecuencia... Cuando el ruido del piano y del bailoteo se lo advierte, el viejo portero comienza su Adoración y dos horas después toma su puesto la esposa. Así reparan mundanidades, inmodestias y Misas perdidas cuando se ha bailado un sábado, desde las diez y media hasta cerca de las cuatro de la madrugada. Ha muerto una madre admirable rodeada de sus hijos numerosos y de sus sobrinos. A eso de media noche, puesta la imagen del Corazón de Jesús sobre el pecho de la difunta, se comienza la Hora Santa. ¡Qué bien consuela Jesús en ese duelo a los que Lo consuelan! En el salón de un hogar distinguido, el ataúd que encierra los restos del hijo mayor espera; la iglesia donde debe celebrarse la Misa de funerales está muy cerca. Cuando los deudos, llevando el ataúd llegan al umbral de la casa, el padre de familia los detiene: «Antes que mi hijo se vaya, dice, permitid que renueve el acto de Consagración, pues este hogar pertenece al Corazón de Jesús.» Concluida la sublime plegaria, él y la familia recitan en voz alta el Credo. Sólo entonces el acompañamiento funerario se pone en marcha. Conozco muchos hogares donde el primer Jueves o el primer Viernes se hace en familia la vela nocturna. A veces la hacen colectiva-mente., esto es, todos juntos, digamos a las once de la noche. Con más frecuencia en hogares numerosos, se la hace desde el Jueves hacia las once hasta el primer Viernes de mañana. A este respecto recuerdo la siguiente deliciosa anécdota. Se habla de mi Conferencia sobre la Adoración Nocturna en un hogar modelo. La mamá observa que hace mucho frío y que mejor sería que todos, los grandes y los chicos, hicieran

el primer Viernes la Adoración Nocturna a las nueve y que a las diez todos vayan a la cama para evitar constipados. Entonces una de las pequeñitas dice: "Mamá, el Padre ha insistido en la penitencia que debe hacerse con la Adoración, para obtener bendiciones y conversiones" El papá, un admirable cristiano, aplaude y todos aplauden... Se ha votado, pues, por unanimidad que se haga la Adoración por turno, de las nueve a las cinco de la mañana. ¡Éstos sí que son consoladores del Corazón de Jesús! Desbaratemos modas y modales de un paganismo insípido con modas y modales eminentemente cristianos y que saben a Cielo. Me explico: Es caso muy frecuente empezar el Año Nuevo con algazara mundana. Y cuando el reloj marca la media noche, Se bebe, se danza y no hay un pensamiento para Dios al rayar el alba de un año que para muchos será el último. Está ya estableciéndose la tradición bellísima en numerosos hogares, de comenzar la Adoración Nocturna en familia a eso de las once del 31 de diciembre. Y exactamente a las doce se hace la renovación de la Entronización en espíritu de reparación y de acción de gracias. Se termina, pues, y se inicia el año de rodillas ante el Rey de Amor y el Amigo divino de Betania. ¡Propagad entre las familias cristianas esta hermosísima práctica. Se pone en el ocaso un año y se levanta el sol de otro en el Cielo del Corazón de Cristo, Rey de Amor.

SEMILLA... ARBUSTO... ÁRBOL FRONDOSO!

En la edición del Rey de Amor de 1928 presentaba la Adoración Nocturna en el Hogar como un bellísimo proyecto, lanzaba la semilla de mi primer llamamiento, procurando conquistar a esta idea el círculo de los amigos del Sagrado Corazón... Recuerdo que un venerable sacerdote me dijo: «¡Su proyecto es un sueño dorado, Padre; es usted más poeta que hombre práctico al pretender establecer esa Adoración Nocturna en las familias!>> Pues bien, en 1948 puedo declarar, con el corazón palpitante de emoción, que el éxito de esta Obra ha superado mis esperanzas más optimistas. ¡Gloria al Corazón de Jesús por este milagro de su Amor! * * * Hacía ya largos años que se había organizado con un resultado muy consolador la Adoración Nocturna ante el Santísimo expuesto en las iglesias. Yo mismo asistí a dichas vigilias eucarísticas en España, Francia, Suiza, Bélgica, Italia. En general, sólo los hombres toman parte en ella, al menos desde la media noche en adelante. Debo confesar que esas vigilias en las parroquias o en capillas de conventos, son de lo más conmovedor e imponente que he visto. Pero dichos adoradores no son sino un grupo reducido y privilegiado. Cuántos hombres piadosos, en efecto, que no pueden materialmente acudir de noche a la iglesia por razón de distancia, de salud, de deberes de familia... ¡Querrían y no pueden! Y con mayor razón el piadoso sexo femenino que no debe recorrer las calles a altas horas de la noche. En esta coyuntura y pensándolo ante el Señor, creo haber encontrado el «puente» para facilitar la Adoración Nocturna a la inmensa mayoría de los más fervorosos... La solución, hela aquí: hacer dicha Adoración, eucarística en espíritu, en el propio hogar, *convirtiendo* así *Betania en un Sagrario.* Y si debo hablar francamente, declaro que, en cierto sentido, prefiero la Adoración Nocturna hecha en el hogar... ¡Qué santuario más apropiado éste para orar de noche! Ocasión providencial ésta para prender la llama de una plegaria que santifique a los padres y a los hijos, que establezca en firme la tradición del hogar que ora oficialmente en cuanto hogar. Y todo esto, como es natural, sin distraer ni atención ni entusiasmo por la Adoración en la iglesia. Por el contrario, calculo que hemos triplicado el número de Adoradores con este afluente de fervor eucarístico. En efecto, los inscriptos en las Asociaciones de Adoración ante el Santísimo no han desertado del reclinatorio en la iglesia para alistarse entre los Adoradores del Hogar. Pero muchos de los que podían acudir de noche a la iglesia, han engrosado nuestras filas, falanges nutridas de óptimos Adoradores, hombres y mujeres. Y con frecuencia aun los menores de la casa aprenden de los padres y de los hermanos mayo-res a velar y orar con el Rey y Amigo de Betania. Si, pues, hace años había en una buena Parroquia un núcleo escogido de cien Adoradores, hoy son más de mil los que uniéndose en espíritu a éstos, velan, una vez al mes, y aun cada semana en el Hogar. ¡Alabado sea el Corazón de Jesús que con esta conflagración de amor se cubre de gloria y nos colma de gracias!

EL MAESTRO ADORABLE PIDE CONSUELO

La idea dominante que inspira todo el hermoso ejercicio de la Hora Santa y de la Adoración Nocturna es éste: Jesús Agonizante en Getsemaní está triste hasta la muerte y pide a los tres apóstoles preferidos que velen con Él una hora, que le consuelen. Y como los apóstoles soñolientos, así a Margarita María fervorosa Jesús le dice en tono de súplica: *¡levántate, ven y consuélame!*

Consolar al Corazón dolorido de Jesús, poner en la Llaga de su Costado bálsamo de amor y ternura, y esto con mortificación, con generosidad en el sacrificio, ¡tal es el sublime ideal de nuestra vela nocturnal.

Los pobres que tienen hambre, los huérfanos, los ancianos desvalidos encuentran muchos corazones generosos... ¡Ay, Jesús encuentra soledad y hielo, y por eso se queja dulcemente, por eso promete tesoros

divinos a sus amigos fieles! Y aquí con horror y temblándome la mano, debo hacer alusión muy clara a lo que significa ese término «hora de tiniebla» en la boca de Jesús. Para la turbamulta de frívolos, de vividores y de mundanos, la noche es hora de traiciones y de pecado... Judas vela y preside de noche las infamias de blasfemia y de fango con que se ultraja al Rey Divino. La hora más espantosa de toda la Pasión fue la del Jueves Santo en el calabozo. Él, *Él,* el Señor de señores, el único Altísimo, fue entregado a la crueldad y a la mofa de una soldadesca vil y canalla... El mismo infierno no hubiera podido superar a esos sayones que, pagados para ser crueles y soeces, ultrajaron a Jesús con lujo de refinada maldad; pero, no lo olvidemos, ¡en representación nuestra y de tantos pérfidos e ingratos! Insisto en esta idea: los malhechores que azotaron a Jesús, que le coronaron de espinas, que le cubrieron de ignominia, no eran sino los dignos precursores y los representantes de otros criminales, mucho más culpables que, en el decurso de los tiempos, maltratarían moralmente a Jesús y le traspasarían el Corazón, ¡ah!, pero sabiendo éstos el Catecismo, sabiendo, pues, perfectamente lo que hacían. Si nosotros no fuéramos tan ingratos, esos verdugos del Calabozo no hubieran sido tan inicuos y feroces. ¡Nosotros los pagamos! Esos sayones no eran sino una mascarada ignominiosa, pero que no tenía, que no podía tener la malicia horrenda del pecado nuestro, ¡pecado de cristianos! Y esa tragedia sacrílega de hace veinte siglos, sigue siendo y será la misma horrenda realidad a través de los tiempos. Así en las Logias Masónicas, en los antros del judaísmo sectario, en los pantanos de podredumbre y de perversión sensual se cometen pecados y crímenes que tienen organización social y que se pagan muy caro. Pecados de los Parlamentos y de los poderosos, pecados de los influyentes y de los ricos, pecados del libro y de la prensa y del teatro; pecados de la escuela neutra y del hogar profanado, pecados de la herejía imperante y de la justicia social impune... ¡Oh, toda esa marejada infernal de soberbia y de turpitudéz inunda el Corazón del Hombre-Dios, rompe sus venas y lo hace estallar en sangre! Y Aquel que es el Sol del Paraíso, Jesús, solloza y cae con el Divino Rostro contra el suelo. — Levántate, Margarita María; ven a acompañarme en esta mi tremenda agonía!» Fue, pues, una angustia infinita la que arrancó esta súplica y que dio origen a la Hora Santa de consuelo y de reparación... Ésta, una vez organizada, la llamamos *Adoración o vela nocturna en el hogar*. No resistamos a semejante súplica, corramos, volemos a Getsemaní, sostengamos sobre nuestro corazón al Rey de Amor que nos llama, que nos tiende los brazos, que, a pesar de nuestra ingratitud, cree en nuestra generosidad y nos pide aceite y bálsamo para la Herida del Costado... Nos pide por encima de todo, amor, inmenso amor para perdonar al ejército incontable de pérfidos y de ingratos.

La Hora Santa es, pues, una hora de deliciosa intimidad entre el Adorable Agonizante de Getsemaní y nosotros sus confidentes y amigos. Por eso todos los santos buscaron siempre las sombras y el silencio de la noche para hablar de corazón a corazón con Jesús, el amigo incomparable... Y si los crímenes que se cometen a favor de las tinieblas son incontables, ¡ah!, incalculables son también las obras de amor penitente y heroico que se forjaron de noche, en ese diálogo entre Jesús que se lamenta, que pide y que promete, y los amigos y los Adora-dores que, reposando, como Juan, en el pecho del Maestro, aprenden ahí secretos de gloria divina.

PARARRAYO DE REPARACIÓN

Y con el sollozo del Señor que cae por tierra empapándola en Su Sangre, brota del fondo de su Corazón, mortalmente herido, este grito: *¡Reparación, desagravio!* Si, Jesús quiere perdonar y salvar a los mismos que le están ofreciendo hiel y vinagre... Pero como es Dios de infinita Justicia, si no hay penitencia reparadora, si no hay amor penitente, se verá obligado a descargar el rayo de justicia vengadora. No olvidarlo, Jesús dulcísimo y misericordiosísimo es también Justísimo... Cuando nuestro amor penitente ha satisfecho la Justicia, entonces se descarga sobre los pecadores el torrente de ternura y de piedad, el perdón de Dios. Y la Adoración Nocturna es cabalmente el homenaje de Amor penitente y doliente, el «Pararrayo» de la Justicia irritada. Se puede a toda hora orar y reparar. Pero de noche interrumpimos el reposo legítimo y cansado y arrastrando la cadena de una gran fatiga, nos arrojamos de rodillas a los pies del Rey de Amor... La primera oración, tal vez la más meritoria, es la lucha contra el sueño... Si, es una pequeña penitencia corporal, pero ofrecida con amor grande; lo que Jesús nos pide es una gota de nuestra sangre que debe mezclarse con la Suya Divina... Confesémoslo, cuesta a la naturaleza levantarse a la una, a las dos o tres de la madrugada. ¡Levántate —dijo el Señor a su Confidente—, ven y acompáñame!» Que no nos haga el reproche que hizo Jesús a sus tres preferidos: «¡No pudisteis velar una hora conmigo!» —Los ojos y el corazón los tenían embargados por el sueño de un desamor crudelísimo. Pensemos en la inmensa caravana de mundanos que sacrifican reposo, salud y a veces la vida, por ceder a mil exigencias sociales. ¡Cuántos son los que se cansan y se agotan al servicio del mundo... y del demonio! ¡Ah, y con qué crueldad son pagados estos esclavos que temen, dicen, las exageraciones de la piedad, pero que viven sofocados bajo el yugo durísimo y la tiranía de la mundanidad! El mundo sacrifica a sus seguidores! Y por Jesús, el único que promete y que puede pagar mil por uno en esta

tierra y en el Cielo, por Jesús el único que nos ama en beneficio nuestro...por Jesús el Adorable desdeñado de los hombres, ¿Por El no podríamos sacrificar una hora de sueño al mes o a la semana? ¿Qué dolor ver cómo el mundo inicuo consigue milagros de loca y estúpida abnegación y desaira los reclamos insistentes, las súplicas doloridas del Rey de reyes! Con razón San Francisco de Sales solía decir entré suspiros: «¡pobre Jesús, tan mal comprendido, tan poco amado de los amigos, de los colmados de gracias y favores!» ¡Ah, son incontables los buenos y piadosos que están constantemente pidiendo milagros... Pero estos mismos niegan una migaja y una gota de agua al Señor en la Vía Dolorosa! «¡Busqué consoladores, dijo Jesús, y no los he hallado!» Felizmente desde hace ya más de veinte años estamos trabajando afanosamente en darle, con obras de amor y de penitencia, el hermoso des-mentido' que Él anhela... ¡Si, estamos buscándole consoladores amantes, generosos y... los estamos encontrando! ¡Que pronto sean éstos legión, y más: que sean un incontable ejército, formidable contra Satán y sus secuaces...! ¡Serán éstos los que, poniendo en el Cáliz de la Santa Misa, su expiación amante, salvarán al mundo del cataclismo horrendo que se cierne sobre nuestra cabeza!

«MARÍA, MARTA, VUESTRO HERMANO RESUCITARÁ»

¡Qué de hogares que sufren un luto moral, quiero decir la muerte de un alma querida, un marido que ha abandonado toda práctica religiosa, un hijo que resbala por la pendiente del vicio, un hermano mayor que se considera demasiado hombre e inteligente para confesarse y comulgar! Son éstos lo se milagros que deben pedirse con la tenacidad de la Cananea y que el Sagrado Corazón ansia conceder con profusión... Mucho antes que bendiciones de orden temporal, como la salud, es éste el prodigio prometido a los amigos y a los apóstoles del Corazón de Jesús: *¡la conversión de los pródigos del hogar querido!* Contadas son las familias numerosas que no tienen un enfermo grave de alma, un cadáver, un gran pecador que debe resucitar antes de morir. ¡Ah, lo peor .del caso es que muchos de éstos no quieren sanar, temen volver a la salud y a la vida, rehúyen la ocasión y la gracia de encontrarse con Jesús! Pagad generosamente esas almas y el Señor hará el prodigio que parece imposible. Pero, insisto, pagad, y caro, esas almas. Pagadlas, ante- todo, con el Santo Sacrificio de la Misa y añadid la Adoración Nocturna. El pecador está en la casa, ríe, se divierte, duerme... Y muy cerca de ese leproso, una madre, una hermana, velan de noche, están deteniendo el rayo, gimen y oran de rodillas, están arrancando el milagro prometido: «¡Vuestro hijo, vuestro padre, vuestro hermano... resucitará!>> Este prodigio moral, el mayor de los prodigios, es la característica de la Entronización y de la Adoración Nocturna en el Hogar... ¡Hablo por dichosa experiencia!

CONSOLADORES BUSCÓ JESÚS Y LOS HA HALLADO !

Comencé este artículo hablando del éxito extraordinario de la Adoración Nocturna. Y lo termino ratificando sin reserva esta afirmación y probándola. Algunos meses después de lanzar la red y de llamar con apremio a los amigos del Corazón de Jesús rogándoles se inscribiesen en esta gloriosa falange, contaba yo con la respuesta entusiasta de varios miles que acudían 'a mi llamamiento de diversos países. Pero esas chispas produjeron aquí y allí las fogatas... Y con la bendición prometida por el Sagrado Corazón y una pertinaz propaganda de sus mejores amigos, la maravillosa consagración es hoy un hecho a todas luces. Si, es todo un ejército disciplinado el que ora, reza y sufre en espíritu de amor y de penitencia en Irlanda, Inglaterra, España, Portugal, Francia, Bélgica, Italia, Canadá, Estados Unidos, Méjico y algunos centros en Sudamérica. Y en Ceylán, en la India y en las Islas Filipinas, tierras de Misiones, el fervor y el número de los adoradores rivalizan con los mejores centros de Europa y de América, cuando no los sobrepujan en número y en fervor. No me engaño mucho si calculo *en poco más de medio millón* el total de Adoradores Nocturnos en el Hogar. ¡Qué constelación ésta de estrellas rutilantes! ¡Qué clamor de desagravio, qué tempestad de oración y de penitencia que sube hasta el trono del Juez justísimo y que pesa en la balanza y la inclina hacia la Misericordia) Aquí un mero detalle de elocuencia arrobadora de ese clamor en demanda de piedad divina. Para la fiesta del Sagrado Corazón del viernes 4 de junio de 1948, los Estados Unidos ofrecieron el imponente concierto de cerca' de doscientos mil Adoradores que desde el 3 de junio, a las nueve de la noche, hasta las cinco de la mañana del viernes 4, montaron la guardia de honor y de gloria en esa República, cuya inmensa mayoría es protestante. ¿No es esto conmovedor y estupendo? No resisto aquí el deseo de referir algunas anécdotas que son como la pedrería preciosa y viva de la Corona del Rey de Amor, hechos que rayan a veces en prodigios de valentía y de amor. Los refiero como testigo para reavivar la llama de un santo entusiasmo. Leed esto con los ojos, y sobre todo con el corazón, los que os sentís remisos y cobardes para inscribiros en los cuadros de esta gran milicia... Leedme todos, pero especialmente los demasiado prudentes con el Señor Jesús y los que cuidáis mucho del reposo y de la salud del cuerpo que de la conversión de los pecadores del hogar... ¡Ah!, pensad que

Jesús dijo que más vale entrar joven y enfermo en el reino de los cielos que sano y cargado de años y de pecados en el abismo de las llamas.

CONTRA HECHOS NO HAY ARGUMENTOS

En Ceylán, en una aldea casi toda cristiana, el Párroco, un indígena, ha entusiasmado a sus feligreses. En vez de simples Adoradores individuales, organiza la vela nocturna por familias enteras... En una choza oran y cantan a las nueve; en otra, a las diez, y así hasta la cinco de la mañana, hora de la Santa Misa... Y como son numerosas las familias cristianas, son muchas también las noches de vela. Los tigres merodean cerca, en la espesura..., ¡y los ángeles cubren con sus alas de luz a esos negros que tienen un alma de nieve y de fuego! Una señora de setenta y siete años y muy enferma se compromete a hacer tres adoraciones nocturnas semanales a medianoche para convertir al marido descreído y a los dos hijos que viven en pecado... ¡El Señor no puede resistir a esa Cananea! Una joven de veinte años que me ha oído predicar esta Cruzada de redención, le paga una propina a la criada para que la despierte todos los jueves a la una de la madrugada, pues quiere obtener la conversión de padre y madre, mundanos y sin religión... Regresando éstos del teatro una noche, sor-prenden a la hija, que a esas horas tiene la luz encendida... Como la interpelan y averiguan qué hacía a eso de las dos de la mañana, confiesa que rezaba por ellos, que había prometido la Adoración para obtener su conversión... Su emoción es grande, y el primer viernes están *los* tres en el comulgatorio. Momentos antes de partir de una ciudad americana, recibo la visita de un gran médico, oculista famoso. «Padre –dice-, ha hecho usted de mí el más feliz de los mortales... Siguiendo su consejo, soy un Adorador Nocturno. Dos veces a la semana, a las dos de la mañana me levanto y acompaño al Corazón de Jesús. ¡Gracias, Padre, gracias! ¡Ha transformado usted mi vida y la de mi hogar!... ¡Seré fiel hasta la muerte!>> Un religioso, Superior de una gran Comunidad, me oye y comprende que el Sagrado Corazón le ofrece ser su Cirineo para llevar el peso de graves responsabilidades... ¡No se ha engañado! Si el Religioso comparte la agonía del Maestro a 'medianoche, el Adorable Maestro comparte también las preocupaciones y responsabilidades del digno Superior. Son muy numerosas las enfermeras religiosas o seglares que se han propuesto, después de oírme, velar con Jesús, al velar con los enfermos... Tienen, pues, siempre a su lado a Jesús, especialmente en días y horas que ellas mismas se han elegido; velan, digo, con especial ternura al Herido adorable, sin descuidar, lejos de ello, los otros dolientes del Hospital. El heroísmo de muchos Adoradores Nocturnos es sencillo, espontáneo y es secreto... Nadie los admira y aplaude sino Aquel que, sin abrir las puertas, entra y cae en los brazos del amigo que le ha llamado para ofrecerle amor y consuelo. ¡Ah, pero qué bien sabe Jesús retribuir con-suelo y amor!... No podemos rivalizar con este Rey que paga con delicias eternas y con tesoros de Paraíso los mendrugos de pan y las gotas de miel que le ofrecimos en nuestro pobrecito corazón. Y cabalmente, como argumento de esa generosidad con sus fieles amigos, pongo fin a este capítulo con un hecho de incomparable belleza y del que fui actor y testigo. Se me llama con urgencia a una casa donde el Sagrado Corazón es amado con delirio, donde padres e hijos son sus íntimos amigos y sus apóstoles de fuego... ¿Qué pasa? La esposa, la madre, una mujer de rara virtud y que ha formado para Jesús una auténtica Betania, está en la agonía... Me llama para renovar con toda la familia la. Entronización en los dinteles ya del Cielo. Puede apenas hablar, pero a medias palabras y con gestos pide, ruega, que se cante un himno al Sagrado Corazón... El gran 'crist4ano que es el marido da ejemplo, y con sus cuatro hijos 580 y las tres hijas se canta: «¡Corazón Santo, Tú reinas ya!» Terminado el himno, recitamos en voz alta el acto de donación al Sagrado Corazón. La moribunda sigue, y aun repite, jadeante y sonriente, la oración... Terminada ésta, toma las manos del marido y, haciendo un supremo esfuerzo, pide, reclama otro himno. «¡Cantad —dice—, cantad al Rey de Amor; cantad...!» Hay un momento de vacilación y de silencio, entrecortado de sollozos... Pero ella insiste: «¡Cantad al Sagrado Corazón!» Entonces, el marido exclama: «Vuestra madre manda, hijos míos, cantemos, que esto no es morir!» Una estrofa, y dos, y tres... A la quinta estrofa la reina de ese hogar ha partido, cantando en los umbrales del Paraíso el himno de, Betania a su Rey, a su Amigo Divino.

APROBACIONES DEL EPISCOPADO A LA ADORACIÓN NOCTURNA EN EL HOGAR CARTA DEL EMMO. E ILMO. SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO

Reverendo Padre Mateo Crawley. Muy amado Padre; No he tenido nunca la proporción que mucho deseaba encontrar de poder hablar detenidamente con V. R. sobre los intereses que nos deben ser tan queridos del Santísimo Corazón de Jesucristo. En esta conversación, en la que yo hubiera aprendido tantas cosas de su larga experiencia en el Apostolado del Divino Corazón, hubiese respondido a la amable carta que me envió por medio del R. P. Casimiro. Habla V. R. a un convencido de la necesidad de desagraviar al Sacratísimo Corazón de Jesús por todos los medios que estén a nuestro alcance. Y medio muy a nuestro alcancé y

santamente ingenioso ha sido el de la Adoración Nocturna en el Hogar, medio que indudablemente el Señor le ha sugerido y que va triunfando de las pequeñas dificultades que se oponen a la implantación de esta provechosísima iniciativa, en verdad que el Señor la bendice y yo no hago más que interpretar su voluntad al bendecirla también en su nombre muy de corazón, al mismo tiempo que pido con todas las energías de mi alma a nuestra Celestial Medianera la multiplique para gloria de su Divino Hijo y Señor Nuestro. Aprovecho esta ocasión para encomendarme en sus oraciones y enviarle la más efusiva de mis bendiciones. **Pedro, Card. Segura y Sáenz** Arzobispo de Toledo. **ARZOBISPADO DE TOLEDO** En la instancia elevada por V. R. con fecha 3 del próximo pasado octubre al Emmo. señor Cardenal Arzobispo de esta Archidiócesis, ha recaído el siguiente decreto: «Toledo, 5 de octubre de 1928. Por recibida la precedente instancia. Deseando contribuir, en cuanto esté de nuestra parte, al desarrollo y propagación de la piadosa práctica llamada «Adoración Nocturna en el Hogar», que con tanto provecho para las almas y gloria para nuestro Señor se ha establecido ya en varios miles de hogares españoles, concedemos a todos los fieles de esta provincia eclesiástica, que, habiéndose inscrito en el Secretariado Central y usando la medalla insignia designada, la practicaren, doscientos días de indulgencia, haciendo la misma concesión para cuan-tos fieles ostentasen en los cultos religiosos la referida insignia. Lo decretó y firma Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo, de que certifico. — El Cardenal Arzobispo. Por mandato de Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo, mi Señor, Dr. Benuto M. de Morales, Secretario. Rubricados.» Lo que tengo el honor de trasladar a V. R. a los efectos consiguientes. Toledo, 3 de noviembre de 1928. **Dr. Benuto M. de Morales,** Secretario Al R. P. Casimiro González de los SS. CC., de Madrid. En la misma forma han concedido indulgencias: Los Excmos. e Ilmos. señores Cardenales Arzobispos de Granada y Sevilla se han dignado conceder docientos días de indulgencia. Los Excmos. e Ilmos. señores Obispos de Almería, Astorga, Avila, Barbastro, Barcelona, Calahorra, Cartagena, Ciudad Real, Córdoba, Coria, Gerona, Huesca, Jaca, Lugo, Málaga, Mondoñedo, Orense, Osma, Palencia, Pamplona, Plasencia, Salamanca, Segorbe, Sigüenza, Tarragona, Túy, Vich y Vitoria, se han dignado conceder cincuenta días de indulgencia.

CARTA DEL EPISCOPADO PORTUGUÉS AL REVERENDO PADRE MATEO CRAWLEY

Reverendo Padre Mateo: En contestación a su amable carta en la que pide nuestra aprobación y bendición para la Obra tan hermosa y verdaderamente providencial de la Adoración Nocturna en el Hogar, ponemos en su conocimiento que la otorgamos de todo corazón, enterados ya por el resultado obtenido, no solamente del espíritu sobrenatural que le anima, sino también de la seguridad de esta cruzada de amor y de reparación social. Nos propuso esta bendita Obra durante su inolvidable peregrinación de apóstol en nuestro país: desde entonces la hemos bendecido, alentado y organizado en nuestras diócesis; nos es sumamente grato ahora añadir que el Corazón de Jesús ha sobrepasado todas nuestras esperanzas respecto a esta Obra. Como homenaje, pues, de profundo agradecimiento, le enviamos la aprobación y bendición pedidas, y esto con toda la plenitud de nuestra autoridad. Aun antes de su carta a los obispos portugueses, habían espontáneamente aprobado y elogiado en la Carta Pastoral colectiva que acaban de dirigir al país tratando de la consagración al Sagrado Corazón. He aquí lo que en ella se dice: No podemos menos de bendecir de todo corazón, puesto que estamos hablando de la familia cristiana, la Obra de la Adoración Nocturna en el Hogar, que el alma eucarística de los fieles ha aceptado y comprendido tan amorosamente. Durante la noche, cuando los antros tenebrosos de las logias y los enemigos de Cristo traman en contra de la vida del Señor en las almas, en las familias y en la sociedad, en todas las familias cristianas, que algunas lámparas vivas velen amorosamente acompañando a Jesús Sacramentado, abandonado en los tabernáculos y profanado en los hogares. Y lo hacemos con tanto más placer cuanto que después de su predicación Reverendo Padre, la magnífica Encíclica Oliserentissimusn de S. S. Pío XI ha venido a poner el sello de la autoridad y oportunidad a su iniciativa, siendo así que la Adoración Nocturna Familiar es una espléndida manifestación, tanto más elocuente por estar hecha en el hogar mismo, y tanto más profunda por estar probada por el sello del sacrificio. Esperemos, pues, que esta Obra de reparación acentuará aquí, en Portugal, la corriente que existe ya en el país y que se intensifica cada día más: nos referimos a la Adoración Nocturna de los hombres delante del Santísimo. Su Obra, Reverendo Padre, se puede decir que es la base, el noviciado y al mismo tiempo el coronamiento. En efecto, el número de aquéllos, y sobre todo de aquéllas que no pueden o deben hacer la Adoración Nocturna en la iglesia es numerosísimo. Su iniciativa abre el camino a los unos y suple la imposibilidad de las otras. Esta obra, pues, tendrá un gran porvenir en nuestro país católico. Una vez más la bendecimos para honor y gloria del Corazón de Jesús, y nos considerarnos, R. P. Mateo, de V. R., amigos reconocidos en Cristo. Antonio, Cardenal Patriarca de Lisboa. — Manuel, Arzobispo Primado de Braga. — Manuel, Arzobispo de Mililena. — Manuel, Arzobispo de Evora. — Juan, Arzobispo de Villa Real.—Antonio, Obispo de Braganza. — Manuel, Obispo de Coimbra. — Antonio, Obispo

Coadjutor de Coimbra. — Francisco José, Obispo de Lamego. -- Agostinho, Obispo Coadjutor de Larnego. — Antoni-Augusto, Coadjutor de Porto. ---José, Obispo de Viseu. — José de Patrocinio, Obispo de Beja. — Marcelino, A., Obispo de Algarbe (Faro). — José, Obispo de Guarda. — José, Obispo de Leiria. — Domingos, B., Obispo de Portalegre.

CEREMONIAL DE LA ENTRONIZACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN EL HOGAR

Es costumbre muy recomendable comenzar la Entronización declamando o leyendo la siguiente poesía, que invita al Rey de Amor a que tome plena posesión de todos los corazones de la familia.

¡ENTRA, SEÑOR!

Entra, Jesús: el día ya declina, el astro rey hacia el ocaso inclina su brillante fulgor; no pases adelante, que anochece; toma un descanso que el amor te ofrece; entra en casa, Señor¡ ¡Entra en casa, Señor, y si cerradas hallas tantas moradas, que un asilo a su Dios quieren negar..., olvida entre nosotros su desvío; mientras tengamos casa, Jesús mío, ¡Tú tendrás un hogar! Entra, Señor; mas no como mendigo: nuestro Rey, nuestro Padre, nuestro Amigo, nuestro Todo serás...; que si el error levanta sus banderas, en este hogar Tú reinas y Tú imperas, y homenajes y amor encontrarás. Entra, Señor; aquí todos te amamos, y pues Rey te aclamarnos de esta humilde mansión, ya nuestros corazones se han ligado y de su amor un trono te han formado: coloca en él, Señor, tu Corazón. Colócalo, Señor, y no receles, somos vasallos fieles; no encontrarás aquí ningún traidor...; antes morir queremos que dejarte, antes morir queremos que negarte, Divino Rey de amor. Y si el mundo y los suyos te persiguen, y si a este umbral quizá llegar consiguen, a Ti no llegarán, que sabrán defenderte nuestras vidas...: los filos de sus armas deicidas, ni tu pecho, los nuestros herirán. Entra, Señor; estemos siempre unidos, mezclados, enlazados, confundidos, de ese Pecho al calor; viviendo todos de tu misma vida como vive adherida la enredadera al tronco bienhechor. Juntos así el destierro cruzaremos, así contigo juntos gozaremos las dichas que nos des..., y si el dolor empaña nuestros ojos, juntos también pondremos sus despojos como perlas humildes a tus pies. Entra, Señor; ya izamos tu bandera; entra, Señor, y manda, reina, impera en este pobre hogar..., pobre y desconocido, pero con tu presencia enriquecido, y muy feliz, porque te sabe amar.

BENDICIÓN DE LA IMAGEN

El sacerdote, revestido de roquete y estola blanca, bendecirá la imagen, diciendo: —Nuestra fuerza se halla en el nombre del Señor. --*Que hizo el cielo y la tierra.* —El Señor sea con vosotros. —*Y con tu espíritu.* — Adiutórium nóstrum t in nómine Dómini. − *Q ui fecit coélum et térram.* **—** D ómiiius vobíscum. —*Et cum spiritu tuo.*

OREMOS Omnipotente y sempiterno Dios, que no repruebas el que se pinten las imágenes *(o se esculpan* las *estatuas)* de tus Santos, a fin de que cuantas veces las vemos con los ojos de nuestro cuerpo, otras tantas nos determinemos a imitar los ejemplos de su santidad: te rogamos que te dignes bendecir y santificar esta Imagen *(o estatua)* hecha en honor y memoria del Sacratísimo Corazón de tu Hijo Unigénito Nuestro *Señor* Jesús. OREMUS Omnipotens sempitérne Deus, qui Sanctórum tuórum imágines pingi (au': *effigies sculpi)* non réprobas, ut quóties illas óculis córporis intuémur, toties eoruzn actus et sanctitátem ad imitán dum memoriae óculis meditémur, ham, quaésumus Imáginem *(seu: Sculpturam) in* honórem et memóriam Sacratíssimi Gordis Unigéniti rílii tui Dómini Nostri Jesu Christi, adaptatam, beneidícere et santificáre digneris; et praésta cristo; **y concédenos que cuantos ante Ella procuren honrar y consolar al Sacratísimo Corazón de tu Unigénito Hijo, por sus méritos e intercesión obtengan de Ti la gracia en la vida presente y la gloria en la eterna. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. —Amén.** ut quicúmque comm. ilia Cor Sacratíssim.i Unigéniti Fílii tui suppliciter cólere et honorare studúerit, illíus méritis et obténtu, a Te grátiam in praesénti; et aetérnam glóriam obtíneat in futúrum. Per eumdem Christum Dóminum nostrum. Amen. ***Rociada la imagen con agua bendita, se entona un canto al Sagrado Corazón, mientras se ordena la procesión hasta el lugar donde va a quedar colocada la imagen, adornada, si fuera posible, con algunas flores, rezándose una vez allí, en alta voz, y por todos, el CREDO, en testimonio explícito de la fe de toda la familia. Breve explicación del sacerdote sobre el significado de la ceremonia.***

ACTO DE CONSAGRACIÓN

(Rezado, si es posible, por el jefe de la familia.)

Corazón Sagrado de Jesús, que has manifestado a Santa Margarita María el deseo de reinar en las familias cristianas, venimos hoy a proclamar tu Realeza, la más absoluta, sobre la nuestra. Queremos vivir en adelante de tu vida, queremos hacer florecer en nuestro hogar las virtudes a las cuales prometiste la paz aquí en la tierra, queremos desterrar lejos de nosotros el espíritu mundano que Tú maldijiste. Reinarás en nuestra inteligencia por la sencillez de nuestra fe, reinarás en nuestros corazones por el amor sin límites en que arderán por Ti, y cuya llama alimentaremos con la recepción frecuente de tu divina Eucaristía. Dígnate, ¡oh divino Corazón!, presidir nuestras reuniones, bendecir nuestras empresas espirituales y temporales, ahuyentar nuestros pesares, santificar nuestras alegrías, aliviar nuestras penas. Si alguno de nosotros tuviera la desgracia de afligirte, acuérdate, ¡oh Corazón de Jesús!, de que eres bueno y misericordioso para el pecador arrepentido. Y cuando llegue la hora de la separación, cuando la muerte venga a cubrirnos de luto, todos, tanto los que partan como los que queden, estaremos sumisos a tus decretos eternos y nos consolaremos con el pensamiento de que llegará un día en que toda la familia reunida en el cielo cantará para siempre tu gloria y tus beneficios. Dígnense el Corazón Inmaculado de María y el glorioso Patriarca San José presentarte esta consagración, y recordárnosla todos los días de nuestra vida. ¡Viva el Corazón de Jesús, nuestro Rey y nuestro Padre!

Y no debiendo faltar ningún miembro del hogar en este momento solemne y feliz, evoquemos el recuerdo de los queridos difuntos y ausentes de esta familia, rezando por ellos un PADRENUESTRO y un AVEMARIA.

ORACIÓN que deberá ser rezada por el sacerdote y toda la familia:

Gloria al Sagrado Corazón de Jesús cuya misericordia ha sido infinita con los miembros de este cristiano hogar al escogerlo entre millares como herencia de amor y santuario de reparación por las ingratitudes humanas. Con cuánta confusión Divino Jesús esta porción de tu rebaño fiel acepta el honor insigne de verte presidir nuestra familia. Cómo te adora en silencio y se regocija al verte compartir bajo el mismo techo las fatigas, los afanes y también los puros goces de estos hijos tuyos. Verdad es que no somos dignos de que Tú entres en nuestra humilde morada, pero Tú mismo dejaste escapar de tus labios divinos la palabra que nos tranquiliza cuando nos revelaste la hermosura de tu Divino Corazón y nuestras almas que tanta sed tienen de Ti ¡oh! Buen Jesús! han encontrado en la preciosa herida de tu Costado las aguas vivas que brotan hasta la vida eterna. Así, pues contritos y confiados venimos a consagrarnos a Ti que eres la vida inmutable. Quédate entre nosotros ¡oh Corazón santísimo!, pues sentimos ansias supremas de amarte y de hacerte amar, porque Tú eres el fuego divino que ha de abrasar al mundo para regenerarlo. ¡Ah, sí! Que esta casa sea tu refugio tan dulce como el de Betania, donde encuentres solaz en las almas amigas que han escogido la mejor parte en la intimidad venturosa de tu Corazón. Sea éste Salvador amado el asilo pobre, pero cariñoso, de Egipto en el destierro de tus enemigos. Ven, divino Jesús, ven, pues en esta casa se ama con entrañable amor a la Virgen María esa Madre tan tierna que Tú mismo nos diste. Ven a llenar con tu dulcísima presencia los vacíos que la muerte y la desgracia han dejado entre nosotros. ¡Ah, si Tú el Amigo fidelísimo hubieras estado en nuestras horas de duelo cómo se hubieran endulzado tantas lágrimas, y cuánto bálsamo de paz hubiéramos sentido en aquellas heridas secretas que sólo Tú conoces. ¡Ven porque se acerca tal vez para nosotros la tarde angustiosa de nuevos pesares y declina el día fugaz de nuestra juventud y de nuestras ilusiones. Quédate con nosotros porque ya anochece y el mundo perverso quiere envolvernos en las tinieblas de sus negaciones y de sus vicios y vanidades y nosotros te queremos a Ti porque sólo Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida. Exclama, Jesús como en otro tiempo "Es preciso que desde hoy me déis hospedaje en vuestra casa." Sí, Dios mío, establece aquí tu tabernáculo a cuya sombra vivamos en tu compañía nosotros que te proclamamos nuestro Rey porque no queremos que ningún otro reine sobre nosotros sino Tú. Viva siempre amado, bendecido y glorificado en este hogar el Corazón triunfante de Jesús! Venga a nos tu reino; Amén. Récese en alta voz una SALVE en homenaje de amor al Inmaculado Corazón de María. Sagrado Corazón de Jesús, ten piedad de nosotros (Tres veces). Corazón Inmaculado de María, ruega por nosotros. San José, ruega por nosotros. Santa Margarita María, ruega por nosotros. *El sacerdote da la bendición:* Benedictio Dei Omnipotentis: Patris t.'et Filii et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper. Amén.

Firmen el Documento de Familia y envíense el nombre y las señas al Centro correspondiente.

INDULGENCIAS

Su Santidad Pío X concedió a las familias chilenas, v S. S. Benedicto XV extendió a todas las familias del mundo que hiciesen la Entronización del Sagrado Corazón de Jesús, las indulgencias siguientes:

1. INDULGENCIAS DE SIETE AÑOS a *todos los miembros de la familia* el día en que se celebre en la propia casa la ceremonia de la Entronización si, al menos contritos de corazón, asisten devotamente a ella.
2. INDULGENCIA PLENARIA a los mismos si, habiendo confesado y comulgado ese mismo día, visitaren una iglesia u oratorio público, rogando por las intenciones del Papa.
3. INDULGENCIA DE TRES AÑOS a los mismos *una vez cada año* en el aniversario de la Entronización, si en dicho día renovaren el Acto de Consagración ante la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús.
4. INDULGENCIA PLENARIA a los mismos *una vez cada año* en ese mismo día si, habiendo confesado y comulgado, renovaren el Acto de Consagración y visitaren una iglesia u oratorio público rogando por las intenciones del Papa. *(Preces 1938, pág. 524.)* NOTA.--Además de éstas, otras numerosas Indulgencias plenarias y parciales pueden ser lucradas por las familias que habiendo hecho la Entronización, se inscribieren en la PIA ASOCIACIÓN DEL REINADO SOCIAL DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, fundada con el fin de asegurar su perseverancia, (Véase el *Catecismo, pág.* 50.)

RENOVACIÓN de la Consagración familiar antes de acostarse

Dulcísimo Salvador nuestro, humildemente postrados a tus plantas, renovamos con todo fervor la consagración que un día hicimos de nuestra familia a tu divino Corazón. Sigue siempre siendo nuestro Rey, pues en Ti pusimos toda nuestra confianza. Que nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras palabras y obras, se sientan todos impregnados de tu espíritu. Bendice nuestras empresas, toma parte en nuestras alegrías, en nuestras pruebas y en nuestros trabajos. Concédenos el favor inmenso de conocerte más intensamente para así amarte mejor y servirte sin descanso. Que desde un extremo al otro de la tierra resuene esta *aclamación: "¡Amado, bendecido y glorificado sea por doquiera y por siempre el Corazón triunfante de Jesús!"* Amén.

Para la Renovación mensual o anual tómese la oración, correspondiente al acto de Consagración

EDITORIAL REINADO SOCIAL Calle del Padre Damián, núm. 2 – MADRID

LIBROS EDITADOS

MANUAL DE LOS SAGRADOS CORAZONES, por el Padre Mateo Crawley, SS. CC. Es el mejor devocionario para las familias que han entronizado el Sagrado Corazón. Notablemente corregido y aumentado. **HORAS SANTAS**, por el Padre Mateo Crawley, SS. CC. Contiene veinticuatro modelos de Horas Santas. **¡JESÚS, REY DE AMOR!**, por el Padre Mateo Crawley, SS. CC. Es el resumen de diversas conferencias y retiros predicados a los amigos y apóstoles del Corazón de Jesús.

MEDITACIONES SOBRE LOS QUINCE MISTERIOS DEL ROSARIO, por el Padre Crawley, SS. CC. Traducidas del original francés por el reverendo Padre Carmelo Arbiol, SS. CC. 603

HORA SANTA ESPECIAL PARA LA ORACIÓN NOCTURNA EN EL HOGAR, por el Padre Mateo Crawley, SS. CC.

HORA SANTA EN LOS COLEGIOS Y PENSIONADOS, por el Padre Mateo Crawley, SS. CC.

HORA SANTA PRO SACERDOTIBUS, por el Padre Mateo Crawley, SS. CC.

LA SANTA MISA, HIMNO DE GLORIA, por el Padre Mateo Crawley, SS. CC. CATECISMO DE LA ENTRONIZACIÓN. ESTATUTOS Y CEREMONIAL DE LA ADORACIÓN NOCTURNA EN EL HOGAR. VIDA Y NOVENA DEL PADRE DAMIAN, por el Padre Carmelo Arbiol, SS. CC. (En tela y en piel.) FUE EN MOLOKAI, drama, por José Antonio Verdugo-Torres. EL MISIONERO LEPROSO, drama, por José Alvarez Limia. EL RELIGIOSO DE LOS SAGRADOS CORAZONES, por el Padre Bernardo Garric, SS. CC. LA BUENA MADRE (Enriqueta Aymer de la Chevalerie, fundadora de la Congregación de los Sagrados Corazones y de la Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento), por María de Echarri. 604 v1UA DEL REVERENDISIMO PADRE JOSÉ MARÍA COUDRIN, fundador de la Congregación de los Sagrados Corazones y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento del Altar, por el Padre Casimiro González, SS. CC. REINADO SOCIAL DEL SAGRADO CORAZÓN. Revista ilustrada, órgano oficial de la Entronización y de la Adoración Nocturna en el Hogar. Suscripción mínima, 50 pesetas; bienhechores, Ioo pesetas; bienhechores insignes, 15o pesetas; ejemplar suelto, 15 pesetas; extranjero, 4 dólares.

ESTAMPAS Retrato del Padre Damián. Sellos del Padre Damián. Novena del Padre Damián.

CUADROS DEL SAGRADO CORAZÓN Y DEL PADRE DAMIÁN Estilo español: 31 X 25 cros., dorado. 29 X 23 cros., dorado. 30 X 24 ems., negro. 32 X 26 1/2 cros., negro. 605

LAMINAS DE LA ENTRONIZACIÓN En sepia: x 38 cms., del Cerro de los Ángeles. 1/2 x 2 2 cros., del Sagrado Corazón. t color: X 17 1/ 2 cms., del Sagrado Corazón. diplomas de la Entronización. placas del Sagrado Corazón, para las puertas, plateadas, de 9 x 6 cms. medallas de la Adoración Nocturna en el Hogar. escudos de los Sagrados Corazones, en esmalte al fuego, para el hábito del Padre Damián. escudos de la Entronización. cordones para el hábito del Padre Damián.

OBJETOS DEL PADRE **DAMIAN** Placa para la puerta, coche, etc. Medallas de metal. Cuadros caoba, de 29 1/2 x 23 1/2 y 18 x 13 1**/2** centímetros. Cuadros de metal. Cuadros de piel. Cuadros repujados, de piel. Cuadro de plástico. Porta-fotos de piel.